



irresistible

Una historia de amor clandestina en pleno corazón de Manhattan

Conchi Liébana

Irresistible

Irresistible

Conchi Liébana García



www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#irresistible

Colección: Tombooktu Erótica

www.erotica.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus: www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Irresistible* **Autor:** © Conchi Liébana García **Elaboración de textos:** Santos Rodríguez **Revisión y adaptación literaria:** Teresa Escarpenter **Responsable editorial:** Isabel López-Ayllón Martínez **Maquetación:** Patricia T. Sánchez Cid **Diseño de cubierta:** eXpresio estudio creativo Copyright de la presente edición en lengua castellana: © 2014 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Digital: 978-84-9967-614-2

Fecha de publicación: Mayo 2014

Depósito legal: M-8657-2014

Vivir gozosamente es el mejor cosmético de la mujer.

Rosalind Russell

El adulterio es justificable: el alma necesita pocas cosas;

el cuerpo, muchas.

George Herbert



La piel se le erizaba de manera ininterrumpida y los suspiros se sucedían de manera imparable. Anhelaba salir de allí por encima de cualquier otra cosa. El deseo se apoderaba de ella con una magnitud que no podía ser comparada con nada. Era tenaz la angustia que recorría la filigrana de sus dedos; el rumor de su latencia, las pulsaciones percibidas a la altura de las sienes. Todo en ella invitaba a salir corriendo, y eso era precisamente lo que quería, pero hasta que eso llegara tenía que ser paciente, aguardar bajo una sonrisa a todas luces ensayada durante minutos delante del espejo y convencerse a sí misma de que era una mujer excepcional.

La reunión se había alargado hasta lo indecible, y nadie era capaz de lidiar con esa eterna lucha interna por mantener constante la atención y el ensimismamiento artificial de parecer interesado en lo que el señor Harris decía. Era un hombre poderoso, con el pelo blanquecino y un gran historial de triunfos a sus espaldas. Se definía como una persona triunfadora y dueño de la compañía, pero a ella no le importaba lo más mínimo. Era una de sus asesoras y permanecía allí por los incentivos, pero de buena tinta se habría levantado antes de empezar para ahorrarse todo aquel discurso que no motivaba a nadie.

Allí seguía; quieta, dócil, sumisa y dispersa, sentada en su propio sillón de cuero negro junto con los demás profesionales presentes en la sala de reuniones, aquel cubículo con paredes de cristal y ventanales enormes que mostraban los rascacielos más imponentes de la ciudad de Nueva York. Su vestimenta era propia de una alta ejecutiva, con tacones altos, falda de tubo negra y blusa blanca abierta hasta un límite permitido. Era íntimamente atractiva, todo el mundo lo sabía y daba buena cuenta de ello. Su pelo castaño rojizo, que alcanzaba una longitud media, resaltaba a primera vista, y sus ojos mostraban un color a medio camino entre el verde y el azul. Su piel era delicada y clara. Sus labios eran finos y rosados. Tenía una figura esbelta y cuidada propiciada por horas de gimnasio nada más levantarse de la cama.

Había adquirido una fama poco habitual, asaltada por multitud de ojos de compañeros tanto de género masculino como femenino. Su sombra felina despuntaba énfasis para alcanzar el éxito, y las habladurías sobre su persona no dejaban de resaltar entre las paredes de la empresa. Unos decían que se acostaba con los hombres de más nivel; otros se limitaban a enfrascarse en un ritual de apuestas para certificar que era el tipo de mujer sin escrúpulos que estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para aspirar a lo más alto. Podía hacer eso y mucho más, pero lo cierto era que Erika Osborn prefería extralimitarse con otro individuo allí presente, callado, con las manos entrelazadas sobre el regazo. Alto, pelo corto y rubio, facciones marcadas, hombros anchos, de ojos azules muy claros, sonrisa más que deslumbrante y un porte inigualable. Sí, desde luego con él todo era más sencillo. Había perdido la cabeza por acercársele, y cuando todo comenzó, se dio cuenta que no le importaba rebajarse si a cambio conseguía atención por su parte. Vestía con ese elegante traje azul oscuro con corbata a juego que a Erika tanto le gustaba. Ese hombre tenía muchas cualidades para gustar, engatusar y obsesionar, pero a ella le atraía la fuerza contenida de su cuerpo, el vaivén de sus emociones y un sinfín más de aspectos indescriptibles. Por eso mantenía una aventura irresistible con

él, Cameron Moore, de treinta y cinco años de edad y las ideas más claras de lo que nadie pudiera imaginar.

Evitaban mirarse más de lo debido, pero a veces la tensión resultante entre ambos era tan eléctrica que no podían con ella; sencillamente sus ojos conectaban y, a partir de ese momento, todo lo demás dejaba de tener cabida en sus mentes. Acorralados por el furor y el deseo ciego de sentirse cerca, sus respectivas pieles vibraban como si el mundo fuera a acabarse de manera inminente.

Erika volvió a la realidad cuando el señor Harris dio por concluida la reunión. Todos se levantaron y ella hizo lo propio, alisándose disimuladamente la falda y comenzando a moverse de forma tan sensual que todos sus compañeros masculinos rodaron sus ojos descaradamente para observar semejante espectáculo de piernas largas y frenesí incomparable. Se hizo paso tan bien como pudo y alargó la mano para asir el asa de la puerta de cristal de la sala, pero alguien se lo impidió. Ladeó la cabeza para averiguar quién era y no pudo evitar sentir una tensión agradable a la altura del vientre.

Esos ojos azules se le clavaban en su alma, y con todo el dolor del mundo, no tuvo más remedio que disimular.

—Señorita Osborn—murmuró Cameron, abriéndole la puerta con una caballerosidad nada habitual en los demás—, después de usted.

Complacida, se contoneó hacia el pasillo y tomó rumbo hacia los ascensores. Después, mientras esperaba a que las puertas dobles de acero se cerraran con ella dentro, pudo volver a encontrar esa mirada que encendía su corazón en un instante. Se relamió los labios y trató por todos los medios de calmar su agitada respiración, propia de aquellas adolescentes que perdían el control por saberse el centro de atención por un fugaz segundo. Se revolvió el cabello mientras bajaba los pisos con gran velocidad. Nadie había solicitado la parada del ascensor, así que no tardó demasiado en llegar abajo. Accedió al aparcamiento y caminó hacia su coche mientras el eco de sus tacones retumbaba por todo el perímetro de asfalto. Estaba cansada, pero mantenía un rumor constante de energía extra sabiendo lo que le aguardaba al final del día. Obtendría una grata recompensa que sobrepasaría todo lo establecido. Resultaría absolutamente complacida. Siempre obtenía exactamente lo que quería, y en mitad de ese solitario estacionamiento, sonrió por ello.

Abrió con delicadeza la puerta de su exclusivo Mercedes SLR 722 de color negro y suspiró. Justo antes de meterse dentro, y ante un vistazo casual, se dio cuenta de que había un pequeño trozo de papel sujeto en el parabrisas de la luna delantera. Dio un paso y alargó el brazo para cogerlo. Su vitalidad se removió enormemente al procesar el pequeño mensaje que, si bien no era extenso, abarcaba todo un abanico amplio de posibilidades con sólo leer entre líneas.

Pasaron varios minutos, pero ella todavía seguía allí. Decidió echarle un último vistazo a la nota antes de abandonar el lugar. Sus ojos recorrieron rápidamente cada una de esas letras sigilosas y mudas escritas de puño y letra por su admirador más profundo y secreto:

«Te espero a la misma hora, en el mismo sitio y con las mismas ganas».

Tú ya sabes quién.

Suspiró como alguien que no tiene nada que perder y se sentó justo delante del volante. Arrancó el

voraz motor y dio vida a todos esos caballos que hacían de su vehículo una verdadera joya sobre ruedas. Giró varias veces hasta dar con la salida, y la luz de media tarde de Manhattan pareció darle la bienvenida a la ciudad, aunque no la había abandonado en ningún momento, pero ahora adoptaba un semblante más ocioso, y todo porque tenía en mente un arsenal de emociones palpitantes y a punto de explotar.

Se dirigió rápidamente a su apartamento de la Quinta Avenida, y cuando cruzó el umbral dejó la chaqueta y el bolso en una silla y comenzó a desvestirse para acceder a su amplio cuarto de baño, un espacio totalmente pulido de color blanco, aséptico y neutral. Se quedó observándose en el alargado espejo en forma de elipse y se mordió el labio pensando que, en tan sólo unas horas, su boca estaría ocupada con otra, su premio de consolación para ese duro día de trabajo y negocios en la capital del mundo.

El agua caliente le relajó los músculos y despejó la tensión de sus hombros. Dejó salir el aire y sumergió todo su cuerpo bajo ese líquido transparente. Adoraba los baños largos, con mucha espuma, sobre todo porque eran los precedentes para otro día inolvidable que ya quedaría grabado a fuego en sus neuronas. Volvió a respirar el aire y se acarició el brazo, deseando profundamente que fuera Cameron quien lo hiciera. Le atraía de una manera sin precedentes. Había estado con muchos hombres, incluso estuvo al borde del matrimonio, pero todo eso no era para ella. Le gustaba vivir al límite y lo sabía apreciar todo lo bien que podía. Su lista de conquistas y amantes era bien numerosa, pero desde que le conoció, hacía ya algo más de un año, las cosas habían cambiado. Se consideraba abierta a todas las posibilidades, pero desde que descubrió a ese hombre rubio de talento magistral, tanto en lo íntimo como en lo profesional, zanjó de golpe todas las demás relaciones de noches continuas de encuentros pasionales. Había dejado de estar disponible, y aunque no les ataba ningún compromiso verdaderamente serio, se resistía a dejar de verle. No podía; era como una droga, la medicina diaria para hacer que perdiera los papeles. Sucumbía de manera permanente en cada uno de sus encuentros. Haría lo que fuera por mantener esa relación clandestina. Lo llevaban con toda la discreción posible. Nadie podía enterarse de lo suyo, ya que perderían más de lo esperado. En el trabajo probablemente abrirían una fisura sin retorno, pero en el terreno personal las cosas se desatarían con mayor énfasis. No era por Erika; seguía soltera y así era como se veía en el futuro, sin el obstáculo de darle explicaciones a nadie. El verdadero origen de la quiebra recaía directamente sobre Cameron; estaba casado desde hacía nueve años y tenía un hijo, Tommy, de seis. Nada podía salir mal, pero antes que preocuparse, decidió seguir relajándose antes de que el agua acabara por perder su temperatura ideal.

El reloj de pared dio las seis de la tarde y Erika ya estaba preparada para el siguiente paso. Había llamado a su amiga Bellatrix para que fuera a su apartamento y le diera su ya tan acostumbrado arsenal de masajes que le darían a su cuerpo un toque diferente y todavía más succulento. Esa era la regla de oro. Un encuentro con Cameron suponía un masaje reconstituyente. Ese día lo necesitaba con especial urgencia. Las manos expertas de su amiga de toda la vida le dejarían el cuerpo como nuevo. Eso era un aliciente a tener en cuenta.

Estaba en la habitación acondicionada para ello cuando la puerta principal se abrió. No había ninguna duda de quién era. Su amiga tenía un juego de llaves del apartamento por si lo necesitaba en cualquier momento. Se escucharon sonidos de pasos que se acercaban. La figura que apareció tras la

puerta corredera de la estancia era muy peculiar. Bellatrix era alta, de complexión muy delgada y con un aspecto particular. Pelo negro y cortado a capas, un pequeño aro en la nariz, sombras negras en los párpados y ojos oscuros. Vestía completamente de negro, y aunque a primera vista no resultaba gratificante, lo cierto es que era encantadora. Tenía veintiséis años, aunque aparentaba unos cuantos menos.

—Buenas tardes, Bellatrix –saludó Erika, dándole un caluroso abrazo.

—Hola, Erika. –Le guiñó un ojo–. Me parece que son más buenas para ti que para mí, ¿no es cierto?

Se pusieron manos a la obra. Erika había puesto música clásica de fondo porque era algo que le ayudaba a relajarse. Se servía del talento inmortal de Mozart para silenciar sus propios pensamientos. Se quitó el fino albornoz blanco y se tumbó desnuda sobre la camilla, bocabajo, respirando de forma más lenta.

Bellatrix se empapó las manos con aceites extremadamente caros y comenzó con la tarea. Sus manos expertas se movieron con especialidad sobre la espalda llena de tensiones y nudos inapropiados.

—Me parece que alguien ha tenido un duro día de trabajo.

—No sabes cuánto –gruñó Erika–. La reunión de última hora se ha alargado más de lo previsto y nadie ha podido escaparse.

—¿Otra vez el señor Harris dando la lata?

—Peor. Me cae bien, pero a veces no puede evitar ser un auténtico capullo –espetó–. Se pasa el día recordándonos lo bueno que fue.

—¿Acaso ya no lo es?

—Sí, por supuesto, pero admitámoslo. Ya no es un niño. Tiene setenta años, y por muy bien que tenga la cabeza, la edad pasa factura.

—Hablando de edad...

—¿Qué?

—Vamos, conmigo no disimules. Hay alguien en esta habitación que mañana cumplirá un año más, y creo recordar que no soy yo –rio Bellatrix.

—No puedo creer lo rápido que pasa el tiempo. Estoy a punto de cumplir veintinueve años –sonrió Erika desde su posición.

—Oh, Erika, por el amor de Dios. No lo digas así. Eres preciosa y lo vas a seguir siendo. La edad no tiene nada que ver.

—Sí, pero hecho la vista atrás y...

—Nada de eso. Tienes que mirar hacia adelante, ¿cuándo aprenderás? –Bajó las manos a la zona lumbar y siguió el masaje–. Tienes una vida ejemplar. Eres responsable y muy profesional. Ojalá fuera como tú.

—No digas tonterías, Bella.

—Por cierto, me avergüenza admitirlo, pero no te he comprado nada...

—¿Bromeas? No necesito que lo hagas —apuntó—. Eres mi mejor amiga.

—Precisamente. Las buenas amigas no hacen eso. No olvidan los cumpleaños.

—No lo has hecho. Es más, te has adelantado, así que olvídate de eso. Estos masajes son lo mejor que me puedes dar.

Estuvieron en silencio durante un par de minutos mientras ambas seguían a lo suyo, enfrascadas en sus propios pensamientos. Erika no dejaba de sentir el ligero roce de los nervios, que lejos de despejarse, aumentaban a medida que la tarde se alejaba para dar paso a la gran velada. Giró la cabeza hacia el otro lado y suspiró, lo cual dejó la puerta abierta para su amiga.

—Hoy va a ser otra noche especial, lo sé —murmuró Bellatrix reprimiendo su tono jocoso—. Puedo verlo en tus ojos.

—Ya sabes que sí —respondió profundamente Erika con los ojos cerrados y tumbada sobre la camilla—. Me muero por verle.

—Ya le has visto esta mañana. De hecho, os veis todos los días. No creo que tengas tiempo de echarle de menos —dijo Bellatrix emitiendo una risita.

—Sí, pero no es lo mismo. No tiene nada que ver, son asuntos diferentes —alegó—. El trabajo es una pesadilla si se trata de pasar inadvertidos. Me vuelvo loca cada vez que le siento tan cerca y no puedo abalanzarme sobre él.

—Vaya, no eres precisamente una mujer inocente e inofensiva...

—Créeme, con Cameron, nada de eso está permitido. —Se mordió el labio—. Es diferente.

—Eso ya lo he oído antes.

—Esta vez va en serio. Nunca he conocido a ningún hombre como él.

—Sólo espero que merezca la pena. —Bellatrix movió los labios.

—Por supuesto que merece la pena, de lo contrario no perdería mi tiempo intentando verle todo lo posible.

Bellatrix pasó a los brazos, manos y dedos para el masaje.

—Hay algo que no entiendo —dijo.

—¿El qué?

—¿Por qué estás tan obsesionada con él?

Erika suspiró otra vez, a sabiendas de que ni siquiera su mejor amiga era capaz de entenderla.

—No es obsesión.

—Vale, entonces quieres decir que empiezas a sentir algo más que simple atracción.

Se quedó sin aliento.

—Claro que siento algo más que atracción. Es tensión, algo que no puedo describir con palabras. Es pura adrenalina, me hace sentir viva y muy deseada. ¿Qué tiene de malo?

—Erika, no te pongas a la defensiva. Aquí nadie ha dicho que sea malo. Lo único que digo es que empiezas a sentir algo más profundo y sentimental. No te andes con rodeos y ten el valor para decírmelo.

—¿Decirte qué?

—Todo el mundo podría darse cuenta. Estás enamorada de él —dijo su amiga mientras ponía los ojos en blanco.

El cuerpo de Erika sufrió una potente sacudida. Esas palabras constituían un asunto mayor y peliagudo. No quería ni oír hablar del tema.

—No, ni hablar. No quiero pasar por lo mismo de siempre. No quiero sufrir. —Su lengua se movió antes que su cerebro, intentando despejar todas las dudas—. Te garantizo que no estoy enamorada de él.

—Ya, pero no puedes engañarme. Vamos, te creo cuando dices que no le quieres, pero sé sincera. ¿Cuánto tardarás en hacerlo? Te pasas horas hablando de él sin parar, atenta a sus movimientos, esperando sus llamadas, sus mensajes... —Cruzó los dedos—. Eso no puede ser bueno para alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Tú querías sexo, ¿recuerdas? Sin ataduras ni compromisos, sin querer ir más allá.

—Bellatrix, mírame. —Se incorporó levemente—. Por supuesto que sigo queriendo sexo. —Sus ojos brillaron de forma pícaro—. A día de hoy es lo más gratificante que he obtenido por parte de los hombres.

—¿Y ahora?

—Ahora también. —Elevó el rostro para aparentar serenidad—. Lo creas o no, nada ha cambiado.

—Pero nunca te había visto así, tan... plena.

—Eso es porque he aprendido a disfrutar al cien por cien. No niego que Cameron ha tenido mucho que ver, pero sigue siendo uno más.

—¿Uno más? —se burló—. ¿De qué estás hablando? Desde que andáis enredados te has olvidado del resto.

—Bueno, hay una razón.

—¿Cuál?

Contuvo el aliento antes de contestar.

—Me da absolutamente todo lo que necesito.

—¿Todo?

—Todo y más. —Se relamió los labios—. No creo que sea necesario jugar con varios si uno puede ofrecerme cosas que ni siquiera sabía que existían.

Bellatrix se divertía con esa descripción mientras proseguía con su trabajo.

—Ya veo que es imaginativo.

—No, eso es un calificativo muy pobre para describirle. Es un hombre... en todo el sentido de la palabra.

En ese momento el teléfono móvil de Erika sonó a lo lejos, pero ni se inmutó.

—¿No vas a cogerlo?

—No —contestó tranquilamente—. Por hoy, se acabó el trabajo.

—A lo mejor no es quien tú crees...

—Si estás pensando en Cameron, puedo asegurarte que no es él. Nunca me llama antes de encontrarnos.

—Puede que te equivoques.

—Será alguno de mis jefes insistiendo para que les eche un cable. No pueden hacer más de dos cosas a la vez —dijo Erika mientras negaba con la cabeza sin alterarse.

—Bueno, a juzgar por lo que has dicho hace un minuto, hay alguien que sí.

—Siempre hay excepciones.

Una parte del masaje acabó. Bellatrix proseguía, pero lanzó al aire algo inesperado. Su naturaleza era imperturbable, y el incesante deseo de averiguar más sobre el hombre que había embaucado a su amiga la tenía en ascuas.

—¿Y su mujer? —espetó.

—¿Qué pasa con ella?

—¿No sabe nada de lo vuestro?

Ante esa pregunta inoportuna, Erika se dio parcialmente la vuelta y miró a su amiga con el ceño fruncido.

—¿Estás loca? ¿Cómo va a saberlo?

—Bueno, sólo preguntaba...

—Ya sabes lo meticulosa que soy para todo, y mucho más con esto. Me lo tomo muy en serio, y no quiero correr riesgos.

—¿Sabes? La mejor manera de no asumir ningún riesgo es dejar esa locura antes de que salga mal —suspiró su amiga mientras continuaba con el masaje.

No obtuvo respuesta. En su fuero interno, Erika sabía que Bellatrix tenía toda la razón, pero iba en contra de sus propias creencias. Se había hecho a él, ajustado a su medida y necesidad. No podía dejarle. Hacía que la vida tuviera sentido para ella.

—¿Me has oído?

—Claro que sí, pero ya sabes cuál es la respuesta.

—Como siempre, una negativa tajante.

—Y definitiva, Bellatrix. —Sólo imaginarse lejos de su perfecto caballero le destrozaba el corazón—. No pienso alejarme de él.

—Pero algún día tendrá que acabarse.

—Sí, pero no será hoy. —Su paciencia estaba llegando al límite.

—Pero...

—¿Qué?

—¿La conoces? Me refiero a su mujer —quiso saber su amiga, muerta de curiosidad—. ¿Has podido verla alguna vez?

—Sí —admitió con reticencia y molestia en su interior—. La he visto un par de veces en la oficina. Es realmente atractiva, eso es algo innegable, pero algún error debe haber en su matrimonio si él está dispuesto a buscar en otra lo que necesita.

—¿Y ella le será infiel?

—No lo creo. Elizabeth Moore es casta y fiel. Es de esas personas que lo dan todo por los demás. Sabe lo que tiene, y tal vez no quiere perderlo bajo ninguna circunstancia.

—Bueno, eso es algo que tenéis en común, Erika. Pero supongo que Cameron no puede partirse en dos. Tendrá que elegir.

Erika se levantó de la camilla de repente y se envolvió el cuerpo con el albornoz, dando por acabada la sesión.

—Ya lo ha hecho.



Eran las once de la noche y estaba deseando que el tiempo volara sobre las manecillas del reloj. Sucumbía ante la espera ardiente y los delirios se sucedían de manera catatónica hasta alcanzarle el último tramo de piel que podía aspirar a mantener el control. Apenas había probado bocado, ya que el hambre que tenía no era fisiológica, sino una mucho más carnal. Por eso se mordía el labio con gran impaciencia.

Se había arreglado con delicadeza, vistiendo de categoría, con un carísimo vestido color burdeos de escote sugerente tanto por delante como por detrás, y una sugerente abertura a lo largo de la pierna. Llevaba el pelo suelto tal y como a Cameron le gustaba; unos finos pendientes de diamantes, maquillaje justo y tacones de prestigio. Estaba más que preparada, lista y a la espera. Los punzantes nervios a la altura del vientre seguían haciéndole compañía cuando llegó la hora de empezar con el ritual adquirido. Bajó en el ascensor rodeada de unos cuantos vecinos extremadamente curiosos y accedió a la calle, donde el portero ya estaba esperándola con la puerta del coche abierta.

—Gracias, Arnold —apuntó Erika.

—Como siempre, es un placer —contestó el anciano—. Que pase una buena noche, señorita Osborn.

Ella sonrió por ese comentario. Para qué mentir; era precisamente lo que pensaba hacer, disfrutar, dejarse llevar y volverse loca con el contacto de esos dedos y esas manos de su dios romano, reencarnado en un ejecutivo actual que vestía con corbata y adoptaba múltiples formas para alcanzar sus objetivos.

Condujo con precaución, pero las manos tensas alrededor del volante delataban su inevitable ansia por llegar a su encuentro. Tenía tiempo más que suficiente para llegar y esperar, pero quedarse cruzada de brazos en casa no era una opción. Era propensa a buscar deliberadamente el peligro y la alta tensión ya recorría sus venas; la sangre le hervía, anhelando desesperadamente el impacto y la colisión de esos cuerpos que al parecer estaban destinados a entenderse, tanto en la cama como fuera de ella.

Aparcó el vehículo en una calle poco transitada y salió de él, comenzando una caminata que más bien podía compararse con un ritual de danza erótico. Las caderas seguían su movimiento; su cabeza, bien alta por encima de los hombros, el cabello bailándole sin dificultad, los ojos vivos y achispados por la promesa inminente de un nuevo vínculo que desataría su locura. Se sentía tan bien y con tanta gloria almacenada sobre su piel que albergaba con furia lo que estaba por venir.

Encontró el acceso al metro y no se lo pensó dos veces para bajar por el tramo de escaleras. No tuvo ningún tipo de problema cuando fue catapultada al punto de mira, desatando admiraciones desapercibidas. Todos los ojos de esos transeúntes nocturnos le hacían un hueco para que pudiera pasar. Era como si la perfección se hubiera quedado obsoleta a su paso. No había nadie como ella y, teniéndolo bien presente, proseguía su caminata mientras el público se cerraba en sí mismo para no caer fulminado bajo la atenta mirada fugaz de Erika.

Dejó que el tiempo volara hasta la media noche, hora en la que todo cambiaría... para bien. Se encontraba sentada en uno de los vagones del último metro que rondaba por Manhattan a esas horas. Había contado demasiadas estaciones pero ya no importaba, se estaba acercando al punto de partida y por ello se retorció las manos a la altura del regazo, con la piel de gallina, el pulso acelerado y las pupilas dilatadas. Todo un mensaje subliminal capaz de gritar bien alto esa promesa que no dejaría indiferente a ninguno de los dos. Tenía bien presente que aquel sería un grandioso regalo de cumpleaños, ya que había alcanzado un nuevo día y deseaba ser el centro de todas sus atenciones.

Y de repente, todo cambió. Las puertas de su vagón se abrieron con ese sonido tan característico y no pudo evitar rodar los ojos para provocar el primer contacto visual. Estaba eufórica, pletórica, y cómo no estarlo. Lo había estado esperando durante todo el largo día, y por fin todo había acabado. La locura se desataba allí.

Erika permaneció sentada en su sitio, con las piernas seductoramente cruzadas, aguardando a que el último pasajero anónimo saliera de allí. Para compensarlo todo, su objetivo varonil entró de súbito en cuestión de segundos. Vestía con camisa negra, ligeramente abierta, con esos pantalones tan exclusivos que resaltaban su espléndido trasero.

Tal vez podrían meterse en un buen lío, pero sobornar al conductor del metro, así como a los vigilantes para darles algo de intimidad nocturna, había sido una de las mejores ideas hasta la fecha. Podían desatar su pasión en cualquier otra parte, pero saltarse las normas morales y decidir el sitio exacto de sus encuentros era muy gratificante. Por eso, el hecho de devorarse mutuamente en un escenario público resultaba más excitante que una simple habitación de hotel. Les saciaba por completo, y es que ambos sabían que el envoltorio era casi tan importante como el contenido de sus propias fantasías.

Erika se levantó cuidadosamente y movió su pierna para dejarla al descubierto, lejos de la tela del vestido. Suspiró y se mordió el labio, mientras anhelaba que su pretendiente se acercara poco a poco, arrinconándola. Y eso fue justamente lo que pasó. Esos ojos azules se le clavaron con una hostilidad que rozaba lo dulce, y entonces se deshizo por dentro.

—Creí que ya no vendrías —murmuró él, conteniendo las ganas de besarla—. Has tardado demasiado.

—Sabes que la puntualidad no es mi fuerte —ronroneó al mismo tiempo que aleteaba sus pestañas de manera descarada.

—Entonces, espero que puedas compensarme.

—Desde luego, soy la candidata adecuada para ello.

Justo después de decir aquello, se lanzó a por él, empujándole hasta el otro lado del vagón, apresándolo contra uno de los cristales. Sus lenguas se saludaron con efusión, sus finos dedos jugaron con el pelo rubio de él, acariciándole exageradamente para no perderse ningún detalle de ese majestuoso ejemplar que era capaz de desatar pasiones con un mísero chasquido de dedos.

—Vaya... —dijo él, tomando aliento después del primer contacto—. Estás más ansiosa de lo habitual.

—Precisamente. —Bajó su mano hasta la entrepierna de su caballero andante, deseando comenzar el festín—. Un año más de vida implica más... lujuria.

Cameron sonrió, mezclando una tenacidad pasmosa y una sensualidad capaz de derretir el hielo.

—Vas a tener que demostrármelo. Pero antes... —Se metió la mano en uno de los bolsillos del pantalón y estrago una pequeña cajita oscura—. Cierra los ojos.

Erika había estado esperando una muestra de ese calibre. Sabía perfectamente que Cameron nunca se olvidaría de su cumpleaños, y esa era la prueba más evidente. Para ser un hombre, tenía buen gusto en cuanto a obsequios para las mujeres, así que estaba segura de que fuera lo que fuese, le encantaría. ¿Qué sería esta vez?

—No me pidas eso —dijo con voz de adolescente inocente—. Ya estoy lo suficientemente nerviosa como para cerrar los ojos y no saber lo que tramas hasta el último segundo.

—Créeme, sólo será un momento —insistió dulcemente—. Te garantizo que merecerá la pena.

—Eso ya lo sé, pero siempre encuentras el modo de desquiciarme hasta el punto de volverme loca.

—¿Y acaso no es una de las cosas que más te encantan? —Arqueó una ceja.

Erika acabó por ceder y sus párpados se cernieron sobre sus ojos. Justo después percibió un ligero cosquilleo en el cuello, acompañado de un tacto pequeño y frío.

—Bueno, creo que ya puedes abrirlos.

Cuando su vista se enfocó en el punto adecuado, vislumbró el colgante más precioso que había visto nunca. Un diamante tallado en forma de lágrima y rodeado de oro blanco.

—Oh, Dios mío... —Se había quedado sin palabras—. Es precioso.

—Sí, pero no tanto como tú. —La besó en la comisura del labio—. Feliz cumpleaños, Erika.

Ella se lanzó a sus brazos y le comió a besos, primero de naturaleza casta y luego más envolventes, hasta que perdió el control.

—No sé cómo agradecértelo, Cameron.

—¿De veras? Yo creo que sí. —Le pasó los dedos por la columna hasta llegar a la parte lumbar—. Sabes exactamente cuál es la manera de hacerlo. Me conoces a fondo, más que cualquier otra persona.

—¿Y sabes por qué? —susurró ella, mordiéndole el lóbulo de la oreja—. Estaba destinada a usted nada más poner un pie en la empresa, señor Moore. —Le desabrochó lentamente la camisa, hasta que su torso y esos abdominales salieron a la luz—. No me diga que no se dio cuenta. Me enganché a usted antes incluso de ser consciente de ello.

—Es posible —susurró—. Creo que fue algo mutuo. —Cameron sonrió de medio lado, como un seductor nato.

—¿En serio?

—¿Acaso te mentiría? —Deslizó el dedo por el hombro derecho de Erika y le quitó uno de los

tirantes del vestido—. Eres una mujer extraordinaria.

—Me lo dicen muy a menudo. —Erika sonrió e intentó no ruborizarse.

—¿En serio? Permíteme que lo dude. —Bajó su mano hasta la larga pierna de ella y comenzó a subir de nuevo, provocando que la electricidad y la tensión se agitara y subiera como la espuma—. Apuesto a que no has permitido que ningún hombre como yo te diga lo mismo.

—Exacto, porque me he dado cuenta de que no hay nadie como tú. —Pegó sus labios al oído de él—. Nadie.

—¿Es un cumplido?

—Me temo que es mucho más que eso. Es una verdad irrevocable.

Acto seguido, Cameron la levantó del suelo y le ordenó suavemente que se sujetara a una de las barras fijadas en la parte superior del vagón. Erika obedeció y dejó que su amante actuara en primer lugar, rompiendo el hielo.

—Esta noche eres toda para mí —murmuró Cameron al mismo tiempo que inspeccionaba cada parte corporal de su compañía femenina, observándola desde su posición—. Toda mía.

—Sí, pero es algo mutuo, no te olvides —contraatacó Erika utilizando sus piernas para enroscarse en la cintura del hombre que estaba a punto de hacerla explotar de emoción.

La escena iba volviéndose más eufórica, con la temperatura ardiendo, eclipsando al mismo infierno. Eran innovadores, siempre probaban cosas nuevas, pero teniendo la seguridad de que sus gustos se amoldaban perfectamente a los del otro.

Cameron seguía con su táctica de allanar el camino que tenía intención de degustar más a fondo de un momento a otro. Con su mano bajo la tela de aquel vestido que dejaba casi toda la anatomía de Erika a la vista, conseguía que ella echara la cabeza hacia atrás, conteniendo la respiración y el aliento. Rozaba cuidadosamente la fina tela del tanga y el contacto de sus dedos con la piel de ella provocaba cortocircuitos.

—Me encanta verte así —dijo esperando encontrarse con sus ojos.

—¿Así cómo?

—Tan expuesta.

Erika no se esperaba esa respuesta y terminó por sonrojarse. Se soltó de la barra y se apretó contra el cuerpo de él, abrazándole y sintiendo su aroma de caballero exquisito.

—Eres el único hombre que consigue hacerme sentir desnuda incluso antes de quitarme la ropa. — Le cogió la cara entre las manos y le pasó la lengua por una de sus mejillas—. ¿Sabes lo difícil que es eso?

Para corresponderla, Cameron la besó con violencia, mordiéndole el labio y tirando de su pelo con decisión pero sin hacerle daño. Acabó por moverse por el vagón y se precipitó en uno de los asientos, con Erika sentada sobre él a horcajadas.

—No sé cómo lo haces, pero siempre me sorprendes. A primera vista nadie diría que eres una

mujer tan... insaciable.

—Intento pasar desapercibida la mayor parte del tiempo, pero lo que pasa entre tú y yo es otro asunto. —Se movió y le quitó la camisa para arrojarla al suelo a un metro de distancia—. No tengo ninguna necesidad de esconderme y creo que estás encantado de que no lo haga.

—Por supuesto. —Le pasó los dedos por la curva de su liso vientre, explorando el límite. Anhelaba poseerla, estar literalmente dentro—. Quiero que seas tú misma. No disimules, no te inhibas, no te reprimas, Erika. Sólo déjate llevar.

—Eso ya lo estoy haciendo, de lo contrario no estaría encima de ti en este momento.

Ambos sabían que era tiempo de dejar de hablar. Pasar a la auténtica práctica era más entretenido, y cuando la camisa y el vestido fueron a parar al otro extremo del vagón, la carrera desenfrenada dio comienzo con un arsenal infinito de besos, caricias, mordeduras, movimientos rápidos y precisos, respiraciones agitadas, murmullos ahogados por el propio deseo de sus cuerpos, haciéndose añicos por el afán de sentirse más cerca.

Erika se sentía triunfal en los brazos de él. Incapaz de parar incluso para tomar aliento, se enzarzaba en una pelea que no consistía en saber quién de los dos ganaría. Se trataba de un asunto de conexión vital, de averiguar hasta qué punto eran capaces de saciarse el uno al otro sin necesidad de apagar la llama que les mantenía a la espera. Cuando la joven agarró los pantalones de él y le bajó la cremallera, la excitación que la embargaba se triplicó. Era suyo y era... condenadamente perfecto. Solía darle un papel importante a los preliminares, pero en aquel momento estaba tan ansiosa que sólo esperaba llenarse de él.

La ropa interior estorbaba más de lo debido, así que después de dedicarse una mirada mucho más que ansiosa, Cameron se deshizo del sujetador que adornaba la parte superior del cuerpo de su presa y la devoró palmo a palmo, sin prisa. Sus labios bajaron por ese cuello tan firme y perfumado hasta llegar a los senos. Los había visto un millón de veces, y aun así, seguía sintiendo la emoción de los primeros encuentros. Acaparó con su boca un pezón y lo succionó con cuidado, siendo plenamente consciente de que el placer liberado no tardaría en fluir, ya que Erika soltó un gemido gutural, proclamando su visto bueno. Conforme, Cameron prosiguió con su arte amatorio. Paseó su lengua por esa piel tan delicada y rosada al mismo tiempo que sus dedos se entretenían con el otro pezón. Jugaba a dos bandas y demostraba que podía hacer varias cosas a la vez sin perder por ello eficacia. Percibía un ligero temblor en la anatomía de aquella mujer, pero no tenía ninguna prisa por acabar. Descendió hasta acabar en el ombligo, acariciándolo en seductores círculos mientras buscaba con la mirada las pupilas encendidas de Erika. Cuando las encontró, apostó por su parte favorita. Tiró de la goma elástica del tanga hacia abajo y segundos después acabó con él en la mano. No pudo evitar pensar que aquella diminuta prenda podía ser considerada un trofeo. Uno de tantos, en realidad. Lo dejó a un lado y cesó lentamente en sus movimientos. El privilegio de quedarse desnudo era un honor que inevitablemente cedía a su compañera.

Por su parte, Erika captó el mensaje y cogió las riendas de la seducción. Asió los *boxers* de él y con suavidad letal los desplazó hacia abajo, notando la erección presente. Cuando al final liberó la furia contenida, Cameron la levantó por última vez y acto seguido la empujó contra sí mismo, quedando atrapada en el acto. Entonces Erika cerró los ojos, aun sabiendo que podía ver con los

otros sentidos restantes. Se mordió el labio debido al fuerte torrente de fuego que le mordisqueaba el bajo vientre. El corazón le golpeaba con tanta fuerza el pecho que temía desmayarse. Tenía cada centímetro de piel ardiendo, con un ligero rastro de sudor que se volvía evidente con la fricción constante que les embaucaba a la desesperación.

Cuando los dos empezaron a moverse al unísono, la sensación fue tan agradable y armónica que sólo podía vislumbrarse como algo divino, ajeno a cualquier experiencia terrenal. Sin querer, ella pedía más. Nunca esperaba menos de lo debido porque tenía experiencia en recibir mucho más en cada acometida. Le sentía tan adentro que incluso llegaba a doler, pero no importaba. La hacía sentir única y correspondida. Acostarse con un hombre como Cameron representaba el exponente más elevado del sexo.

Desnudos, expuestos a las ganas de saciar su apetito carnal, ambos degustaban los placeres más gratificantes de la vida. Llegaban hasta puntos insospechados, canalizando la furia, exprimiendo sus dolientes anhelos por llegar a la gloria.

—Terminarás por volverme loco —jadeaba él hundiendo su boca en la de ella mientras insistía en fundir sus manos con ese trasero de ninfa que le provocaba los deseos más indebidos. Una pulsión incontrolada.

Incapaz de contestarle, Erika le mordió el cuello, pasando la lengua por esos fuertes pectorales. Se le quedaba un fuerte sabor en la boca, pero era terriblemente delicioso y todo para ella.

—Eres el mejor bocado que he podido degustar, Cameron. Nunca voy a cansarme de ti.

—Eso espero —susurró mientras se hundía todavía más ella con una sacudida prominente—, porque no pienso permitir que me aborrezcas cuando te tengo justo donde quiero.

Ella esbozó un rostro saturado de deseo y conformidad, un siseo entre dientes mientras acoplaba sus caderas en las coordenadas adecuadas para recibirle en todo su esplendor, sonriendo y llegando al punto y final.

La cortina de vapor, sudor y pasión que les envolvía se cernía sobre ambos sin ninguna piedad. La sensación de saberse comprometidos al completo rebosaba el cupo de lo meramente soportable. Podrían pasar horas allí, pero el desenfreno abogaba por terminar... Una experiencia que iría a parar directamente a un lugar imborrable.

—Mírame —susurró él al mismo tiempo que le levantaba la barbilla y la embestía con decisión—. Aquí me tienes.

—Exactamente igual que yo —correspondió Erika clavándole las uñas en los hombros—. Estoy aquí, contigo.

Podía sentirle tan adentro de su sexo que las lágrimas estaban prácticamente al borde de sus ojos. La tensión de sus músculos provocaba que estuvieran al rojo vivo, mordiéndole las entrañas, quemándole cada poro, suplicando desesperadamente que todo aquello acabara de una vez para así poder degustar las mieles del éxito.

—Oh, Dios...

—Eso es —insistió Cameron incrementando el ritmo—. Ya casi hemos llegado.

Segundos después, cuando la conexión no podía ser más empática, la explosión se hizo patente, con los sonidos de aquellas gargantas llenando todo el espacio vacío. Erika se derrumbó sobre el pecho de él, tratando por todos los medios de recuperar el aliento. Eso era precisamente lo que tanto buscaba en un hombre. La eterna relación de carácter esporádico sin ansias de escalar a lo más alto. Lo que le avivaba la chispa era saber que la posibilidad seguía latente, justo bajo la superficie. Era cuestión de tiempo, pero mientras se preguntaba si lo que sentía por ese ser tan influyente podía ser catalogado como enamoramiento, el placer por llegar al clímax era suficiente para cortar de raíz las voces de su conciencia medio dormida.

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando esa cenicienta sin tapujos debía volver a casa. El encuentro había sido satisfactorio, al igual que todos los demás, con una promesa de que el siguiente no se demoraría demasiado.

Reinaba una paz reconstituyente, con la oscuridad acechando al otro lado. Habían vuelto al punto de partida, pero todavía quedaba volver a subir a la superficie, respirando el aire de la ciudad que nunca duerme.

Ella se colocó el vestido sobre su extasiado cuerpo mientras tarareaba una canción. Se miró en uno de los cristales, observando que su pelo no tenía remedio, no después de lo que acababa de pasar.

—Mira lo que has hecho —dijo burlándose de él—. Conseguirás que crean que soy una de esas mujeres que vende su cuerpo al mejor postor cuando nadie la ve.

—Me temo que eso no es del todo cierto. —La abrazó por detrás, dándole un beso en la nuca—. Eres de mi propiedad. Nadie más tiene derecho a tocarte.

Erika ignoró el hecho de que el trato no se cumplía por parte de Cameron. Él era quien estaba casado, quien tenía a dos mujeres a su plena disposición, pero pensó que lo mejor era no decir nada; no deseaba romper la magia de esa noche que había sido tan agotadora como suprema.

—No voy a buscar en otro hombre lo que tú sabes darme. Es bastante sencillo y lógico, ¿no crees?

—¿Significa eso que estoy a la altura de tus expectativas?

—Por el momento, sí. —Se dio la vuelta y le agarró el trasero con decisión—. Tiene un talento natural para conseguir lo que se propone, pero yo también sé jugar, señor Moore.

—De eso ya me he dado cuenta...

—Pues aún no has visto nada.

Cameron se pasó la lengua por los labios al pensar en las posibilidades que conllevaba esa amenaza.

—Creo que seré capaz de afrontarlo.

—Oh, admitámoslo —murmuró Erika, justo antes de salir por las puertas abiertas del vagón—. Soy mucho más que tu talón de Aquiles. Represento el aire que necesitas para respirar así que, por mi parte, no hay necesidad de fingir.

—Tú y tus metáforas...

—Está en mi carácter. —Se encogió de hombros—. No me gusta ser tan... evidente.

—Pues para mí sí lo eres. Te he calado.

—No lo niego, pero si ha sucedido es porque era precisamente lo que yo quería. Ya sabes que esto es cosa de dos.

Estaba a punto de marcharse cuando la mano poderosa de él la agarró de la muñeca.

—¿Adónde crees que vas? —dijo envolviéndola en sus brazos—. Todavía no he terminado contigo.

—No tengo ninguna intención de escapar.

—¿No? Pues es lo que pensabas hacer.

—El tiempo se nos ha acabado y toca despertar. No es lo mismo.

—Me encantaría quedarme aquí para siempre. —Un atisbo de impotencia surcó su cara de dios romano y poderoso.

—Sí, pero esto es la realidad y tienes que volver a casa con tu familia.

Erika sabía que ese último comentario había estado fuera de lugar, pero no pudo evitarlo. Tener presente que al despedirse él se marcharía junto a la mujer con la que estaba casado le rompía los esquemas.

—Sabes lo mucho que significas para mí, Erika. No eres un simple capricho.

—Lo sé.

—Pues tengo la sensación de que a veces lo olvidas. —Le dio un beso tierno en la frente—. El hecho de que esté casado no cambia lo nuestro. Para mí eres la única.

Ella se extasió con esa declaración, deseando con todas sus fuerzas que fuera cierto.

—¿Sabes? Hay muchas formas de parar un corazón, y yo tengo la capacidad de interrumpir el pulso del tuyo cuando lo considero oportuno.

—Jaque mate —dijo Cameron con una sonrisa de oreja a oreja.



A priori, parecía otro día sumido en la rutina en aquella interminable oficina, pero Erika sabía que no lo era. Se notaba en el ambiente, un no sé qué repartido en cada molécula condensada en el aire que aspiraba a convertirse en una promesa con el flamante título de objetivo cumplido. Todo se volvía eclípticamente agónico al verle pasear tan de cerca, como si Cameron sintiera la absoluta necesidad de merodear cerca de ella cual predador acechando a su indefensa presa, sólo que en ese caso, las tornas más bien adoptaban el papel inverso. Era ella la que llevaba los pantalones, capaz de volverle loco en cuestión de milésimas con el simple y majestuoso aleteo de sus pestañas.

Llevaba el pelo recogido en una cuidadosa coleta, como si de ese modo sus intenciones más primarias quedaran a resguardo del resto del personal, pero su camuflaje no duraría eternamente, sobre todo porque Cameron Moore se acercaba más y más, desintegrando la distancia y plasmando en un lenguaje no verbal todo lo que pensaba hacer con la joven si conseguían quedarse a solas. A decir verdad, era un milagro que aún nadie se hubiera dado cuenta de lo que sucedía entre ambos; saltaban chispas, y cada mínima insinuación era un paso más para forjar un eslabón que componía, precisamente, la cadena de pecados ante la cual era imposible no sucumbir.

Eran las doce del mediodía, y tras sobrepasar su límite consciente frente a un montón de interminables informes carentes de todo sentido emocional y excitante, Erika optó por darse un respiro, y nada mejor que un café para evadirse. Por eso no dudó en servirse uno mientras disfrutaba del silencio en la gran sala que se encontraba en un punto estratégico para no llamar la atención. Era una estancia que mezclaba paneles de madera con cristal, plantas exóticas, además de encimeras, una mesa de roble justo al final y varias máquinas al servicio de renovados parásitos con traje y corbata demasiado ocupados en nada en particular. Consistía en una mera distracción, en un cubículo sin provecho, en una sala de tiempo muerto, o como ella prefería llamarla: habitación del limbo.

Todo iba bien hasta que el silencio tan deliberadamente buscado fue interrumpido por la presencia tan endiabladamente detestable de Vince, compañero de trabajo de Erika; musculoso pero con el cerebro del tamaño de un mosquito, piel bronceada hasta decir basta y una sonrisa tan exageradamente blanca que más bien se asemejaba a un Ken en la vida real. Lo malo es que se empeñaba en convertir a Erika en su particular Barbie, aunque ella no tenía ninguna intención de serlo. Aunque estuviera libre y sin compromiso, jamás se enredaría con alguien como él, un tipo cuyo lema era elevar la superficialidad a la máxima potencia, dejando de lado lo verdaderamente importante.

—¿Tomándose un respiro, señorita Osborn?

—Sí, algo así, Vince. ¿Qué tal tú? —Erika le sonrió de forma cortés, manteniendo su impaciencia bajo sus buenos modales

—Genial, mucho mejor ahora que te tengo para mí solo.

Ese era el típico comentario que conseguía hervirle la sangre. Por desgracia, y aunque lo había

intentado por todos los medios, no podía evitar ser el punto de mira de ese tipo que la miraba de forma tan repugnante, reduciéndola a un simple trozo de carne, un burdo trofeo con largas piernas.

—¿Quieres un café? —preguntó tratando de desviar el tema.

Vince sonrió, dejando al descubierto sus pensamientos más inapropiados, teniéndola a ella como principal protagonista.

—Lo que quiero es otra cosa, pero supongo que ya lo sabes.

Erika comenzaba a perder la paciencia. Estaba atrapada, situada prácticamente en medio de la habitación, mientras que su enemigo vestido con un traje gris ceniza impoluto se encontraba justo delante de la puerta, convirtiéndose en un molesto obstáculo.

—Creía que ya lo había dejado claro. No eres mi tipo.

—¿Y eso qué importa? —Dio un paso—. Puedo ser lo que tú quieras, Erika. Sólo es cuestión de proponérselo.

—Sí, pero en este caso la decisión está tomada. La respuesta sigue siendo la misma de siempre. Un rotundo no.

—¿Es que nunca te das por vencida?

—Es curioso, yo podría hacerte la misma pregunta.

Su sonrisa artificial deslumbró casi por completo. Era atractivo, de eso no había duda, pero por dentro era justo lo opuesto.

—Nadie tiene por qué saberlo.

Sin prisa, Erika dio un sorbo a su café y después retomó la incómoda conversación.

—Escucha, aparte de ser compañeros de trabajo, resulta que somos totalmente diferentes, incompatibles. No tenemos nada en común, y eso sólo confirma mi sospecha.

—¿Que es...?

—No me acercaría a ti ni aunque mi vida dependiera de ello, ¿lo entiendes?

Vince soltó una carcajada y, lejos de echarse para atrás, fue acercándose. Sus ojos brillaban, estaba desesperado por echarle el lazo, pero había acabado por descubrir que aquella mujer no era como las demás. Tenía carácter, y desde luego era de índole fuerte, absolutamente indomable.

—Eres más testaruda de lo que parece. —Se aflojó el nudo de la corbata—. Voy a tener que emplearme a fondo.

—No será necesario. Pierdes el tiempo si crees que voy a caer en tu juego. No tienes nada que me interese. Acéptalo de una vez. No quiero problemas.

—Yo tampoco.

—¿En serio? Entonces será mejor que no sigas con esto.

—¿Me estás amenazando? —aventuró a decir mientras ladeaba la cabeza con gesto pensativo.

—No me hace falta. Contigo no tendría ni para empezar.

La discusión podría haber seguido de largo, pero la puerta se abrió, trayendo consigo al caballero andante por el cual suspiraba Erika. En cuanto Cameron se percató de lo que ocurría, no lo dudó ni un instante.

—¿Qué haces aquí, Vince? —Su voz fue rotunda, su tono, desafiante. Era más alto que Vince, lo cual le daba una ligera ventaja si las cosas se complicaban.

—No es asunto tuyo, Cameron.

—Lo es si se trata de tu mal comportamiento. Puede afectar a los que te rodean y no te conviene. — Sus ojos azules volaron hasta los de Erika, tratando de leer entre líneas—. ¿Te está dando problemas?

—No, todo está bien. —Se sentía tremendamente agradecida por su oportuna aparición, pero no deseaba que por su culpa Cameron tuviera un enfrentamiento—. Puedes irte.

—Sí, Cameron —se burló Vince—. Lárgate de una vez.

Sin embargo, este no se movió ni un ápice. Estaba en su territorio, protegiendo lo que consideraba suyo.

—¿Nadie te ha enseñado modales?

Vince, cansado de que sus planes se hubieran truncado hasta un punto de no retorno, se plantó delante de aquel hombre alto y rubio, tratando de imponerse, a sabiendas de que estaba lejos de conseguirlo.

—Oye, no recuerdo haber pedido tu opinión, Moore.

—Pues es una lástima. —Se encogió de hombros—. Tengo muy buenas referencias.

—Basta —interrumpió Erika—. Ya es suficiente. Esto no tiene por qué complicarse. No ha sido más que un malentendido.

—Creo que se trata de algo más —murmuró Cameron—. No tienes por qué permitir esta clase de acoso. Eres una mujer con gran talento dentro de la empresa y nadie debería hacerte sentir incómoda, y mucho menos alguien que es tan... ineficaz.

—¿A quién llamas ineficaz, Cameron? —masculló Vince, dándole un empujón.

—Bueno, creo que es bastante evidente, ¿no crees? No deberías seguir adelante. Así sólo conseguirás buscarte problemas.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? Esto es algo entre ella y yo.

—Sí, pero me temo que la señorita Osborn no quiere ni oír hablar del tema.

—¿Y qué pintas tú en todo esto? —Se plantó delante de él, a un palmo de su rostro, provocándole—. ¿Acaso te interesa?

Las preguntas de Vince se iban acercando más a la parte incómoda, al secreto reinante, pero no podía saberlo, era imposible.

—Lo único que me interesa es mantener el orden en mi lugar de trabajo, nada más. Así es más fácil

para todo el mundo. Es mejor que me sigas la corriente, amigo.

—¿O qué? —desafió Vince, tan alterado que estaba a punto de emprenderla a puñetazos.

—Te denunciaré por acoso, además de toda una serie de comportamientos indebidos, y antes de que te des cuenta estarás fuera de aquí. —Frunció el ceño mostrando una perspectiva totalmente diferente de su apaciguada personalidad—. Está en tu mano, Vince. Tú decides.

—Que te jodan, Cameron. —Su seguridad se había esfumado—. Eres un capullo.

—Que pases un buen día —le contestó Moore con la mejor de sus sonrisas.

Lleno de cólera y rabia exteriorizadas al máximo, el tipo bronceado y de intenciones maliciosas le dedicó a Erika una última mirada de advertencia.

—Esto aún no ha acabado, Erika.

Cameron le puso una mano en el hombro y apretó, recordándole que todavía estaba delante.

—Yo creo que sí. —Sus ojos azules se volvieron puro hielo—. Vete de una vez.

Sin poder hacer nada al respecto salvo desaparecer, Vince acabó por huir como un perro asustado.

Cuando la puerta se cerró tras ese miserable, ambos cómplices pudieron respirar tranquilos. Antes de retomar la palabra, Cameron se aseguró de que nadie podía verles, cerrando las persianas para conseguir un poco de privacidad.

—¿Te estaba molestando?

—Relájate, lo tenía todo bajo control —respondió Erika dejando ir la tensión que había estado incordiando a sus músculos.

—¿Estás segura de eso? —Se acercó poco a poco, con esa mirada que era capaz de decir todo y nada a la vez, tan preocupado y tan sereno—. Parecías estar a punto de perder los nervios.

—Nada de eso.

—Bueno, en ese caso...

Erika no le dejó terminar la frase y fue hacia él, abrazándole.

—En ese caso —susurró—, olvídate de lo que ha pasado.

—Como si fuera tan fácil...

—Inténtalo. —Su rostro femenino se endureció debido a la preocupación—. Podía haber sido mucho peor. Ha estado cerca.

—Sí, pero por suerte todo sigue a buen recaudo.

—No si seguimos así.

Cameron suspiró hondo y cerró los ojos. Se colocó las manos detrás de la nuca.

—No puedo evitarlo, Erika. No puedo quedarme cruzado de brazos mientras algún idiota como Vince te está molestando.

—Te recuerdo que ese idiota puede perjudicarnos seriamente si no vamos con cuidado. —Chasqueó la lengua—. Me conoces, Cameron. Puedo cuidar de mí misma —respondió Erika sin pensárselo dos veces.

La puerta de la sala se abrió de golpe y ante ellos apareció la figura imponente de una de sus superiores, Nancy Freeman. Vestía siempre con falda gris y escote pronunciado a pesar de su considerable edad. Su cuidado pelo rubio destacaba de manera delicada, contrastando con el resto del conjunto, una auténtica máquina eficaz de hacer negocios.

—Cameron, Erika, a mi despacho. —Ni siquiera parpadeó para no dar lugar a equivocaciones—. Enseguida.

Los dos recorrieron el largo pasillo hasta ir a parar al punto de encuentro. El despacho de Freeman destilaba poder y control. Una arrogancia suprema que resaltaba por su gran tamaño. Por suerte, parecía que hoy estaba de buen humor.

—Sentaos, por favor.

Obedientes, los dos se sentaron en los cuidados sillones de cuero granate que se asomaban al otro lado del escritorio de Nancy.

—Bueno, iré directa al grano —comentó—. Estáis aquí porque los de arriba han decidido que ambos estáis más que capacitados para formar parte del grupo que irá la semana que viene al congreso nacional que se celebrará en Seattle.

Un rotundo silencio. Sus caras de asombro evidenciaban que la noticia les había pillado totalmente desprevenidos.

—¿Quién ha tomado esa decisión? —se atrevió a preguntar Erika.

—El señor Harris.

Cameron se removió sobre su asiento, intranquilo.

—¿Es inapelable?

—Eso me temo, Cameron —murmuró Nancy divertida por la situación—. Es un hecho. Espero que estén preparados.

Minutos después, y tras dar comienzo a un monólogo por parte de Nancy, Erika se atrevió a desplazar su mano hacia su acompañante, entrelazando sus dedos con los de él, consciente de que el escritorio servía como obstáculo apropiado para la ocasión.

El teléfono cobró vida y la mujer rubia resopló.

—Esperad un minuto —dijo descolgando el teléfono—. Continuaremos enseguida.

Mientras su superiora se enfrascaba en una conversación inalámbrica que tenía toda la pinta de alargarse hasta lo indecible, Cameron rodó los ojos a propósito y se dispuso a jugar un rato. Estaba convencido de sacar provecho de la situación. Por eso deslizó la mano y fue a parar directamente sobre la pierna de Erika. Ella se sorprendió, alzando las cejas y tratando de apartarse, pero tenía que disimular. No obstante, su compañero no estaba dispuesto a terminar antes de tiempo. Su rostro era

impasible, con aquella delicada boca sin delirios de satisfacción, pero sus ojos mostraban una pasión retenida. Sus dedos jugueteaban punto por punto, acariciando cada ápice de piel sensible. Mientras lo hacía, veía cómo Erika se mordía el labio, tratando de mirar hacia otro lado para no caer en la tentación, sin embargo, ya era tarde. Esa mano experta en anatomía seguía su camino, ascendiendo, hasta que meditó la locura de meterse bajo los límites de esa falda que escondía una de las cosas más fascinantes que podía recordar.

—Moore —susurró Erika con un hilo de voz prácticamente inaudible.

Cameron sonrió. Las veces que ella se tomaba la molestia de llamarle por su apellido era porque conseguía sacarla de sus casillas, justo como en aquel momento. Ignoró la señal de advertencia y pasó la frontera que determinaba territorio prohibido. Escudriñó la fina tela de la ropa interior y tiró de ella en forma de pellizco. Erika cerró los ojos, apretando los párpados para no titubear, pero estaba igualmente excitada, todo ello combinado con la atracción del miedo a ser descubiertos. Los dedos sigilosos de Cameron sortearon la fina barrera y entró de sopetón en su sexo, sintiendo sobre sus falanges la resistencia de los músculos de la vagina. La joven quedó inmóvil durante casi un minuto, con la respiración agitada y manteniendo los puños apretados a modo de contención. Cuando él comenzó a mover su mano con toda la discreción del mundo, su amante se inclinó hacia delante, arqueando la espalda y llamando la atención de su superiora.

La señora Freeman tapó el auricular un instante y murmuró:

—¿Erika, te encuentras bien?

La protagonista, sorprendida por haber sido tan vulnerable, levantó la cabeza de inmediato y asintió, recomponiéndose a marchas forzadas.

—Sí, por supuesto... —Se llevó una mano a la cabeza, desechando un sudor frío—. No ha sido nada, estoy perfectamente.

Nancy asintió y volvió a lo suyo. Por su parte, Erika se encargó de sujetar la mano alborotada de Cameron. Había decidido ir un paso por delante sin su consentimiento y debía pararle los pies antes de que la cosa llegara más lejos. No podía negar que había sido tremendamente estimulante, pero perder el control en un momento como ese no era un buen plan.

Cazador y presa se retaban mutuamente para ver hasta qué punto llegaban, pero el juego tan excitante se acabó de súbito al colgar Nancy el aparato.

—Bien, ¿por dónde íbamos?

Después de unos diez minutos más en ese despacho propio del demonio, ambos volvieron a la libertad. Erika estaba molesta, consciente de que cada vez que se encontraban lo suficientemente cerca no tenían reparos en dejarse llevar, pero todo tenía un límite.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —preguntó él mientras la seguía como un perro faldero.

Ignorando su pregunta, Erika alzó la cabeza y se dispuso a mantener las distancias, al menos hasta que su raciocinio volviera al punto de partida. Apretó el botón de la pared y esperó hasta que las puertas de uno de los ascensores se abrieran. Después, se metió en ese cubo de metal, consciente de que él la seguía instantáneamente.

—¿A qué piso? —preguntó Cameron.

—Tú ya sabes a cuál —gruñó Erika sin tan siquiera mirarle.

Convencido de que aquella no era más que una estrategia que no tenía garantías de llegar muy lejos, Cameron fue hasta el fondo del ascensor y se apoyó contra la fría pared. Poco después, sonrió al darse cuenta de que un puñado de hombres trajeados y mujeres con altos tacones se apresuraban para entrar, lo que obligó a Erika a entrar más adentro, terminando por colocarse justo delante de él. Las puertas se cerraron de nuevo y el silencio incómodo se notaba entre esas cuatro paredes. No había ni un centímetro libre, y todos esos cuerpos próximos unos de otros dejaban poco para la imaginación.

Erika tenía la piel de gallina, en especial porque sentía sin lugar a dudas el aliento de Cameron acariciando su nuca. Le deseaba con fuerza, en ese mismo momento, pero por dentro su enfado todavía no se había ido a ninguna parte. Para colmo de males, en el piso siguiente, un par de personas más se sumaron a los ya presentes en el ascensor, lo que provocó que el espacio para la integridad física de cada uno se redujera aún más.

Incapaz de demorarlo durante más tiempo, Cameron bajó sutilmente la cabeza y terminó por darle un beso a su amante en el cuello, a lo que ella respondió con una sacudida general en todo su cuerpo. No se giró para mirarle, pero estaba claro que de buena gana le habría abofeteado para devolverle el favor. Él sonreía, sabiendo que la cámara que vigilaba aquel cubículo no había podido rastrear ninguno de sus movimientos. Por una vez, se alegraba de tanto alboroto y muchedumbre diaria. Sin embargo, consciente de su insatisfacción, buscaba desesperadamente algo más. Por eso, improvisando de manera audaz, se metió la mano en el bolsillo de su traje y dejó caer a propósito una moneda de diez centavos, consiguiendo que el pequeño impacto contra el suelo provocara el ruido necesario, dándole la excusa perfecta para agacharse a por ella, lo que a su vez le concedería otra oportunidad para disfrutar de su amante. Con lentitud, bajó hasta el suelo, y mientras fingía buscar a tientas la dichosa moneda, una de sus manos se aferró con cautela al gemelo de Erika, acariciándola sin escrúpulos. Después, cuando encontró los diez centavos, se los metió de nuevo en el bolsillo y al ponerse de pie, se tomó el atrevimiento de pasear sus palmas bien abiertas por todo el perímetro de las extremidades inferiores de la joven. Ella aguantó soberanamente bien esa inspección inesperada, dejando soltar el aire de manera llamativa como única respuesta en contra.

La marea de gente se redujo intensamente en la parada que tocaba, y cuando les llegó el turno para bajarse en su piso, los dos se habían quedado a solas. Las puertas se abrieron y Erika dio varios pasos, pero antes de respirar de alivio, sintió cómo una mano le daba un travieso azote en su trasero, logrando un sonido preciso que le llegó hasta los oídos. Confundida, miró en ambas direcciones para cerciorarse de que nadie había visto aquello. Por fortuna, así fue. El pasillo estaba desierto.

—¿Qué diablos haces?! —gruñó mirando a Cameron con rabia.

Él ni siquiera contestó; estaba demasiado ocupado en continuar sonriendo debido a su juego.

Asqueada por momentos, Erika aumentó la velocidad de sus tacones hasta desaparecer de la vista de todo el mundo, refugiándose en su despacho. Cerró la puerta con fuerza y resopló, teniendo la sensación de que aquella relación clandestina se volvía más amarga y placentera con cada nuevo día transcurrido.

El teléfono de su mesa sonó y lo cogió.

—¿Sí? —dijo, con un tono hostil.

—No deberías enfadarte —dijo una voz sensual y masculina—. Ha sido divertido.

Ella levantó la mirada y pudo ver a través de uno de los cristales de su oficina que Cameron la miraba desde el otro lado, sosteniendo el móvil en su oreja. Consciente de que debería haber sabido que era él quien llamaba, Erika colgó el teléfono de manera brusca y bajó las persianas. Se sirvió una taza de café y esperó lo inevitable, teniendo constancia de que ese hombre tan apuesto a veces la ponía a prueba.

Tres golpes secos a la puerta de madera fueron suficientes para confirmar sus sospechas. Interpretando su actuación, Moore entró de forma profesional, sin llamar la atención, pero estaba claro que era un lobo declarado, escondido tras una piel de cordero.

—Lárgate —espetó Erika—. Te has pasado de la raya.

Fingiendo arrepentimiento, Cameron se acercó hasta la mesa y se inclinó, apoyando las manos sobre las esquinas.

—Está bien, tienes razón —dijo aparentando un tono lacónico y lastimero—. Me he pasado, lo siento.

—No, no es verdad. No lo sientes en absoluto.

—Oh, Erika, ha sido una broma... —Él reprimió las ganas de sonreír, pero al final no pudo lograrlo.

Molesta, la joven se levantó de su sitio y rodeó la mesa, empujándole con la mano.

—¿Una broma? —repitió—. ¿De verdad crees que estamos en condiciones para permitirnos este tipo de cosas? Pueden descubrirlo en cualquier momento, y sin embargo actúas como si no te importara.

—Claro que me importa.

—¿Sí? Pues entonces demuéstramelo, Cameron. Te comportas como un crío.

—Tú me haces ser así —dijo mientras se encogía de hombros y se metía las manos en los bolsillos.

—¿Insinúas que es mi culpa? —Ella abrió la boca, atónita.

—No, sólo digo que es muy difícil para mí mantener las manos lejos de ti.

—Pues eso es exactamente lo que tienes que hacer si no quieres que acabemos despedidos. No es tan complicado.

—Tú eres complicada. Tremenda y cautivadoramente complicada. Podría pasarme todo el día tratando de descifrarte. —Él volvió a las andadas de tipo seductor y eso pareció calmar el mal genio de la amazona ejecutiva.

—Buen intento, pero eso no te librá de tu castigo.

—Vamos, señorita Osborn, ya sabe que no he podido resistirme a sus encantos. No es culpa mía que tenga una anatomía tan endiabladamente perfecta.

—Eso no te da derecho a tocarme el culo en mitad del trabajo.

—Pero no había nadie...

Ella le puso el dedo índice sobre los labios para que no siguiera hablando. Después, se acercó a su oído.

—No has debido hacer eso —susurró—. Ahora me toca a mí devolverte el favor.

—¿Me está amenazando, señorita Osborn? —Cameron sonrió de oreja a oreja.

Ella sonrió de una manera suculenta, dejando entrever que estaba al acecho y... a la espera. Cogió su taza de café y fue hasta la puerta, dando a entender que volvía a ponerse en movimiento.

—Enseguida lo sabrás.

Media hora después estaban acompañados por un puñado de amigos y conocidos, Adam, David y Sarah. Formaban el equipo perfecto.

—Bueno —comenzó Sarah—, me parece que hoy alguien está de suerte.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Erika.

—Oh, por favor, no intestes disimular —se burló su amiga—. Aquí las noticias vuelan. Felicidades, eres la favorita del señor Harris.

Todos rieron, incluso Erika; todos, menos Cameron. Él y sus incomprensibles celos.

—¿Qué insinúas con eso, Sarah? —preguntó molesto.

—Nada, Cameron. Sólo bromeaba. —Se pasó una mano por el pelo—. Todo el mundo sabe ya que sois de los pocos afortunados que asistirán al congreso. Felicidades.

—Felicidades, compañero —dijo David dándole una palmada en el hombro a Cameron.

—Gracias. La verdad, ha sido toda una sorpresa.

—Hablando de sorpresa —interrumpió Sarah—. ¿Cómo le sentará a tu mujer el hecho de que desaparezcas unos cuantos días?

La pregunta le cayó a Erika sobre los hombros como agua fría. El estómago se le encogió. Fuera donde fuese, siempre estaba el maldito tema en el aire, omnipresente.

—Supongo que tendrá que entenderlo —dijo Cameron—. No ha sido decisión mía.

—Sí, pero seguro que no le hará ninguna gracia. Apuesto que estaría encantada de atarte a la cama para que no te alejaras demasiado.

Todos rieron otra vez, menos Erika. Molesta, fue hasta la encimera para volver a rellenarse la taza. Deseaba que el café fuera de ayuda.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó Sarah.

—¿A qué te refieres? —Erika se volvió, dándose por aludida.

—Vamos, sabes perfectamente a qué me refiero. —Puso los ojos en blanco—. ¿No hay nadie que te interese? ¿Algún novio o amante casual?

Lo cierto es que se llevaba bien con Sarah. Era una buena mujer, trabajadora y capaz de tomar decisiones en momentos de vital importancia, pero su punto débil era la curiosidad. Era innato, no lo podía evitar, y a decir verdad, no tenía intención de hacerlo. Era como una especie de intrépida reportera del corazón.

—No, no tengo a nadie en estos momentos, Sarah.

Su compañera soltó una gran carcajada.

—Venga, ya —soltó—. Eso no hay quién se lo crea. Mírate, eres perfecta. ¿Sabes la de hombres que matarían por acostarse contigo?

Ese comentario había sido demasiado incluso hasta para ella, acostumbrada a todo tipo de lenguaje informal. Se atrevió a mirar a Cameron pero él ya tenía la mirada clavada en ella. Era su particular forma de recordarle que él era ese afortunado.

—La verdad es que no me interesan los hombres. Al menos en estos momentos. Estoy ocupada en otro tipo de cosas.

—¿En serio? ¿Qué puede haber más importante que tener a alguien esperándote al final del día?

—Ese es el problema —murmuró incapaz de contenerse—. A día de hoy nadie está interesado en comprometerse, en aceptar las consecuencias de sus actos e ir un paso más allá. —Procuró no mirarle—. No quiero pasarme toda la vida esperando a que un hombre tome la decisión correcta.

Ya está, lo había dicho, había soltado la bomba de relojería y era tarde para echarse atrás. Tenía la mala costumbre de tener esos incómodos arrebatos de sinceridad.

—Vaya... —dijo Sarah—. Visto así, creo que tienes razón.

—Claro que la tengo. —Dio un sorbo a su café—. Sé muy bien lo que digo.

—No estoy de acuerdo —irrumpió Cameron con su voz habitual de hombre testarudo y seguro de sí mismo.

—¿Cómo dices? —dijo Erika desafiándole con la mirada, a sabiendas de que podían discutir sin que nadie supiera realmente el motivo que los enfrentaba.

—No comparto tu opinión. No puedes generalizar, todo el mundo tiene problemas. —Se cruzó de brazos—. De un modo u otro, todos están atados a algo.

—Sí, pero para eso existen las prioridades —contraatacó—. Todo es cuestión de elegir, pero resulta que es la parte más difícil y no todo el mundo está dispuesto a arriesgarse por algo que tal vez no acabe bien, ¿no crees?

—No se trata de arriesgar. Todo se resume en la confianza.

—¿Confianza? —repitió—. ¿Confianza es dejar que te manipulen a cambio de unas cuantas promesas que tienen fecha de caducidad?

El resto de sus compañeros contemplaba la escena como si fuera un partido de tenis.

—Eh, chicos —intervino Adam—. Relajaos. No hay necesidad de ponerse así.

—Eso es asunto mío –gruñó Erika—. Estoy cansada de tener alrededor a tanto hipócrita.

—Está bien, creo que deberíamos dejarlo aquí –dijo Cameron ofreciéndole la mano para disculparse—. Lo siento. No quería ser grosero.

—Pues lo has sido –respondió Erika, estrechándosela—. Un completo idiota.

—Vaya, gracias. Bonito cumplido.

El tema de conversación cambió totalmente de registro y el clima distendido volvió a aparecer. Sarah tomaba las riendas de su discurso. Adoraba hablar sin parar, y David y Adam eran sus perfectos aprendices. Por otro lado, Cameron y Erika estaban ocupados en devorarse con la mirada. Eran capaces de pasar de un repertorio a otro en cuestión de milésimas. Tan pronto como se odiaban, querían comerse a besos.

—¿Alguien quiere más café? –se ofreció Erika.

—Uno para mí –murmuró Cameron con tono jovial—. Por favor.

—Claro, enseguida.

Consciente de cuál iba a ser su siguiente paso, Erika procuró que la taza de café destinada para su compañero estuviera bien llena. Pensaba vengarse de lo del ascensor. Cuando volvió a su puesto, le dedicó una gran sonrisa antes de entrar a interpretar su papel de inocente fémica.

—Aquí tienes –dijo, tendiéndole la taza.

No obstante, no llegó muy lejos. Tal y como había planeado, fingió tropezarse y el café caliente fue a parar directamente a la camisa impoluta de Cameron, tiñéndole enseguida de un color marrón por todo el torso.

—Oh, ¡qué torpe soy! –soltó llevándose las manos a la boca, sorprendida y avergonzada. Totalmente creíble—. ¡Lo siento mucho! ¿Estás bien?

Cameron sabía que lo había hecho a propósito, y aunque pensaba hacérselo pagar más tarde, tenía que disimular, ya que los ojos curiosos de los que les rodeaban estaban a la espera de su reacción.

—Sí, claro que estoy bien –gruñó mirándose la camisa que había quedado absolutamente insalvable—. Pero el café está caliente, ¿lo sabes?

Ella se acercó en un segundo lo suficientemente cerca para que pudiera oírle mientras fingía limpiarle con un pañuelo.

—Sí, pero no tanto como yo.

Ante esa revelación, Cameron se echó para atrás, intentando pensar en otra cosa. De haber estado solos, la habría acorralado.

—Bueno, tengo que intentar solucionar esto –dijo—. Voy al lavabo, a ver si consigo hacer algo al respecto.

Erika le sujetó por la muñeca, mostrando un repertorio de gestos faciales que resultaban perfectos para la ocasión.

—Déjame ayudarte –insistió todavía metida en su papel.

—No es necesario, gracias. Estoy bien.

—Pero yo... –Soltó un suspiro—. Lo siento mucho, Cameron. Soy una patosa.

—Eso me temo, pero ya es un poco tarde –dijo cortante.

—¿Seguro que no quieres que te eche una mano?

—No te preocupes. Siempre puedo pedir otra camisa. Está olvidado.

Todos vieron alejarse a Cameron en dirección a los lavabos. Después, Erika se convirtió en el centro de todas las miradas.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? –comentó David.

—Nada, ha sido un accidente.

—Y un cuerno –espetó Sarah—. La tienes tomada con él.

—Eso no es cierto...

—Claro que sí. –Levantó las manos en el aire—. Creo que tienes un problema serio con los hombres. Ellos son así, Erika. No deberías tomártelo como algo personal. Sólo relájate y disfruta.

—Ya, como si eso fuera posible.

—Lo será si lo intentas.

—Está bien, creo que ya hemos tenido suficiente charla. Si me necesitáis, estaré en mi despacho –dijo dándose la vuelta y desapareciendo por los pasillos.

Un rato después, estaba entretenida buscando en el ordenador métodos caseros para quitar el café cuando la puerta de su despacho se abrió de improviso. No tenía necesidad de preguntarse quién era. Por supuesto, era él.

—¿Sabes? –empezó Cameron, cerrando la puerta tras de sí—. Creo que no deberías ser tan impulsiva. Un día de estos acabarás conmigo.

En parte arrepentida por lo que había hecho, Erika se levantó y se arrojó a sus brazos. Por suerte, él ya había conseguido otra camisa.

—Lo siento –dijo Erika–, pero no me has dejado otra opción. Te lo tenías bien merecido.

Cameron sonrió con los ojos y le acarició la mejilla.

—¿En serio era necesario que lo hicieras? –preguntó—. Era mi camisa favorita.

Bueno, siempre puedes comprarte otra.

—Reconócelo. –La sujetó de la barbilla—. Ha sido un golpe bajo.

—¿Golpe bajo? –repitió deslizando su mano por ese trasero tan varonil—. Has sido tú quien ha bajado la mano hasta mi trasero, así que será mejor que no digas nada sobre asuntos de bajos fondos.

—Le guiñó un ojo—. Tú te lo has buscado.

—Al menos sé que te ha gustado.

En eso tenía toda la razón, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

—Ni por asomo.

—¿Estás segura? —entonó ladeando la cabeza.

—Completamente.

—Sabes mentir muy bien, pero no lo suficiente como para convencerme de lo contrario. Disfrutas casi tanto o más que yo.

—Sí, pero eso corresponde a mi vida personal, y estamos en nuestro lugar de trabajo. ¿Sabes apreciar la diferencia?

—Bueno, teniéndote tan cerca, me cuesta más de lo normal. Haces que me confunda hasta un límite que no debería traspasar.

—Pues no lo hagas. No lo cruces, de lo contrario te las verás conmigo.

Él sonrió como un idiota, fantaseando con lo bien que podrían pasárselo si Erika no estuviera constantemente en alerta.

—¿Lo ves? Es otra amenaza.

—Te equivocas, no es ninguna amenaza. —Se acercó hasta sus labios—. Es un hecho.



El congreso estaba siendo más aburrido de lo esperado y todavía quedaba otra jornada al día siguiente. Se levantaban temprano y exprimían sus cerebros al máximo para conseguir alguna que otra idea que resultara ser brillante. Referente al resto del día, en cuanto pasaban a ser simples personas con unas cuantas horas para el libre albedrío, la cosa cambiaba.

Erika había acabado por descubrir lo emocionante que podía llegar a ser la estancia en el hotel Grand Hyatt Seattle. Paseaba su figura por cada rincón, siendo consciente de que su silueta admirable despertaba las alarmas en el género masculino. Cada camarero o trabajador que pasaban cerca se deshacían en halagos hacia su persona y, para qué mentir, aquello le encantaba. Claro que también estaba la otra cara de la moneda. Saber que la mujer de Cameron estaba demasiado lejos como para sospechar nada incrementaba sus ganas de atraparle en su habitación y no dejarle salir bajo ninguna circunstancia, pero lo primero era el trabajo y debía por ello demorar su recompensa.

Por suerte, y para paliar sus altos niveles de hormonas revoloteando incesantemente por su sangre, optó por utilizar el gimnasio del hotel. Comenzó con la bicicleta estática para luego echar a volar a máxima potencia en la cinta de correr. El sudor le caía en graciosas gotas por la frente, resbalando por su espalda, pero aun así era capaz de ser el catalizador de todas las miradas. Podía verse reflejada en los cristales y se maravillaba con esa figura que tantas envidias hacía despertar. Tenía la ropa de deporte literalmente pegada al cuerpo, y necesitaba con urgencia una ducha.

—Vaya, no esperaba encontrarte por aquí —dijo una voz a sus espaldas.

Erika dejó de correr de inmediato y se dio la vuelta. Cameron la miraba como si fuera un delicioso postre al que hincarle el diente.

—¿Y puedo saber por qué?

Él se acercó un poco más pero sin llamar la atención.

—Alguien como tú no debería estar tan expuesta ante los demás. —Levantó una ceja de forma interesante—. Deberías estar en mi habitación, sobre la cama y con poca ropa. Creo que eso sería bueno para los dos.

—Relájate —bromeó ella—. Ya llegará nuestro momento.

—Sí, pero no puedo esperar.

—Pues tendrás que hacerlo. —Se pasó por las sienes la toalla que tenía alrededor del cuello—. Recuerda que estamos en un sitio público, lo que significa que seguimos estando expuestos.

—Eso puedo cambiarlo. Déjame intentarlo.

—Te digo que no, Cameron. He venido aquí para hacer un poco de ejercicio y dejar la mente en blanco.

—Es curioso, yo tengo otra táctica con la que podrías conseguir los mismos resultados.

Tratando de ignorarle, Erika empezó a caminar hacia los vestuarios, pero él la seguía discretamente.

—Oh, Dios mío... Podría mirar durante horas ese cuerpo tan perfecto y no cansarme nunca, Erika. —Se le acercó por detrás—. ¿Sabes lo loco que estoy por ti?

Ella se soltó el pelo y le guiñó un ojo.

—Sé que te tengo en la palma de mi mano y eso conlleva una serie de normas. —Bajó la voz—. No creas que no he pensado en nosotros. De hecho, no hago más que pensar en todas las posibilidades, pero por esta vez se hará cuándo, cómo y dónde yo diga. ¿Estás de acuerdo?

—Lo que tú digas, nena. —Cameron hizo una reverencia exagerada.

—No me gusta que me llames así. —Ella frunció el ceño.

—Lo sé, pero a mí tampoco me gusta que me hagas esperar. —Se pasó una mano por el pelo revuelto—. Ojo por ojo.

—Ya, muy gracioso. —Suspiró hondo—. Ahora si no te importa, voy a darme una ducha. Ya me ocuparé de ti más adelante.

—Te estaré esperando...

—De eso no me cabe la menor duda.

El bar del hotel estaba a rebosar. La luz era tenue y la temperatura agradable. Todo el espacio se llenaba con miles de voces entablando conversaciones simultáneas que iban desde simples temas de ocio hasta los negocios más suculentos. Se percibía un ambiente festivo y de total desinhibición. Después de la cena, todos los miembros del grupo se habían reunido allí para tomar unas cuantas copas. Todos menos Erika, que observaba la escena desde una perspectiva más alejada, sin compañía y a la espera de tener su momento a solas con Cameron.

Degustaba un vodka desde la barra, jugueteando con uno de sus mechones. Le encantaba observarle desde la distancia, comportándose como alguien decente, como la clase de mujer que no se enredaría con un hombre casado, sin embargo, era un placer al que no quería renunciar por nada en el mundo. Tenía previsto sorprenderle cuando el grupo se disolviera, y rezaba para que ocurriese antes que después. Fantaseaba con la idea de atraparlo. Además, daba la casualidad de que estaban alojados en el mismo piso, con una distancia prudente entre sus habitaciones. Desde luego, todo invitaba a iniciar una nueva seducción que tenía la apariencia de no acabarse nunca.

—Disculpe —dijo una voz grave a su lado—, ¿puedo invitarla a una copa?

Erika levantó la cabeza y se encontró con un hombre totalmente desconocido. De tez morena, cabello peinado hacia atrás y unos ojos oscuros que hablaban más de la cuenta. Era fornido, con una colonia muy masculina y un traje negro.

—No será necesario, gracias —dijo cortésmente.

—Insisto. —Se sentó a su lado y le tendió la mano—. Me llamo Dennis, ¿y tú eres...?

Le estrechó la mano no sin cierta reticencia, pero los modales eran una de sus debilidades.

—Erika.

—Bonito nombre... —Asintió y sonrió—. ¿Y qué haces aquí?

—Asuntos de trabajo.

—Ya, pero me parece que es un poco tarde para los negocios. —Dirigió la mirada hacia el grupo donde Cameron se encontraba—. ¿Está esperando a alguien?

Erika se volvió hacia él con una mirada hostil aunque perfectamente escondida tras el candor de sus ojos.

—Eso no es asunto suyo.

—Oh, lo sé. Discúlpame, no quería incomodarte...

—Escuche —le interrumpió—, pierde el tiempo conmigo. No estoy interesada en usted, así que ya puede volver por donde ha venido. Estoy muy ocupada.

Esperaba que así el desconocido se fuese a otra parte, pero seguía justo allí, tratando de conquistarla, aunque era inútil.

—¿Qué quieres tomar, Erika?

Para responderle, ella se bebió de un trago su vodka.

—Ya he acabado, no se moleste —dijo poniéndose de pie, sin darle opción a replicar.

En ese momento llegó la oportunidad que tanto había estado esperando. Cameron se puso en pie y se despidió de sus compañeros. Por suerte no llegó a verla y desapareció camino a su habitación. Parecía que el universo conspiraba para ponerse de su parte.

—Que pase buena noche —dijo—. Espero que tenga más suerte la próxima vez que intente coquetear con una mujer.

Ese tal Dennis se quedó con la boca abierta y solo en la barra. Desde luego, se había quedado de una pieza.

Momentos después, Erika contaba los minutos para caer sobre su hombre. Se cercioró de que no había nadie por los alrededores, así su encuentro seguiría siendo un secreto. Se acercó hasta la puerta de la habitación de Cameron y dio tres golpes suaves pero decisivos. Segundos después, sus miradas se encontraron.

—Erika —murmuró con los ojos abiertos de par en par—. ¿Qué haces aquí?

—Eras tú quien estaba pidiendo a gritos que dejara de ser tan obsesiva. —Le pasó la mano por el torso, rozando los dedos sobre esa camisa blanca que tanto le caracterizaba—. Bien, pues aquí me tienes.

—¿Te ha visto alguien del equipo?

Erika entornó los ojos.

—¿De verdad piensa que estaría aquí de haber sido así? —se burló—. Siempre lo tengo todo bajo control, señor Moore. Ya debería saberlo.

Convencido, Cameron la dejó entrar, cerró la puerta y vio cómo esa mujer de curvas más que apetecibles se quedaba en ropa interior, con aquella lencería negra tan *sexy* y el vestido bajo sus pies.

—Ya veo que vas directa al grano.

Ella dio un salto y se encaramó a ese cuerpo tan viril, sujetándose con brazos y piernas.

—Ni te lo imaginas. —Le mordió el lóbulo de la oreja—. Estaba ansiosa por quedarme a solas contigo.

—¿En serio? —Carraspeó y le dio un beso en la punta de la nariz—. Bueno, y ahora que ya lo has conseguido, ¿qué vas a hacer al respecto?

—Pienso pasármelo en grande, señor Moore.

Complacido por esa respuesta, dio un par de pasos con ella entre sus brazos y se dejó caer sobre el sofá. Comenzaron a comerse a besos, a tocarse de manera imprecisa e impulsiva, casi violenta. Estaban en su salsa, eso era evidente. Se tenían ganas desde el primer momento de la mañana hasta el último de la noche, y cuando por fin podían hacerlo realidad, se afanaban por demostrarse el uno al otro que la tensión de sus bajos instintos estaba a la altura, cumpliendo todas las expectativas. Por eso el calor iba subiendo, las manos de él bajando hasta el trasero de Erika, aferrándose a él como si fuera su salvación. Le encantaba tenerla encima, saboreando esos besos que le demostraban cada día lo loca que estaba por él.

Erika fue directa a por el cinturón de Cameron, y justo después subió los dedos para comenzar con los botones de la camisa, pero estaba tan alterada que su motricidad fina no estaba por la labor de echarle un cable, así que intentó una manera más directa de conseguir lo que quería.

—Eh, oye, más despacio —dijo él casi sin aliento, sabiendo de sobra lo que su amante tenía en mente—. ¿Qué problemas tienes con mis camisas?

—Nada, es sólo que me dificultan el trabajo. —Le dio un beso en la comisura derecha—. Estaría encantada de arrancártela.

—Te agradecería que no lo hicieras. —Se la desabrochó en unos pocos segundos y la tiró al suelo—. ¿Lo ves? No es tan difícil.

—Oh, cállate —gruñó ella.

Siguieron con lo suyo, degustándose de manera brusca. Cameron le dio la vuelta, apoyándola sobre el sofá. Fue besándola por el cuello, siguiendo por las clavículas, bajándole los tirantes del sujetador con una lentitud que ardía, prosiguiendo por el inicio del vientre, besándole con ternura a la altura del ombligo, consiguiendo que ella respirase entrecortadamente y echara la cabeza hacia atrás.

Todo habría sido condenadamente perfecto de no ser porque alguien llamó a la puerta, haciendo que sus cuerpos se convulsionaran en el acto. Sus corazones se colapsaron.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Erika prácticamente desnuda.

Cameron se incorporó rápidamente y negó con la cabeza.

—No que yo sepa.

—Joder, Cameron —susurró poniéndose de pie—. No me mientas.

—No lo hago. No sé quién puede ser.

Ella cogió el vestido del suelo y volvió a ponérselo a la velocidad de la luz.

—Pues no te quedes ahí parado y abre la puerta.

—¿Estás segura? —Desde luego él no lo estaba.

—¿Acaso puedes hacer otra cosa? —Se alisó la prenda con las palmas y se acomodó el pelo lo mejor que pudo, intentando parecer calmada—. Vamos, ve.

Dubitativo y con prisas por meterse la camisa dentro de los pantalones, Cameron se dirigió a la puerta y, tras serenarse en la medida de lo posible, abrió.

—Buenas noches, Cameron —dijo una voz bastante familiar.

—Hola, Brad. —Estaba nervioso, eso podía verse a cientos de kilómetros—. ¿Qué ocurre? ¿Necesitas algo?

—Siento molestarte a estas horas. Venía a devolverte el maletín. Se te ha debido de olvidar en el bar y no quería que tuvieras problemas.

Cameron tardó bastante en contestar, mientras tanto, Erika se había quedado de una pieza cerca de la entrada, tan quieta como una estatua, con las pulsaciones a mil por hora. Por suerte, Brad solía ser una tumba en cuanto a guardar secretos, pero tal vez decidiera cambiar de idea si descubría que ella estaba allí, a altas horas de la noche, con una actividad extracurricular entre las manos.

—¿Cómo he podido ser tan idiota? —murmuró Cameron cogiendo el maletín por el asa y respirando profundamente—. Te lo agradezco, Brad. —Le sonrió—. Te debo una.

—No te preocupes, le puede pasar a cualquiera. Supongo que el alcohol ha ayudado.

Se quedaron en silencio durante largos segundos que a ella se le antojaron una eternidad. Tal vez debería haber esperado un poco más, pero ya era tarde para arrepentirse.

—Oye, tal vez quieras descansar, pero me preguntaba si tal vez te apetecería tomarte una última conmigo —ofreció Brad—. Hay que celebrar nuestro progreso.

—Me encantaría, pero me temo que ahora no es un buen momento —alegó Cameron—. Tengo trabajo que repasar y estoy agotado...

—Te prometo que no te quitaré demasiado tiempo —insistió.

Sabiendo que la situación se estaba complicando más de lo esperado, Erika decidió intervenir. Fue hacia el mini bar y cogió un par de botellines de *whisky*, los vació en dos vasos y fue directa hacia la puerta.

—Buenas noches, Brad —dijo ofreciéndole uno de los vasos—. Aquí tienes. La última copa antes de dormir.

El joven se quedó tan impresionado al verla aparecer como por arte de magia que abrió la boca,

aunque tardó mucho en poder articular palabra.

—Erika... —dijo al cabo de un momento de estupor, cogiendo el vaso de manera automática—. ¿Qué haces aquí?

—Nada —se apresuró a decir, manteniendo la calma, cosa que se le daba bastante bien por suerte, con el timbre de su voz sereno y apaciguado—. Estaba repasando con Cameron algunas ideas de última hora para la reunión de mañana. Os habría llamado al resto, pero ya es algo tarde y no quería molestar.

Brad asintió un par de veces pero no llegaba a creérselo del todo, pero optó por seguirle el juego.

—Claro. —Sonrió forzosamente—. Siempre dando lo máximo por la empresa, ¿eh?

Erika le devolvió la sonrisa pero de forma más natural.

—Bueno, supongo que me pagan por hacerlo. —Miró su reloj y fingió sorprenderse por la hora—. En fin, es tarde. Mañana nos espera un gran día y tenemos que estar preparados. Que disfrutéis de la copa.

Ni siquiera se volvió al cerrar la puerta. Mantuvo la respiración hasta recorrer el pasillo y escabullirse dentro de su propia habitación. Justo después, terminó por deslizarse sobre la pared con la espalda apoyada en ella, llegando hasta el suelo. Tenía la adrenalina a punto, consciente de que por esa noche su juego había terminado, pero podría haber sido mucho peor. Se recriminó por dentro y se metió en la cama, maldiciendo su mala suerte, odiando el hecho de que en momentos tan cruciales como el que acababa de presenciar fuera ella y no Cameron la encargada de llevar el timón. Sólo deseaba no acabar naufragando.

Se levantó muy temprano, antes de que sirvieran el desayuno, por eso decidió relajarse con un exquisito baño de espuma para ella sola. Preparó el agua caliente, echó unas cuantas sales aromáticas y comenzó a desvestirse. Escuchó su móvil a lo lejos, pero optó por ignorarlo.

Metió uno de sus pies en el agua, pero el sonido de tres golpes secos se materializó sobre la puerta de su habitación. Maldiciendo en voz baja, se puso la bata blanca que había colgada en uno de los enganches de la pared para cubrir su cuerpo desnudo y fue a abrir.

Lo que vio le agradó y le disgustó a partes iguales.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gruñó.

—¿A ti qué te parece? —murmuró Cameron, con voz taciturna—. He venido a terminar lo que empezamos anoche.

A pesar de estar frustrada por su intento fallido de horas antes, no quería desaprovechar esa nueva oportunidad. Era temprano y la reunión no empezaría hasta las nueve.

—Está bien, pasa —dijo haciéndose a un lado—. Más te vale que esta vez no metas la pata.

—Oye, no fue culpa mía.

—¿En serio? —se burló—. Si te hubieras mantenido firme habríamos podido pasar la noche juntos.

Él se encogió de hombros.

—La noche, el día... ¿qué diferencia hay? Vamos, he venido para compensarte.

—Pues piensa algo rápido, porque ahora voy a darme un baño.

Cameron soltó un silbido de admiración.

—Genial, ¿puedo acompañarte?

—No creo que sea la mejor opción. —Se puso las manos sobre las caderas—. Así sólo me harás llegar tarde.

—Esa es la idea. —Él sonrió de medio lado, tal y como lo haría un *gigolo*. La atrajo hacia él y jugueteó con el lazo de la toalla de Erika.

—¿Por qué diablos tienes que ser tan convincente? —Ella sonrió también y se mordió el labio.

—No puedo evitarlo, Erika. —Se inclinó para besarla—. Está en mi carácter.

—¿De verdad? —Se quitó la bata y se quedó desnuda—. Espero que hayas dormido lo suficiente, porque pienso quitarte parte de la energía.

—Lo estoy deseando.

A los pocos minutos estaban metidos en la bañera, uno enfrente del otro, salpicándose con el agua, riendo, haciendo bromas, jugando con la espuma de la superficie. Si no fuera por el secretismo, formaban una pareja completamente normal.

—Hacia tiempo que no hacíamos esto —murmuró Cameron pasándole la mano por la pierna—. Es agradable.

—Es mejor así —dijo Erika—. De esta forma tardaremos más en habituarnos. La rutina no entra dentro de mis planes.

—¿Qué insinúas? —Él la miró con intensidad, como si no aprobara lo que acababa de escuchar.

—Nada, sólo digo que la novedad es nuestro mejor aliciente.

—Cierto, nunca habíamos viajado juntos por cuestiones de trabajo, y he de reconocer que me encanta. Hubiera sido un infierno venir aquí sin ti. Haces que todo sea más fácil.

—Juraría que me considerabas una mujer complicada. —Erika sonrió y desvió la mirada.

—Sí, pero tiene muchas facetas, por eso me tiene a sus pies, señorita Osborn.

Deseando corresponderle de una forma más física, Erika se echó hacia delante, rodeándole el cuello con las manos y besándole con decisión. Al hacerlo, parte del agua se derramó de la bañera cayendo al suelo, pero no les importó. Por su parte, Cameron le correspondió colocándola encima de su cuerpo, a horcajadas, derramando más líquido. No se oía nada más que el intenso latir de sus corazones y sus bocas chocándose, sus lenguas luchando.

Era característico de sus muchos encuentros que saltaran chispas, pero aquello iba mucho más allá. La interrupción de la noche anterior les había dejado huella, anhelando, esperando encontrarse más tarde para recuperar el tiempo perdido. Pronto perdieron la cabeza, manifestándose su atracción llenos de espuma, calor, en un cuarto de baño tan blanco como el marfil.

No perdieron el tiempo, y después de que Cameron se sirviera de sus experimentados dedos para preparar la zona, su miembro viril fue a parar al interior de Erika, en un solo impacto, de lleno. Una colisión tajante y deseada, algo que ella agradeció de inmediato, colocándose cómo debía. Le encantaba esa posición, donde todo se apreciaba mejor y las sensaciones se multiplicaban por mil cuando se movía arriba y abajo para permitir una entrada más fácil a su vagina. Nunca utilizaban preservativo y mucho menos en una circunstancia así, cuando el agua estaba de por medio. La percepción recíproca de una piel con otra superaba por goleada cualquier otra succulenta táctica.

En cada estocada, Cameron dejaba al descubierto todos sus músculos en tensión. Adoptaba un aire ciertamente dominante, pero sin excesos. Su pelvis se movía a un ritmo lento, dejando a Erika con ganas de pedir un aumento de nivel en cada una de sus sacudidas. Ella le besaba los labios y usaba su lengua para sellar cada parte interna de esa boca masculina. Tenía los brazos aferrados a esa espalda interminable, suplicando por no soltarse. Cada nueva estocada significaba una ola de adrenalina y mucha fogosidad. A pesar de todo, sabía aprovecharse de la situación, y desde luego le encantaba la idea de fantasear con la posibilidad de poder dejarle marca al tipo con el que compartía mucho más que la intimidad, pero tenía que deshacerse de esas ganas porque Cameron seguía siendo un hombre casado. Por ello, se contentó con agarrarle del pelo rubio y húmedo, atenzándolo con sus propios dedos, tirando de él con fuerza, hundiendo su lengua más adentro de esa boca que tan familiar le resultaba.

—Vas a matarme —logró decir él, sujetándola por la cintura y hundiéndola hacia abajo.

—Es posible, pero antes tendrás que darme lo que quiero. —Le mordió en el cuello con suavidad, sin llegar a clavarle los dientes—. No he hecho más que empezar.

El ritmo frenético de su lucha subida de tono iba surcando mares hasta ahora inexplorados. Erika bajó las manos hasta meterlas bajo el agua. Comenzó a acariciarle los abdominales, uno por uno, sin prisa, maravillándose con ese cuerpo propio de un dios.

—Ya veo que sigues estando en plena forma —dijo mientras un mechón de su cabello le caía en la cara.

—¿Acaso me dejas otra alternativa? —murmuró él con voz pretenciosa, estrechándola en sus brazos mientras continuaba dentro de ella—. Tengo que estar a la altura. No me gustaría la idea de no poder seguirte.

—Bueno, en ese caso disminuiría mi ritmo, señor Moore.

Cameron frunció los labios.

—¿Y perderme lo mejor? —masculló—. Creo que no.

Él colocó las manos a ambos lados de la bañera, sobre los bordes, con la idea de coger un último impulso antes de llegar al orgasmo. Temblaba de la cabeza a los pies y transmitió sus pensamientos en lenguaje no verbal. Erika se arqueó para recibir el golpe de gracia y los dos degustaron el clímax prácticamente al mismo tiempo. Para acallar los gritos de placer y no llamar la atención de nadie, acabaron juntando sus bocas. Sus respiraciones estaban entrecortadas y a punto de sufrir un colapso. Su juego acabó por sumirse en una agradable conversación mientras se enjabonaban el uno al otro. La pasión seguía estando ahí, pero el autocontrol se había derramado hasta la próxima vez.

Erika suspiró y echó a cabeza para atrás, apoyándose en el borde de la bañera mientras él le masajeaba los pies en el otro extremo.

—Creo que podrías dedicarte a esto —murmuró con los ojos cerrados—. Se te da de maravilla.

—Es una de mis muchas habilidades, pero deberías saber que sólo lo comparto contigo. Nadie más se ha ganado ese privilegio. —Cameron sonrió, agradecido por el cumplido.

—¿Privilegio? —repitió mientras arqueaba una ceja—. ¿Así es cómo lo llamas?

—Bueno, ¿se te ocurre un nombre mejor?

—Es posible, pero ahora tengo la cabeza en otro sitio.

—Pues más te vale recuperar la concentración lo antes posible —comentó pasándose la mano por el mentón—. A las nueve tenemos la reunión.

—Sí, lo que me recuerda que tienes que marcharte...

—¿Ya me estás echando? —preguntó fingiendo ofenderse.

—Sabes que no, pero nunca debemos...

—Nunca debemos bajar la guardia, lo sé —completó él—. Lo dices siempre.

—Pues que no se te olvide.

Lo malo de todos sus encuentros era lo rápido que pasaba el tiempo, y más aquella mañana en la que más que nunca los minutos estaban contados. El día se abría paso, y tenían que separarse para prepararse para la reunión, fingiendo no tener más relación que la de simples compañeros de trabajo. Por todo ello el semblante tan bello que la definía se fue apagando por momentos. Odiaba sentirse tan frágil y vulnerable; la nostalgia no iba con ella, pero siempre aparecía cuando tocaba despedirse, aunque ello implicase seguir viéndole de cerca pero con la prohibición de extralimitarse.

—Oye, no me gusta verte así —susurró Cameron levantándole la barbilla—. Eres preciosa, así que más te vale alegrar esa cara.

—Es que no dejo de darle vueltas a la maldita idea de que tienes que irte. No lo soporto. —Ella sonrió tímidamente.

—Sí, pero aún no me he ido a ninguna parte. Estoy aquí. —Lo dijo de manera trascendental, haciéndole sentir segura.

—Ojalá pudiera detener el tiempo y quedarme aquí siempre, contigo. —Observó los ojos azules de su compañero y sintió que no debía haberlo dicho en voz alta—. Lo siento, no quería...

—Eh, no digas eso. No lo sientas. —Se movió lo justo para retenerla entre sus brazos, acunándola—. Es maravilloso poderte oír decir cosas así.

—¿Por qué? ¿Por qué así me delato a mí misma, dejando al descubierto todo lo que siento por ti?

Cameron era muy versátil, y aunque la mayor parte del tiempo disfrutaba comportándose como un seductor y *sexy* hombre trajeado, lo cierto es que también sabía apreciar cuándo una mujer necesitaba apoyo emocional y consuelo. La cubrió de besos y le tarareó en el oído una de las famosas canciones

de Frank Sinatra, *I've got you under my skin*, su favorita.

—Venga, aprovechemos hasta el último minuto –sugirió–. El agua todavía está templada.

Ese último aliento la animó, por eso Erika le besó con admiración; más que nada, como una mujer agradecida, sabiéndose segura en los brazos de alguien que la conocía mejor de lo que podía suponer.

Aquel hombre decidió buscar una segunda utilidad al resto de espuma que aun permanecía sobre la superficie del agua. La cogió entre las manos y se dispuso a posarla sobre la piel de Erika como si fuera una especie de improvisado afrodisiaco. Con aire juguetón, posó la sustancia esponjosa en partes estratégicas, acariciando a continuación con las yemas de sus dedos para brindar una sensación agradable y capaz de erizar el vello. Soplaba ligeramente para que se fuera desplazando por cada poro. Fue un hecho curioso que Erika supo apreciar. La carne se le puso de gallina y se mordió el labio, observando su propia anatomía ataviada de una increíble y polifacética espuma. Le excitaba de una manera que no sabía cómo expresar con palabras, pero fue suficiente para lanzar al aire una indirecta.

—Dime una cosa –murmuró profundizando en esos ojos azules tan próximos a los suyos–, ¿cuántos orgasmos puedes tener en menos de una hora?

Cameron alzó las cejas y mostró una sonrisa más que satisfactoria. Se acercó todo lo que pudo y, posicionándose encima de la joven, no se hizo esperar.

—¿Sabes? Ésa es una pregunta muy... comprometida. Demasiado, diría yo.

—¿Y qué problema tienes al respecto? Acabamos de follar, querido. Creo que los formalismos están de más. No seas tímido y responde a la pregunta.

—¿Estás tratando de tentarme de nuevo? –Introdujo su mano en el agua hasta encontrar el trasero femenino y agarrar fuertemente una de las nalgas–. Porque si es así, te aseguro que vas a conseguirlo.

—De eso precisamente se trata. Me apetece tener sexo por partida doble, así que si no se te ocurre nada mejor para hacerme entrar en calor, creo que podríamos ir a por el segundo asalto.

Estaban dejándose llevar, estirando los segundos todo lo posible, pero Erika cesó en su antojo carnal cuando su fino oído detectó algo inadecuado a lo lejos.

—Espera –dijo de repente, separando su boca de la de él, poniendo sus cinco sentidos a la máxima potencia.

—¿Qué ocurre? –quiso saber Cameron, tan excitado que apenas podía parar y prestar atención.

—¿No has oído eso?

—¿El qué? –Levantó la cabeza pero no se escuchaba nada–. Aquí sólo estamos tú y yo.

—No, estoy segura de que he oído algo. –Su corazón se aceleró, sabiendo que su instinto rara vez fallaba.

—Bueno, el día acaba de empezar –alegó él quitándole importancia–. La gente se está despertando. El pasillo estará bastante transitado.

—No se trata de eso. —Se echó hacia delante, frunciendo el ceño—. Ha sonado como si...

—Relájate, no será nada.

Sin embargo, Erika no pudo estarse quieta. Se levantó de repente, derramando agua por el suelo.

—Eh, ¿qué estás haciendo? —preguntó él molestándose al instante—. Vuelve aquí ahora mismo.

Tal y como esperaba, Erika no cedió.

—Quiero asegurarme.

Estaba allí de pie, en la entrada del baño, completamente desnuda, acechando algo que parecía no estar allí. Mientras tanto, Cameron seguía dentro de la bañera, suspirando y poniendo los ojos en blanco.

—Venga, creo que ya ha quedado claro que nadie nos está acechando.

—Pero he oído... —No pudo terminar la frase porque escuchó perfectamente cómo la puerta de entrada de su habitación se abría, con ese ruido metálico. Fue entonces cuando sus nervios saltaron por los aires.

—¿Señorita Osborn? —dijo una voz enérgica y femenina, a tan sólo unos pocos metros del baño.

—Pero ¿quién demonios es? —espetó Cameron, incorporándose violentamente, salpicando por todas partes. Su cara había adoptado una mueca de terror.

—No tengo ni idea —murmuró Erika en voz baja—. Pero está dentro.

Los pasos de esa mujer desconocida se acercaban, lo cual complicaba la situación exponencialmente.

—Joder, tengo que irme enseguida... —espetó Cameron, levantándose con la mayor de las discreciones para no hacer ruido.

Erika se cernió sobre él, cortándole el paso.

—¿Adónde crees que vas? —Le obligó a sentarse en la bañera—. No te muevas.

—¿Hablas en serio? —susurró con los ojos abiertos como platos, atónito.

—Sí. —Miró en todas direcciones—. Dame un minuto para pensar.

—Tiempo es precisamente lo que no tenemos, Erika. ¿Qué vamos a hacer?

Las neuronas de Erika se movieron a una velocidad irracional en su cerebro, calculando las posibilidades. Dado que la intrusa ya estaba dentro y se aproximaba cada vez más a su posición, supo que sólo había una opción, ya que si Cameron intentaba salir del baño para esconderse en otra parte sería visto, así que...

Se agachó a su lado y abrió el grifo de la bañera para que el sonido del agua al caer ahogara el eco de sus propias voces.

—Métete bajo el agua —murmuró.

Los ojos de Cameron se llenaron de desconcierto y de algo muy parecido al miedo.

—¿Qué?

—Haz lo que te digo, no hay tiempo.

—Tengo pulmones, no agallas, ¿recuerdas?

—No seas crío y obedece. —Sus ojos se empequeñecieron—. Por favor.

Los pasos se oían cada vez más nítidos, pero al final Cameron hizo lo que le ordenaron. Cogió todo el aire posible y se sumergió en la bañera. Por suerte, aún quedaban restos de espuma, lo que servía para camuflarle. Dos segundos después, Erika se apresuró a ponerse la bata y se sentó en el borde de la bañera, metiendo la mano bajo el agua, con sus dedos cerniéndose sobre la cabeza de él para asegurarse de que se quedaba allí todo el tiempo que hiciera falta.

Una joven esbelta con el pelo recogido, rostro angelical y con uniforme del hotel apareció por fin. Estaba alterada, como si deseara estar en otra parte.

—Señorita Osborn —dijo con tono de disculpa—, siento molestarla tan temprano, pero tenía órdenes directas de comunicarme con usted.

Erika asintió, intentando parecer serena.

—¿Qué ocurre? —espetó—. ¿Por qué ha entrado en mi habitación sin permiso?

—Su jefe ha adelantado la reunión de esta mañana —explicó con voz nerviosa—. Se ha encargado de que todos ustedes lo supieran, pero como no cogía el teléfono, ha insistido en que se le comunicara la noticia personalmente.

Sintió cómo la rabia la invadía. Minutos antes de disfrutar del baño había oído sonar su móvil pero había decidido no cogerlo. Si lo hubiera hecho, ahora no estaría en semejante situación, tratando de entablar una conversación lo menos extensa posible con una empleada inocente y con el hombre con el que se acostaba escondido en la bañera, aguantando la respiración.

—Oh, está bien —murmuró mostrando una sonrisa artificial—. Gracias por el aviso.

—A usted, señorita Osborn. Disculpe las molestias. No era mi intención irrumpir de esta forma tan poco apropiada, se lo aseguro. —Se retorció los dedos con ansiedad, temiendo no ser del agrado de Erika—. Creo que debería haber esperado fuera, pero no me han dejado otra opción.

—No se preocupe, sólo cumplía órdenes.

—Bueno, entonces ya lo sabe. —Asintió varias veces—. Si necesita algo no dude en pedirlo...

—Así lo haré.

Los segundos pasaban y Erika estaba deseando que se largara. No quería que Cameron acabara ahogándose en apenas unos pocos palmos de agua.

—Verá —carraspeó—, si no le importa, aún tengo que arreglarme y...

—Sí, claro, por supuesto. —Hizo otra incomprensible reverencia como si fuera una mujer de costumbres japonesas—. Espero que tenga un buen día.

—Gracias. —Levantó la mano que tenía libre—. Adiós.

—Adiós.

Erika no se movió ni un ápice hasta que la puerta de la habitación se cerró, trayendo consigo una inmensa paz. Se levantó de la bañera y contempló cómo Cameron resurgía de las aguas, salpicándolo todo, tosiendo y moviéndose bruscamente, en busca de aire para renovar sus pulmones.

—¡Maldita sea! —exclamó con voz medio apagada—. Ha estado cerca. ¿Ya se ha ido?

Erika terminó por echarse a reír. Nunca le había visto así, tan asustado y enfadado al mismo tiempo, añadiendo el hecho de que se encontraba desnudo, empapado y con el pelo revuelto y lleno de jabón.

—Se acabó, señor gruñón. Estás a salvo.

Exhausto, Cameron se dejó caer y apoyó la cabeza en el borde de la bañera, recuperando el ritmo normal de la respiración.

—Joder, creí que iba a ahogarme. —Ella se agachó a su lado y le besó en la mejilla.

—No exageres. —Puso los ojos en blanco—. No has estado ni dos minutos bajo el agua.

—Ya, muy graciosa. —Se pasó las manos por el pelo—. La próxima vez serás tú quien intente convertirse en pez.

—Oye, has sido tú quien se ha metido en la habitación equivocada, no yo.

—Pues de haber sabido que acabaríamos así, tal vez me lo hubiera pensando mejor.

Erika se quitó la bata por segunda vez y fue en dirección al dormitorio para empezar a vestirse.

—El problema —dijo en voz alta para que pudiera oírla— es que hace tiempo que no piensas con la cabeza, Cameron.



Eran cerca de las diez de la noche, pero ella aún seguía allí. Más que su lugar de trabajo, ese condenado edificio lleno de oficinas había terminado por convertirse en su segunda morada. Pero la razón que la había llevado hasta allí estaba a punto de salir a la luz, corrompida por la rabia y la impotencia de saber que para el mundo, ella nunca dejaría de ser una pieza totalmente prescindible, la otra.

Después de lo de Seattle, Cameron no había querido seguirle el juego. Argumentaba que estaba demasiado ocupado y que lo principal era no levantar sospechas, pero Erika no recordaba haberle visto así antes. Sabía que tenía compromisos y aspectos importantes en su vida, pero dejarla a un lado suponía un duro golpe que no estaba dispuesta a tolerar, así que, si no podían verse fuera del trabajo, lo harían allí mismo, sin salir del edificio. Por eso lo había planeado todo, a expensas de cazarle contra su voluntad, para saber a ciencia cierta la verdadera razón por la cual la evitaba.

Habían acordado verse en la gran conocida sala de reuniones, esa de las paredes de cristal y la mesa enorme postrada justo en el centro, esa especie de búnker imaginario que parecía tener prendado al jefe.

La joven estaba de pie, respirando fuertemente, contando los segundos que transcurrían en el reloj plateado colgado en lo alto de la pared, anhelando, deseando un no sé qué, un ápice que le devolviera la seguridad de su entorno. No quería ni pensar en las consecuencias nefastas para su salud emocional si su encuentro salía mal. Puede que Cameron fuera un hombre a veces con un talento magistralmente infantil e inepto, pero estaba segura de que sin él, sería una mujer trivial y carente de sentido. Odiaba reconocerlo, pero había terminado por descubrirse a sí misma gracias a él, y nadie más lo había logrado hasta la fecha. Su radar visual hizo sonar la alarma silenciosa que rodeaba sus ojos cuando percibió que la puerta acristalada del fondo se abría, dejando un rastro de silencio armonioso que muy pronto dejaría de serlo.

El traje que le envolvía le delataba antes de tiempo. Era negro, con esa camisa blanca que le daba un contraste delicioso, el cuello a medio abrir, y los ojos expectantes. Su sonrisa medio escondida era una de sus muchas armas que dejaba a la vista de todos, pero era ella la protagonista de su presencia. Terminó por acercarse y entonces su fragancia se instaló en la sala.

—¿Qué hace alguien como tú tan sola a estas horas?

Bueno, al menos parecía haber mordido el anzuelo. Seguramente su mente pervertida habría estado procesando la información de una manera totalmente equivocada, esperando tener un encuentro salvaje y plenamente sexual en ese cubo de cristal, pero lamentablemente Erika tenía otros planes para él.

—Necesitaba un poco de intimidad —dijo colocándose el pelo detrás de la oreja, conteniendo las ganas de abofetearle allí mismo.

—¿Y puedo saber por qué?

—No necesitas preguntarlo, ya conoces la respuesta. —Arqueó una ceja—. Te estaba esperando.

Él sonrió, satisfecho.

—Lo suponía —dijo acercándose hacia su presa, inclinándose sobre Erika para besarla.

—Eh, no tan rápido, vaquero. —Le colocó una mano en el pecho para poner distancia entre los dos—. Si te he traído hasta aquí es por una buena razón, pero por desgracia no es lo que imaginas. Eso puede esperar. —Frunció el ceño y trató de parecer lo suficientemente convencida para dar el siguiente paso—. Tenemos que hablar.

Confundido, Cameron frunció el ceño y dio un paso atrás, presintiendo que no iba a ser la cita de sus sueños. Se metió las manos en los bolsillos del carísimo pantalón.

—¿Algo va mal? —inquirió.

—Eso debería preguntártelo yo a ti, ¿no crees?

La tensión se disparaba sutilmente, pero no tenía nada que ver con lo que estaban acostumbrados a experimentar. Esta vez se trataba de un asunto serio que podía sentirse en el aire.

—¿De qué va todo esto, Erika?

—Tú mejor que nadie deberías saberlo, Cameron. —Su semblante pasó de una sensual insinuación a un gélido antifaz, despojándose de todo lo bueno que había en ella, dando paso a la furia—. Jamás he permitido que ningún hombre juegue conmigo y te garantizo que contigo no haré ninguna excepción.

—¿Por qué dices eso?

—¿Por qué? —repitió elevando el tono—. Has estado desaparecido. No he sabido absolutamente nada de ti, no has tratado de comunicarte conmigo, de hacerme llegar algún mísero mensaje, ni siquiera una nota para que dejara de sentirme tan estúpida. Hace una semana que no nos vemos.

—¿Qué? —espetó abriendo los ojos de par en par—. Eso no es cierto...

—Me refiero fuera del trabajo. No me has llamado. No has dado señales de vida, ningún tipo de explicación, absolutamente nada. —Se cruzó de brazos—. ¿Qué demonios has estado haciendo?

Cameron pareció entender el mensaje, ya que su seguridad tan habitual se desintegró por completo, haciéndose añicos delante de esa mujer que parecía haber tenido un día terrible. Se apoyó en una esquina de la larga mesa y bajó la mirada.

—Bueno —titubeó—, la verdad es que es algo difícil de explicar...

—¿De verdad? ¿Tan complicado era que ni siquiera pudiste intentarlo?

—Erika, yo...

Ella alzó la mano, pidiendo silencio. Quería llorar, pero de la rabia. Había sacrificado mucho por él y no quería creer que todo se estuviera viniendo abajo. No podía ser, era demasiado pronto, aún tenían mucho por lo que vivir.

—Quiero que seas sincero, nada más.

—No es tan sencillo —dijo él con un hilo de voz.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que te da tanto miedo?

Como si fuera una presa a punto de ser devorada viva, Cameron tragó saliva y apretó la mandíbula, como si lo que estaba a punto de decir resultase veneno salido directamente de su lengua.

—Ya sabes cómo es mi vida —empezó—. Conoces todos mis secretos, sobre todo porque tú eres el mayor de todos ellos. Me encanta pasar tiempo a tu lado, adoro todo lo que tiene que ver contigo, pero también debo volver a la realidad al final del día. Estoy casado, lo cual significa que le pertenezco a otra mujer, al menos legalmente. Es un capítulo de mi vida del que no puedo escapar.

Esa era el tipo de respuesta que habría preferido no escuchar. Claro que tenía en mente esa excusa, pero no quería oírla. Escuchar de labios del propio Cameron que había estado recuperando el tiempo perdido con su mujer en lugar de estar con ella se convertía en un aliciente para mandarlo todo al diablo.

—Has estado con ella —dijo al fin—. Con tu... mujer.

—Sí —corroboró él—. Por eso he estado tan ocupado. Lo siento.

—¿Que lo sientes? —Se llevó las manos a la cabeza, alborotándose el pelo con rabia—. ¿Acaso tienes idea de lo que siento yo cuando me abandonas sin previo aviso?

—No te he abandonado, sencillamente tenía que seguir fingiendo.

—¿Fingiendo para qué? —soltó—. ¡¿Para quién?! —dijo Erika dando un golpe sobre la mesa.

—No es justo que me hables de esa manera.

Erika expulsó el aire por la boca en un gesto que mostraba su perplejidad por ese descaro tan impropio de él.

—No puedo creer que digas eso. Tú tampoco tienes derecho a cambiarme cada vez que te plazca y, sin embargo, es justamente lo que haces.

—Porque no tengo otra opción.

—¡Claro que la tienes! —chilló encarándose con ese hombre que le quedaba demasiado grande—. Siempre puedes elegir, el problema es que nunca te he pedido que lo hagas. Cameron se iba poniendo cada vez más tenso. Las venas en el cuello y en las sienes le delataban. Casi comenzaba a sudar. Temblar de indecisión no era lo suyo, pero estaba pisando un terreno peligroso y si se descuidaba, si erraba por un simple paso en falso, iba a acabar sucumbiendo bajo tenebrosas arenas movedizas.

—Intenta ponerte en mi lugar —murmuró con sus ojos claros pidiendo clemencia y una segunda oportunidad que no estaba seguro de merecer—. Claro que habría preferido estar contigo, lo sabes de sobra, pero había algo a lo que no podía negarme.

—¿En serio? ¿Y qué se supone que era? —dijo en tono despectivo—. ¿Qué era tan importante para que fueras a esconderte en los brazos de tu mujer, esa misma mujer a la que no soportas?

—Nuestro aniversario —contestó. Lo dijo de manera tan fría e irracionalmente distante respecto a sus verdaderos sentimientos que más bien parecía que la sola idea le resultara insoportable y repugnante.

Erika se sintió desplazada a un segundo puesto. Claro, había estado tan ocupada tratando de no perder la calma que no había pensando en ese detalle. Su tensión bajó en picado y, a decir verdad, se sintió doblemente traicionada. Pero ¿qué podía hacer? De cualquier modo era una fecha importante.

—¿Era eso? —preguntó—. ¿Por eso no has podido verme?

—Sí, esa es la razón por la que he estado ausente este tiempo. Espero que puedas entenderlo.

Ofendida, le dio la espalda. Se abrazó a sí misma y avanzó un par de pasos, alcanzado uno de los grandes ventanales que iban desde el suelo hasta el techo. Observó la noche de Manhattan, con esa luna llena tan espléndida y que, en comparación con ella, se sentía irritablemente vacía, sin nada entre las manos.

—No puedes pedirme algo así, Cameron. Es demasiado doloroso.

—Lo siento mucho, de verdad.

—Deja de decir eso —dijo viéndose en el reflejo, con sus ojos verdosos casi hinchados por las ganas de llorar—. Los dos sabemos que no lo dices en serio.

—Por supuesto que sí.

—¿De verdad? ¿Y dónde están tus disculpas?

—Te pido perdón ahora, Erika.

—¿Y por qué razón crees que lo haces en este preciso momento? —ironizó—. He tenido que dar el primer paso. Acercarme a ti y preguntarte. ¿Acaso pensabas dejarlo correr como si tal cosa? ¿De verdad pensabas que me olvidaría del asunto tan fácilmente?

—Iba a decírtelo, pero tenía que encontrar el momento adecuado.

—¿Y cuándo iba a serlo? ¿La próxima vez que acabáramos en la cama? —Preso de la furia, la joven se llevó las manos a la cabeza.

—Lo siento —manifestó—. Lo siento muchísimo. —Cameron soltó un suspiro y, sin previo aviso, se arrodilló sobre el suelo, con mirada arrepentida.

—No, joder, Cameron —masculló echándose para atrás, como si no creyera lo que veía con sus propios ojos—. No hagas eso. No hagas que me sienta responsable de esto.

—Lo siento —repitió él—. Perdóname, no volverá a pasar.

Sabiendo que su paciencia se había colmado, llegando hasta un punto irrecuperable, Erika se dirigió a la puerta para salir de la sala de cristal.

—¿Quieres un consejo? —murmuró—. No hagas promesas que no puedas cumplir.

Salió de allí rápidamente, con los ojos inundados en lágrimas que ya habían esperado lo suficiente para poder ser derramadas. Fue hacia los ascensores, aunque presentía que las probabilidades de conseguir entrar en uno de ellos y llegar hasta la calle iban a ser más que remotas; sabía que Cameron iba detrás de ella. Era una de sus peculiaridades innatas. No importaba lo que hiciese ni la gravedad de sus actos; no le importaba tragarse el orgullo y disculparse.

En efecto, y tal como había supuesto, estaba dentro del ascensor, pero Cameron corrió hacia ella y, justo antes de que las puertas se cerraran por completo, él metió un brazo por el diminuto hueco, lo que provocó que el mecanismo se parara de golpe y las puertas se abrieran, dejándoles cara a cara, enfrentados y con una inestable bomba de relojería con las señas de identidad amor-odio inscritas en letras grandes.

—Sal de ahí —dijo Cameron en tono seco—. Tenemos que hablar.

—Acabamos de hacerlo —gruñó ella—. Y no ha servido para nada.

—Entonces déjame demostrarte lo equivocado que estaba. Dame una segunda oportunidad.

—¿Para qué? —espetó malhumorada—. No puedes cambiar lo que siento en este momento, sólo conseguirás que te odie aún más.

—¿Odiarme? —repitió él a sabiendas de que no era cierto, sino más bien una sencilla provocación para que también perdiera los papeles—. Eso es imposible.

—No estés tan seguro, capullo.

—¿Capullo? —Sonrió de manera seductora, como si acabaran de dedicarle el mejor de los cumplidos—. Vaya, eso es nuevo para mí. Suena bien viniendo de tus labios.

—Oh, cállate de una maldita vez.

—No —murmuró—. No, hasta que salgas de ahí.

—No pienso hacer tal cosa. Me voy a casa. —Alzó la cabeza—. Sola.

—Yo creo que no. —Entró en el ascensor y la acorraló contra una de las esquinas—. O lo hace por las buenas o por las malas, señorita Osborn. —Se inclinó sobre su cuello para oler su perfume—. Usted decide.

—Que te jodan.

—Eso es lo que quiero, y quiero que lo hagas tú.

—¡Cameron!

Justo después, él la agarró como si no fuera un obstáculo y la levantó del suelo, sacándola del cubo de metal.

—¡Suéltame!

—No —dijo él volviendo sobre sus pasos.

—¡Que me sueltes! —decía una y otra vez—. No tienes derecho a tocarme, no después de deshacerte de mí con tanta facilidad.

Al oír aquello, Cameron se quedó petrificado y la soltó de inmediato. Estaba confundido y atónito ante esa declaración sacada de contexto.

—¿Eso es lo que crees? —murmuró ofendido—. ¿Crees que me desharía de ti después de todo lo que hemos pasado?

—No es lo que creo, es lo que sé.

—Entonces no sabes nada.

—¡Mientes!

—¡Maldita sea! —exclamó perdiendo la compostura por primera vez—. ¡Compréndelo! ¡No era momento de levantar sospechas! No podía dejarlo a un lado, porque entonces podría haberlo estropeado todo.

Sorprendida por ese ataque de sinceridad por parte de él, Erika se tensó al completo.

—Eso significa que siempre estaré en segundo lugar. No importa lo que haga; en los momentos decisivos tú estarás con ella.

—¡Era nuestro aniversario! ¡Una fecha importante en la que no podía fallar! —gritó cogiéndola de los hombros—. ¿Qué querías que hiciera? No podía negarme. Habría sido un gran error.

—Debiste decírmelo —insistió.

—¿Para qué? —reclamó dando un golpe en la pared—. ¿Para que explotaras justo como lo estás haciendo ahora? —Cerró los ojos y se apoyó lentamente contra la superficie vertical—. Al menos alguien como tú siempre tiene más de una opción.

—¿Alguien como yo? —Se acercó—. ¿Qué quieres decir?

—Hablo de tu libertad, Erika. De tu ventaja de no tener que rendir cuentas a nadie. Es un privilegio que yo no tengo. No deberías olvidarlo.

—No lo hago.

—Pues entonces no te conviertas en mi enemiga. Se supone que estamos en el mismo bando. No compliques lo que tenemos.

—¿Complicarlo? Eres tú quien lo hace. Si te atrevieras a afrontar los hechos, esto no pasaría.

—Eso ha sido un golpe bajo. —Agachó la cabeza—. En todo el tiempo que llevamos juntos nunca me has pedido nada parecido. No me has hecho elegir.

—Por ese motivo te lo pido ahora. No puedo pasarme toda la vida siendo la otra.

—Eres mucho más que eso.

—Pues a veces consigues que lo dude.

—No puedes hablar en serio. —Cameron se iba resquebrajando por dentro.

—A mí me parece que sí —murmuró sin titubear—. Sigue siendo mi vida. Soy yo quien toma las decisiones importantes.

—Oh, no. No hagas eso, Erika.

—¿Hacer qué?

—Sacarme de tu vida. —Se aflojó el nudo de la corbata con dedos torpes y ansiosos—. Estoy acorralado, vigilado. Debo permanecer atento para que no me descubra.

—Llámalo por su nombre. —Irguió la cabeza—. Lo que tienes entre las manos no es algo que se pueda tomar a la ligera. Es un matrimonio.

—Sí, pero también tengo un hijo al que adoro y no puedo cambiar eso. —Se llevó las manos a la cabeza—. Haría lo que fuera para que las cosas fueran diferentes, pero no tengo ese poder. No está en mi mano decidirlo.

—No me mientas —gruñó ella—. Por supuesto que tienes elección. Sólo tienes que saber lo que quieres.

En ese momento Cameron fue hacia ella, no dejando lugar a dudas.

—Te quiero a ti —murmuró—. Pero también quiero a ese pequeñín que me espera en casa. Sois lo más importante para mí, pero Elizabeth también está presente y por el bien de mi hijo no puedo mandarlo todo al infierno.

—Es que no se trata sólo de ti, Cameron. —El nudo en la garganta no la dejaba respirar—. ¿Qué pasa conmigo? Yo también tengo sentimientos, ¿recuerdas? —entonó señalándose a la altura de pecho—. Me siento como una estúpida cada vez que tengo que mirar para otra parte, intentando fingir ser otra persona, intentando comportarme como alguien que no soy... Como si no supiera quién eres, y no puedo con eso. Me destroza.

—No tienes idea de cuánto lo siento.

—¿De verdad lo sientes? ¿Entiendes lo mucho que sufro cada vez que tengo que resignarme a no verte sabiendo que pasas la noche con tu mujer? ¿Entiendes lo difícil que es eso?

—Lo creas o no, también lo es para mí. Tú eres la mujer con quien me gustaría despertarme cada día. Sin secretos, sin mentiras.

—Pues despierta, porque eso no va a ocurrir. —Sólo al pensarlo la boca se le llenaba de un sabor demasiado amargo—. No existe la familia perfecta.

—En mi cabeza intento que lo sea. No sabes la de veces que he deseado que fueras tú la persona que ocupara su lugar. Tendrías que ser tú, Erika.

—No puedes vivir a base de ilusiones —le cortó—. Lo que cuentan son los hechos.

—Escúchame, por favor. —La acorraló contra la pared del pasillo, colocando su frente sobre la de ella—. ¿Ves esto? —dijo señalando su alianza—. Significa que estoy casado, pero más allá de eso no hay nada. —Se la quitó y la arrojó al suelo—. Pero esto, lo que nos une, lo que hay entre tú y yo, no puede romperse. —Le cogió la mano y la colocó sobre su pecho, justo sobre su corazón—. Esto es tuyo, Erika. Te pertenece. Lleva tu nombre, y nadie puede sustituirte.

En ese momento la atracción y todo lo que sentía por él pudieron más que cualquier otra cosa, más allá del odio y el rencor, por encima de las inseguridades... Necesitaban estar a solas, lo habían sabido desde el primer intercambio de miradas, y el discurso de argumentos odiosos que se habían estado dedicando el uno al otro por fin cesó.

—Bésame —susurró Erika, atrayéndole hacia ella, sujetándole la cara muy cerca de la suya.

Cameron se quedó un instante parado, sin saber muy bien si lo decía en serio, pero justo después

reaccionó, como una explosión con su respectiva onda expansiva. La levantó del suelo y la sujetó con su torso y cintura contra la pared, clavándole los dientes en los labios, jugando con su lengua envenenada, cerniendo sus dedos sobre esos muslos que incitaban al deseo. Mientras tanto, ella se dejaba llevar, apretándose con fuerza, soltando suspiros ahogados, cerrando los ojos, besándole el cuello, mordiéndole el lóbulo de la oreja. Pronto estuvieron moviéndose a lo largo de todo el pasillo, con movimientos dispares, arrítmicos.

—¿Te das cuenta de que nunca lo hemos hecho aquí? —balbuceó Cameron con la voz entrecortada, todavía con ella en brazos.

—Precisamente —gruñó ella—. ¿No era lo que tanto esperabas? Así podrás tacharlo de tu lista.

Entre beso y beso, fueron acercándose a la sala acristalada de reuniones. Era como si les esperase con los brazos abiertos, con el mismo atractivo que una gran *suite*.

—¿Esto era lo que querías? —dijo Cameron susurrándole al oído—. ¿Discutir para luego tener una reconciliación por todo lo alto?

Erika le sonrió con descaro y le metió la mano debajo de la camisa, sintiendo su cuerpo perfectamente musculado y fibroso.

—La verdad es que no, pero ahora que lo pienso, bueno, no ha sido tan malo después de todo. —Se separó de él y se quedó pensativa ante la puerta de la sala—. ¿Crees que la sala de reuniones es el sitio más adecuado?

—De hecho, me parece una excelente idea —dijo él sin inmutarse.

—Ya, pues creo que te olvidas de un pequeño detalle. —Hizo un gesto con el dedo, señalando el techo—. Hay cámaras de seguridad que registran todo lo que sucede dentro de esas paredes de cristal.

—Te equivocas. —Estaba seguro, completamente convencido de llevar razón. Como si fuera el único que escondía un as en la manga—. No todo.

—¿Qué has hecho?

—Me he encargado de ello personalmente.

—¿Cómo?

—No pienso decírtelo. —La cogió de la muñeca y entraron de sopetón en la sala. La colocó sobre la mesa y la cercó poco a poco, echándose sobre ella—. Bien, ¿por dónde íbamos?

—Por la parte en la que Eva muerde la manzana.

—¿Y eso, en qué me convierte?

—En el pecado al que soy incapaz de resistirme.

La chaqueta de él salió volando hasta acabar en el suelo. Erika tiró de él ayudándose de la corbata que tenía en el cuello y le besó con ansiedad, devolviéndole una tensión que prácticamente llegaba a doler. Pese a saber que a Cameron no le iba a gustar, Erika terminó por agarrarle de la camisa y tirar de ella con ambas manos, rompiéndola, haciendo que los botones salieran casi disparados a distintos puntos de la mesa y el suelo. Para su asombro, él no reaccionó de la manera habitual. Tal vez estaba

tan saturado y concentrado en su labor como amante que no se inmutó. Con su torso pulido y envidiable al descubierto, subió sus manos sin detenerse por ambas piernas de la mujer que tenía debajo. Agarró la falda y, antes de continuar, la miró con lujuria y susurró:

—Mi turno.

No la desgarró, pero tiró de ella con fuerza hacia abajo, dejando a Erika con una parte de su anatomía casi al descubierto. Prosiguió con las medias, deslizándolas sobre la piel lentamente, para luego encaramarse de nuevo sobre esos labios de un intenso rojo pasión; ella optó por desabrocharle el cinturón, bajarle la bragueta y conseguir dejarle en *boxers*. La temperatura habría roto todos los protocolos de seguridad de haber llegado a comprobarse. Ese dios rubio estaba más que dispuesto a sacar una buena nota en contacto físico, eso podía apreciarse desde lejos. Le bajó el tanga negro y, con suavidad, le dio la vuelta, por lo que la joven acabó bocabajo sobre esa enorme mesa de cristal, sintiendo un ligero frío al contacto con el material transparente. Percibió cómo un cosquilleo le nacía a la altura de la nuca. Cameron se había colocado sobre ella y le brindaba deliciosos besos centímetro a centímetro, poniéndole la piel de gallina, corrompiendo cada una de sus conexiones nerviosas. Una vez descendido lo suficiente, no tuvo reparos en sacar a pasear su dentadura blanquecina e hincarle el diente a la tierna carne del trasero de ella. Erika supo distinguir la curiosa combinación de placer y dolor, así que no pensó en detenerle. Por eso Cameron siguió con su tarea. Posó sus manos bien abiertas por todo el contorno de las piernas y, al llegar a sus terminaciones, jugueteó con su boca en los dedos de los pies de Erika. Esa parte anatómica le gustaba de un modo que no sabía explicar, y cuando su amante soltó un gemido tan agudo que consiguió un perfecto eco, supo que acababa de dar en el clavo.

—¡Chsss! —susurró él—. No querrás llamar la atención de todo el vecindario, ¿verdad?

La movió de nuevo dejándola bocarriba, trayéndola al frente, de manera que sus miradas conectaron al unísono. Cameron fue a degustar el ombligo que le traía de cabeza y después... posó sus labios sobre el pubis rasurado, besándolo como si se tratara de la más exquisita delicia culinaria.

—¿A qué estás esperando? —jadeó Erika con el ceño fruncido y los puños apretados por el deseo.

—¿Qué prisa tienes? —Le dio un pequeño pellizco en el muslo—. Disfruta del espectáculo visual, cariño. Esto no sucede todos los días.

Impaciente, Erika le sujetó del cuello, pillándole desprevenido. Forcejearon y acabaron girando sobre la mesa y, cansada de titubeos y preliminares, la joven le bajó la ropa interior, liberando esa erección digna de ser immortalizada. Cameron tiró sus *boxers* al suelo y le abrió las piernas en cuestión de dos segundos. Admiró con orgullo todo ese cuerpo que le recibiría instantes después con los brazos abiertos. Se hundió en su interior lenta y agónicamente, con su pelvis encajando en su réplica, como dos engranajes idénticos.

La mesa crujió sigilosamente bajo su peso. Una advertencia que ambos estaban decididos a pasar por alto.

—¿Estás dispuesta a romperla? —entonó Cameron mientras se movía con ritmo.

—Por supuesto. Ya lo daba por hecho. —Arqueó las caderas hacia arriba—. Tendremos que sustituirla por una más resistente.

—Pero antes, démosle un buen uso.

Tenían las manos entrelazadas, sirviéndose como punto de apoyo el uno para el otro. Desde su perspectiva, Erika caía rendida ante esos ojos azules que la atravesaban con fuego candente. Cada punzada en su interior le gritaba desde dentro que estaba disfrutando como nunca.

—Siempre pensé que en cuestiones de trabajo, alguna vez me joderían irremediablemente —jadeó—. No imaginé que pudiera ser tan literal.

—Todo lo literal que quiera, señorita Osborn. —Se inclinó y le besó el cuello.

Allí, en medio de esa gran sala, con una panorámica perfecta de todos esos rascacielos, sumidos en una gran oscuridad, prosiguieron con el asunto que casi había sido capaz de acabar con ellos.

El sudor pronto se percibió, pero no podían parar. Era una necesidad vital, de urgencia. Entrelazados, conectados, fusionados en un solo cuerpo, uno dentro del otro, callaron las disputas. Y es que, a pesar de tener distintos puntos de convergencia en cuanto a peleas y discusiones, tenían esa manera de solucionar sus diferencias. Sentirse muy adentro, piel con piel.

Mientras Erika le tenía sobre su cuerpo, sabiendo que era todo suyo, al mismo tiempo que le devoraba sin piedad, saboreando cada parte de su anatomía, con esa definición precisa de cada músculo moviéndose en sincronía con ella, no pudo evitar sonreír por dentro de pura satisfacción y desenfreno. Tenía un buen motivo, por supuesto. Sabía que, después de aquello, no volvería a mirar esa mesa con los mismos ojos. No sólo era un asunto de trabajo; habían conseguido darle una nueva perspectiva, un asunto de placer. Nunca hubiera imaginado que un lugar tan profesional y aparentemente tan escaso de pasión pudiera, en cambio, tener la capacidad de adaptarse y convertirse en un escenario ideal para la inevitable liberación de un orgasmo.

Se movió estratégicamente hacia un lado y acabó encima de él. Quiso llevar el control hasta el final. Tenía sus manos aferradas a ese pelo rubio que tanto le atraía, mientras su lengua se enroscaba con la de Cameron. Cuando estaba a punto de correrse, echó la cabeza hacia atrás y acentuó su movimiento. Él llegó primero y soltó un grito grave y profundo, estrechándola entre sus brazos, respirando entrecortadamente sobre su pecho.

Se quedaron abrazados durante un rato sin decir nada, sólo mirándose con las pupilas dilatadas y los corazones exaltados. Se podía decir que estaban conectados en cuerpo y mente.

Al cabo de un rato, de vuelta a la realidad, cada uno estaba distraído vistiéndose, pero Cameron alzó la vista hacia su presa a tiempo de impedir que esta se pusiera el tanga.

—No —susurró acercándose y atrapando el tanga oscuro con sus dedos rápidos y decididos—. No te lo pongas.

—¿Hablas en serio? —Erika rio y ladeó la cabeza.

—Sí. —Alargó la mano y cogió la prenda—. Yo lo guardaré.

—¿Dónde? No creo que tu casa sea el lugar más seguro del mundo para esconderlo.

—¿Sabes? Hay lugares mucho más interesantes para guardar tesoros como este. —Lo metió en el hueco de su pantalón—. Mientras tanto, se quedará en mi bolsillo. Un recuerdo de este inesperado y

glorioso... choque.

—¿Choque? —repitió ella ajustándole el nudo de la corbata—. ¿Ahora lo llamas así?

—En realidad, puedo llamarlo de mil formas. La cuestión, preciosa, es que he tenido una de las mejores noches de mi vida, y todo gracias a ti.

—No me lo agradezcas a mí, sino a este cuerpo que está hecho a medida del tuyo.

—Por eso nunca me equivoco cuando afirmo que somos almas gemelas. —Erika le dio un largo beso sonoro y mostró una sonrisa inmensa.

—Almas gemelas o no, nadie sabe darme lo que tú me das.

—¿Que es...?

—Un sexo increíble.

—Vaya... —Soltó un silbido—. ¿Luego soy yo el insensible que sólo quiere llevarte a la cama?

Erika se encogió de hombros, guiñándole un ojo.

—Acostarme contigo es todo un regalo para mis cinco sentidos. No voy a decir lo contrario.

—Ni yo quiero que lo hagas. —La abrazó desde atrás y le mordió el lóbulo de la oreja—. Siempre que quieras disfrutar de un buen revolcón, llámame.

—Yo lo llamo hacer el amor, Cameron. Para mí es algo más que el simple contacto cuerpo a cuerpo.

—Lo sé, sólo te tomaba el pelo. —Le dio un beso en la punta de la nariz—. Para mí también significa mucho. De hecho, tenerte cerca significa todo.



Tenía la desagradable sensación de que aquel día no iba a ser precisamente pasajero. Sentía un vaivén dentro de su pecho, como una especie de alarma silenciosa que hacía todo lo posible para prevenirla sobre esa mañana. Se había levantado temprano, más que de costumbre, así que se dio un buen baño de agua caliente y se sumergió, tratando de dejar la mente en blanco. Luego se llenó el estómago con una generosa taza de café, hasta que su mente se puso a funcionar al completo. Condujo de forma eficaz hasta el trabajo y aparcó en su plaza del aparcamiento dentro del edificio. Sus tacones resonaron contra el asfalto y, suspirando profundamente, se introdujo en el ascensor. Por suerte para ella, no había nadie, así que esa ascensión momentánea le serviría para despertarse definitivamente de su particular mundo de fantasía.

Los pisos subían como una exhalación, y cuando las puertas se abrieron en uno de ellos, vio al que era el hombre más detestable y ególatra de toda la compañía. Sí, allí estaba otra vez Vince, y cuando él se percató de que iba a subir en el mismo ascensor que Erika y que no había nadie más a bordo, cambió su identidad de profesional de corbata a perverso incurable. Entró lentamente y se colocó justo enfrente, evitando la tentación de cernirse directamente sobre aquella mujer.

—Vaya, qué agradable sorpresa —murmuró metiéndose las manos en los bolsillos.

—Siento no poder decir lo mismo —espetó Erika mirándole a los ojos, intentando acabar con eso lo antes posible.

—¿Nos hemos levantado con el pie izquierdo esta mañana, señorita Osborn?

Odiaba todo en él, pero en especial, el tono de su voz cuando pronunciaba su apellido. La reducía a una especie de ser inferior y ese no era el caso. Por eso su presión sanguínea aumentó cuando él se fue acercando, poco a poco, casi arrastrando los pies, reduciendo el espacio existente entre ambos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Erika con un timbre de soslayo que aparentaba temple mezclado con algo de agitación.

—Bueno, trabajo aquí. —Le guiñó un ojo—. Corrígeme si me equivoco, pero creo que los ascensores son de dominio público, lo que significa que no me estoy saltando ninguna regla por utilizar uno de ellos... aunque no te guste la idea de que lo compartamos en este preciso momento.

—No te acerques.

—¿O qué? —contraatacó—. No puedes hacer nada al respecto. Soy mucho más poderoso que tú.

—Pero no más inteligente, me temo.

Lejos de molestarse, sonrió. Se pasó una mano por el pelo y adoptó una pose de meditación, seguramente imaginando las posibilidades que aquel reducido espacio le brindaba.

—¿Qué ocurre? ¿Te sientes acosada? —se burló—. Esta vez nadie va a venir a salvarte, ni siquiera el idiota de Cameron.

—Sé defenderme yo misma, Vince. No necesito a nadie cubriéndome las espaldas —se defendió Erika plantándole cara.

—¿De veras? —Le cogió un mechón de pelo, ante lo cual ella reaccionó echándose hacia atrás—. Es una pena que no me permitas demostrarte lo excitante que me resultas. ¿Tienes idea de lo que podría hacerte si finalmente calleras en mis manos?

—De eso se trata. Algo así no pasará.

—Sólo es cuestión de tiempo. No puedes estar alerta continuamente. Llegará un momento en que te distraigas, bajes la guardia, y entonces... —Respiró con intensidad para oler el perfume de Erika—. Sucederá. Está escrito, nena.

—Estás más colgado de lo que creía. Eres un jodido enfermo, Vince. No tienes remedio.

—Ahí reside el encanto. No creo que deba cambiar. Me siento bien siendo quien soy.

—Eres un degenerado.

—¿Tú crees? —La miró de pies a cabeza, deteniéndose en las partes anatómicas que más le gustaban de ella—. Venga, no pido mucho. Tienes que admitir que mi insistencia se merece un premio. No suelo invertir tanto tiempo sin recibir nada a cambio. Me lo he ganado, lo sabes tan bien como yo.

En ese momento, Erika desvió la mirada y vio que quedaban unos treinta segundos para llegar a su piso. Decidió dar el golpe de gracia... literalmente.

—¿Sabes qué? Tienes razón. —Cogió a Vince de los brazos y con sensualidad le movió, arrinconándole sobre el fondo—. Creo que tengo algo para ti.

Vince se relamió con descaro y tensó los hombros. ¿De verdad era tan idiota como para caer en la trampa? Parecía que sí, puesto que sus ojos brillaban y se había cegado, creyendo que por fin su presa había decidido entregarse.

—Voy a darte algo que estoy segura que recordarás por mucho tiempo. —Le sonrió falsamente—. Te hará pensar en mí más de lo debido, pero estoy dispuesta a correr el riesgo. ¿Preparado?

—Adelante.

Cinco segundos antes de que las puertas se abrieran, Erika reaccionó violentamente y, concentrando todas sus energías y fuerzas en un golpe directo, le propinó tal rodillazo a Vince en la entrepierna, que le hizo doblarse por la cintura al instante, cayendo de rodillas sobre el suelo del ascensor.

—Maldita zorra... —masculló casi sin aliento.

El sonido característico de la llegada al piso siguiente cobró vida y las puertas se abrieron. Erika sonrió totalmente satisfecha y le dedicó unas últimas palabras.

—Que tengas un buen día, Vince. Te veré en la sala de reuniones.

Se dirigió a su despacho con una sonrisa tan grande que llamó la atención de sus compañeros. Saludó amablemente y se contoneó con estilo innato, sabiendo que al menos por ese día, ya había ganado algo.

Se plantó delante del ordenador y se propuso hacer su trabajo con más ahínco que de costumbre. Se

había renovado con un halo envolvente de optimismo y tenía que aprovecharlo. Su mente elaboraba suposiciones que, de vez en cuando, le dejaban una dulce miel en los labios.

Era la una del mediodía y todos los presentes en la gran sala de reuniones aguardaban a que el señor Harris comenzara. Por supuesto, Erika estaba inmediatamente sentada a su derecha, cual fiel servidora y asistente. El encuentro duraría cerca de una hora, lo suficiente como para abrir el apetito a cualquiera debido al poco éxito contenido en las futuras palabras del discurso.

Cuando por fin comenzó, Erika dejó su cuerpo presente pero su mente optó por la salida fácil, encendiendo el piloto automático y dejándose llevar por sus pensamientos acumulados en el cerebro, que de seguro eran bastante más interesantes que aquella charla sin ánimo de entusiasmar. Por ello fueron sus recuerdos los encargados de ir desfilando uno por uno ante sus mismos ojos, tan palpables y factibles como si en realidad estuvieran allí mismo, al alcance de la mano. Evitó la tentación de relamerse los labios al recordar por infinita vez su encuentro salvaje con Cameron en esa misma sala. Reía por dentro, consciente de que ese era un secreto gritado a voces que ambos se llevarían a la tumba. Resultaba tan excitante... cómplices de un juego de pasiones anónimas.

Por supuesto, Erika tenía plena consciencia que su amante también tenía esos mismos pensamientos al unísono, ya que cuando sus miradas se encontraron de extremo a extremo en la sala, sus corazones se colapsaron de manera inevitable. Eran capaces de hablar sin dirigirse una ínfima palabra. Un aleteo de pestañas, un sutil guiño, un par de parpadeos sosegados... Un lenguaje propio y tan ajeno al mundo real que les catapultaba directamente a la sombra de otro encuentro que no tardaría en suceder. Tenía la respiración agitada y los oídos se le volvían sordos. La piel se volvía eléctrica al contacto con su mismo aliento. Los músculos de su vientre se tensaban al anticiparse a algo que no esperaba en un principio. Era un suplicio y una gran fuente de placer, todo al mismo tiempo.

Cuando la charla por fin hubo acabado, todos se levantaron para huir rápidamente, pero con disimulo. Todos menos Erika, ya que el señor Harris optó por entretenerla un poco más de tiempo mientras la sala se iba vaciando. Era su jefe, ¿qué podía hacer? Le sonrió como buenamente pudo y aguantó el sermón de oraciones dirigidas a ella, mientras su mirada clara miraba hacia fuera, buscando al responsable de sus emociones más nítidas y sinceras.

—Eso es todo, Erika —murmuró el señor Harris—. Gracias por su tiempo.

—A usted. —Le estrechó la mano—. Buen discurso.

—¿De verdad lo cree?

—Por supuesto. Sabe cómo manejar el optimismo de sus empleados. Es un estrategia innato y consagrado, de eso no me cabe duda. Lo lleva en las venas.

Salió de allí con tacones rápidos y sigilosos y se dirigió al ascensor. Bajó al lugar ideal, donde sus compañeros la estaban esperando.

—¿Coqueteando con el señor Harris? —empezó David.

—Me parece que no —respondió frunciendo el ceño—. No me pagan por ello.

—¿Una propuesta indecente, tal vez? —se burló Sarah—. No sería la primera vez. Está encantado de codearse con jovencitas inteligentes y atractivas como tú, Erika.

—La verdad, sería algo completamente fuera de lo normal. Podría ser mi padre y no acostumbro a tratar con hombres tan maduros. Es demasiado mayor para mí.

—El amor no tiene edad.

—No, pero mi conciencia sí la tiene. —Sonrió de oreja a oreja—. No me dejaría dormir por las noches.

—Hablando de noches sin dormir —interrumpió David dirigiéndose a Cameron, que estaba allí pero por algún misterioso motivo no había dado muestras de manifestarse verbalmente con ellos—. ¿Qué ocurre? ¿Problemas en el paraíso? ¿No has podido descansar?

—Algo así. Tengo... la cabeza en otra parte, supongo. —Cameron se encogió de hombros y suspiró.

—Supones bien —apuntó Sarah—. ¿Está bien?

—Sí, claro. No es nada de lo que preocuparse.

Erika fijó la mirada en él y se sintió idiota por no haberse percatado antes. De todos ellos, era ella quien mejor le conocía. Parecía sumamente distraído y retraído. Sus ojos se encontraban distantes, algo nada habitual en él. Era como si dijeran algo a media voz, un aviso de que algo no iba bien.

Cuando estaba intentando pensar en algo lo suficientemente bueno como para no llamar la atención y preguntarle de forma sutil, Brad apareció de la nada y se dirigió a él.

—Cameron —entonó dándole una palmada en la espalda—, ¿qué tal va todo? No te veo desde lo de Seattle...

—Todo va bien, Brad. —Se contradecía a sí mismo—. Gracias por interesarte.

—De nada. —Consultó su reloj y dio muestras de tener prisa por irse—. Oye, deberíamos salir a tomar una copa algún día. —Sonrió—. ¡Y esta vez no quiero largas!

—Claro. Te tomo la palabra. —Sonrió forzosamente—. Ya te llamaré.

—Eso espero. —Tenía toda la pinta de haber acabado con su breve escena, pero se dio la vuelta como si acabara de recordar algo importante que decirle—. Por cierto —murmuró antes de desaparecer—, tu mujer acaba de llegar. Te está buscando por todas partes.

Fue como si el tiempo se detuviera, como si todos los presentes se volvieran estatuas de hielo, todos... menos ellos dos. Se miraron directamente, y las muecas de reproche y sorpresa lograron pasar desapercibidas, pero la herida abierta en canal en el pecho de Erika ya era un hecho. Lo comprendió al instante. Ahora entendía esa cara tan larga de él. Lo sabía. Lo había sabido desde el principio. Tenía plena consciencia de que su mujer aparecería en la empresa de un momento a otro, por eso se había mostrado tan apartado y silencioso. ¿Por qué había preferido no advertirla? ¿Por qué la apartaba siempre sin tan siquiera pedirle permiso?

—¿Desde cuándo te traes tu vida privada al trabajo? —preguntó David—. ¿No se supone que debería ser al revés?

—Ha habido un cambio de planes. No sabes lo testaruda que puede llegar a ser. Además, quería hablar con el jefe... —dijo Cameron mientras se aflojaba el nudo de la corbata.

—¿Tu mujer conoce al señor Harris? —espetó Erika, incapaz de controlarse, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—Sí... —Apretó la mandíbula—. Es una larga historia. —Se metió las manos en los bolsillos del pantalón de vestir—. En fin, tengo que irme. Elizabeth me estará buscando.

—Que tengas suerte —susurró Sarah.

El reducido grupo de compañeros le vieron alejarse, incluida Erika. Tenía la sangre helada de las venas, sin poder moverse, sin poder articular palabra alguna. Estaba en estado de *shock*. Pero ¿quién no lo estaría sabiendo que su enemiga número uno rondaba por allí a sus anchas, pudiendo encontrarse cara a cara en un descuido?

—Eh, ¿te encuentras bien? —Sintió una leve sacudida en la muñeca.

Erika parpadeó un par de veces ante la pregunta de Sarah, que la miraba como si acabara de ver a un fantasma.

—Sí, ¿por qué?

—Te has puesto pálida en un segundo. En serio, ¿va todo bien? —Sarah frunció el ceño.

—Sí, tranquila. —Se llevó una mano a la sien—. Será un mareo, nada más. Luego nos vemos. —Giró sobre sus talones y se dispuso a utilizar el ascensor. Se metió enseguida en él y pulsó al azar. No sabía ni dónde meterse. El trabajo siempre había sido su particular refugio, pero desafortunadamente acababa de ser profanado. Salió con rapidez del cubículo y comenzó a andar en círculos, como si estuviera tan perdida que en el fondo no sabía ni quién era. ¿Había sido vencida con tanta facilidad? ¿Era su forma de demostrarse a sí misma que en realidad no merecía tener a un hombre como Cameron?

Atravesaba el largo pasillo que daba al vestíbulo principal, pero cuando sus tacones rozaron el mármol del suelo, supo que había vuelto a equivocarse. Estaba intentando salir del paso cuando de repente, la vio. Era mucho más atractiva de lo que recordaba. Con esa cascada de pelo negro y rizado cayendo sobre su espalda, sus movimientos ejecutados con una elocuencia envolvente, una sonrisa deslumbrante y esos ojos tan oscuros que eran embriagadores. Saludaba a toda la gente que pasaba cerca, dando a entender que era mucho más conocida que la mayoría de los que trabajaban en aquel lugar.

Erika sintió una mordedura en el corazón, extendiéndose a la velocidad del fuego su impotencia y su creciente baja autoestima. Se consideraba atractiva, pero si cometía la estupidez de compararse con aquella mujer que estaba a la cabeza en cuanto a experiencia y encanto personal, salía perdiendo. No tenía nada que hacer. Elizabeth era radiante, como un rayo de sol en mitad de una niebla densa. No obstante, cuando la estocada amenazaba con ser mortal, el veneno se propagó con mayor énfasis en sus venas. Fue peor de lo que podía imaginar, pero lo fue aún más cuando vio a Cameron acercarse a ella y besarla como si en verdad la quisiera. Se le atragantó el aire en la garganta, y sus cuerdas vocales se cerraron en banda, con la inestable promesa de no volver a hablar nunca más. El ferviente y aparentemente perfecto matrimonio hablaba muy de cerca, sonriéndose continuamente y manteniendo las manos entrelazadas. Eso era algo con lo que no podía. Si Cameron era capaz de desenvolverse con tanta facilidad frente a su mujer, ¿qué dificultad supondría engañarla a ella, que

era únicamente su amante, una mujer que a fin de cuentas sólo satisfacía sus instintos más carnales?

Quería desaparecer antes de que la vieran, y tal vez su cerebro actuara rápido y con eficacia, porque en cuanto comenzó a pensar en un plan de escape, divisó la puerta de los servicios. No lo dudó ni un instante y fue directamente hacia allí. Entró de sopetón, cerrando la puerta con rabia. Levantó la vista y se topó con la mirada desconcertada de una chica joven de melena rubia que se había quedado inmóvil ante semejante comportamiento, tan carente de tacto femenino.

—Fuera —gruñó Erika deseando estar sola—. Ahora.

Como si hubiera acatado la orden de un superior, la chica asintió y, tras recoger su bolso y su chaqueta, desapareció en un segundo.

Fue hasta el lavabo y se inclinó sobre él, con las manos apoyadas en el borde de la superficie, tratando de recuperar el aliento. Quería llorar, gritar, morirse... Tantas emociones eclosionaban simultáneamente en su cuerpo que temía no poder hacerles frente. Se mojó los dedos con agua fría y los pasó por la frente, las mejillas y el cuello. En cuestión de milésimas había pasado de un frío invernal a un calor sofocante, igual que una noria. Cerró los ojos y se concentró todo lo bien que pudo en su arrítmica respiración. No debía perder la calma, no podía. Se necesitaba al cien por cien. Estaba sola en mitad de ese caos y no podía recibir ayuda de nadie, así que el primer paso era recuperar el control.

Estaba en ello cuando a sus oídos llegó el sonido de la puerta, abriéndose lentamente. Tan absorta se hallaba que no le dio importancia. Como aún estaba inclinada hacia delante y sus ojos miraban el lavabo, no vio quién era. Por desgracia para ella.

—Disculpa —dijo una delicada y educada voz femenina a sus espaldas—, tú debes de ser Erika, ¿verdad?

No supo por qué, pero esa voz le provocó escalofríos por la nuca. Tenía tanto miedo de levantar la vista y confirmar sus sospechas que, cuando finalmente lo hizo, estuvo a punto de sufrir un paro cardíaco. Allí, en mitad de su improvisado escondite, cuando ya creía que tenía posibilidades de escabullirse del principal centro de la tormenta, se encontró cara a cara con el mismísimo diablo, camuflado bajo la apariencia de una mujer fatal y cautivadora. En efecto, y contra todo pronóstico, la señora Moore estaba justo allí, mirándola indirectamente a través del espejo.

Se quedó muy quieta, incapaz de parpadear, con las pupilas dilatándose debido al impacto visual, percibiendo cada latido, el leve flujo de su sangre fluyendo a ritmo rápido, la insensibilidad instantánea de la piel, la sequedad de la boca, el estallido de los nervios a la altura de las yemas de los dedos... ¿Era real o una alucinación de mal gusto? ¿Podía ser tan desafortunada en el amor y tan acaparadora en cuanto a las desgracias?

Al percatarse que Erika no movía ni un músculo, la otra mujer se adelantó y se acercó decididamente, con la firme intención de hablar.

—Perdona, creo que no nos han presentado formalmente. —Sonrió y, como si estuviera encantada de hacerlo, le tendió la mano con entusiasmo—. Soy Elizabeth Moore, la mujer de Cameron.

«Sé muy bien quién eres», pensó irremediamente Erika.

—Mucho gusto, Elizabeth. —Apenas logró decir aquello con un mínimo sentido de veracidad. Le estrechó la mano con debilidad. La sensación fue tan desagradable que casi sintió el dolor al rozarse—. Soy Erika Osborn.

—Lo sé. La mano derecha de Harris, según he oído. —Sonrió—. Un placer. —Bajó la voz—. Apuesto a que nadie de esta empresa sería capaz de hacer lo que tú haces.

—¿Qué quieres decir? —dijo Erika abriendo mucho los ojos.

—Oh, vamos. No disimules. —Se puso las manos sobre las caderas, comportándose de forma informal, como si la conociera de toda la vida—. Eres la mejor en tu trabajo. He oído maravillas de ti. Eres bastante conocida, ¿lo sabías?

—Bueno, a la gente le gusta hablar demasiado...

—Te entiendo, pero que no te incomoden. Las críticas suelen ser sinónimo de que lo estás haciendo bien. —Hizo una pausa, ante lo cual aprovechó para mirarse en el espejo y admirarse lo justo, usando la barra de labios para darle un impulso de color a su boca. Después, se volvió para mirarla y proseguir con su conversación—. ¿Sabes? Tengo entendido que eres una mujer brillante. Me sorprende que Cameron apenas te mencione. Eres un gran pilar para esta empresa, estoy segura.

—Gracias. —No sabía ni cómo era capaz de sostenerle la mirada—. El señor Moore también es un trabajador excelente.

—¿Señor Moore? —repitió con cierta sorna—. Vaya, esa sí que es buena. A Cameron no le gustan los formalismos. Es más cercano de lo que imaginas, así que no te sorprendas si te trata de manera confiada. Si hablas con él, tutéale.

—Lo haré.

Percibió un ligero temblor en los gemelos. Miró hacia abajo y presintió que sus piernas cederían de un momento a otro. Era como gelatina, más inestable que el agua derramándose sobre el suelo. Lo peor fue hacerlo tan evidente, exponiéndose ante la persona menos indicada, cuya reacción no se hizo esperar.

—Erika, ¿te encuentras bien?

—Sí. —Se llevó una mano a la sien, rezando entre dientes para que su patética actuación resultara mínimamente creíble—. Llevo un día algo ajetreado. Es un pequeño mareo, nada más.

Elizabeth se acercó un poco, observándola de cerca.

—No soy médico, pero no tienes muy buena cara. Deberías tomarte el resto del día libre. —Le colocó una mano en el hombro—. ¿Quieres que avise a alguien para que te recoja?

Fue ese acto de aproximamiento peligroso el que terminó por rematar la débil vida sentimental de Erika. Alzó la vista y, conteniéndose por no deshacerse bruscamente de ese molesto y humillante contacto, alcanzó a ver algo que destruyó sus más fervientes ilusiones. No se podía caer tan bajo, y si en ese momento hubiera tenido delante a Cameron, le hubiera hecho trizas con sus propias manos.

—Oh, Dios...

—¿Qué? —murmuró Elizabeth frunciendo el ceño—. ¿Qué ocurre?

Instintivamente y por error, Erika se llevó la mano al cuello, rozando con los dedos el collar que le había regalado Cameron por su cumpleaños y que, al parecer, era idéntico al que Elizabeth llevaba puesto en ese momento.

La mujer de ojos negros bajó la mirada y, entendiéndolo al instante, soltó una gran carcajada.

—Vaya, esto sí es casualidad, ¿no crees? —entonó—. ¡Qué coincidencia!

No había tocado fondo; sencillamente había sido arrastrada a las profundidades más abismales que pudiera concebir. ¿Qué desplante de semejante calibre era aquel juego amoroso de tres? ¿Estaba viendo precisamente el mismo colgante? ¿Así era Cameron, tan enrevesado y con tan mal gusto que tenía la desfachatez de comprar un obsequio personal por duplicado? ¿Acaso así se ahorrraba el hecho de pensar en una segunda opción para su amante? ¿A quién diablos se le ocurriría cometer tan garrafal error? ¿Había sido un descuido o un acto cometido de forma deliberada, pensando que ninguna lo descubriría jamás?

Como pudo, intentando recobrar la normalidad, Erika se irguió lentamente y, mirando con furia contenida el colgante de su cuello, dijo parte de la colosal verdad que se escondía detrás de todo aquello.

—Fue un... regalo.

—Entonces debes estar muy agradecida a quien te lo entregara. Es un diseño muy cuidado y desde luego, único —explicó—. Esta preciosidad cuesta un dineral y apenas se han fabricado una veintena de modelos. —Se encogió de hombros—. Tienes suerte, Erika. Eres muy afortunada y te felicito por ello. —Tenía medida hasta la más mínima sílaba, eso saltaba a la vista—. Está claro que el hombre que te lo regaló te adora.

—¿Y el tuyo? —se atrevió a preguntar, consciente de saber que ya no tenía nada que perder—. ¿También fue un regalo?

—Oh, ya lo creo. En ese sentido, yo también tengo algo de suerte. Lo admito; lejos de la apariencia de superficial y engreído que suele causar en las primeras impresiones, mi marido es muy detallista y no se le escapa una. Supongo que todavía existen hombres con buen gusto. —Sus ojos brillaron con intensidad—. No podría estar en mejores manos.

Estuvo a punto de soltar alguna palabra que seguramente habría hecho saltar todas las alarmas, pero en mitad de ese bullicio que rugía desde sus entrañas, no podía evitar preguntarse continuamente si habían acabado una enfrente de la otra por simple azar o por algo más... ¿Estaba loca por pensar que ella tal vez lo sabía? ¿Era por eso que Elizabeth hablaba con tanta trivialidad ante una desconocida? ¿Qué tramaba? ¿Guardaba un as en la manga o era simple cortesía? ¿Cuál era el siguiente paso? ¿Cómo salir del atolladero sin llamar la atención?

—Bueno, creo que será mejor que me vaya —murmuró Erika dando así por finalizado el claustrofóbico encuentro—. Ha... sido un placer hablar contigo.

—Insisto, el placer ha sido mío. —Inclinó la cabeza hacia un lateral—. Espero verte en alguna otra ocasión. Las mujeres como tú realzan nuestro género en un mundo de hombres. —Le guiñó el ojo—.

Cuídate, Erika.

Salió de allí con el alma a la altura de los tacones. Comenzaba a perder la poca cordura que aún le quedaba en su materia gris. Aunque la opción de marcharse estaba vetada, ya que todavía tenía un montón de papeleo por organizar, se saltó todas las normas. Merecía más que nunca tener la mente en blanco, y no podría conseguirlo si se quedaba. Así que respiró hondo y fue de nuevo hacia los ascensores. Pulsó el botón de la pared, pero al parecer el ritmo era algo lento, por lo que tuvo que esperar. Suspirando, giró la cabeza hacia la derecha y, a una distancia más que prudente, vio al señor Harris hablando con Cameron. En cuanto este la vio, su rostro cambió por completo. Sabía que había vuelto a fallar. Tan enfurecida estaba con él que, antes de desaparecer de su vista, decidió hacerle partícipe de un gesto que lo diría todo. Así, sabiendo que él la miraba, se arrancó el colgante con fuerza y lo arrojó contra el suelo. Luego, entró en el cubo de metal y enmudeció por completo.

Accedió al aparcamiento y recorrió los últimos metros hasta llegar a su coche con los ojos inundados en lágrimas. Cuando estuvo delante del volante, se echó sobre él y lloró amargamente, escondiendo la cara entre las manos, sollozando, apretando los dientes. Estaba tan segura respecto a su posición, convencida de que nadie podría verla desde allí, que por un momento pensó en la posibilidad de quedarse en el mismo sitio durante horas, ya que las ganas de volver a casa habían dejado de ser una prioridad.

Llegó a su apartamento con los ojos ennegrecidos debido al maquillaje corrido. Ya había perdido la cuenta de las horas que había pasado a la deriva, sin un rumbo fijo. No sabía ni cómo definir su situación actual, y para colmo, no había recibido ninguna señal o mensaje de Cameron. No lo esperaba con énfasis, pero era una muestra más del descaro sin límites de ese tipo. La había visto, había contemplado el dolor en sus ojos y, en lugar de tratar de darle una explicación, se había hecho a un lado mientras gozaba de la compañía de su auténtica mujer. ¿Cómo podría perdonarle algo así? No podía ser. Por alguna incomprensible razón había abierto los ojos y, tratando de consolarse paupérrimamente con sus dotes de psicología de autoayuda, se repitió varias veces a media voz que antes o después hubiera ocurrido. No tenía sentido alargar la agonía de algo que, a fin de cuentas, siempre había tenido fecha de caducidad.

Pero el sentimiento seguía ahí, intacto, recordándole que por él había sido capaz de renunciar a los miles de encuentros con sus otros compañeros de cama. Los había rechazado a todos, uno por uno, simplemente para estar en su compañía. Y es que a pesar de todo, le quería... Sí, había jurado un millón de veces que lo suyo no pasaría del límite puramente físico y sexual, pero no había sido más que otra de sus mentiras piadosas para resguardarse tras un cristal de protección. Ahora, que había sido golpeada por una gran dosis de realidad en estado puro, sucumbía ante la efímera de sus sueños, que habían retornado a auténticas pesadillas sin su consentimiento previo. El problema era que estaba profundamente enamorada de un hombre casado, pero la solución –si es que acaso existía remotamente– se le escapaba entre las manos. Tenía una introducción, un desarrollo de la historia algo truncado y tachado de altibajos, pero el desenlace... no se veía por ninguna parte. ¿Era hora de acabar? ¿Tenía que concienciarse para decirse el adiós permanente aunque tuvieran que verse las caras en el trabajo?

Estaba tan afectada que en lugar de buscar refugio siguiendo unos patrones normales de comportamiento, se aferraba a la parte más inocente y juvenil de su persona. Había acabado sentada

en una esquina de su impresionante dormitorio. Tenía sillones y una comodísima cama enorme, pero había optado por la elección más desafortunada, tal vez con el propósito inútil e indiferente de provocarse cierto malestar físico.

Estaba completamente rodeada por su cadena infinita e irrompible de pensamientos contraproducentes, cuando su móvil comenzó a vibrar. Sintió espasmos por todo el cuerpo, un profundo latigazo que le corrompió hasta el alma. ¿Era él? ¿De verdad necesitaba preguntarse en voz alta si lo era? Por supuesto, no había duda. Sólo había una vacante para ese puesto y llevaba escrito el nombre de Cameron Moore. Sin embargo, y a pesar de querer contestar, no lo hizo. Siguió en su posición, hasta que la llamada se cortó. Soltó el aire y se pasó las manos por el pelo revuelto y despeinado. Debía tener una pinta horrible con aquellos ojos tan hinchados de llorar. ¿Qué clase de mujer era permitiéndose un momento de debilidad tan caótico? ¿Tan fuerte le había dado el amor que había desplazado a su antiguo carácter hasta un punto de no retorno? Ella siempre había manejado la situación, sin embargo, ahora eran las circunstancias tan tirantes las que tomaban las riendas.

Una segunda vez, tras varios minutos de espera, volvió a recibir una llamada. Estaba tan desesperada que exclamó algo entre dientes y se levantó corriendo. Cuando tuvo el móvil en las manos, y al ver la imagen de su caballero andante apareciendo en pantalla, retrocedió tiempo atrás.

Pulsó la tecla correcta pero no dijo nada. Permaneció en silencio, con Cameron al otro lado de la línea; su respiración era agitada.

—Erika —dijo al fin—. Sé que estás ahí. Por favor, háblame.

Agotada tanto física como mentalmente, con la mano que aún tenía libre, se tapó la boca con el propósito de ahogar un sollozo. Pero fue tarde; él lo escuchó.

—Erika, por favor. Lo siento muchísimo.

—Ya es tarde —logró decir entre lloros—. Demasiado tarde, Cameron.

—No digas eso...

—Lo es. Esta vez has ido demasiado lejos. Me has destrozado y ni siquiera parecías estar arrepentido. ¿Qué era lo que pretendías? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Quería protegerte.

—¿Protegerme? —reprochó—. ¿Cómo? ¡Me ha encontrado! ¡Tu mujer me ha visto! ¿Adónde crees que nos lleva todo esto?

—¿Elizabeth ha hablado contigo?

—¡Sí, maldita sea! ¡Lo ha hecho! —Soltó un gemido de frustración—. ¿Y sabes qué es lo peor de todo? Parecía encantada de tenerme cerca. Ha sido... la peor experiencia de toda mi vida.

—Erika, yo... —Se le notaba indeciso—. Si hubiera podido evitarlo de alguna manera, te aseguro que habría hecho cualquier cosa.

—¡Eres un completo idiota! Claro que podías haberlo impedido. Para empezar, de haber sabido que iría yo me habría quitado de en medio; pero no, preferiste mantener la boca cerrada y ahora no hay marcha atrás.

—Cálmate, podemos arreglarlo.

—La cuestión es que yo ya no quiero seguir con esto. —Se le quebró la voz al pronunciar aquellas palabras. Estaba dividida, nadando a contracorriente—. ¿Cómo has podido hacerme esto? Después de todo lo que he hecho por ti, después de todo lo que hemos pasado juntos...

—Por favor, dame tan sólo un minuto para explicártelo...

—¿Por qué no puedes dejar de suplicar? Asume tus errores. Sé un hombre. Aunque a estas alturas dudo mucho que lo seas. Me has hecho quedar como una estúpida delante de ella. —Alzó la voz todo lo que pudo—. ¿Cómo pudiste hacernos el mismo regalo a las dos? ¿Pensaste que nunca lo sabría?

Otra vez recibió el silencio como respuesta. No le daba la opción de contestar.

—Entiendo que estés defraudada conmigo. No tengo excusa posible. Me equivoqué y no puedo cambiar los hechos. He cometido un error.

—Te equivocas. Has cometido miles, y ya he esperado suficiente. —No aguantaba la presión ni un minuto más, por eso soltó al aire la pregunta del millón—. ¿Lo sabe? ¿Ha descubierto los nuestro?

—No, eso es imposible.

—¿Estás completamente seguro? —Él se quedó mudo un instante—. Esto se nos ha ido de las manos. No tiene sentido que haya hablado conmigo sin conocerme. Tiene que sospechar algo, de lo contrario...

—No sabe nada, Erika.

—¿Pero me llamó por mi nombre! ¿Cómo explicas eso? Antes de que pudiera darme la vuelta y ver que era ella, tu mujer me llamó sin dudar. ¿Cómo es posible?

—La verdad, no lo sé. Pero tiene que haber alguna explicación, la que sea.

—Eres incapaz de asumir la realidad. Despierta de una vez.

—Me estoy disculpando. Te estoy pidiendo perdón de la única forma que sé —dijo al borde de las lágrimas—. Estoy arrepentido, hecho polvo y no consigo encontrar una salida. ¿Qué quieres que haga?

—Ya basta, Moore. —Apretó la mandíbula hasta hacerse daño—. Nunca te pedí que eligieras. Ahora tampoco te lo pediré porque ya lo has hecho. Con tu actuación de hoy, me has dejado claro la posición que ocupo, y ya no significo nada para ti. Si creías que podías comprarme con malditas joyas y palabras adecuadas, es que no me conoces en absoluto.

—Esto aún no se ha terminado —dijo con determinación.

—Eso es lo que tú crees, pero no volverás a tenerme cerca. Si tan seguro estás respecto a lo que sientes, deberías haberlo pensado antes. A partir de ahora, seremos simples compañeros de trabajo.

—No...

—Sí, ahora vas a escucharme. Te he dado miles de oportunidades, pero esta vez no tiene solución. Y lo sé porque tú eres el problema. —Hizo una pausa—. No podía durar eternamente, y aunque me hubiese gustado acabar de otra forma, esto es lo que hay. Ha sido culpa tuya. Olvídate de mí y, cuando sientas la necesidad de tirarte a alguien, piensa en tu mujer. Estará encantada de tenerte entre

sus piernas.

Colgó. Sintió cierto alivio en el pecho, pero también una pesadumbre que se magnificaba. Volvió a ser interrumpida por otra llamada. Descolgó pero se adelantó.

—¡Se acabó! —chilló sin importarle que sus vecinos pudiesen oírlo—. ¿Lo entiendes? ¡Lo nuestro se acabó!

—¡No, Erika! ¡Lo nuestro no puede acabar! —Ahora gritaba como un hombre desesperado—. No va a terminar, ¿me oyes? ¡Nunca!

—Asúmelo de una puta vez. Ya no soy tuya. Ni lo seré nunca más. —Colgó definitivamente e incapaz de contenerse, arrojó el móvil a la pared, lo que provocó precisamente lo que inconscientemente pretendía, hacerlo añicos, como si de alguna manera también acabara de hacerlo con el hombre que le había hecho tantas cicatrices en tan poco tiempo.

Incapaz de probar bocado, se pasó gran parte de la noche metida en la bañera, en compañía de una copa llena del vino más caro que pudo encontrar en Nueva York. Se sumergía de vez en cuando y mantenía los ojos abiertos, con los oídos enturbiados por el agua, contemplando al mundo de manera tan irracional que sentía lástima de sí misma. Salió del cuarto de baño y, luciendo una lencería envidiable sobre su cuerpo trabajado y esbelto, se quedó mirando el exterior a través de los ventanales de su dormitorio, mientras se preguntaba si habría castigo más grande que el de ver al día siguiente al hombre con el que acababa de romper.

Deseó que la despidieran, pero hasta en eso iba mal encaminada. Era alguien insustituible, y ya lo había demostrado. Tan sólo le quedaba el consuelo absurdo de haber tomado la decisión, de haber tenido la última palabra.

Lo que pasara en un futuro inminente, le era total e irrevocablemente indiferente.



Con el único propósito de deshacerse de los nudos musculares que tenía acumulados en la espalda, Erika había llamado a Bellatrix para que acudiera esa misma tarde a auxiliarla. Habían pasado dos semanas desde el fatídico encuentro con Elizabeth, pero la joven Erika aún tenía grandes secuelas. Por supuesto, la asistencia a su puesto de trabajo había sido un calvario, y más cuando comprobó que Cameron había desaparecido. No sabía nada de él. No había vuelto a ponerse en contacto con ella y ese detalle tan importante la desesperaba por completo. ¿Qué tenía planeado? ¿Había renunciado a su puesto con tal de no seguir viendo a su ex amante? ¿Había provocado algún espectáculo para que le despidieran? ¿Tan poco le importaba que ya parecía haberla olvidado?

Erika abrió la puerta y su mejor amiga sonrió, tan radiante como siempre, pero esta vez parecía ir con cautela, como si tuviera miedo de meter la pata.

—Pasa.

—Siento la tardanza —se disculpó Bella—. Había un tráfico de locos.

—No te preocupes, ya no importa. —Se cruzó de brazos—. Últimamente nada importa.

—Erika...

—¿Qué?

Su amiga cambió de idea en el último segundo y prefirió no decir nada.

—¿Por qué me miras de esa forma? —espetó Erika con un mal humor que crecía como la espuma—. ¿Acaso crees que voy a romperme?

—No, supongo que no...

—Bien, pues entonces empecemos cuanto antes.

Ambas cruzaron el largo pasillo y fueron a la sala de los masajes. Erika se quitó el albornoz blanco de seda y se quedó desnuda sobre la camilla, tumbada boca abajo. Después, cerró los ojos y no volvió a mencionar palabra alguna. Sentía las manos de su amiga por la espalda, posicionándose en los puntos donde más incomodidad sufría.

—¿Últimamente sufres más tensión de lo habitual?

Por supuesto, era una pregunta ridícula, y Erika lo sabía. Era la estrategia que tenía su amiga de tantear el terreno. Pero no pensaba ponérselo fácil. Hablar del tema era lo último que le apetecía hacer, así que, si Bella quería respuestas, iba a tener que hacerlo mucho mejor para tentarla.

—Tengo dolores casi todos los días —se limitó a decir.

—Entiendo. —Subió las manos hasta los hombros y el cuello—. Tienes muchos puntos de tensión.

—Para eso has venido. Te pago para que los elimines.

—Oh, lo sé. Sencillamente quería asegurarme...

—¿De qué hablas?

—Bueno, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado... —Bellatrix carraspeó, indecisa.

Molesta por el interrogatorio, Erika se dio la vuelta sobre la camilla y la miró con frustración.

—Ya es suficiente, Bella. —Frunció el ceño—. Déjalo ya.

—¿Qué?

—Sabes muy bien de qué hablo. No soy idiota, y creo recordar que tú tampoco, así que dejémonos de estupideces. Sabes que no te funciona conmigo.

—¿Te enfadas conmigo simplemente porque me intereso por cómo te van las cosas? —Bella soltó un soplo de indignación.

—¿Y cómo crees que me está yendo? ¿Crees que estoy pasando por la mejor etapa de mi vida? —Apretó los dientes—. No, claro que no. —Sus ojos se humedecieron ligeramente.

—¿Estás bien? —preguntó Bellatrix.

—¿Cuándo demonios dejarás de hacerme la misma pregunta una y otra vez?

—Cuando me demuestres que puedes controlar la situación. —Fue tajante y directa, diciéndolo sin pestañear—. ¿Hace cuánto que no duermes?

—¿Qué? ¿A qué viene esa pregunta?

Para contestar a eso, la joven se acercó hasta su bolso y sacó un pequeño bote de pastillas, dejándolo a la vista para que Erika pudiera verlo.

—He visto las pastillas, Erika. ¿Desde cuándo necesitas somníferos para dormir?

Erika se quedó con la boca abierta, incrédula al reconocer el bote. Era suyo. ¿De dónde lo había sacado?

—¿Ahora me espías? —le reprochó alzando la voz—. ¿Con qué derecho te entrometes en mis asuntos?

—Sólo me preocupo por ti, nada más.

—No necesito que lo hagas.

—Vamos, ¿a quién pretendes engañar? No necesitas fingir. Sé lo mucho que debe de dolerte.

Erika se mordió el labio, expresando su rabia. Ella tenía razón, pero era demasiado orgullosa para admitirlo.

—Tú no sabes nada.

—Te equivocas, sé una parte, Erika. Y sabes que cuentas conmigo. —Bajó la voz a modo de complicidad—. Para lo que sea.

Erika se tapó el cuerpo con el albornoz y terminó por abrazarla.

—Te lo agradezco pero no es suficiente. No sé qué hacer —sollozó—. Me estoy volviendo completamente loca.

—Sabes que esta pesadilla no terminará hasta que decidas hablar con él.

—Para hacer eso antes tendría que encontrarle.

—¿No sabes dónde está? —dijo Bellatrix mientras arqueaba las cejas.

—No. —Torció la cabeza con pesar—. Desapareció de una día para otro. Esperaba poder encontrarle en la oficina, pero se ha esfumado. He preguntado a los chicos si saben algo, pero nada de nada. No tengo ni idea de dónde puede estar ni qué es lo que pretende. Es... como si la tierra se lo hubiera tragado. Es muy frustrante.

—Pues no dejará de serlo hasta que actúes como una mujer adulta.

—Di lo que tengas que decir, Bella. Odio las indirectas.

—Mírate. —La sujetó por los hombros—. ¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar? ¿Hasta cuándo vas a permitir que te afecte tanto?

Erika soltó el aire y se empequeñeció. No podía más.

—No puedo evitarlo.

—Oh, claro que puedes, Erika. Nunca he conocido a nadie como tú. Eres fuerte, valiente y decidida. Ahora debes seguir siéndolo. Perderle fue tu decisión. Tú terminaste con él.

—Lo sé —murmuró—. Fui yo quien dio el primer paso, pero aun así...

—¿Te arrepientes?

—Yo... no lo sé. —Agachó la cabeza—. Hay una parte de mí que no puede evitar echarle de menos, pero también sé que es mejor así. Estar lejos el uno del otro es la única forma de no acabar haciéndonos daño.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Intentaré seguir adelante. —No estaba nada convencida de ello—. Como sea.

—No lo intentes, hazlo.

—¿Y si no puedo?

—Ya encontrarás a alguien que sí merezca la pena.

—Bella, Cameron merecía la pena.

—Sí, pero recuerda que desde el principio sabías que estaba casado, y eso nunca ha sido sinónimo de libertad. —Endureció la mirada—. Yo hablo de tener a alguien que siempre esté disponible para ti, sin condiciones.

—Ahora mismo lo último que necesito es a otro hombre en mi vida. No dan más que problemas.

—Sí, y tu querido Cameron se lleva la palma.

—Lo sé, pero me hace tanta falta... —Rompió a llorar de inmediato, incapaz de mantener a raya sus emociones.

—Odio decirte esto, pero... te lo dije. Creías que podías controlarlo pero no ha sido así. Te enamoraste de él. —Bellatrix la abrazó con fuerza y trató de consolarla.

—Y estoy pagando por ello, créeme. —Soltó un suspiro—. Tener a su mujer tan cerca fue horrible. Creí que iba a morirme. Lo peor de todo es que no tengo ni idea de si sospecha algo. Parecía tan relajada y accesible...

—Eres muy precavida, Erika. Nunca dejas huellas.

—Por desgracia, no puedo decir lo mismo de él. Es muy impulsivo, y si por error ha dejado que ella lo descubra...

—De ser así, ¿no crees que hubiera actuado de otra forma? —Miró hacia arriba, meditando con toda su atención—. Si yo fuera ella y descubriera que mi marido se tira a una de sus compañeras de trabajo, te aseguro que removería cielo y tierra para dejar las cosas claras. —Le dio un apretón cariñoso en el hombro—. No te preocupes por eso. A partir de este mismo instante quiero que pienses únicamente en ti. Sé todo lo egoísta que puedas. No más hombres casados, no más secretos. Tu vida empieza desde cero, y más vale que reacciones.

—Tienes razón.

—Yo siempre tengo razón, querida —dijo en tono burlón—. Vamos, túmbate. Aún no hemos acabado.

Erika agradecía esa compañía tan llena de vitalidad, pero la soledad le parecía una opción más adecuada al caos que se desataba en su cabeza.

—No quiero ser grosera, no después de lo que haces por mí, pero...

—¿Qué?

—Creo que será mejor que te vayas. —Arrugó los labios—. Ahora mismo necesito estar sola.

—¿Estás segura?

—No, pero tampoco quiero aburrirte con mis problemas.

Ante aquel comentario, Bella sonrió de oreja a oreja, quitándole importancia.

—Cielo, eres mi mejor amiga. Tus problemas son mis problemas. —Le guiñó un ojo—. Además, tengo que acabar tu masaje. Luego me lo agradecerás.

Dejándose convencer, Erika se tumbó y cerró los ojos. La verdad era que su magullada y tensa espalda pedía a gritos auxilio. Si quería recuperarse del todo, antes tendría que empezar con lo básico, y estar físicamente bien era el primer paso.

—No sé qué haría sin ti —dijo un minuto después, dejando escapar ese carácter sentimental que en el fondo la definía.

—Es curioso, yo pienso exactamente lo mismo.

El tiempo pasó en el reloj y las cosas se calmaron ligeramente. Al menos contaban la una con la

otra. Iba a ser una camino muy arduo y probablemente el rumbo se torcería demasiadas veces, pero al menos había que probar suerte; que funcionara, ya era otro asunto. Imaginarse los días sin él se catalogaba directamente como la prueba más difícil de toda su existencia.

De repente, irrumpiendo en sus oídos, se escuchó el sonido claro de unos golpes secos contra la puerta de entrada. Alguien estaba llamando. La dos se miraron con extrañeza.

—Qué raro —murmuró Bellatrix—, ¿esperas a alguien?

—No, que yo sepa. —Se puso el albornoz y se levantó—. Iré a ver...

—Oh, no —espetó cortándole el paso—. Ni hablar, tú te quedas aquí. Tienes que aprovechar cada momento, relajarte y, por si no te has dado cuenta, no estás en condiciones para abrir. Tienes un cuerpo envidiable, pero no debes enseñárselo al primero que llame a tu puerta. —Soltó una pequeña carcajada—. Ya voy yo.

—Gracias.

—¡No me las des! —exclamó desde el pasillo.

Erika se quedó justo allí, de pie, con los brazos cruzados y a la espera, deseando saber de quién se trataba. Tan mala suerte tuvo que cuando quiso reaccionar ya era tarde. Sólo había una persona en el mundo que llamaría de esa forma.

—¿Qué haces aquí? —dijo Bella desde la distancia—. ¡Fuera!

Erika no lo dudó un instante y salió al pasillo, pero se encontró literalmente con el cuerpo de Cameron cortándole el paso.

—¡Tú! —exclamó volviendo a ella toda la rabia que había estado reprimiendo y que ahora salía como la lava de un volcán en erupción—. ¡¿Qué estás haciendo aquí?!—

—Tenía que verte.

La expresión de él hablaba por sí sola. Había adelgazado unos cuantos kilos, la corbata que colgaba de su cuello estaba con el nudo flojo, tenía el pelo rubio despeinado y revuelto, y unas feas ojeras le ensombrecían los ojos. No era el hombre que acostumbraba a ser. ¿Qué le había pasado?

—No puedes quedarte. —La tensión había vuelto a apoderarse de su cuerpo—. Ni siquiera sé por qué has venido.

—Claro que lo sabes —dijo Cameron agarrándola de la muñeca—. Tenemos que hablar.

—¡Suéltame! —Se zafó de él y retrocedió unos pocos pasos—. No tengo nada que hablar contigo.

—Sabes que eso no es cierto, Erika.

Erika movió las aletas de su nariz e inhaló un fuerte olor a cerveza.

—¿Has estado bebiendo?

—No.

—¡Joder, Cameron! No me mientas. —Le señaló con ira—. ¡Apestaras a alcohol!

—¡Y qué importa eso!

Bella, que había permanecido callada durante ese intervalo, decidió intervenir:

—¿Quieres que llame a la policía?

Hasta Erika se sorprendió por su respuesta tajante:

—No.

—¿Estás segura?

—Sí. Ya me encargo yo.

—¿Quién eres tú? —espató Cameron de muy mal humor al saber que no estaban solos.

—Alguien que te dará tu merecido si no la dejas en paz.

—¿En serio? —Se volvió hacia ella, desafiante—. Demuéstramelo.

—¡Basta! —gruñó Erika—. No la tomes con ella. Ha estado a mi lado cuando tú ni siquiera has aparecido.

—No tiene por qué entrometerse.

—Lo haré si lo considero oportuno —retó Bellatrix con sus cinco sentidos puestos sobre aquel tipo que no debería haber aparecido.

—Nadie te ha pedido tu opinión —masculló él—. Además, ¿cuántos años tienes? No tienes nada que hacer aquí. Estamos hablando los mayores.

—Bella —entonó dulcemente Erika—, estaré bien. Te lo prometo. Déjanos a solas, por favor.

—De acuerdo, pero que quede claro que lo hago por ti. —Le lanzó una mirada gélida a Cameron—. Estaré fuera, por si me necesitas.

La puerta del gran apartamento se cerró y tanto uno como otro se devoraron con las miradas. Había tanto rencor, dolor y odio contenido en ellas que ardían.

—Lo creas o no —empezó a decir Erika—, estás fuera de mi vida, así que si has venido a por mí, pierdes el tiempo.

—Eso es lo que te repites una y otra vez para convencerte, pero me basta con mirarte un segundo para saber que me sigues queriendo como el primer día.

—Con eso no basta.

—Pero ¿qué estás diciendo? El amor es lo único que importa.

—¿Ahora lo llamas así? —reprochó—. Esto no es amor. Ni siquiera sé lo que es. Lo has destruido todo.

—No todo. —Se acercó lentamente hacia ella.

—No, no te acerques.

—¿No te das cuenta? —entonó apretando la mandíbula con fuerza—. Los dos sabemos la verdad. No

puedes arrancarme de ti sin esperar consecuencias catastróficas.

—Sé que las habrá, y las asumo. —Levantó la cabeza mostrando un orgullo que en realidad ya no tenía—. El dolor no durará para siempre.

—Puede que no, pero si no luchamos ahora, en un futuro ambos tendremos una cicatriz que no se podrá borrar.

Erika soltó un grito ahogado y comenzó a dar vueltas, pasándose las manos por el pelo, mostrando su desesperación.

—Ya vuelves a hacerlo, igual que todas esas otras veces —dijo—. Te abalanzas sobre mí y me haces creer que no existe otro camino, pero yo sé que sí. Sé que lo hay en alguna parte, lejos de ti.

—Separados no somos nada. Juntos... somos capaces de todo.

—Estás tan desesperado que eres capaz de decirme cualquier cosa con el propósito de engatusarme de nuevo. —El corazón se le iba a salir del pecho—. Lee mis labios: ya no tenemos nada en común.

—No digas eso.

—Sólo estoy diciendo la verdad. Estoy intentando asumirlo y seguir adelante. Tú deberías hacer lo mismo en lugar de cometer más errores.

—Tú no eres un error. Eres la mujer más maravillosa que he conocido en toda mi vida...

—¡Cállate! —rugió—. ¡Cierra la maldita boca! ¡No quiero escucharte más!

—Erika, no puedes esconderte de mí. —La miró como alguien enamorado hasta los huesos—. Aunque cierres los ojos, aunque te empeñes en imaginar que nada de esto ha pasado, eso no significa que lo nuestro haya terminado. Tú misma lo dijiste. Te fijaste en mí desde el primer momento en que pusiste un pie en la empresa. Para mí eso significa algo. Llámalo destino, azar... Llámalo como quieras, pero es un hecho y nadie puede deshacerlo, ni siquiera tú.

—Estás tan ciego que no quieres verlo. Por mucho que lo desee, jamás podré estar segura respecto a ti. No mientras sigas con tu mujer. —Las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Hemos pasado momentos únicos, pero todo eso forma parte del pasado y ya no puede restablecerse. Hemos tenido una oportunidad para hacerlo posible, pero no siempre hay un final feliz.

—Pero...

—Cameron, por favor. No me destroces más y desaparece de mi vista.

—No —susurró Cameron como si esa fuera su palabra favorita.

—¡Fuera! —chilló ella perdiendo los nervios.

—¡He dicho que no!

Erika no creía posible un acuerdo entre ambos. Se querían, se odiaban, y estaba claro que si ella partía en una dirección, él lo haría en el sentido contrario para tratar de cambiarle las ideas. Le miraba con impresión. Le había hecho tantas cosas... y aun así, estaba casi a su lado. No se iría a ninguna parte sin ella. Pero no todo era así de fácil.

—Aún no entiendo cómo puedes ser capaz de sostenerme la mirada —le reprochó—. ¿No tienes remordimientos?

—Cada minuto del día —respondió él.

—Pues siento decirte que lo disimulas increíblemente bien. Tanto, que hasta me cuesta creer que lo digas en serio.

—¿Crees que sería capaz de jugar con algo así?

—Por supuesto que te creo capaz. Eres un miserable, ¿acaso ya lo has olvidado? —Se encaró con él, acercándose hasta darle un empujón—. ¿Cómo pudiste hacerme el mismo regalo que a ella? —Le dio otro empujón—. ¿En qué demonios pensabas?

—Eso fue precisamente lo que no hice. No lo pensé. Sencillamente me dejé llevar.

—¿Que te dejaste llevar? —repitió herida—. ¿Eso es lo que vas a decir?

—Te digo la verdad.

—No me interesan tus verdades, ya no. Búscate a otra. Seguro que no te será muy difícil.

Le dio la espalda, pero Cameron no se quedó quieto. Prefirió actuar, y como consecuencia de ello, se atrevió a tocarla, agarrándola del brazo. Llena de despecho, Erika se volvió hacia él y, descargando toda su energía, le dio una bofetada tan fuerte que le dejó una marca instantánea en la mejilla.

—¡Vete! —chilló dejándose la voz como una desquiciada—. ¡Desaparece de mi vista y no vuelvas!

Le había dado de lleno, y no sólo por el golpe. Esa insistencia para que la abandonara definitivamente le había calado. Cameron bajó la mirada y dejó caer los hombros, dándose por vencido.

—¿Eso es lo que quieres?

—Te quiero lejos de mí, Cameron. Todo lo lejos que sea posible. —Tragó saliva sin dejar de mirarle a los ojos—. Así no volverás a hacerme daño y podrás continuar con tu perfecta vida.

—Es de todo menos perfecta —susurró.

—Eso ya no me incumbe. Márchate. Ahora.

Haciéndose literalmente añicos, Cameron se pasó una mano por la frente y la miró por última vez para despedirse. Era como un renegado vagando por el mundo. Acababa de quedarse huérfano de su media mitad.

—Adiós, Erika. Aun así, gracias por todo lo que me has dado en este tiempo. No lo olvidaré. Te prometo que no volveré a molestarte. —Tenía los ojos ligeramente hinchados y a punto de romper a llorar—. Nunca más.

Erika observó cómo el hombre más perfecto que conocía se esfumaba lentamente. Le vio alejarse y, finalmente, cuando ya no pudo verle, escuchó la puerta abrirse y cerrarse con un ritmo pausado, nada de portazos o ruidos fuertes. Acto seguido, incapaz de aguantar durante más tiempo en su posición, se derrumbó sobre el suelo. Se cubrió la boca con las manos y comenzó a llorar sin ningún tipo de

miramiento. Estaba rota de dolor, fragmentada en miles de trozos. Sentía cómo esa cicatriz ya se dibujaba sobre su piel.

Un minuto después apareció Bella, arrodillándose en el acto a su lado, abrazándola.

—Erika, mírame. —Ella ignoró su petición. Quería morirse, dejar de respirar—. Tranquila, estoy aquí —susurró su amiga, acunándola—. Respira, ya ha pasado todo.

Ella no lo tenía nada claro. No compartía esa opinión tan optimista. Nada había terminado, ni siquiera había empezado. Aquello sólo había sido el telón de fondo. La agonía no se detendría ante nada.

—Se acabó, Bella —lloraba Erika—. Se acabó...

—¡Chsss! Cálmate. Ya no te molestará más.

—Pero yo le quiero. Le quiero muchísimo...

—Escúchame, pequeña. —Le secó las lágrimas con los pulgares—. Has tomado una decisión, y lo creas o no, ha sido la correcta.

—¿Y entonces, por qué me siento de esta manera? ¿Por qué me siento la peor persona del mundo?

—No lo eres, en absoluto.

—Yo no estaría tan segura... —La cabeza le daba vueltas sin parar y comenzaba a dolerle—. Tendrías que haberle visto. Sus ojos... Dios mío. No parecía el mismo. Era como si...

—¿Qué?

—Como si quisiera terminar con todo, como si hubiera perdido la esperanza de...

De repente, sin saber por qué, cesó de hablar. Algo en su mente cambió de registro y enmudeció. Comenzó a pensar a la velocidad del rayo, viendo la situación desde otra perspectiva más amplia. De alguna manera, había tenido un mal presentimiento. Instantáneo, nada premeditado. Simplemente apareció en su cerebro y lo consideró una amenaza real. Tal vez fueran alucinaciones, pero ya no estaba segura. Había conseguido echarle, pero algo no encajaba. Esa forma de decirle adiós... Había sido demasiado hasta para él. ¿Un mensaje en clave? ¿Un significado entre líneas? ¿Qué era lo que se le escapaba? ¿De verdad no volvería a molestarla? ¿Qué había querido decir con eso? ¿Qué implicaba?

Se levantó como una exhalación y lo supo. Le había dicho adiós para siempre, lo que significaba que no volvería a verla más y eso... sólo podía entrañar una cosa.

Se volvió hacia Bella y le preguntó:

—¿Dónde está?

—¿Qué? —Se levantó del suelo—. ¿Cómo voy a saberlo?

—Estabas fuera cuando se ha marchado. ¿Le has visto irse? ¿Hacia dónde se dirigía? ¿Ha cogido el ascensor?

—No tengo ni idea, Erika.

—Tenemos que ir a buscarle. —Su angustia aumentaba con creces, sabiendo que los segundos se le escapaban entre las manos.

—¿Por qué? —Su amiga abrió la boca, incrédula por ese comentario tan decidido.

—No hay tiempo para explicaciones.

—Pero...

—Por favor, Bella —suplicó—. Si de verdad te importo no hagas preguntas y ayúdame a encontrarle.

—Está bien, vamos.

Corrieron fuera del apartamento y llegaron hasta los ascensores. Descartaron esa idea y continuaron adelante. Iban a bajar en dirección a la calle cuando Erika giró la cabeza en el último momento. Cuando esa otra idea, tan horrible como probable, entró en sus neuronas, cambió su intención de descender y salió disparada hacia arriba, subiendo las escaleras de dos en dos.

—¡Erika!

Ni su amiga gritando para que la esperara pudo convencerla para que fuera más despacio. Su respiración se traducía en rápidos fogonazos que le quemaban los pulmones. Llegó al punto exacto, al lugar que pretendía. Había deseado equivocarse, pero con lo que veía no lo creía posible.

—No puede ser... —masculló.

Tras un *sprint*, Bellatrix se posicionó a su lado.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te hace pensar que no ha salido del edificio?

—Esa puerta lleva hasta la azotea —explicó Erika señalando con el dedo la gran puerta plateada que tenían justo delante. Su cuerpo se volvió inmóvil, como si se hubiera quedado petrificada—. Está abierta...

—¿Crees que...? —Su amiga lo entendió al instante, abriendo los ojos de par en par.

No pudo terminar de decirlo, porque Erika ya había salido corriendo de nuevo, volando sobre la escalera que subía hasta el cielo abierto de su edificio. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Debía presagiar lo peor?

Empujó con auténtica fuerza la última puerta que le obstruía el paso y salió de sopetón, con la luz de media tarde dándole de lleno en los ojos. Se llevó la mano a la frente para protegerse, y cuando comenzaba a acostumbrarse al cambio de iluminación, le vio. Se le paralizó el corazón al instante, y hubiera dado cualquier cosa por no tener que presenciar ese acto de pura derrota.

Allí, rodeado de silencio y con el alma envuelta en dolor, Cameron estaba subido al saliente, de pie, con la mirada ausente, decidiendo si era buena idea arrojarle al vacío. Las manos le temblaban.

—Oh, Dios mío... —No podía creer lo que estaba viendo—. ¡¿Qué estás haciendo?!

—Lo correcto —respondió Cameron sin volverse.

—No, no, no... Cameron, escúchame. —Dio un diminuto paso—. Baja de ahí ahora mismo.

—¿Para qué?

—¿Por qué demonios lo haces? —Quería tenerle entre sus manos y no a punto de perderle—. ¿Acaso quieres matarte?!

Él la miró con unos ojos tan turbios y tristes que quedó demostrado inmediatamente que iba en serio. No era ningún farol.

—Joder, Cameron. —Su cuerpo se volvió una bomba de relojería, amenazando con estallar de un momento a otro—. No me hagas esto. Baja y te prometo que hablaremos.

—¿Servirá para algo?

—Por supuesto que sí.

—Mientes, Erika. —Miró hacia el cielo—. La situación actual no cambiará. —Cameron rio lastimeramente.

—¿Qué situación? —dijo intentando distraerle—. ¿Qué quieres decir?

—Lo sabes perfectamente. Tú, yo... Ya no estamos juntos, y desde que terminaste conmigo nada tiene sentido. Nada de esto lo tiene.

—Podemos reflexionar. —No sabía ni qué decir—. Tenemos que ser conscientes de todo lo ocurrido. No podía ser de otra forma, entiéndelo. Si no lo descubría ahora iba a ser cuestión de tiempo que terminara por hacerlo. Estábamos condenados. No teníamos futuro.

—No lo entiendes —murmuró—. Hablaba en serio cuando te dije que lo nuestro no podía terminar. —La miró con veneración—. Te necesito, Erika. Sin ti, no... —Miró al frente—. Sin ti no puedo vivir.

—Sí que puedes.

—Pero no quiero. —Lloró—. No quiero hacerlo.

—Vamos, escucha lo que dices. Tienes un montón de motivos por los que vivir. —Sus ojos se humedecieron otra vez—. No cometas una estupidez.

—El único motivo que me mantenía cuerdo eras tú. —Se llevó una mano al pecho, sobre su órgano más vital—. Ahora tengo un hueco tan grande en mi corazón que no puede volver a llenarse. Te lo has llevado todo. —Levantó uno de los pies en el aire, acercándose más al borde...

—¡Para! —chilló ella—. ¡Para, por favor! ¡Por Dios no lo hagas! Piensa en tu hijo.

—Él tiene a su madre, pero si yo te pierdo a ti, me pierdo a mí mismo. No tengo absolutamente nada. Soy un cero a la izquierda si no estoy contigo —dijo Cameron mientras volvió a mirarla.

Quedaba claro que no quería volver a casa con su familia. Lo había desechado por completo, y su futuro se había desintegrado, por eso quería acabar con su sufrimiento.

—No, Cameron. Por favor, no... —Dio un paso más marcado que el anterior—. No saltes.

—Dame una razón para no hacerlo.

—No puedes. —Apenas tenía voz—. Tu familia te necesita.

—¿Y qué hay de ti? ¿Ya me has olvidado?

—Sabes que eso es imposible. —Erika se removió por dentro ante esa pregunta.

—Entonces dime que no lo haga por ti, de lo contrario... —Volvió a levantar el pie del saliente.

—¡No puedes chantajearme! —gritó—. ¡No puedes negociar con tu vida!

—¡Sí que puedo! —aseguró él empujándose—. Úni-

camente me bajaré de aquí si vuelvo contigo. Dame la oportunidad de recuperarte. Estoy muerto sin ti. ¿Sabes lo mucho que te echo de menos? ¿Tienes idea de cuánto duele?

—Sí, sí lo sé. Yo siento lo mismo.

—Entonces libérame de estas cadenas que me están matando. Confío en ti, Erika. Y te quiero.

Como único recurso, tal vez rindiéndose, la joven terminó por ponerse de rodillas, mostrando su faceta más emocional y dependiente.

—Si es necesario te suplicaré. —Tenía los puños apretados a ambos lados del cuerpo—. No saltes, Cameron. No lo hagas.

—Si eso es todo lo que vas a decir...

Era ahora o nunca. Tenía que hacer algo, de lo contrario lo único que vería sería al hombre de su vida arrojándose al duro asfalto desde una altura más que considerable. Aprovechó ese momento de aturdimiento por parte de Cameron y se levantó, abalanzándose contra él, sujetándole de las piernas, aferrándose tan fuerte como si fuera su propia vida la que estuviera en juego.

—¡No lo hagas! ¡Te necesito! —chilló llorando por todo lo acontecido, con los nervios completamente rotos—. ¡Yo te necesito, Cameron!

Él, sorprendido por haber sido atrapado antes de que pudiera darse cuenta, le dedicó una mirada confusa.

—Suéltame, Erika.

—¡No! ¡No pienso hacerlo!

—Hazlo. Déjame ir.

—No puedo. No puedes pedirme eso. Si te matas, también me matas a mí, ¿lo entiendes?

Se mantenía aferrada a él como si fuera su única esperanza, su salvavidas particular. ¿A quién pretendía engañar? Nada había cambiado. Era suya, le pertenecía por completo.

—Erika...

—Vuelve conmigo —susurró con la voz apagada y exhausta por el esfuerzo—. Si bajas de ahí ahora mismo, te prometo que nunca más volveremos a separarnos.

—¿Cómo sé que no es una mentira? —Los ojos grandes y azules de Cameron brillaron instantáneamente. Aun así, seguía allí subido, dudando de su palabra.

—¿Crees que sería capaz de engañarte teniéndote a un paso de saltar? Me conoces mejor que nadie. —Subió su mano para enlazarla con la de él—. Para volver a ser yo misma tienes que estar cerca de mi mano. De nada me sirve fingir que no me importas. Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

Pareció que le iba convenciendo poco a poco, tirando suavemente de él. Primero se separó del límite exterior del saliente, retrocediendo poco a poco, y cuando por fin se decidió, se dio la vuelta y se bajó, pisando de nuevo el reconfortante suelo de la azotea. Se abrazaron como si no hubiera un mañana, besándose con una llama que echaba chispas.

—No vuelvas a hacerme esto nunca más —rogó Erika apretándole contra su cuerpo—. Nunca más, ¿me oyes?

Cameron negó con la cabeza y la besó tiernamente en la frente.

—Lo sabía —murmuró él sonriendo por primera vez—. Sabía que no me dejarías hacerlo.

—¿Estás loco? Claro que no. —Volvió a abrazarle, impulsándose en un salto y terminando subida a él, con las piernas enroscadas alrededor de su cintura—. Hubiera hecho cualquier cosa con tal de impedirlo.

—De eso no me cabe la menor duda. —Le dio un beso en la punta de la nariz—. Gracias por salvarme.

—Ha sido horrible. Nunca he pasado tanto miedo... —Le sujetó la cara entre las manos—. Eres un maldito idiota.

—Tu maldito idiota. —Cameron sonrió de nuevo.

—Sí, mío. —Le gustaba volver a decirlo—. Al completo.

—Todo lo que soy. —Le apartó el pelo de la cara, admirándola con una fuerza renacida, capaz de mover el mundo—. ¿Me quieres?

Removida por dentro, Erika derramó más lágrimas.

—¿Que si te quiero? —Pegó su frente a la de él, cerrando los ojos y sincronizando ambas respiraciones—. Nunca un hombre había significado tanto para mí, Cameron. Te he querido desde el primer instante en que te vi. No vuelvas a preguntármelo porque entonces sería como poner en duda mi existencia. —Le besó los labios y luego posó su boca sobre el oído de ese hombre que la tenía en brazos—. Te lo debo todo. Mi razón de ser, eso eres tú.

Se quedaron abrazados tanto tiempo que perdieron completamente la noción. Aun cuando el sol se escondió en la línea del horizonte, ellos todavía seguían allí, tan juntos que no se sabía dónde terminaba uno y dónde empezaba el otro.



Era un día precioso; sábado por la mañana, pero en lugar de quedarse en la cama para cumplir su querida misión de no hacer absolutamente nada y dormir durante horas, Erika había acabado en aquella cafetería de West Village a las diez de la mañana. No había tenido más remedio cuando, dos horas antes, Sarah, su compañera de trabajo a tiempo parcial y amiga, la había llamado, arrancándola de los brazos de Morfeo. Durante la breve conversación telefónica, medio dormida como estaba, apenas había podido entender unas cuantas palabras. Su compañera estaba tan emocionada que su velocidad al hablar se había multiplicado por mil. Por eso, intentando encontrar una solución a ese problema tan madrugador, Erika había decidido que lo mejor era verse para que pudieran hablar cara a cara. La había citado allí, y a pesar de arrepentirse, ya era tarde. Sarah estaba delante de ella, con los dedos puestos sobre la taza de café que había pedido, dos grandes surcos bajo sus ojos y un timbre en su voz casi insoportable.

—Gracias por venir —murmuró Sarah.

—De nada. —Sonrió forzosamente pero con tanto encanto que pasó desapercibida. Se mojó los labios en su café y suspiró, preparándose mentalmente—. Bueno, ¿qué es eso tan importante que no podía esperar?

—No te lo vas a creer. —Sarah sonrió de oreja a oreja y terminó abanicándose con la mano, muy nerviosa.

En realidad, Erika ya se hacía una idea. Su amiga siempre se comportaba de la misma manera cuando un hombre entraba en su vida. Llevaba escrita la palabra «inocente» en la frente, y es que las relaciones con el sexo opuesto acababan, en el mejor de los casos, con algún que otro grito. No tenía suerte; era guapa y espabilada, pero tal vez carecía del encanto natural para dejar fluir las cosas. Era obsesiva, controladora y muy maniática. Su talón de Aquiles.

—Vale, sorpréndeme.

—He conocido al hombre de mi vida.

Erika arqueó las cejas. «Esta vez sí que se había superado en cuanto a comentarios carentes de todo raciocinio humano. ¿Qué sería lo próximo?», pensó.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Completamente.

—De acuerdo, vayamos por partes. —Cruzó las manos sobre su regazo—. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Se llama Henry y es... único.

Erika tenía que hacer grandes esfuerzos por no reírse. Su amiga era tan propensa a enamorarse que ni siquiera podía describirla con la palabra enamoradiza. Iba mucho más allá.

—¿Cómo sabes que lo es? ¿Te ha dado tiempo a conocerle al cien por cien?

—Sólo una parte, pero de momento es suficiente.

—¿No crees que estás yendo un poco... deprisa? ¿Cuándo le conociste?

—Pues... —Jugueteó con uno de sus mechones—. Hace una semana.

—¿Una semana? —No se molestó en esconder su incertidumbre—. ¿Y ya sabes que es el adecuado para ti?

—Tendrías que verle, Erika. —Los ojos le brillaban—. ¡Es tan guapo!

—No dudo que el aspecto físico es algo importante en una relación, Sarah, pero tienes que entender que a veces hay que tomárselo con calma antes de atreverse a dar el paso...

—Pero sé que es él, lo sé. —Estaba enfrascada en su particular historia—. Creí que no pasaría de una noche de copas en un bar, pero me equivocaba. Fue él quien me dio su número. Me ha hecho sentir importante. Hemos comido juntos, me ha contado muchos detalles de su vida privada, incluso me ha invitado a la ópera. ¿Sabes lo caro que es eso?

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Erika con el estómago revuelto debido a tanta ridiculez.

—No sé por dónde empezar. —Se mordió el labio como una quinceañera con las hormonas revolucionadas—. Todo en él es tan perfecto...

—Pues haz un esfuerzo, por favor.

—Es alto, ni demasiado musculoso ni enclenque, en la medida perfecta. Tiene el pelo rizado y oscuro, unos ojos verdes de infarto y... unos labios que me vuelven loca. —Nada más terminar de decir aquello se sonrojó.

—No me lo puedo creer, ¿acabas de sonrojarte?

—¿Qué? A todo el mundo le pasa.

—¿Tienes alguna foto suya? —Erika se removió sobre su silla.

—Aún no, pero pronto la tendré. —Rio nerviosa—. Estas cosas llevan su tiempo.

—Claro. —Se terminó su café en un instante y se masajeó las sienes, sabiendo que toda aquella historia no le interesaba lo más mínimo—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, por supuesto.

—¿Qué esperas de él?

Sarah, en lugar de sentirse un tanto atacada o inquieta, sonrió con más ganas que antes, como si tuviera la respuesta pensada de antemano.

—La pregunta es qué no espero. Quiero despertarme con él por las mañanas, que me traiga el desayuno a la cama, irnos de vacaciones, casarnos... Lo quiero todo.

—¿Y qué opina Henry de todo esto? ¿Está tan entusiasmado como tú?

—Lo cierto es que se muestra mucho más precavido que yo. Es reservado y tímido. No lo hemos

hablado abiertamente, pero estoy segura que siente lo mismo que yo.

«Apuesto a que sí», pensó Erika.

—No quiero ser aguafiestas —dijo—, pero no te tragarás toda la historia del príncipe azul y el «vivieron felices para siempre», ¿verdad?

—¿Y por qué no? —Su amiga rubia frunció el ceño.

—Sarah, despierta. —Intentó ser lo más convincente posible—. Si ese tipo aún no te ha tocado está claro lo que pretende...

—Sé muy bien lo que pretende, pero tengo todo controlado. Al fin y al cabo, soñar es gratis.

—Sí, pero las ilusiones pueden hacernos daño.

—¿Lo dices por experiencia propia?

—No estamos hablando de mí. —Erika sintió un pinchazo en el estómago. No se esperaba para nada esa pregunta.

—Ya, pero ahora que lo dices, no recuerdo haberte visto de la mano de nadie, y no entiendo por qué.

—¿Por qué no seguimos hablando de tu caballero andante, mejor?

—Buena jugada...

—Escucha, yo no tengo nada qué contar, pero veo que en asuntos sentimentales tú estás metida hasta el fondo. La cuestión es, ¿qué crees que hará tu hombre perfecto una vez que haya conseguido llevarte a la cama? ¿Crees sinceramente que le encontrarás a tu lado cuándo despiertes? —Sarah frunció el ceño y su semblante encantador cambió de repente.

—Pero ¿qué te pasa? —espetó—. ¿Por qué demonios eres tan insensible?

—No soy insensible. Soy realista.

—O jodidamente pesimista, según cómo se mire. —Soltó una especie de bufido y la miró sin titubeos—. ¿Por qué piensas que todos los hombres son así? ¿Te han roto el corazón y eres incapaz de superarlo? —Sabido que se había pasado de la raya, se arrepintió enseguida—. Lo siento, Erika. No pretendía... No quería decir eso. Ha sido un error, perdóname.

—¿Sabes? Quizá tengas razón. Es tu vida, no la mía. No debería entrometerme, sólo espero que no salgas herida de esa relación.

—Saldrá bien.

—Si estás tan convencida de ello... —Levantó lentamente las manos en el aire, rindiéndose—. Adelante.

La conversación había alcanzado el punto álgido, pero en lugar de continuar, se vieron sorprendidas de forma inesperada. Alguien se acercó a la mesa y habló directamente con Erika.

—Disculpe —dijo el camarero—, ¿es usted la señorita Osborn?

Erika, sorprendida porque el hombre supiera quién era, tardó varios segundos en reaccionar.

—Sí, ¿por qué?

—Esto es para usted. —Le tendió un enorme ramo de flores rojas, tan vivas y llenas de color que resultaban ser una auténtica maravilla—. Cortesía del señor que está en la barra. —Se dio media vuelta y se fue.

Las dos mujeres miraron inmediatamente hacia la barra que estaba al otro lado, pero allí ya no había nadie. La puerta de la cafetería se abrió y un hombre ataviado con un sombrero salió a la calle. Así era imposible ponerle cara.

—¡Síguele! —apremió Sarah.

—¿Estás loca? No pienso moverme de aquí.

—¿Vas a dejar que se te escape?

—No voy a seguir a nadie, Sarah. —Se concentró en el ramo. Era realmente algo digno de ver y más sabiendo de quién procedía—. Vaya... es impresionante.

—Oh, Dios mío, Erika... —Se llevó las manos a la boca en un gesto de admiración—. ¡Son preciosas! ¿Se puede saber qué te traes entre manos?

—¿Qué quieres decir?

—Por favor —dijo moviendo la mano en el aire—, no disimules. ¿Pensabas que no me daría cuenta? Me traes aquí para que hablemos y de repente te asaltan con un detalle así. Creo que no es causalidad, así que ya puedes admitirlo. —Adoptó una pose de mojigata—. ¿Ahora me dirás quién demonios es?

—Te aseguro que lo haría —dijo fingiendo— si supiera quién es mi admirador secreto.

—No puedes hablar en serio. —Su gesto de decepción fue mayúsculo—. ¿No sabes quién es?

—Me temo que no. Te juro que nada de esto estaba planeado. —Bajó la voz—. ¿Crees que me gusta ser el centro de atención? Si hubiera querido que me trajeran un ramo de rosas, me habría asegurado de que sucediese en un sitio más privado, y no con toda la gente de nuestro alrededor mirándome sin ningún tipo de reparo.

—Bueno, ¿y a qué esperas? Más vale que te des prisa y descubras el paradero de ese Romeo, nena. —Le guiñó el ojo—. Antes de que alguien se te adelante.

—Pero...

—Vamos, no te preocupes por mí. Sé que estás deseando salir corriendo, así que no voy a impedírtelo. —Chasqueó los dedos—. Buena suerte.

Deshecha en nervios y muerta de ganas por estar entre sus brazos, Erika se levantó, deseando jugar con el hombre que le robaba el aliento.

—Seguiré tu consejo —dijo—. Intentaré darle alcance, pero no prometo nada.

—Cuando sepas la identidad de tu enamorado, ¿me lo dirás?

—Tal vez.

—¿Tal vez? Oh, Erika. No me hagas eso. Para algo soy tu amiga.

—Sí, pero antes tendré que darle caza, ¿no te parece?

—A por él, tigresa. —Sarah sonrió pícaramente y levantó el pulgar en señal de victoria.

Erika ya estaba en marcha, pero su amiga le habló una última vez:

—¡Oye! ¿No crees que te olvidas de algo? —preguntó señalando el ramo de rosas.

—No me interesan, Sarah. Son tuyas, si las quieres.

—¿De verdad?

—Claro.

Con el corazón en la boca, Erika salió de la cafetería y miró en ambas direcciones. Izquierda y derecha, ¿por dónde demonios se había ido? Escudriñó con la mirada la acera y entonces encontró lo que andaba buscando, una pista valiosa que sólo ella era capaz de entender. Una única rosa estaba allí, sobre el suelo, pero le indicaba precisamente el camino que debía seguir. Así que continuó a lo largo de toda la calle y se topó con otra rosa, pero esta vez indicándole que debía girar a la derecha. Así lo hizo y, cuando sus pasos llegaron al final de esa calle y se topó con un callejón, no lo dudó dos veces. Suspiró de la emoción y se metió en la boca del lobo, precisamente anhelando ser devorada.

Miraba sin descanso, pero no veía a nadie. Escuchaba el eco de sus tacones sobre las altas paredes. Ni rastro. Desde luego, él sí sabía cómo causar el efecto adecuado, cercándola.

Cuando ya creía que tal vez había podido equivocarse, unos brazos la atraparon desde atrás, sujetándola con delicadeza y llevándola hasta la pared. Era Cameron, con ese sombrero que le sentaba de maravilla y sonriendo como un niño.

—Te encontré —le susurró a Erika en el oído.

—Sí, pero yo he permitido que lo hagas. —Le mordió el lóbulo de la oreja—. Esto es cosa de dos.

—Y me encanta que sea así. —La besó en los labios y la levantó del suelo, rodeando su cintura con esas piernas que tanto le gustaban.

—¿Me has estado siguiendo, Cameron? —La mirada traviesa de Erika lo decía todo. Tenía la piel de gallina, como si hubieran vuelto al comienzo de su relación clandestina, y es que desde lo sucedido en la azotea de su edificio, la pasión se había incrementado aun más y las discusiones desaparecieron.

—Es posible. —Él se encogió de hombros, sonriendo.

—Has impresionado a Sarah con tus rosas. He de admitir que ha sido un numerito precioso.

—Pero la cuestión es saber si a ti te ha gustado. Ese era el plan. —Le cogió el sombrero y se lo puso sobre su melena, sabiendo que también le sentaba bien.

—Te felicito, lo has conseguido.

—¿De verdad?

—Sí, pero también ha sido algo arriesgado. Podría haberte visto.

—¿Por qué crees que he usado el sombrero? Todo estaba bajo control.

—Definitivamente, has perdido la cabeza —dijo Erika abrazándole con fuerza.

—De eso hace ya bastante, ¿sabes? —Deslizó una mano por el muslo de Erika, hacia arriba—. Y tú tienes la culpa.

—¿Sí? —Se pasó la lengua por los labios, provocándole—. ¿Y qué vas a hacer al respecto?

—Pienso cobrarme cada una de las rosas que te he comprado.

—¿Cómo?

—De la mejor manera que sé. —Le desabrochó un par de botones de la blusa—. Desnudándote y haciéndote sentir en el paraíso.

—Vaya, esas son palabras mayores. ¿Crees que podrás conseguirlo?

Tentado, Cameron movió las manos y, escondiéndolas bajo la falda sin dejar de mirarla ni un instante, jugueteó con sus dedos, pero fue ella quien le paró.

—Sabes que me encanta estar contigo, pero aquí no.

—¿Por qué? —preguntó Cameron todavía distraído con ese cuerpo que le volvía loco.

—Podemos meternos en un buen lío si alguien nos ve, señor morboso.

—Eso es lo emocionante.

—Cameron. —Le sujetó la cara entre sus finos dedos—. Me muero por tenerte para mí sola, pero tenemos otros lugares más apropiados para...

—¿Y si no puedo esperar? —La besó en el cuello provocando que Erika se arqueara, echando la cabeza hacia atrás.

—Tendrás que hacerlo. —Le pasó la lengua por la barbilla—. Los dos tendremos que hacerlo.

Sabiendo que tenía razón, Cameron la soltó lentamente hasta dejarla otra vez en el suelo.

—Algún día acabarás con mi paciencia.

—Pero hasta entonces... —Se ajustó la falda y volvió a abrocharse la blusa—. Harás lo que yo te diga.

—No es justo, señorita Osborn.

—Lo que no es justo es que me sorprendas con un ramo de flores para después aprovecharte de mí en un callejón.

—¿Estás segura de lo que dices? ¿Quién se aprovecha de quién?

Erika le atrajo hacia su cuerpo y le besó sin pensárselo. Cerró los ojos y se dejó llevar, agarrándole del pelo, sintiéndose tan viva que la piel le ardía.

—Eres tan condenadamente bueno... —murmuró después de liberarle los labios, devolviéndole el sombrero a su dueño—. ¿Qué voy a hacer contigo?

—Bueno, se me ocurren un montón de posibilidades.

—Eres un perverso. —Arqueó las cejas—. ¿No puedes pensar en otra cosa?

—Teniéndote tan cerca, es imposible. Soy un hombre, tengo mis necesidades.

—¿Y qué pasa con las mías?

—Yo me encargo de satisfacerlas...

—Sí, pero será en otro momento. —Suspiró hondamente y le tapó la boca con un dedo—. Esto es muy arriesgado.

—Cumplir las reglas es aburrido.

—Sí, pero es lo único que nos mantiene a salvo.

Se quedaron un instante observándose, con el sonido de los coches como telón de fondo. Querían aprovechar todo el tiempo posible para permanecer juntos, pero nunca resultaba ser suficiente. Competían contra el reloj, y siempre les llevaba ventaja.

—Tengo que irme —murmuró Cameron—. Tengo varios asuntos que debo atender.

—Lo sé, yo también. —Le pasó las manos por el torso—. Pero odio separarme de ti tan pronto.

—En realidad, no tendrás que hacerlo en unas cuantas horas. Podemos recuperar el tiempo perdido.

—Arrugó los labios y la besó en la frente—. Escucha, tengo que decirte una cosa.

—No me gusta cómo suena eso. ¿Algo va mal?

—No, al contrario. —Sonrió de medio lado—. Tenemos una gran oportunidad entre manos.

—Explícate.

—Tú y yo, en mi casa. —Le acarició el pelo—. Por una vez no tendremos que escondernos.

Erika sintió un escalofrío que le recorrió la columna. Había pensado en todas las posibilidades salvo en esa.

—Espera, ¿qué? —Parpadeó varias veces seguidas—. ¿Qué estás insinuando?

—No insinúo nada, Erika. Te estoy proponiendo pasar el resto del día conmigo.

—¿En tu casa? —La respiración se le cortó—. ¿Estás oyendo lo que dices?

—No tienes de qué preocuparte, ¿de acuerdo?

—No, Cameron. No creo que sea lo mejor. —Se separó unos metros de él y se cruzó de brazos—. Puedes aparecer en mi casa siempre que quieras porque vivo sola, pero tú no. Tienes las manos atadas a la espalda. Tienes mucho que perder si nos descubren.

—Eso no pasará.

—Siempre existe una mínima posibilidad. ¿Dónde está la trampa?

—No hay ninguna.

—Te equivocas. Siempre la hay.

—Esta vez no.

—¿Y Elizabeth?

—No está.

—Ya, muy agudo por tu parte. Creo que he llegado a esa conclusión por mí misma.

—Todo está controlado. —Se acercó y le acarició el brazo—. Es imposible que pueda saberlo. Ahora mismo está en el aeropuerto. Su avión sale dentro de una hora rumbo a Chicago. Pasará allí el fin de semana con su madre. Tommy está con ella.

—¿Significa que estarás solo?

—Sí, y quiero que estés conmigo.

—Pero no se trata sólo de tu mujer. ¿Qué hay de los vecinos? Hay un montón de gente que puede vernos.

—Confía en mí. Serás como un fantasma. Entrar y salir, nadie lo sabrá. Hay una entrada en la parte trasera del edificio que nadie utiliza. En cuanto estés dentro, no habrá problema.

—Pero...

—Sería increíble que vinieras. Me harías el hombre más feliz del mundo.

Ella soltó un bufido y se llevó las manos al cuello, como si percibiera una presión justo ahí. Estaba contra la espada y la pared. Dudas y más dudas. Claro que le apetecía, una oportunidad así era prácticamente irrepetible, pero nunca había estado en su casa. Sólo de pensar que tendría que enfrentarse a un montón de fotos de esa mujer tan perfecta le helaba las venas.

—Dime que sí.

—Tengo que pensarlo.

—Erika, no me hagas esto. —Le agarró las dos manos llevándoselas a los labios para besarlas—. Es la ocasión que estábamos esperando.

—Pero no así, Cameron. Es vuestra casa; no dejaría de sentirme como una intrusa.

—No eres tal cosa.

—¿Y qué si no? Acabaríamos en la misma cama en la que pasas las noches con ella. No es agradable para mí.

—¿Entonces, no vas a venir? ¿Estás intentando decirme que no aceptas?

—No lo sé, ¿vale? No es fácil.

—¿Crees que para mí sí lo es?

—Cuando tenga una respuesta, te llamaré al móvil. Mientras tanto, no insistas. Odio que lo hagas.

Cameron alzó las cejas y apretó la mandíbula.

—De acuerdo, es tu decisión. No voy a obligarte a hacer nada que no quieras. Si cambias de opinión, no tienes más que marcar mi número. —Le dio un beso en los labios y se giró, con claras intenciones de marcharse y dejarlo todo así.

Por su parte, Erika le miraba, indecisa, a mitad de camino. Estaba dividida, pero deseaba a ese hombre y, si la oportunidad se había presentado, ¿qué ganaba con negarse tal capricho? Ya había caído demasiado bajo; acostarse con su amante en la casa del matrimonio Moore no la haría peor persona.

—Espera. —Sabía que se arrepentiría si no iba. —Cameron se dio la vuelta y la observó—. De acuerdo, iré. —Sintió un alivio en su pecho—. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Si veo algo que no me gusta o si presiento que las cosas no va bien, me marcharé.

—Trato hecho. Pero no tendrás que irte. —Estaba absolutamente convencido de ello—. Todo saldrá a pedir de boca.

—Deberías ir a despedirte —le aconsejó—. Que vea lo afligido que estás...

—Eso haré. Pero a ti no puedo mentirte. —Se le acercó poco a poco—. Estoy feliz por tenerte.

—Ya, hay que disfrutar mientras se pueda, supongo.

—Esa es mi chica. —La besó en la frente—. Pasaré a recogerte sobre las dos. Podemos comer juntos.

—Prefiero que no sea así —admitió—. Necesito tiempo para hacerme a la idea y será más fácil si estoy sola.

—Está bien. ¿A qué hora te viene bien?

—¿A las cinco?

—De acuerdo, entonces. A las cinco. ¿Quieres que pase a buscarte o...?

—No hará falta. Sé dónde vives. —Le besó en la mejilla—. Hasta luego, Cameron.

—¡Eh! —Le sujetó de la muñeca—. ¿Estás bien?

—Sí. Es que aún me cuesta admitir que sea cierto.

—Te aseguro que lo es. —La besó en la mano—. Adiós, preciosa. Te prometo que será algo que no olvidaremos.

A las cinco, Erika estaba justo enfrente del gran rascacielos del Upper West Side en el que Cameron vivía. Tenía el estómago revuelto, y apenas había podido comer lo justo para evitar el hambre. Los dedos le temblaban, aferrando su bolso. Tenía miedo de echarlo todo a perder, pero ya no podía retirarse. Había dicho que iría; ahora lo único que le faltaba era cruzar la calle y, como si el mundo no conspirase contra ella, rodear el edificio y colarse por detrás. Eso fue lo que hizo.

Subió un larguísimo tramo de escaleras secundarias antes que permitirse utilizar el ascensor. Así se sentía más segura. Era primordial pasar desapercibida y que nadie se fijara en ella. Después de

asegurarse durante varios minutos y cerciorarse al completo de que el pasillo de esa planta estaba despejado, se quitó los tacones para evitar el más mínimo ruido y fue dando pasos entrecortados hasta que se plantó delante. Llamó a la puerta, pero al hacerlo se dio cuenta de que estaba abierta. La empujó tímidamente con los dedos y entró lentamente, con el alma en un puño. A cambio, recibió una muy agradable visión. Todo era precioso, con muebles carísimos y una decoración intachable. Saltaba a la vista que todo se debía a la mano firme de una mujer.

Dejó los tacones en la entrada, junto con su bolso, por si en caso de emergencia necesitaba salir de allí con toda la rapidez posible.

—¿Cameron?

No obtuvo respuesta, así que fue caminando poco a poco, con el corazón latiendo tan rápido en su pecho que creía que iba a sufrir un ataque. Se mantuvo así durante treinta largos segundos hasta que escuchó unas pisadas y su hombre apareció ante ella.

—Por fin, aquí estas. —La abrazó con fuerza y terminó por elevarla del suelo—. Has venido.

—Te dije que lo haría.

—Ven —dijo tendiéndole la mano—, ponte cómoda.

Entraron en el inmenso salón pintado en tonos negros y blancos, con un sofá espacioso, sillones a juego, un suelo que brillaba por sí solo y todo tipo de modernos aparatos electrónicos. Cameron se sentó sobre el sofá, pero Erika prefirió seguir de pie.

A pesar de saber que no existía ninguna clase de peligro, estaba molesta por su entrada nada triunfal, permaneciendo alerta como una vulgar ladrona a expensas de ser descubierta en el peor momento.

—¿Por qué no me has contestado nada más entrar? —le reprochó con las aletas de la nariz hinchadas—. Creía que algo no iba bien...

—Ha sido un ligero despiste —comentó Cameron restándole importancia—. Estaba ocupado.

—Ya, pues para tu información, estaba pensando en marcharme. —Se cruzó de brazos—. Un minuto más y me habría dado la vuelta. Además, ¿en qué estabas ocupado? ¿Por qué tanto secretismo?

—¿De verdad quieres saberlo? —Erika frunció el ceño ante la pregunta.

—Sí, supongo que sí.

—¿Segura?

—Cameron, no juegues conmigo. ¿Qué estás tramando? Sea lo que sea, quiero saberlo.

—De acuerdo, tú lo has querido. —Se levantó en una milésima de segundo del sofá y cogió en brazos a Erika, sorprendiéndola en el acto. La sacó del salón y fue hacia el fondo del gran apartamento.

—¿Qué haces? —preguntó Erika mientras se aferraba al cuello de él, tratando de no caerse.

—Mostrarte el motivo por el que me he despistado un segundo. ¿No es eso lo que querías saber?

—Sí, pero... no creo que para enseñármelo tengas que llevarme en brazos.

—No, pero sinceramente me ha parecido una buena idea. Además, no te olvides que estás descalza y quiero comportarme como todo un caballero. —La besó en la sien—. ¿Preparada? —Ella asintió—. Esta es la razón. —La condujo al final del gran pasillo y, dejándola de nuevo sobre el suelo, abrió la puerta de su dormitorio, dejando al descubierto la sorpresa que había reservado para ambos.

—No me lo puedo creer... —susurró Erika con los ojos abiertos como platos y entrando para admirarlo de cerca—. ¿Has hecho todo esto... por mí?

—Así es —asintió con orgullo.

Se había tomado la molestia de adornarlo todo con pétalos de rosas rojas, un ligero aroma a perfume, y unas cuantas velas blancas situadas en diversos puntos de la habitación. Por si fuera poco, justo al lado de la enorme cama de sábanas blancas, se encontraba colocada una pequeña mesa en la que había una cubitera plateada con una cara botella de champán francés en su interior, dos copas de brillante cristal y un jugoso acompañamiento de fresas y chocolate. Era realmente precioso. ¿Se podía pedir más?

Se giró hacia Cameron y le abrazó sin tan siquiera pensárselo.

—Gracias —murmuró.

—No, Erika. Soy yo quien te da las gracias por todo. Por una nueva oportunidad, por hacerme mejor cada día... —No le dejó terminar. Estaba tan contenta que le besó—. Vaya. Creo que es evidente que te gusta.

—Claro que me gusta —aseguró ella—. Es lo más bonito que han hecho por mí.

—Pues aún no he empezado. —Bajó sus manos hasta rozar la cintura de Erika—. Me muero por probarte.

—Como si fuera la primera vez...

—En cierta forma, sí. —Le pasó los dedos por el pelo y sonrió.

Alagada por tantos detalles que no había esperado encontrar, Erika fue a sentarse al borde de la cama. Pensó en todo lo que había sucedido y dejó caer los hombros.

—Parece mentira...

—¿A qué te refieres? —se interesó Cameron acercándose y poniéndose de rodillas sobre el suelo, justo delante de ella.

—Míranos. Cuando empezamos a vernos a escondidas, nunca pensé que llegaríamos tan lejos. No era más que sexo. Pero ahora...

—Ahora es mucho más. —Se irguió y se sentó a su lado—. Era inevitable.

—¿Tú crees? —Se sentó sobre él a horcajadas, hablándole muy de cerca, casi rozándole los labios—. Intenté evitarlo, te aseguro que traté de ignorarte de todas las maneras que se me ocurrieron, pero me enamoré como una idiota.

—Me alegro de que lo hicieras.

—¿Estás conforme? —preguntó Erika acariciándole el pelo, analizando lo atractivo que era.

—Estoy pletórico. —La besó—. Gracias por estar aquí. Me hubiera vuelto loco de no ser así. Eres como mi medicina. Necesito tomarte en grandes cantidades.

Aquello le sacó una sonrisa y dijo:

—Pues entonces siento decirte que una sobredosis puede ser igual de peligrosa que la abstinencia.

—Lo sé, pero en ese caso prefiero la opción número uno.

—¿Estás seguro?

—Completamente. —Carraspeó—. ¿Te he dicho alguna vez lo perfecta que eres? —Le pasó el dedo por la mejilla.

—Demasiadas veces.

—¿Y eso es malo?

—No necesariamente, pero me haces parecer alguien que en verdad no soy.

—¿Insinúas que no eres perfecta?

—Yo no insinúo nada, Cameron. Sencillamente estoy a años luz de acercarme a la perfección. —Negó con la cabeza—. Eres incorregible. Definitivamente las hormonas no te dejan pensar con claridad.

—Creo que eso es algo que no te importa demasiado.

—Así es.

Terminaron por juntar sus dos bocas y el deseo no se hizo esperar. La temperatura subió de buena gana. Él escondió las manos debajo de la blusa de ella, acariciándole la espalda con toques tremendamente delicados y atentos. Erika le besaba la frente, las cejas, los ojos cerrados, pasando por la nariz, las dos mejillas y terminando otra vez en esos labios que la tenían atrapada de principio a fin.

Cameron paró un instante y se la quedó mirando muy quieto, atento y suspirando por ella hasta lo indecible.

—Pídeme lo que sea.

Erika no tardó en responderle, sabiendo que su petición le salía desde lo más profundo de su ser.

—Desnúdame —susurró—. Despacio.

—¿Eso es todo? ¿Todo lo que quieres?

—Es lo que quiero justo ahora. —Dejó escapar una sonrisa misteriosa, propia de una principiante ansiosa—. Después, te pediré un millón de cosas más.

—Me gusta la idea.

—Entonces, ¿a qué esperas? —Cogió las manos de él y las colocó sobre su cintura—. Hazlo.

Tragando saliva y poniéndosele la carne de gallina, Cameron fijó la vista en el cuerpo femenino que tenía en esos instantes sobre sí mismo y comenzó tanteando el terreno. Le desabrochó todos y cada uno de los botones de la blusa y tiró de ella hacia atrás. A continuación, bajó la mano y la posó sobre la parte interna de los pantalones de ella. Le desabrochó el botón, y luego, dejando un segundo entre medias, le bajó la cremallera. Se le ocurrió mirarla y descubrió que su amante no era capaz de sostenerle la mirada; algo que no encajaba dentro de la situación.

—Erika...

—¿Qué?

—¿Por qué evitas mirarme a los ojos?

—No lo sé, la verdad. —Ella terminó por ruborizarse lo justo para que fuera percibido a simple vista.

—¿Te da vergüenza? —se aventuró a decir sonriendo de oreja a oreja—. He visto tu cuerpo cientos de veces...

—Pero no así. No de esta manera, tan detallada y concisa. —Se colocó el pelo detrás de la oreja—. Tenemos la mala costumbre de perder la cabeza y arrancarnos la ropa, pero esto es... completamente diferente. Es una satisfacción hecha realidad. Es como si... al menos por una vez no tuviéramos la necesidad de hacerlo con rapidez y prisas que no llevan a ninguna parte. —Suspiró—. Ahora tenemos tiempo.

—Sí, y vamos a aprovecharlo al máximo. —Percibía cómo Erika temblaba de los pies a la cabeza, como una primeriza—. ¿Estás nerviosa?

—Mentiría si te dijera que no. —Ladeó la cabeza, echando un vistazo a su alrededor—. Todo esto; el tiempo, el lugar... es desconcertante. Nunca me habías traído y mi cerebro lo sabe, por eso reacciono de esta manera.

—No hay nada que temer. —Entrelazó las manos de ambos—. Ya te lo dije, a partir de ahora, las cosas van a cambiar. Aprovecharé cualquier minuto para perderme contigo.

—Ojalá pudiera perderme cien veces para que me encontraras.

—¿Sólo cien? —bromeó—. Quiero más.

Erika sintió auténticas mariposas en el estómago; era formidable.

—Y yo te quiero a ti.

Cameron giró hacia un lado y la dejó sobre la cama. Cubriéndola de besos por todas partes, prosiguió con su tarea de desnudarla y se deshizo de los pantalones. Cuando la tuvo en ropa interior, paseó sus dedos por el abdomen de ella, haciéndola estremecer. Terminó la última parte del proceso y, cuando la tuvo completamente desprovista de ropa, él se quitó la suya.

Se metieron bajo la sábana y se acercaron todo lo posible, piel con piel.

Cameron se echó cuidadosamente sobre ella y, besándole el cuello, murmuró:

—Y ahora que has conseguido el propósito de tenernos a los dos en la cama y sin nada de ropa,

¿qué más quieres?

Ella, tan dispuesta a dejarse llevar de forma inminente, se incorporó levemente y se acercó a su oído, susurrándole:

—Hazme el amor.

Sus bocas se sellaron en una sola y el encuentro alcanzó la barrera de lo ideal.

Jamás se había sentido tan completa y unida a alguien. Se habían devorado muchas veces el uno al otro pero nunca así, no de aquella forma tan delicada, concienzuda y a sabiendas de que era especial. No sólo lo sentía físicamente dentro de sí misma, también había alcanzado la categoría de lo extraordinario, percibiendo a Cameron al mismo nivel que su alma. No sólo experimentaba amor en sus brazos, también una infinita calma, gratitud, ingravidez y fortuna. Era como tener la mejor parte del mundo en sus manos sin que nada ni nadie pudieran arrebatárselo, ni siquiera Elizabeth. Ahora sabía a ciencia cierta que la mujer de ese hombre, que en esos instantes estaba amándola, no significaba nada. Cameron se lo había dicho en multitud de ocasiones pero hasta ese momento de percepción súbita no había querido darse cuenta.

La embargaba tal energía positiva y felicidad que, sin poder impedirlo, sus ojos acabaron llenos de lágrimas, siendo derramadas por las mejillas, alertando enseguida a Cameron.

—Erika... —Apoyó el peso de su cuerpo sobre sus manos, con Erika debajo de él—. Eh, mírame. ¿Estás bien? ¿Qué te ocurre?

—Nada —gimoteó atrapándole la cara entre las manos—. Es sólo que... me alegro de estar aquí, contigo.

De nuevo relajado, él siguió besándola, acariciándola como bien sabía hacer, demostrando que estaba enamorado hasta la médula. Se movía con una delicadeza extenuante, enterrando sus dedos en la melena de Erika, que rebosaba por la almohada.

Decidida a llevarse un excelente recuerdo que fuera inolvidable, la joven cambió las tornas. Se zafó de esos fuertes brazos y se levantó de la cama, totalmente desnuda y el pelo revuelto, *sexy*.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cameron confundido por ese gesto que no se esperaba, temeroso de haber hecho algo mal—. ¿Adónde vas?

—Relájate, todo va bien. Simplemente acabo de tener una idea. Se me ha ocurrido algo que podría ser interesante. —Le tiró un besó y sacudió las caderas.

—Conozco esa mirada, Erika. —Sonrió y entrecerró los ojos, incorporándose—. ¿Qué estás tramando?

—Me apetece hacer algo diferente —susurró—. Me apetece... probarte. Literalmente hablando.

—¿Sí? —Se pasó una mano por el pelo. Lucía arrebatador, con sus partes íntimas tapadas con las finas sábanas y el resto de su cuerpo de gladiador brillando por sí solo—. Creía que eso ya lo estabas haciendo.

—Lo sé, pero me refiero a una manera más dulce. —Señaló con un gesto de cabeza el cuenco que contenía las fresas y el chocolate.

—Vaya... —Alzó las cejas—. No se me había ocurrido. Pensé que nos servirían después, para recuperar energía...

—Lo repartiré en dos asaltos. —Se cruzó de brazos—. ¿Conforme?

—Absolutamente. Bien, señorita, ¿qué tengo que hacer?

Erika cogió el cuenco y volvió a la cama.

—Tumbate y déjame disfrutar de lo que me pertenece. —Se puso a horcajadas sobre él, con la boca haciéndosele agua—. ¿Preparado?

Cameron asintió y una emoción infantil le recorrió la cara.

—Vamos a mancharlo todo...

—No te preocupes por eso. —Le echó para atrás, tumbándole al completo—. Tendré cuidado.

Con ganas de pasárselo bien, Erika cogió una fresa y exhaló para olerla. Sus papilas gustativas respondieron. Le encantaban. Se la llevó a los labios y la sostuvo entre los dientes para darle un buen mordisco. Cuando tragó, se relamió las comisuras.

—Dios mío, casi había olvidado lo bien que saben... —canturreó cogiendo otra justo después para repetir el proceso.

—No seas avariciosa —susurró—, yo también quiero probar.

—Lo sé, pensaba compartirlas contigo, cielo. —Cogió otra fresa del cuenco y se la ofreció, metiéndosela en la boca.

—¡Mmmm...! —murmuró Cameron masticando y tragando—. Deliciosa.

—¿Quieres más?

—Por supuesto.

Después de aquellos preliminares, Erika cogió otra fresa y la sumergió hasta la mitad en el chocolate, que aun permanecía ligeramente caliente, a la temperatura ideal. La elevó unos centímetros sobre el pecho de Cameron y acto seguido comenzó a pasearla por sus pectorales. Lamió justo después el rastro oscuro de esa delicia culinaria, provocando un gruñido de satisfacción en aquel hombre voluntariamente impregnado de un manjar tan dulce. Repitió la operación, pero esta vez sobre el pecaminoso camino de los abdominales, tan marcados y presuntuosos, que quitaban la respiración de golpe. Ella usaba su lengua para borrar cualquier atisbo del chocolate, y lo que probaba era una grata mezcla que llevaba añadido el ingrediente secreto que saltaba a la vista: la inimitable esencia de Cameron. Para continuar, la joven mojó su dedo índice en el espeso líquido y se lo dio a probar a él, que lo chupó con determinación y empeño. Proseguía con su misión de embadurnarle, escogiendo después el cuello. Le pasó la lengua y no pudo evitar la tentación de morderle con fuerza, como si en realidad se tratase de una tableta de cacao a la que poder hincarle el diente. De ahí pasó a las mejillas, y luego a la boca, pero con tanto esmero que no había rastro alguno de chocolate. Hasta se consintió llevar a cabo una de sus muchas fantasías que hasta entonces no había tenido ocasión de liberar. Le pidió que se diera la vuelta, así que Cameron rodó sobre su cuerpo y quedó bocabajo, colocando los brazos sobre la almohada y su rostro sobre ellos.

—Vaya, no tenía ni idea de que te gustase tanto dejar volar la imaginación en la cama... —murmuró él.

—Por supuesto —reafirmó Erika usando los dedos impregnados para tantearle a fondo—. Joder, siempre he querido hacer esto... —No le dio el tiempo necesario a Cameron para preguntar a qué se refería, ya que se abalanzó sobre su fuerte trasero y lo mordió lo suficiente como para dejar huella, pero sin hacerle daño. Como respuesta, todo el cuerpo de él se tensó e inmediatamente soltó un gruñido—. ¿Estás bien? ¿Crees que me he pasado?

—No, en absoluto, nena. —Respiró con profundidad mostrando una sonrisa de niño tímido pero decidido—. Es sólo que... no lo esperaba.

Erika sonrió satisfecha. Aquello le bastaba.

—¿Puedo continuar?

—Erika... hazme lo que quieras.

Se lo tomó al pie de la letra y acabó por untarle toda la espalda de chocolate, que ya empezaba a estar frío. Empleó sus manos a conciencia y le dio un masaje, también usando su cuerpo para frotarse contra el de él. Era una delicia ver cómo un hombre tan poderoso y de tal envergadura se dejaba dominar de semejante manera.

Aunque parecía imposible, la joven no dejó rastro alguno de manchas. Lo había devorado bien, sin prisa y con calma, devoción y encanto.

Aprovechando un momento de pausa, Cameron se dio la vuelta y le dijo:

—Creo que ya has comido suficiente chocolate por hoy. —Dejó el cuenco en el suelo y se levantó a por la botella de champán. La abrió en un suspiro y volvió a la cama con ella y con una de las copas—. Ahora soy yo quien quiere jugar un poco.

—¿Qué vas a hacer con el champán? —preguntó Erika con una taquicardia en el pecho.

—Tomarme la revancha. —Le dio un trago y apretó los labios—. Me has impregnado completamente de chocolate. —Llenó la copa con el líquido brillante y se la ofreció a Erika—. Bien, ahora me toca degustarte.

—Es muy probable que acabes un poco... ebrio. —Se mojó los labios con el champán de su copa y la dejó en el suelo, a un palmo de separación de la cama—. ¿Lo sabes, verdad?

—No me importaría. Pero de todas maneras, puedo afirmar que tengo bastante aguante. —Se sentó sobre el colchón y la colocó encima de él, con las largas piernas de Erika rodeándole la cintura—. Ahora quiero beber... sobre ti.

Elevó la botella con cuidado y, con una precisión propia de un cirujano, la inclinó hasta un punto exacto para que el champán cayera sobre el cuello de Erika en forma de un suave goteo. A continuación pasó su lengua sobre la garganta delicada de su compañera haciéndola estremecer de inmediato. Bajó hasta los pechos, con el sabor de la bebida en sus labios y disfrutando el doble. Se llevó la botella a los labios y le dio un pequeño sorbo, pero sin llegar a tragárselo, manteniéndolo dentro de su cavidad bucal.

Leyendo entre líneas, Erika le besó, abriendo parcialmente los labios para recibir esa pequeña pero gratificante dosis de champán. Tenía el cuerpo tan caliente que aquel gesto le supo a gloria.

De acuerdo con el plan urdido en su mente, Cameron tumbó a Erika sobre la cama. Tomando precauciones, consiguió verter más líquido dorado a lo largo de todo el vientre de la fémina. Se colocó encima y fue lamiendo cada rastro con su lengua, deteniéndose especialmente en el ombligo, mordisqueando levemente. Levantó la mirada y vio el cuerpo de la mujer retorcerse, arquearse, doblándose de placer. Contento, repitió el procedimiento.

Cuando se satisfizo de aquella manera, se perdió en su interior. Erika estaba más que entregada, recibéndole literalmente con los brazos abiertos. Cerraron los ojos y se perdieron en el momento, con el aire que les rodeaba sazonado de chocolate y champán.

Cuando Erika abrió los ojos, la noche ya estaba presente. Todo el cuarto estaba a oscuras salvo por las velas, que aún no se habían llegado a consumir. No sabía qué hora era, pero habían dormido bastante. Se giró lentamente y pudo ver a Cameron justo a su lado, abrazándola mientras dormía plácidamente como un bebé. Su piel estaba caliente, su tacto era suave. Desprendía su habitual fragancia, que resultaba irresistible.

Con cuidado de no despertarle, Erika se levantó muy lentamente y, cuando estuvo de pie, se puso la parte inferior de la ropa interior y la camisa blanca de Cameron para taparse la parte de arriba. Echó una rápida mirada a la botella de champán medio vacía y sonrió. Había sido un encuentro doblemente delicioso. Caminó muy despacio, pero cuando estaba a punto de salir, el suelo crujió bajo sus pies.

Se escuchó un murmullo bajo las sábanas. Se había despertado.

—Eh... —murmuró medio dormido—. Vuelve aquí.

—Tranquilo, no voy a irme a ninguna parte. Enseguida vuelvo.

Abandonó el dormitorio y fue hasta la cocina. Bebió un gran vaso de agua y suspiró. Se revolvió el pelo con las manos y se sintió satisfecha. No era tan malo como había supuesto. Ser la otra cara de la moneda, el as en la manga que Cameron guardaba con tanto fervor.

Dio media vuelta y estaba decidida a volver a la cama cuando, sin razón aparente, entró en el salón bicolor y comenzó a curiosear. Era evidente que ver a su enemiga en todas esas fotos no resultaba agradable, pero podía tolerarlo. Cuando había llenado su cupo de curiosidad, volvió a girarse, pero entonces se topó con el teléfono fijo, colocado sobre una moderna superficie. Se acercó poco a poco y, al entornar los ojos, vio que en la pequeña pantalla del dispositivo aparecía un número en rojo. En concreto, indicaba que había un mensaje en el contestador.

Su pulso saltó por los aires. No necesitaba preguntarse de quién sería. Estaba más que claro. Sabía que escucharlo sería como clavarse un puñal ella misma, pero no podía dejarlo correr. Su mano ya había pulsado el botón cuando quiso cambiar de opinión.

Un pitido y después... la voz de Elizabeth apareció en el aire: «Hola, cielo. Acabamos de llegar a Chicago. Te he llamado al móvil, pero seguramente ya estarás dormido. El viaje en avión ha sido horrible; hemos despegado con una hora de retraso, pero Tommy se ha portado de maravilla, como

un auténtico angelito. No para de preguntarme cuándo volvemos. Estamos muy solos sin ti. Si supieras lo mucho que me recuerda a su padre... Tiene suerte de tenernos. Y yo tengo suerte de tenerte. ¿Te lo puedes creer? No hace ni veinticuatro horas que nos hemos separado y es increíble lo mucho que te echo de menos. En fin, no quiero ponerme dramática. Mamá te envía recuerdos y espera que la próxima vez nos acompañes. Ya sabes lo mucho que te aprecia. El fin de semana se pasará volando y el lunes volveremos a casa. Mientras tanto, quiero que descanses y disfrutes de tu espacio, porque cuando vuelva, no pienso dejarte ni un minuto a solas. Te aseguro que recuperaremos el tiempo perdido... Pasa una buena noche. Llámame en cuanto despiertes. Te quiero, cariño».

Acababa de quedarse helada. Miraba el contestador una y otra vez, incapaz de creer que un simple mensaje telefónico tuviera el don de perforarle el pecho y hacerla sentir tan mal.

Se dio la vuelta y se encontró a Cameron a un par de metros, observándola con atención. No serviría de nada negarlo; él también lo había escuchado.

—Erika...

Luchando contra el nudo que se acababa de formar en su garganta, dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Parece muy feliz.

—Sí.

Incapaz de contenerse, fue más allá.

—Dime una cosa, ¿no sientes absolutamente nada cuando estás con ella?

—Erika, yo... —Cameron alzó las cejas, desprevenido por la pregunta.

—Contéstame, por favor.

—Mentiría si te dijera que no —admitió.

—Entonces, la quieres.

—Eso no es del todo correcto.

Odiaba eso en él; detestaba que no fuera directo, intentando dar inútiles rodeos.

—¿Lo es o no, Cameron?

—Sigo sintiendo algo por mi mujer, pero te quiero a ti. —Dejó caer los hombros—. Yo lo sé y tú lo sabes.

—Sí, y mientras tanto, ella ni se imagina lo que ocurre. —Fue invadida por la culpa—. No se lo merece.

—Oye, no tenemos por qué hablar de esto.

—Tienes razón, lo siento. —Fue a sentarse en el sofá, cosa que sus débiles piernas agradecieron—. No debería haber oído el mensaje. No sé por qué lo he hecho.

Él se adelantó y, sentándose a su lado, la estrechó entre sus brazos.

—Quiero que tengas claro que tú no tienes nada que ver con ella. Recuérdalo siempre. Elizabeth vive conmigo, pero tú...

—¿Yo, qué?

—Tú me haces sentir vivo.

Erika cerró los ojos y empequeñeció. Se abrazó a sí misma y se mantuvo en silencio tanto tiempo que logró desesperar a Cameron.

—No te quedes callada. Háblame, por favor. Desahógate conmigo.

—No sé, echo de menos tantas cosas de una relación normal... —La voz se le cortó—. Desearía poder caminar contigo de la mano sin pensar. No tener la necesidad de ocultarnos constantemente sería algo maravilloso. Pero una utopía al fin y al cabo. Sé que es algo que no pasará.

—¿Cómo estás tan segura?

—Vamos, Cameron. Lo sabes tan bien como yo. Siempre hemos sido como dos proscritos viviendo en la sombra, y siempre lo seremos. No hay otra posibilidad.

—Escúchame bien. No creas ni por un segundo que no he pensado en la posibilidad de cambiar nuestra suerte —apuntó—. Lo deseo tanto como tú, Erika. Pero... debes creerme cuando te digo que estoy atado de pies y manos.

—¿Qué quieres decir exactamente?

La miró con sus intensos ojos azules y teñidos de tristeza.

—Quiero decir que... la habría dejado hace mucho de no ser por nuestro hijo. Es una mujer con muchos recursos, Erika. Si llegara a divorciarme de ella, estoy convencido de que me quitaría a Tommy. Me haría la vida imposible y sería capaz de todo con tal de destrozarme. Conseguiría la custodia y entonces no volvería a verle, al menos no tanto como me gustaría. —Por su tono de voz le había costado una barbaridad decirlo—. Por eso no puedo hacerlo. No puedo arriesgarme. Si llegara a pasar, yo... No lo soportaría.

—Tranquilo, te entiendo. —Le atrajo hacia ella y le abrazó, acunándole—. Jamás te pediría que escogieses entre Tommy y yo. Un hijo es algo sagrado. No hay nada más importante.

—Lo sé, pero quiero que sepas que después de él, lo mejor que me ha pasado en la vida eres tú. Lo digo en serio.

—Te creo. —Le sonrió y le besó en la mejilla—. Tengo que reconocer que la persona más valiosa que tengo en el mundo está ahora a mi lado. No puedo pedirte más de lo que me das.

—Te quiero.

—Y yo a ti.



Era un delicioso viernes por la tarde y todo invitaba a buscar con el mayor énfasis posible evadirse del trabajo. El grupo formado por David, Erika, Sarah y Adam ya estaban en ello, tratando de trazar un plan lo suficientemente atractivo para todos.

—Yo opto por una cena tranquila —apuntó David.

—Oh, pero qué aburrido eres —gruñó Sarah cruzándose de brazos—. Yo quiero mover el esqueleto, ¿sabéis? —Se volvió hacia Erika y Adam—. ¿Vosotros qué opináis?

—Creo que a mí también me apetece bailar un poco —dijo Adam con media sonrisa en la cara.

—Esa es la actitud. ¿Qué dices, Erika? ¿Te apuntas?

—No lo sé... No creo que sea lo mejor para mí.

—¡Venga ya! ¡Eres joven! —exclamó su amiga—. ¿Acaso no mereces al menos una noche de baile y desenfreno?

—Eso era antes. —Se encogió de hombros—. Ya no tengo veinte años.

—No, pero tampoco tienes cuarenta. Vamos, cariño. Estás en la flor de la vida. Si no lo disfrutas ahora, ¿cuándo lo harás?

Se lo pensó un momento y al final acabó por ceder, como de costumbre.

—De acuerdo, está bien. Iré.

—¡Genial! —exclamó la rubia alzando el pulgar en el aire—. Te aseguro que no te arrepentirás.

—Eso espero. No quiero tener resaca por la mañana.

—Bueno, mañana será sábado, ¿qué problema hay?

Eran las doce y media de la noche, y Erika acababa de entrar en la discoteca que Sarah había escogido. Estaba totalmente abarrotada por cientos de personas que se movían sin parar. Sin embargo, no pasó precisamente desapercibida. Llevaba un cortísimo vestido color ciruela que dejaba al descubierto sus espléndidas piernas y contaba con un preciso escote que enseñaba lo justo. Se había propuesto causar un gran revuelo, y así estaba claro que lo iba a conseguir. Los chicos giraban sus cabezas para admirarla, soltaban algún que otro silbido que pasaba desapercibido debido a la música estridente que sonaba, y sonreían como auténticos pasmarotes.

Miró a su alrededor y cuando visualizó a una chica rubia con escote sobresaliente y tacones de infarto meneando las caderas con un furor fuera de lo normal, supo que había encontrado a su amiga. Se acercó y le dio un golpecito en el hombro.

—¡Por fin! —exclamó Sarah—. Creí que no vendrías.

—Te dije que lo haría. —Le sonrió con ganas—. Además, quiero pasar una buena noche.

—Y eso harás. —La miró fijamente—. Estás espectacular, ¿lo sabías?

—Gracias. Es lo primero que he encontrado.

—Seguro... —Le guiñó un ojo.

—Oye, ¿dónde están los chicos?

—En la barra. —Le indicó con un gesto—. Ven, acerquémonos.

Las dos atravesaron la barrera de gente humana y llegaron a su destino. Cuando Adam y David vieron el espectacular vestido que Erika llevaba puesto, se quedaron con la boca abierta.

—Joder... —dejó escapar Adam—. David le dio un codazo en el costado y logró que reaccionara—. Lo siento, quería decir que... —Sonrió con vergüenza, llevándose una mano a la nuca—. Estás preciosa.

—Gracias, Adam.

—¿Te... apetece una copa?

—Sí, ¿por qué no?

La noche se antojaba previsible, aunque no sin cierto encanto. Erika no recordaba cuándo había sido la última vez que sus pies la llevaron a un sitio así. Antes de llegar, había supuesto que se aburriría tremendamente, aguantando los piropos de borrachos y el característico dolor de tacones, pero nada más lejos de la verdad. Estaba disfrutando, y aunque estaba dispuesta a no perder los papeles, sabía que podía darse un respiro.

Adam, Sarah y David se movían al ritmo de la música sin ningún tipo de reparo. Era una escena curiosa y ciertamente cómica. No eran adolescentes, pero su espíritu era digno de serlo. El tipo de música que sonara carecía de todo valor; ellos seguirían bailando hasta que no pudieran más.

Por su parte, Erika se mantenía en un agradecido segundo plano cerca de la barra. No tenía miedo a hacer el ridículo, precisamente porque sabía defenderse bastante bien en cuanto a ritmo y sensualidad, pero su cuerpo estaba cómodamente asentado en su posición fija y estática y por nada del mundo le apetecía ponerse en movimiento. Por si eso fuera poco, tenía la cabeza en otra parte, incapaz de dejar de pensar en quien no debía. Daría lo que fuera porque Cameron estuviera allí, pero era pedir demasiado. De hecho, tendría mejores cosas que hacer que perderse entre el bullicio urbanístico de una de las muchas discotecas de Manhattan.

—Erika —gruñó Adam—, ¿por qué no te animas? La única que falta eres tú.

Sintió cierta tensión en los músculos de su espalda por saberse el centro de atención.

—Aquí estoy bien, la verdad. —Señaló la copa que tenía entre los dedos—. Además, con vosotros bailando tengo una panorámica inmejorable. Yo sirvo más como público.

—Vamos, nena —dijo Sarah, mientras sus piernas se flexionaban en formas imposibles—. No seas aburrida. ¡Ven a bailar!

—Estoy un poco oxidada en cuestiones de baile —mintió—. Ya no recuerdo cómo se hace.

—Tonterías, es lo más sencillo del mundo.

—Demuéstranos qué sabe hacer, señorita Osborn —le retó David en tono jocoso.

—Tal vez en otra ocasión.

—Esa es la cuestión, que no habrá una próxima vez —espetó Sarah—. Ven aquí ahora mismo o...

—¿O qué? —murmuró Erika alzando una ceja.

—Nosotros iremos a por ti —sentenció su amiga.

—Ya...

—Estoy intentando convencerte, ¿sabes?

—Pues sigue intentándolo, pero yo no pienso moverme de aquí.

Adam cesó de bailar y, tanteando el terreno, se le acercó de repente y le cogió la mano que tenía libre y tiró suavemente de ella.

—Esto es cosa de cuatro —le dijo al oído—. Considéralo un favor. Así te deberé una. —Sonrió—. Te aseguro que sólo serán unos cuantos bailes. Por favor...

—Oh, Adam... —Sentía el influjo de su conciencia, no pudiendo negarse eternamente—. No me mires así.

—¿Cómo? —Exageró su cara de angelito.

Cansada de tanta insistencia, soltó su copa sobre la barra y se revolvió el pelo.

—De acuerdo, pero sólo por esta vez. Un par de canciones y listo. ¿Trato hecho?

—Trato hecho. —Adam levantó el pulgar.

Los dos entraron en la pista justo en el momento en que la música cambiaba completamente de registro. Una pegadiza y atronadora canción de salsa rugió en todos los altavoces.

Sarah gritó de emoción y cogió a David del brazo para ponerse manos a la obra.

Adam miró a Erika y se encogió de hombros:

—¿Bailamos?

Antes de que pudiera darse cuenta, Erika estaba completamente hechizada bajo el ritmo y el atractivo de la salsa. Ir a unas cuantas clases tiempo atrás ahora estaba dando sus frutos. Tenía a todo el mundo observándola, mirando la elegancia y sensualidad de sus movimientos. Pero lo más curioso era que estaba descubriendo una faceta oculta de su compañero. Adam no sólo se defendía con creces, lo hacía de maravilla. La giraba sin movimientos bruscos y sus pasos eran camaleónicos y absorbentes. Sin duda, eran la pareja que mejor imagen ofrecía. Hasta David y Sarah habían cesado de bailar para prestarles atención. Si hubiera sido un concurso de baile, ellos habrían quedado en primera posición.

—¡No tenía ni idea de que supieras bailar salsa! —gritó Erika.

—Bueno, ese es mi gran secreto —admitió Adam sin dejar de moverse—. O lo era, hace cinco minutos.

Después de dar una vuelta sobre sí misma, Erika murmuró:

—Tranquilo, me lo llevaré a la tumba.

El desenfreno no paró hasta el último segundo. Cuando por fin el estallido final ocurrió, varias personas que habían sido testigos de la escena les vitorearon. Había sido tan inesperado como placentero. Tendrían que volver a repetirlo.

Los cuatro se juntaron de nuevo entre el gentío.

—No quiero parecer un anciano, y aunque sé que sólo ha sido una canción, me he quedado sin fuerzas. Necesito hacer un descanso —apuntó Adam.

—Te lo has ganado —reconoció David—. Estoy sediento, vamos a la barra. ¿Os traemos algo, chicas?

—¡Tequila! —gruñó Sarah.

—¿Y tú, Erika?

—Nada por el momento, gracias.

Los dos hombres se alejaron y fue entonces el momento que la rubia había estado esperando para hacer lo que mejor se le daba: cotillear. Cogió a Erika de la muñeca y se acercó todo lo posible para hacerse oír.

—¿Se puede saber qué le has hecho a Adam?

—¿Qué? Yo no le he hecho nada, Sarah.

—Pues le tienes completamente loco. —Movi6 su dedo índice a la altura de la sien, emulando a alguien que ha perdido la cabeza—. ¿Por qué crees que ha venido? Y para rematar, ese baile que os habéis marcado. No sabía que os compenetrabais tan bien...

—Te garantizo que sólo somos amigos y, puedo jurar alto y claro que no es para nada mi tipo —dijo Erika poniendo los ojos en blanco.

—¿Y cuál es tu tipo?

—No voy a contestar a eso.

—Puedes ser muy arrogante cuando te lo propones. —Le dio un pequeño empujón de caderas—. A propósito, ¿conseguiste tu objetivo?

—¿De qué hablas? —Erika frunció el ceño.

—Oh, por favor, hablo de tu cita con el tipo misterioso, el de las flores en la cafetería. ¿Conseguiste dar con él?

—Ah, te refieres a ese... No exactamente. —No sabía qué decir.

—Eso no me vale. Es bastante sencillo. —Colocó las manos sobre las caderas en pose de impaciencia—. O es un sí, o un no. ¿Le encontraste?

—¿Sabes, Sarah? Creo que te lo contaré otro día.

—No, por favor... ¿Por qué eres tan huidiza?

—Soy discreta, es diferente.

—¡Oh, me rindo! —Comenzó a andar en dirección opuesta—. Iré a emborracharme...

Volvieron a la barra y, mientras los tres en discordia bebían, Erika descansaba de cerca. Tenía un ligero mareo pero estaba bien. A decir verdad, mucho más que bien. Su piel estaba algo caliente, pero teniendo en cuenta que estaba dentro de un sitio cerrado y saturado hasta los topes, era comprensible. El tiempo pasaba, y por alguna extraña razón, deseaba que lo hiciera a cámara lenta. Para ser la primera vez en meses que salía deliberadamente de su marcada rutina, estaba resultando ser un hecho positivo, con potenciales probabilidades de repetirse en un futuro cercano.

Veinte minutos después, observando con esmero que su compañera no cesaba de probar licores y todo tipo de delicias con toques de alcohol, sintió la necesidad de intervenir.

—Sarah, escúchame. —La sujetó con firmeza por los hombros para que la mirara—. Eres mi amiga y te quiero, pero no pienso ser tu niñera, así que más vale que empieces a controlarte. No me gustaría que acabases tirada en el suelo, completamente ebria y sin sentido.

—Oh, relájate, cielo. Estoy perfectamente. Unas pocas copas no hacen daño.

—¿Unas pocas? —repitió—. Creo que tenemos conceptos muy diferentes respecto a las cantidades de alcohol. Sólo te digo que vigiles lo que haces o de lo contrario mañana tendrás un dolor de cabeza insoportable. Y no podrás decir que no te lo advertí —añadió.

—Vale, como quieras, me controlaré. —Cruzó los dedos—. Te lo prometo.

—Entonces aléjate de la barra. Así podré creerte.

—¿Acaso quieres ser nombrada la mejor madre del año?

—Ya es mayorcita —interrumpió David—. Sabe lo que se hace.

—No estoy tan segura. No sería la primera vez que acaba en la otra punta de la ciudad sin tener ni idea de cómo ha llegado hasta allí.

—¡Chsss! —espetó Sarah—. Eso es un asunto privado.

—Desde luego, un asunto privado lleno de cervezas —recordó Erika—. Soy la única que no bebe, pero eso no significa que esté dispuesta a llevarte en brazos a tu casa.

—No te lo he pedido... —rio—. Todavía.

—Lo sé, sólo es cuestión de tiempo.

Sarah se apartó un poco y fue a parar a una de las esquinas. Se encontraba en ese momento dulce y puntual en que la bebida hacía ligero acto de presencia. Tenía conciencia sobre sí misma, pero los excesos nunca habían estado de su parte. Cada vez que se propasaba, le acababa pasando factura.

Erika la miraba constantemente para asegurarse de que no se metía en líos.

—Erika —la llamó—, ven aquí.

—¿Qué pasa?

—Ven y te lo diré.

Pidiendo paciencia dentro de su cabeza, Erika se movió hasta el lateral. Los ojos de su amiga se habían vuelto menos nítidos, con las pupilas dilatadas.

—Eh, mira ese —le dijo señalando descaradamente a un joven de pelos de punta y camiseta de tirantes oscura que se encontraba a unos dos metros—. No te quita los ojos de encima. Es guapo, ¿no te parece?

—Sí. ¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Dices que es guapo, ¿y ya está?

—¿Qué más quieres que diga?

—Decir, no. —Negó con la cabeza—. Yo hablo de actuar, de pasar a la acción. No te lo pienses y ve.

—Ni hablar.

—¿Pretendes que sea él quien se acerque a ti?

—No, así que no intentes hacer de celestina. Te lo cedo. Aprovecha la oportunidad.

—Oh, créeme que lo haría, pero está claro que no le intereso. No ha puesto sus bonitos ojos sobre mí en ningún momento. —Se señaló a sí misma—. Si este delicioso escote no ha conseguido llamar su atención, dudo mucho que mis dotes lingüísticas puedan hacerlo. Es misión imposible. No obstante, para ti es un plan perfecto.

—Si tú lo dices...

—Pero ¡mírale! Es un bombón. ¿Cuántos años tendrá? ¿Veinticuatro? ¿Veinticinco, tal vez?

—Demasiado joven para mí.

—Es una broma, ¿no? Tú tienes veintinueve. ¿Se puede saber qué clase de concepto tan deprimente tienes de ti misma?

—Me gustan los hombres mayores que yo, eso es todo.

—De acuerdo, pero él puede ser la excepción a la regla. Que yo recuerde, estás libre de compromisos.

«Si tú supieras», pensó Erika.

—¿Ni siquiera vas a intentarlo?

—Ya te lo he dicho. No me interesa.

A pesar de todo, de su creciente embriaguez, Sarah seguía al pie del cañón: —No le debes fidelidad a nadie.

—A mí misma, que no es poco. No pienso enrollarme con alguien que no conozco.

—El orden de los factores no altera el producto.

—¿Y eso quiere decir que...?

—Quiero decir, señorita Osborn, que el contacto físico puede ser una excelente manera de romper el hielo. ¿Quién dice que tengas que empezar siguiendo el manual? —Se frotó las manos—. Sorpréndele.

—No.

—¡Lo está deseando, vamos!

—Que se busque a otra, este sitio está lleno de chicas.

—Pero él te quiere a ti...

—Por última vez, Sarah. —Subió sin querer la voz—. He dicho que no.

Zanjaron el asunto inmediatamente. Su amiga enmudeció y entendió que había insistido demasiado. Suspiró y se llevó las manos a la cabeza, percibiendo el mareo que ya crecía en su interior.

Erika aguantó la presión durante un extenso cuarto de hora para luego decidir que se moría por estirar las piernas.

—Voy a salir un rato —dijo—. Enseguida vuelvo.

Se abrió paso entre la gente, evitando mirar atrás. El ruido se le había incrustado en el cerebro y le urgía una pausa, un apreciado tiempo muerto. Deseaba poder respirar el aire de la calle sin que nadie la molestara, así que optó por la salida de atrás de la discoteca. No obstante, tras saber que alguien la seguía de cerca, aumentó la velocidad. Ya era tarde para darse media vuelta, así que siguió con el plan. Notó en un par de ocasiones cómo unas manos grandes intentaban cogerla desde atrás, pero no se dejaba atrapar. Salió al exterior en mitad de un desierto y oscuro callejón y, creyendo que era el tipo que la había estado mirando minutos antes, no quiso aparentar ser la típica chica fácil. Tener un desliz de una noche con un crío no entraba en sus planes, y perdió la paciencia cuando el extraño consiguió sujetarla de la muñeca.

Se giró en el último segundo y exclamó:

—¡Quítame las manos de encima, imbécil!

—¡Erika, soy yo! —exclamó una voz grave y tremendamente familiar—. ¡Soy Cameron!

Dejó de forcejear en el acto.

—¿Cameron? —Se aproximó a él y cuando por fin pudo verle la cara, lo confirmó—. ¡¿Qué demonios haces aquí?!

—Quería verte.

—¿Por qué? ¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—He preguntado por ahí.

No sabía si sentirse afortunada o desdichada por su presencia. No lo había sospechado en ningún momento.

—A estas horas deberías estar en casa. ¿Qué le has dicho a tu mujer esta vez para salirte con la tuya?

—Eso no importa —aseguró meneando la cabeza.

—A mí me importa.

—Oye, ¿por qué me hablas así? ¿No te alegras de verme?

—No...

—¿No?

—Quiero decir que... por nada del mundo esperaba que aparecieras. No deberías estar aquí. —Volvió a su paranoia habitual—. Alguien puede verte.

—¿Y qué?

—Vamos, ya sabes lo que quiero decir. Puede que no estemos en el trabajo, pero sigue siendo igual de peligroso. He venido con los chicos.

—Oh, lo sé. Estabas muy bien acompañada ahí adentro. —Ese tono e ironía denotaban un enojo bajo la superficie.

—Si tienes algo que decir, adelante. No te cortes.

—Bueno, sólo digo que te mueves muy bien cuando Adam decide sacarte a bailar.

—¿Nos has visto? —Erika sintió un ligero vuelco en el estómago.

—Me temo que sí, aunque desearía no haberlo hecho. No ha sido agradable.

—No me lo puedo creer. ¿Estás celoso? —dijo Erika sacudiendo la cabeza.

—Bastante.

—¿Lo admites? —preguntó alzando las cejas.

—Mi enfado no me permite obviarlo. —Se metió las manos en los bolsillos—. ¿Qué hay entre tú y él?

—¿Perdón? ¿Qué estás diciendo? —Puede que estar liada con Cameron no la hiciera la mujer ideal ante los ojos del resto del mundo, pero aunque fuera algo secreto, le era fiel. Claro que lo era. No había otro—. Por Dios, Adam es sólo un compañero de trabajo. Nuestro compañero. Le conoces mejor que yo.

—Precisamente por eso te quiero lejos de él. —La cogió de la cintura—. Sé que tiene una especial predilección por ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Es evidente. —Se encogió de hombros—. No hay más que ver cómo te mira, deseando ponerte las manos encima...

Cansada de tanta palabrería cargada de testosterona inservible y caótica, Erika le puso un dedo en los labios.

—Sólo te diré dos cosas. —Tomó aire—. La primera es que te tranquilices para no acabar perdiendo el sentido común. Y la segunda y más importante, no tienes motivos para reaccionar así. Sólo he salido a pasármelo bien con unos cuantos amigos.

—¿Cómo de bien?

—Cameron, por favor. Es absurdo que estemos teniendo esta conversación. Para empezar, ni siquiera deberías estar aquí.

—¿Me estás echando?

—No es eso...

—Si quieres que te deje sola para que puedas volver a bailar con tu admirador número uno, sólo tienes que decirlo.

Ella le empujó hasta tenerle entre su cuerpo y la pared de ladrillo.

—Escúchame, idiota. —Se irguió y le dio un beso en la comisura de los labios—. Me encanta cuando te vuelves tan protector y dominante, pero en este caso está de más. No tienes por qué comportarte de esa manera. No es bueno para ninguno de los dos. Se supone que debemos confiar el uno en el otro. Si yo confío en ti, ¿por qué tú no puedes hacer lo mismo?

—Claro que me fío de ti, pero él...

—Él puede pensar lo que quiera, Cameron. Si es verdad que le gusto, no puedo hacer nada para deshacer esa idea, pero de ahí no pasará. No va a ponerme ni un dedo encima porque no se lo permitiré, y hasta donde yo sé, es un buen tipo, así que estoy segura que no intentará nada que pueda perjudicarnos. Vamos, piénsalo bien. Trabajamos en el mismo sitio. ¿Crees que sería tan estúpido como para intentar algo conmigo?

Cameron permaneció serio pero acabó por sonreír.

—Bueno, yo lo hice.

—Sí, pero fue diferente. Yo te gustaba y tú a mí. En este caso, que Adam me atraiga es tan factible como que mañana amanezca casada con un jeque árabe. ¿Te ha quedado claro?

Desatando la tensión contenida en su cuerpo, Cameron la abrazó y la besó en la sien.

—Sí —susurró—. Has conseguido tranquilizarme.

—Todo es cuestión de lógica. —Le devolvió el beso—. Es lógico que perdiese la compostura por ti, y hasta la fecha, nada ha cambiado. —Le apuntó con un dedo en el pecho—. Tú eres el único que ocupa la vacante disponible en mi corazón.

—¿Nadie más?

—No, ni siquiera yo misma. —Pegó su nariz a la de él frotándola en forma de beso esquimal—. Lo sabes; me importas más que mi propia vida.

Esa declaración digna de película romántica fue la chispa que prendió la pasión.

Él se encargó de sostenerla y de girar para conseguir que ahora fuera ella la que estuviera sobre la pared, atrapada. La sostuvo con una mano y la otra la llevó hasta el trasero de Erika, acariciándolo sin prisa.

—Cameron, por favor... —Intentó zafarse—. No me tientes.

—Claro que sí. Es lo que pienso hacer.

Se pegó contra ella y, al mismo tiempo que embargaba esa boca femenina con su lengua viril y celosa, colocó sus manos por debajo del vestido de Erika y, sin perder tiempo, le bajó el tanga a la altura de los tacones.

—Joder, no...

—Sí, Erika. Podemos hacerlo. —Se desabrochó el cinturón y se bajó la cremallera del pantalón—. Nadie nos lo impide.

—Es demasiado. No puedo hacerlo, aquí no...

—Cielo, todavía no has aprendido a mentirme. —La levantó del suelo y la sujetó fuertemente contra la pared—. Lo estás deseando.

Un segundo después, la joven acabó tirando la toalla frente a su debilidad. Relajó el cuerpo y se encargó de bajarle los *boxers* justo lo necesario para poder dirigir el fuerte miembro de él hasta su interior. Nada de miramientos, bastó una única arremetida para fusionarse. Cuando estuvo totalmente dentro, Cameron dedicó un par de largos segundos a admirar a su presa —que yacía literalmente entre sus brazos, preparada para recibirle en todo su esplendor—, con las pupilas dilatadas debido a la oscuridad y la excitación, respirando a través de exhalaciones hondas, ajustándose a esa posición vertical. Cuando tocó fondo, en lo más hondo de la vagina, se movió en círculos para incrementar el placer de ambos, algo a lo que Erika respondió cerrando los ojos y mordiéndose el labio para ahogar un gemido. Por su parte, se encargaba de sujetarse a su cuello y de arrugarle la camisa involuntariamente. Necesitaba agarrarse a algo bien fuerte para poder mantener el tipo, y la anatomía de Cameron era la indicada; era un fuerte mástil de un barco que no zozobraría nunca. Hundía los tacones de aguja sobre el majestuoso trasero masculino, arqueando la espalda y sintiendo una fina capa de sudor que comenzaba a formarse en la zona lumbar.

Estaban tan expuestos que cualquiera que mirase en su dirección podría verles sin problema, pero el asunto lo habían dejado aparcado en un segundo plano.

Para la joven, tener sexo en mitad de un callejón estaba suponiendo toda una caída de venda de los ojos. Adoraba la cama para llevar a cabo sus fantasías, pero teniendo en cuenta las circunstancias, no se podía pedir más. Era una sensación de júbilo que no podía ser explicada con palabras, con una mezcla del frío de la pared sobre su espalda y el resto de su cuerpo ardiendo literalmente en llamas. Sus cuerpos se movían rítmicamente, saboreando el momento tan carnal que se había propiciado sin necesidad de planearlo.

El hombre que la devoraba hundía su rostro en el cuello de Erika, saboreando su piel perfumada, pasando sin tapujos a su escote, pasándole la lengua por los dos pechos que sobresalían lo justo. Le pasó una mano por el contorno del seno izquierdo y luego jugó con el otro. Se inclinó un poco y le bajó el vestido apenas un par de centímetros para ver el disimulado sujetador. Lo hizo a un lado para degustar del todo ese busto voluptuoso y redondo, con la piel rosada y de gallina. Se metió un pezón en la boca y se atrevió a morderlo, obteniendo un pequeño grito de su amante, todo ello sin cesar en sus movimientos pélvicos.

Aunque no quería admitirlo, ese era el mejor broche que Erika podía poner a la noche. Había sido

como un regalo caído del cielo y estaba dando buena cuenta de ello. Teniéndolo dentro de su cuerpo, se esforzaba por inmortalizar el instante. Su vestido se haría añicos de seguir así, pero no le importaba. Nada se podía comparar con el tremendo honor de saborear a Cameron que, a fin de cuentas, se había presentado justo cuando debía.

Cuando el desenfreno llegó al punto de no retorno, Erika sintió un latigazo por toda la columna debido al orgasmo, tapándose la boca con la mano para reprimir el impulso de gemir con apoteosis. Su acompañante se vació en su interior y le pegó los labios en la sien, respirando bruscamente, con el pecho agitándosele arriba y abajo como si fuera a desfallecer. Se quedaron juntos, abrazados para recobrar fuerzas.

Intentaron recuperar la compostura mientras volvían a ajustarse las prendas como si nada de aquello hubiera pasado, disimulando las arrugas, las feromonas y la tensión sexual residual.

Cameron se inclinó sobre ella y olió su perfume.

—Dime que te ha gustado tanto como a mí.

—Mucho más que eso —reconoció Erika sonrojándose.

—Lo sabía. —Sacó a relucir su ego masculino y viril—. Sabía que serías incapaz de resistirte.

—¿Cómo podría hacerlo? Apareces de repente y te abalanzas sobre mí...

—Ese aire de inocencia no va contigo, preciosa. Eres igual de peligrosa que una pistola cargada.

—Vaya, me gusta esa metáfora.

—A mí me gustas toda tú. —La devoró con la mirada—. Al completo.

—Como siempre, tan recurrente a los piropos.

—Sé que te encantan.

Volvieron a besarse, pero la joven sabía que no podía bajar la guardia.

—Me gustaría quedarme contigo...

—Oh, no. No hagas eso Cameron. No intentes convencerme...

—Sólo digo que estaría bien acompañarte un rato más.

—Vale, ya hemos pasado suficientemente el límite. Tienes que irte ahora mismo. Por favor. —Como veía que su amante seguía exactamente en el mismo sitio, insistió—. Vamos, ya has conseguido lo que querías. Bueno, lo que ambos queríamos. —Se mordió el labio con deseo—. Así que no me hagas suplicar y desaparece.

—¿Serás buena?

—¿Qué?

—Prométeme que no bailarás con ningún otro idiota.

Esos celos tan marcados hicieron que se sintiera bien.

—Te lo prometo. —Le besó y le empujó con suavidad—. Vete ya.

—De acuerdo, ya voy. —La estrechó por última vez entre sus brazos y, después de besarla como una docena de veces, la soltó—. Es usted toda una caja de sorpresas, señorita Osborn.

—Lo mismo digo, señor Moore.

—Recuerda, nadie puede tocar lo que es mío —susurró rozándole el cuello. Y se fue, dejándola sofocada.

Al cabo de varios minutos, volvió a entrar en la discoteca. Cuando Sarah la reconoció, ladeó la cabeza.

—Vaya, por fin has vuelto. ¿Se puede saber adónde has ido? —Prestó atención y vio a Erika con el pelo revuelto y el vestido arrugado—. Vale, creo que ya lo sé. Has estado ocupada, ¿verdad?

—Algo así.

—Entonces finalmente has seguido mi consejo de hacer una excepción. ¿Era el chico de antes?

—No. Ha sido otro mucho mejor.

—¿Era guapo? —dijo Sarah soltando una risita.

—Ya lo creo. —Aún podía sentir el tacto de Cameron sobre su piel—. Era el hombre perfecto.

—¿Y dónde está ahora?

—Tenía que irse.

—¿Y ya está? —Abrió la boca, decepcionada—. ¿Habéis tenido un encuentro íntimo y pasional, y se acabó?

—Quién sabe, Sarah. Tal vez vuelva a verle.

—¿Le has dado tu teléfono? —Su amiga suspiró.

—Créeme, no ha sido necesario.

—¿Entonces cómo piensas...?

—De acuerdo —dijo interrumpiéndola—, vale ya de tanta pregunta. No es un interrogatorio.

—Pero, Erika...

—Lo que haya pasado es cosa mía. Si llega a buen puerto, ya lo sabrás.

—Siempre dices lo mismo y al final nunca me cuentas nada. Eres terriblemente reservada.

—Me lo tomaré como un cumplido. —Erika le sonrió con fervor. Estaba tan contenta que le daba igual lo que le dijera.



De una forma u otra, aquel día iba a ser inolvidable. Erika estaba frente al espejo dando el visto bueno a su apariencia, ya que debía ser exquisita para el evento que se iba a celebrar. Y es que Alice, una de las hijas del jefe, el señor Harris, se iba a casar por todo lo alto, a media tarde, con unas impresionantes vistas de la playa en los Hamptons.

Lo malo era que irremediablemente acudiría sola, sin un acompañante formal, pero al menos así no tendría que fingir. Hasta Adam le había pedido que fuera su pareja para hacerles un favor a los dos, pero Erika había optado por declinar la invitación. Por nada del mundo le habría dicho que sí; hubiera sido igual que darle alas a algo que no podía ser.

Estaba nerviosa, eso era innegable, pero sabía disimularlo muy bien bajo su sonrisa triunfal y encantadora. Daría de qué hablar nada más poner un pie en la impresionante mansión, pero era un riesgo que estaba dispuesta a correr. Mientras tanto, lo primero era lo primero, y antes de salir en camino, quería cerciorarse de que su aspecto era el adecuado, sin carencias ni estragos. Lejos de querer ser pretenciosa ni vanidosa con su imagen reflejada, lucía digna de la mejor de las galas; estaba radiante. Por suerte, había tenido algo de ayuda por parte de Bellatrix. No sólo era una experta en renovar el cuerpo a base de increíbles masajes terapéuticos; también tenía un ojo de halcón y un gusto exquisito para saber qué era lo más adecuado para cada ocasión.

Ella estaba allí, con los brazos cruzados y asintiendo de vez en cuando para demostrar lo mucho que le gustaba el atuendo de su amiga, un espectacular vestido asimétrico en color coral que le llegaba a la altura de las rodillas y le hacía resultar toda una musa.

—Debo admitirlo, nunca te había visto tan resplandeciente.

Erika agradeció ese comentario sin preámbulos.

—Gracias, Bella. Pero no lo habría logrado sin ti. Fuiste tú la que me aconsejó que escogiera este.

—Pues me alegro de haberlo hecho. —Se acercó poco a poco, rodeando a Erika—. Eres tan elegante... Por supuesto, ese peinado te da un aspecto todavía más jovial.

En efecto, Erika había optado por no complicarse con peinados imposibles. Se había conformado con engalanar su pelo en un sencillo recogido con un broche de plata. Le resaltaba las facciones, y sus ojos habían incrementado su color. No iba a ser la novia, pero sí una de las mejores vestidas y admiradas.

—Oye, aún no sé la identidad de la afortunada. ¿Quién se casa? —preguntó Bellatrix.

—La hija menor del señor Harris.

—Vaya... —Se quedó pensativa un momento—. ¿Y te ha invitado?

—A mí y a media empresa. —Puso los ojos en blanco—. Quiere que veamos lo poderoso que es.

—Entonces, eso quiere decir que por lo menos habrá más de cien invitados.

—No sé cuál será la cifra exacta, pero te garantizo que serán más de un centenar. Sabiendo que puede gastarse todo el dinero del mundo en una celebración así, no escatimará en gastos. Hasta ha invitado a unos cuantos periodistas.

—¿En serio? ¿Te veré en los periódicos?

—Haré todo lo posible por evitarlo. —Erika sonrió y negó con la cabeza.

Su amiga de ropa oscura se acercó a la ventana de la habitación y se quedó mirando las bonitas vistas de Central Park. Suspiró y, cuando volvió los ojos al interior, confesó:

—Si yo fuera tú, no sé si sería capaz de ir.

—¿Por qué?

—Es algo demasiado pretencioso. Encajas en cualquier sitio, pero seamos realistas. ¿A cuántos invitados conoces?

—A los suficientes.

—¿No te incomoda?

—Bella, me paso el día hablando con gente que no conozco. Sólo una reunión, saludos de cortesía y se acabó. Esto es más de lo mismo. No me saldré de mi papel. ¿Qué puede salir mal?

—¿De verdad quieres asistir?

—Aunque no fuera así, no tendría otro remedio. El señor Harris es el rey de reyes. ¿Crees que podría rechazar su invitación? —Arrugó los labios—. Sería como firmar mi carta de despido. —Como veía que su amiga seguía mirándola con ojos preocupados, tuvo que dejarlo claro—. Bella, estaré bien, ¿vale?

—Pero...

—¿Qué?

—Lo siento, pero tengo que preguntarlo. —Tragó saliva y se preparó a conciencia—. ¿Cameron va a ir?

—Sí —logró contestar sin alterar el tono de voz.

—¿Con su mujer?

—Claro.

—Y... ¿serás capaz de controlarte?

—Llevo más de un año haciéndolo. —Se mordió el labio con pesar—. Creo que seré capaz de disimular.

—Está bien, confío en ti.

—Me halagas —se burló—. Voy a una simple boda, no es ningún campo de batalla.

—Eso es discutible —dijo Bellatrix encogiendo los hombros.

—Sí, pero ahora no tengo tiempo de entrar en detalles. —Desde el otro lado de la ventana se escuchó un claxon grave—. Bueno, tengo que irme. Han venido a por mí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó perpleja.

—Bueno, lo que acabas de oír es el claxon de una de sus muchas limusinas.

—¿En serio? —Corrió hasta la ventana y contempló el vehículo desde las alturas, silbando de admiración—. ¿Tan importante eres para el jefe?

—Resulta que sí. Sólo lo ha hecho con un par más de trabajadores. Supongo que esta es una de las ventajas de trabajar para él. —Sonrió y guiñó el ojo.

Bella le dio un fuerte abrazo y le pellizcó la mejilla.

—Buena suerte.

—Gracias. Es una pena que no puedas acompañarme.

—Por Dios, Erika... Definitivamente, eso no es para mí. ¿Crees que con mi aspecto de gótica me dejarían siquiera acercarme?

—Podrías intentarlo.

—Tal vez en otra ocasión.

El viaje estaba resultando ser un momento para la relajación y la evasión a los problemas. Había buena música de fondo, una temperatura agradable y para colmo, Erika estaba sentada en la parte de atrás con un cristal como separación entre ella y el conductor, dándole toda la privacidad del mundo, sin sentirse obligada a entablar una conversación con un desconocido.

Llevaría algo más de dos horas alcanzar la mansión del señor Harris, pero merecía la pena. Al fin y al cabo, no tenía prisa. Cerró los ojos y trató de no pensar en nada, así que cuando un ligero sueño se adueñó poco a poco de su mente, le ahorró el tiempo de contar los minutos que faltaban.

Cuando despertó, el conductor bajó el cristal de separación y, mirándola desde el retrovisor, dijo:

—Señorita Osborn, ya hemos llegado. —Se bajó enseguida y, con una cortesía soberbia, fue directamente a abrirle la puerta.

Ansiosa por lo que podía encontrarse, abandonó la tranquilidad de la limusina y la luz de la tarde le dio de lleno en los ojos. Los entrecerró levemente y dio un par de pasos. Se dio cuenta que estaba al lado del mar cuando una ligera brisa, tan fresca y oportuna, le rozó la nariz. Todo era mezcla de verdes y azules: el cielo, el agua, la hierba, los árboles... Parecía una imagen sacada del paraíso.

El chófer se le acercó y carraspeó:

—Escuche, el señor Harris me ha pedido expresamente que me ocupe de todo lo que usted precise en el día de hoy. Estaré cerca, entre los invitados, así que no dude en llamarme si quiere algo. Estoy a su entera disposición, por supuesto.

Erika se sorprendió por ser la diana de tanta atención inesperada ya que, por supuesto, no lo había pedido.

—Muchas gracias, señor...

—George —apuntó—. Me llamo George, señorita Osborn.

—De acuerdo... George. —Sonrió—. Le avisaré si le necesito.

—Estupendo. —Asintió y se puso las gafas de sol—. Disfrute de la boda.

—Gracias, es usted muy amable.

Observó al hombre vestido con traje oscuro alejarse por un lateral hasta desaparecer por completo. Acto seguido, puso sus cinco sentidos en funcionamiento para observar la maravilla arquitectónica que tenía a unos cuantos metros, pero que podía verse desde lejos. Y no era para menos, ya que la mansión era impresionante. Un palacio moderno teñido de blanco que relucía gracias al sol de la tarde. Grandes ventanales, puertas dobles, columnas y esculturas se repartían allí y allá, dándole un aspecto imposible de mejorar.

Dejando atrás el camino de tierra, Erika se puso en marcha y subió los escalones resplandecientes que conducían a la entrada principal. No había nada por allí, pero cuando se dispuso a entrar, una mujer de mediana edad vestida con una falda beis y camisa rosa pálido le cerró el paso. Llevaba una especie de lista de invitados a la boda en la mano.

—Disculpe, ¿me dice su nombre?

—Osborn. —Levantó la cabeza con orgullo para paliar su carencia de acompañante—. Erika Osborn.

La mujer lo comprobó y asintió al instante. Le indicó con la mano.

—Bienvenida, señorita Osborn. Acompáñeme, por favor. La llevaré hasta su sitio.

Obedeciendo, ambas mujeres atravesaron el impresionante vestíbulo de la casa, vislumbrando cuadros, escaleras dobles, además de una decoración exquisita. Al identificar el final del trayecto señalizado con una gigantesca portezuela abierta y adornada con flores blancas, dieron a parar a una majestuosa puesta en escena que consistía en un sinfín de hierba fresca sobre la que se encontraba todo lo necesario para celebrar una boda. Cientos de asientos blancos, un camino central, rosales, un altar y las espectaculares vistas del mar abierto.

La mitad de los invitados ya estaba presente y el resto iba entrando poco a poco, pero Erika captó de inmediato toda la atención con su presencia mágica y llena de encanto involuntario. En cuanto llegó, todas las miradas masculinas y algunas femeninas se encontraron con ella, quedándose boquiabiertos. Ignorando esos ojos llenos de sentimientos contradictorios, siguió su camino, abriéndose paso entre todos ellos. Decidió que lo mejor que podía hacer era buscar directamente a alguien conocido, así que no lo dudó. Echó mano de su buena visión e inspeccionó cada rostro y cada atuendo para identificar a la persona adecuada. Por suerte, no le llevó demasiado tiempo lograr su propósito. Se acercó poco a poco y supo que no se había equivocado.

—¿Sarah?

Una mujer rubia que iba vestida con un bonito vestido rojo se dio la vuelta al darse por aludida y, cuando lo hizo, un gesto de sorpresa, admiración y alegría recorrió toda su cara.

—Dios mío... —balbuceó Sarah lejos de querer disimular—. Erika, estás preciosa. Absolutamente

perfecta.

—No exageres —dijo Erika ladeando la cabeza.

—¿Que no exagere? —La miró de arriba abajo—. Nena, mírate. Le vas a robar todo el protagonismo a la novia.

—Si tú lo dices...

—Lo digo yo y la mitad de los invitados. —Echó un rápido vistazo a su alrededor—. ¿Has visto cómo te miran? Luces como nunca.

—Tú tampoco te quedas a atrás. —La agarró del brazo y se la llevó a un sitio aparte, lejos de los demás—. Oye, ¿no sé supone que vendrías con el hombre de tu vida? —bromeó—. ¿Dónde está ese tal Henry?

—Ah, ese... —masculló soltando un soplido—. Se acabó.

—¿Se acabó? —repitió—. Pero si estabas convencida de que era el adecuado para ti...

—Lo sé, lo sé... —Se tocó el pelo—. Pero supongo que tú tenías razón.

—¡Ajá!, ¿lo ves? —Se puso las manos sobre la cintura—. Te dije que los cuentos de hadas no existen.

—Sí, y ese capullo disfrazado de príncipe terminó siendo en verdad una asquerosa rana.

—Visto así, es mejor que te hayas dado cuenta a tiempo. —Erika acabó riéndose, incapaz de contenerse.

—Sí. —Suspiró hondamente—. Definitivamente, el matrimonio no es para mí.

—Oh, no digas eso, Sarah. Ya te llegará la oportunidad.

—¿Sí? ¿Y cuándo? Estaría encantada de saberlo.

—Mira a tu alrededor. Fíjate, estamos en una boda. Disfrutemos el día. Puede que por aquí cerca esté el hombre de nuestra vida...

Los ojos infantiles de su amiga chispearon de la emoción. Ya la había convencido.

—Sí, es verdad. Tenemos que estar atentas. Debe ser nuestro momento.

—A propósito, ¿dónde están los chicos?

—Querrás decir el chico.

—¿Cómo?

—Sólo está David. Adam no ha venido —explicó Sarah.

—¿Por qué? —Aquello no le sorprendió demasiado.

—Al parecer ha cambiado de idea en el último minuto. —Se cruzó de brazos—. Y creo que tú tienes algo que ver.

—No me eches la culpa —murmuró Erika tensando los músculos del cuello—. Simplemente me limité

a dejarle las cosas claras.

—Vamos, Erika. Él sólo quería que vinierais juntos.

—Exacto, juntos. Como una pareja. Y no lo somos, ¿recuerdas?

—¿Y eso qué más da? Iba a ser por unas cuantas horas. A nadie le habría importado.

—A mí sí. —No estaba dispuesta a sentirse culpable—. Hazme caso, si hubiera accedido, luego habría sido mucho peor. Habría intentado algo conmigo, estoy segura.

—¿Y acaso no te parece halagador? —Le dio un suave empujón con la cadera—. ¿Qué problema hay? Es guapo y encantador.

—Y somos compañeros de trabajo.

—Y está coladito por ti —insistió Sarah.

—Precisamente. No quiero darle falsas esperanzas. No es propio de mí.

—¿Quién dice que os tengáis que jurar fidelidad para toda la vida? —se burló—. Yo hablo de pasarlo bien y disfrutar... Tú ya me entiendes.

—No habría funcionado —sentenció—. No me gusta, es así de sencillo. Además, tendría que estar loca para salir con alguien con quien trabajo.

—Erika, te agobias demasiado. No serías ni la primera ni la última en hacerlo.

—Ya, pero mientras pueda pensar con la cabeza, todo irá mucho mejor.

—Pues no pienses demasiado y actúa. A ti se te dan bien esas cosas.

Intentando sacar otro tema de conversación, Erika habló sobre el señor Harris y la novia. Todo iba bien hasta que Sarah se quedó callada de repente, mirando hacia otra parte.

—Sarah, ¿qué pasa?

—Mira quién acaba de llegar. —Su amiga hizo un gesto y soltó un silbido.

Erika se dio la vuelta y comprobó con pesar que el hombre de sus sueños, el hombre con el que se acostaba, el hombre por el que era capaz de hacer cualquier cosa, aparecía con un elegante traje y acompañado por su despampanante mujer. Se le calló el alma al suelo, provocando que en su estómago se originase un vacío inmenso.

—Maldita sea, su mujer está cada vez más radiante —opinó Sarah con su particular método para cuchichear sobre los demás—. ¿Cómo demonios lo hace?

La verdad era que Elizabeth Moore estaba increíble con un vestido plateado que tenía un sutil escote en forma de corazón, y esa melena rizada y negra que contrastaba con su piel blanca.

—No lo sé —respondió a duras penas Erika—, pero tampoco me importa.

—Oye, cielo. —Le puso una mano en el hombro—. Cálmate. Tú eres la número uno. Aquí nadie te supera, ni siquiera ella.

—No me refiero a eso, Sarah. —Apretó la mandíbula—. No me importa que esté más elegante que yo,

ni que la miren embelesados.

—¿Entonces? —Se encogió de hombros—. ¿Cuál es el problema?

—El problema es... —Guardó silencio hasta que recordó que debía contenerse—. Nada, olvídate de lo que he dicho. La mujer de Cameron está guapísima y punto. No hay más que hablar. —Miró hacia las sillas—. Esto empezará de un momento a otro. ¿Qué tal si nos sentamos ya?

La ceremonia estaba en pleno desarrollo —con los novios en el altar, el cura hablando a ritmo lento, los invitados en sus puestos y un silencio respetuoso—, pero Erika no estaba para nada atenta a lo que sucedía entre los dos prometidos. Sus pupilas miraban de forma incesante a otra pareja que había a unos pocos metros por delante de donde ella se encontraba. Cinco filas más adelante, sentados y conversando entre sí disimuladamente, Cameron y su mujer despertaban en Erika un infierno imposible de menguar. No podía entender por qué le costaba tanto ignorarles. Sabía a lo que se exponía al acudir a la boda, así que no tenía sentido que a esas alturas sus celos por Elizabeth acabaran por desesperarla.

Tenía los puños apretados sobre el regazo y respiraba fuerte, tanto, que Sarah se dio cuenta.

—Eh, ¿estás bien?

—Sí —mintió tratando de sosegar—. Estoy bien.

—¿Segura? —Sus ojos parecían adivinar que no era sincera—. No pareces muy convencida.

—Será el calor, tranquila. —Fingió abanicarse—. Estoy bien.

—¿Te está gustando? —Señaló el altar—. Los novios son adorables.

—Oh, sí. Desde luego. Hacen una pareja envidiable.

—Así podrías verte tú cuando menos te lo esperes.

Erika se relajó. Sarah estaba resultando ser una grata distracción ante su empeño de mirar a quien no debía.

—Ni lo sueñes. Yo no estoy hecha para el matrimonio. Creo que tú te verías mejor de blanco.

Minutos después, cuando su nivel de ansiedad disminuía de forma considerable y confiaba en poder encauzar el rumbo de los acontecimientos, sucedió algo que no esperaba. Desde su asiento, Cameron se atrevió a girar la cabeza de forma sutil y la buscó entre los invitados, conectando ambos a través de sus miradas silenciosas. Él tenía esa característica luz en los ojos que proclamaba bajo un montón de palabras no dichas lo mucho que sentía esa situación, lo mucho que sentía que Erika tuviera que verle acompañado por su esposa. Era algo a priori insostenible, pero no tenían otra opción. Por su parte, ella le aguantó la mirada sin apenas pestañear, consiguiendo el efecto deseado. Él volvió a la posición normal con el semblante cabizbajo, teniendo la certeza de que en algún momento, antes o después, tendría que disculparse por un millón de cosas que escapaban a su control.

En el plano principal, ocupando la mayoría del campo visual, los novios seguían a lo suyo. La hija del señor Harris no podía dejar de sonreír. Era el día más feliz de toda su vida y estaba dispuesta a entregarse al que de manera inmediata sería su marido; juntos para siempre. Al llegar al momento de la conclusión, cuando se colocaron las alianzas el uno al otro y se besaron, la gente rompió en

aplausos, vítores y silbidos de alegría y empatía.

Por increíble que pareciera, Erika tuvo una visión; una ilusión mermada que se perdía a medio camino entre el resquicio más privado de su cerebro y las ansias por una oportunidad que no llegaría. Se vio a sí misma ocupando el lugar de la novia, con Cameron de su mano y felizmente casados... Un sueño que desde luego tenía todas las probabilidades de ser un deseo inalcanzable. Siempre sería su amante, la segunda opción, la mujer con la que compartiría momentos de sexo y pasión, pero no amanecerés en una misma cama. La suerte no estaría nunca de su parte, y saberlo le provocaba un intenso dolor que a duras penas conseguía disimular bajo la apariencia de una sonrisa prácticamente apagada por el mal sabor de boca.

Volvió a la vida real cuando los invitados se levantaron de sus asientos para seguir a los recién casados en dirección al banquete. Muda como si sus labios hubieran sido cosidos para impedir que hablase, se limitó a caminar al lado de Sarah por el camino trazado, pero los celos no se habían disipado. Constituían una tortura psicológica que hacía mella en su inseguridad respecto a lo que compartía con ese hombre que le robaba el aliento. Hasta le inundaban serios remordimientos por haber rechazado la invitación de Adam. Si hubieran acudido juntos, al menos habría podido vengarse, pero ya no podía hacer más que mirar a otra parte, rezando para que el final de la fiesta no se alargara demasiado.

Una cantidad de entrantes, platos principales y bebidas se sirvieron gracias a un ejército de empleados muy serviciales y atentos. La comida era exquisita, no se podía pedir nada mejor. Todas y cada una de las personas disfrutaban de esos manjares dispuestos en bandejas de plata.

Dos horas después, el matrimonio recién formado bailaba al compás de la música en directo de una orquesta. Algunos invitados los seguían, pero otros deambulaban aquí y allá, bebiendo, hablando entre sí y pasando el rato en aquel paraíso terrenal salpicado de naturaleza y riqueza. Eso era precisamente lo que David, Sarah y Erika estaban haciendo, sólo que esta última no tenía el cuerpo para fiestas. Apenas había probado bocado y lo que en un primer momento se le había antojado fácil de sobrellevar, se estaba convirtiendo en una carga demasiado pesada sobre sus hombros. Había sido un tremendo error por su parte pensar que podría con ello.

David recibió una llamada a su teléfono móvil y se alejó de las chicas para poder hablar con total libertad, así que Sarah y Erika se quedaron sin tema de conversación.

—¿Se puede saber qué te pasa? Nadie diría que estás en una boda —gruñó Sarah—. Esto no es ningún entierro, así que alegra esa cara.

—No... puedo.

—¿Cómo que no puedes? Erika, desde que estamos aquí no pareces la misma de siempre. ¿Hay algo que deba saber?

Conteniendo la respiración, Erika la miró a los ojos y se dijo que debía mentir de nuevo. No podía decir nada, el secreto se lo llevaría a la tumba y por ello no podía cometer fallos ni hablar a la ligera.

—Lo que ocurre es que ahora mismo desearía estar en casa, con una copa de vino en la mano y deseando olvidar todo este derroche desmedido. No pinto nada aquí.

—Cielo, estarás de vuelta en unas pocas horas, pero ahora esto es lo que toca. Aprovecha la ocasión y disfruta de lo que te rodea. Puedes tomarte todo el vino que quieras, es gratis. —Sonrió—. Estas cosas sólo pasan una vez en la vida.

—Y doy gracias por ello.

—No seas tan pesimista.

—Vamos, Sarah. Esto no deja de ser otra simple reunión de ejecutivos. Puede que un poco más grande, organizada y con cierto encanto, pero al fin y al cabo es lo mismo. Estoy cansada de estar rodeada de hombres trajeados que se creen dioses de las finanzas... —Por el rabillo del ojo vio que Cameron se acercaba a ellas junto a su mujer. Se le subió el corazón a la garganta. Quiso huir y es lo que intentó—. Discúlpame un segundo, enseguida vuelvo...

—De eso nada —susurró Sarah sujetándola, frustrando así sus planes—. Si quieres desaparecer, hazlo luego. Ahora Cameron y su mujer vienen hacia aquí. Sólo quieren saludarnos. No querrás ser una maleducada y largarte en el momento menos oportuno, ¿verdad?

Ya era tarde. La había retenido lo suficiente y el señor y la señora Moore se les echaron encima.

—¡Cameron! —estalló Sarah—. ¿Cómo estás? Te veo muy bien acompañado...

—Hola, Sarah. —Sonrió—. Sí, la verdad es que tengo suerte de tener conmigo a la mujer más preciosa de todas.

—Eso no lo dudo. Ambos estáis impresionantes, lo digo en serio.

—Eres muy amable —dijo Elizabeth—. Tú también lo estás. El color rojo te favorece.

Sarah sonrió de oreja a oreja. Le encantaba recibir piropos y aquello había sido como abrir los regalos de Navidad.

—¿Tú crees? La verdad, no sabía que ponerme.

—Pues has acertado con tu elección. Te sienta de maravilla.

Mientras Sarah y Elizabeth se halagaban la una a la otra con el único objetivo de caerse bien, Erika cruzó una leve mirada con Cameron, a lo que él aprovechó para dirigirle la palabra.

—Erika.

—Hola, Cameron.

—¿Qué tal estás?

—Bien, disfrutando de la fiesta. ¿Y vosotros?

Cameron sabía que bajo esa fachada de serenidad se escondía la versión más ardua de Erika. Un volcán en erupción.

—Bien, la verdad es que lo estamos pasando en grande, mejor de lo que esperaba. —Miró a Elizabeth—. Por cierto, ¿recuerdas a mi mujer?

—Claro que se acuerda —se adelantó Elizabeth mostrando una sonrisa encantadora—. Me alegro de volver a verte.

Erika sintió una punzada de terrible incomodidad en el vientre.

—Lo mismo digo. Ese vestido te sienta como un guante.

—Oh, por favor. Por mucho que me esforzara, no podría igualarte. Tú te llevas toda la admiración posible, Erika. —La señaló—. Eres, con diferencia, la mujer más elegante que hay aquí.

—¡Sarah! —entonó David desde lejos.

La rubia giró la cabeza, viendo que su amigo y compañero le hacía señales para que se acercara.

—Lo siento, veo que me reclaman. —Soltó una risita—. Luego nos vemos.

De ese modo, sólo quedaron el matrimonio y la tercera en discordia, aguantando el silencio incómodo por no saber qué decir.

—El señor Harris lo ha organizado todo con una maestría impecable, ¿no te parece?

Al ver que Elizabeth se estaba dirigiendo a ella, se apresuró a contestar:

—Sí, por supuesto. —Miró a su alrededor y asintió—. Todo esto es... sensacional. Unas vistas deliciosas.

—Eso mismo he dicho yo. —Se pegó a su marido—. Cameron opina que la boda debería haberse celebrado en una iglesia.

—No era necesario —apuntó Erika queriéndole llevar la contraria—. A veces lo tradicional está de más.

Elizabeth rio con una sutileza increíble, sin desentonar lo más mínimo. De cerca, imponía lo suficiente como para sentirse inferior a ella.

—Cierto, ahí tienes toda la razón.

El encuentro se volvía más inestable con el paso de los segundos, pero los reproches disimulados en las miradas fueron interrumpidos por alguien.

—¡Moore! —dijo una voz masculina.

Cameron miró a ambos lados y cuando vio que un hombre de aspecto musculoso con traje gris y corbata blanca, cabello oscuro y peinado hacia un lado, ojos castaños y unos dos o tres años mayor que él se le acercaba, sus labios se curvaron en una sonrisa sincera. Estaba claro que le conocía.

—¡Clyde, que sorpresa! —exclamó dándole un abrazo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Mi querido amigo, Harris, ha tenido la amabilidad de invitarme. Todavía se acuerda de los viejos conocidos. —Miró a la esposa de Cameron con aire familiar—. Elizabeth, me alegra verte. Es un hecho que cada día estás más hermosa. —Cogió su mano y la besó.

—Es todo un detalle que te acuerdes de la familia —apuntó.

—Sabía que os encontraría aquí, por eso acepté la invitación.

Erika no sabía quién era el tipo. Se trataban con cercanía y confianza, pero no tenía ni idea de su identidad. Se sentía desplazada y fuera de lugar.

—Cielo, creo que deberías presentarles —apuntó Elizabeth mirando a Erika y comprendiendo su desconcierto.

Cameron asintió y carraspeó.

—Oh, sí. Por supuesto. Erika, te presento a mi primo, Clyde. —Hizo un gesto con la mano para señalarle—. Clyde, ella es Erika, una compañera de trabajo.

El tal Clyde clavó sus penetrantes ojos en Erika como si fuera una presa que estuviera a su alcance. Era atractivo; sin lugar a dudas resaltaba la principal peculiaridad que debían tener todos los parientes de Cameron. Hombres apuestos, decididos y magistralmente seductores.

—Vaya, no recuerdo haberte visto por la empresa. —Le estrechó la mano con suavidad sin dejar de mirarla—. Es un placer, Erika.

—Mucho gusto, Clyde.

—Dime una cosa, ¿has venido sola? —La pregunta fue a bocajarro.

—Sí.

—Me sorprende. —Sus ojos brillaron—. Es incomprensible que una mujer como tú aparezca sin un acompañante.

—¿Una mujer como yo? —Eran imaginaciones tuyas ¿o estaba tratando de coquetear con ella nada más conocerla?

—Bueno, no pasas precisamente desapercibida con esa figura. —Su mirada quemaba—. Que conste que lo digo con el mayor de los respetos.

—Gracias, pero a veces es mejor hacer las cosas por una misma —rebatía ella.

Cameron carraspeó. Ese comentario no le había sentado nada bien, pero ¿qué podía hacer?

—¿Qué tal si nos tomamos una copa? —propuso.

—Buena idea —comentó Clyde—. Erika, ¿puedo invitarte a una?

Queriendo ser lo menos desconsiderada posible, sonrió como una adolescente y negó con la cabeza.

—Lo siento, pero ya he tomado suficiente alcohol por hoy. No me gustaría sobrepasarme.

—¿Eso es un no?

—Me temo que sí. Perdóname, Clyde. Tal vez en otro momento. —Supo que era el momento perfecto para desaparecer—. En fin, tengo que volver con Sarah. Será mejor que la busque antes de que empiece a perder los papeles. —Hizo un gesto con la mano a modo de despedida—. Ya nos veremos, chicos.

—Cuídate —murmuró Elizabeth.

—Tú también. —Miró a Cameron antes de irse y luego al primero de este—. Ha sido un placer, Clyde.

—El gusto ha sido mío, Erika.

Con la espalda recta y el estómago revuelto, Erika dio palos de ciego hasta alejarse lo suficiente como para perderse entre el resto de invitados. Había sido un encuentro doblemente desagradable. No sólo había tenido que lidiar con la pareja perfecta de Cameron, también conocer a su primo había sido de todo menos natural. Ese hombre emanaba seguridad a raudales y tenía toda la pinta de tener la autoestima al mismo nivel que las nubes. Vanidoso, mujeriego e insolente.

Inició la marcha para encontrar a Sarah y a David, pero no daba con ninguno. Preguntó a un par de conocidos si los habían visto pero no dio resultado. Tenía miedo de perder la paciencia y largarse, pero entonces la vio, de espaldas y bebiendo una copa de champán y con las mejillas sonrosadas. Se acercó de inmediato.

—Por fin te encuentro. ¿Dónde estabas? —reprochó—. Te necesitaba hace dos minutos y me has dejado sola.

—Cariño, por lo que he podido ver, no estabas precisamente sola. ¿Quién era ese guaperas que se ha acercado a vosotros? —preguntó Sarah.

—El primo de Cameron. —Soltó un suspiro—. Se llama Clyde.

—¿Su primo? ¿Trabaja en la empresa?

—Eso creo, además conoce de muy buena tinta al señor Harris. Un viejo amigo, según parece.

—¿Y qué quería? —Alzó las cejas, provocativa—. He visto que estaba interesado en ti.

—Sara, por favor... No empieces. —Sacudió la cabeza—. Nos han presentado, eso es todo. Unas pocas palabras de cortesía, y fin de la historia. No ha sido ninguna cita rápida y tampoco me ha pedido el teléfono.

—Ya, pero apuesto a que te ha echado el ojo. Mucho más que eso. Por la forma en la que te miraba juraría que...

—Es un tipo más, otro invitado —soltó—. No intentes convencerme de lo contrario. No me ha impresionado lo más mínimo.

—Tengo entendido que te gustan los hombres mayores que tú —repuso la rubia—. Pues él lo es.

—Sí, pero no me atrae.

—¿Por qué no? Aparentemente parece un buen espécimen.

—¿Por qué esa repentina obsesión, Sarah? ¿Por qué siempre intentas emparejarme con alguien?

—Bueno, para ser sincera, quiero que sientes la cabeza, Erika. —Su amiga rio—. Podrías tener a cualquier hombre y sin embargo sigues convencida de que estar soltera es algo que está hecho para ti.

—Estar soltera y sin compromiso no es sinónimo de llevar cadenas y grilletes. Ya vendrá el adecuado, y si no, eso no me impedirá ser feliz.

—Pero no estarás completa.

—Eres demasiado tradicional. Las mujeres no necesitamos a un hombre a nuestro lado para

cumplir las metas.

—Depende de lo que entiendas tú por metas...

—¿Qué insinúas?

—Nada, sólo digo que los hombres están diseñados para satisfacernos. ¿Por qué existe el sexo si no es para endulzarnos la vida?

—Está bien, creo que empiezas a delirar —gruñó Erika—. Necesito dar una vuelta.

—De acuerdo, como quieras. Yo seguiré aquí cuando vuelvas. —Dio un sorbo a su copa.

—Intenta no perder el sentido, ¿quieres?

—No prometo nada. —Sarah sonrió y se encogió de hombros.

Anhelando una pizca de privacidad y silencio para meditar sobre el gran cúmulo de sucesos recientes, Erika dio un largo paseo por los alrededores. Se quitó los tacones y una oleada de relajación apareció en sus pies al contacto con la arena. El sol se iba acercando a la línea central del horizonte, mezclando los colores sobre la superficie del agua. Corría la brisa y no había nadie más por allí. Era un escondite perfecto para darle la vuelta a los problemas y dejar la mente en blanco al menos unos minutos en los que el sosiego y la calma aparente eran las claves para no perder la cabeza.

Se sentó sobre un pequeño montículo cercano a la orilla y cerró los ojos, dejando que la nada se la llevase a otra parte, al menos de manera mental. No obstante, no trascurrieron ni diez minutos cuando una pareja apareció a pocos metros, dispuestos a comerse a besos lejos de los demás.

Sintiendo que estaba de más, aunque en principio ella había llegado primero, Erika terminó por levantarse y, resignándose por no poder imitarles y estar con su hombre, se dio la vuelta y retomó el paso buscando un nuevo sitio en el que poder acoplarse sin ser invadida por terceros.

Con la curiosidad llenando poco a poco su interior, la joven accedió a la impresionante mansión, poniendo especial atención para no hacer ruido. Quería echar un vistazo a todo aquello. Había visto casas semejantes en reportajes de televisión, pero ahora estaba dentro de una y no quería desaprovechar la ocasión de deleitarse con el buen gusto que emanaba de cada mueble, cuadro y rincón. Así, entró en la espectacular cocina, luego en una biblioteca, en un baño enorme y en un despacho que llevaba la firma de su dueño. Miles y miles de dólares empleados en decorar cada estancia con el mayor de los refinamientos.

Tenía intención de volver afuera con la mayor de las discreciones, pero escuchó unos pasos no muy lejos de donde se encontraba. Se quedó petrificada y rezó para que no la descubrieran. Se movió con lentitud hasta alcanzar la entrada del despacho, asomando la cabeza por la puerta. Miró el gran pasillo apenas iluminado por la luz que se filtraba desde las ventanas y descubrió algo que no esperaba. Había pensado que podía tratarse de cualquiera, pero cuando distinguió la figura inconfundible de Elizabeth Moore, presintió que algo relevante pasaría. Su enemiga se movía rápidamente hacia una determinada dirección, y antes de que pudiera decidir sobre lo que hacer, antes de que optara por hacer caso omiso y seguir a lo suyo, ya estaba siguiéndola. Se ocultaba detrás de alguna estatua o pared, pero sabía que quería descubrir lo que esa mujer tramaba. Al no estar

junto a Cameron, tal vez se disponía a hacer algo que no debía, algo que nadie debía saber. ¿Por qué si no andaría por allí dentro sin compañía y mirando a todos lados para asegurarse de que no la seguían?

Se internaron en lo más profundo de la casa; atravesando pasillos, girando a izquierda y a derecha para luego bajar por una escalera de caracol de piedra maciza. La iluminación allí era escasa, y mientras Erika avanzaba a la velocidad mínima para no levantar sospechas, temía no recordar el camino de vuelta. Al parecer, Elizabeth Moore estaba dando un rodeo como parte de su plan. Después, acabando a muchos metros bajo la superficie, se descubrió su destino. Una inmensa pared de cristal blindado y su correspondiente puerta con clave de acceso aparecieron delante de sus ojos. Fuera lo que fuese lo que había detrás de ese complejo sistema de seguridad, debía ser algo importante.

Erika se escondió detrás de una columna y asomó la cabeza. Por suerte, alcanzó a distinguir la contraseña que su oponente había marcado, así que esperó a que Elizabeth desapareciera tras la puerta para llevar a cabo la misma operación. Salió de su escondite y se plantó delante del panel de cristal líquido. Pulsó sobre la pantalla la combinación correcta: 2 3 7 9 5 4.

La puerta se abrió con un chasquido y Erika entró, percibiendo un considerable cambio de temperatura. Sólo cuando sus ojos se acostumbraron a la carencia de luz solar, entendió dónde estaba. Sin saber muy bien cómo, había acabado dentro de una bodega subterránea kilométrica y de diseño moderno, con luces de neón y montones de botellas de todos los años, así como barriles y miles de mini pasillos donde perderse era lo más fácil.

Permaneció alerta y esperó a que su cerebro le dijera lo que tenía que hacer. Al oír de nuevo un eco de tacones no muy lejano, siguió el ruido. Por más que lo intentaba, no lograba comprender el sentido que se escondía detrás de todo aquello. ¿Qué demonios hacía allí Elizabeth? ¿Por qué había bajado a un sitio así, sin permiso del dueño? Era incomprendible que tuviera acceso a un lugar tan restringido y privado. Una cosa era que conociera al señor Harris y otra bien distinta era que él le permitiera entrar en su bodega particular. Lo más intrigante de todo era la contraseña. ¿Cómo la sabía?

Erika siguió desplazándose por esos pasillos. La altura de las baldas ascendía hasta unos cuatro o cinco metros por encima de su cabeza y cada tramo era un laberinto. Sólo cuando escuchó la voz de la mujer de Cameron supo exactamente su posición. Con cuidado, y a punto de sufrir un ataque, se acercó hasta que la volvió a ver, a una distancia prudente. Pero lo más sorprendente de todo era ver con sus propios ojos que no estaba sola. Había alguien más con ella. Nada más y nada menos que Clyde, el primo de su amante. ¿Qué hacían allí? ¿Era lo que imaginaba?

Desde su escondite pudo ver cómo los dos se lanzaban miradas llenas de insinuación.

—Has tardado mucho —dijo Clyde—. Creí que habías cambiado de opinión.

—Eso es absurdo —respondió ella acercándose como una adolescente con intenciones nada honestas—. Estaba deseando verte.

—¿En serio? Sólo han pasado cinco días desde la última vez.

—Lo sé, pero la espera me estaba matando. —Le sujetó de la corbata con aire barroco y

acaparador—. A propósito, no me ha gustado nada tu coqueteo con la señorita Osborn. Ha estado de más, sobre todo en mi presencia.

—Elizabeth, por favor... —Le acarició la mejilla—. Sólo era una estrategia para que tu marido no sospechase. A sus ojos sigo siendo el conquistador de siempre. Tengo una reputación que mantener.

—No delante de mí. Además, Erika no tiene nada que ver conmigo. No es para nada tu tipo.

—¿Y tú sí? —dijo Clyde sonriendo de medio lado.

—Por supuesto.

—¿Dónde está Cameron? ¿Seguro que no se preguntará a dónde has ido?

—No te preocupes. —Sonrió encantada—. Allí arriba tiene más de una distracción, créeme.

Lo que pasó justo después fue imparable. Se entregaron el uno al otro, besándose y acariciándose sin pudor, presas de la lujuria más sofocante.

Erika dejó de respirar y las piernas le flaquearon. Tuvo que agarrarse para no caer de rodillas. Había perdido toda su fuerza. Se quedó allí plantada mientras observaba cómo ese hombre y esa mujer se devoraban con fiereza, como si se conocieran demasiado bien. ¿Era real? ¿De verdad estaba pasando delante de sus propios ojos?

Clyde le levantó el vestido a Elizabeth y se arrodilló, besándola en el bajo vientre. Ella respondió echando la cabeza hacia atrás. La miró desde abajo y, sonriendo, subió las manos por el sendero de esas largas piernas y volvió a bajarlas instantes después con el tanga en su poder, posando su boca en el pubis y degustando su sabor más abrupto y animal. Se irguió, la cogió de la cintura y la levantó lo justo para tumbarla sobre el espacio comprendido entre dos barriles que tenían detrás. La mujer de Cameron le devolvió la jugada, bajándole los pantalones a la mitad, lo justo para que no estorbaran. Liberó la erección del hombre y se acomodó para el encuentro viril.

Clyde se cernió sobre ella, sujetándola por los muslos al mismo tiempo que se entretenía con los tacones —por los que parecía sentir predilección—. Posaba sus grandes manos por toda la superficie del vestido provocando la respuesta que esperaba: el endurecimiento de los pezones de Elizabeth, que apretaba los labios tan sólo para no gritar. La besaba a cada instante, pero no desprendía una sensación de amor o apego, más bien un impulso carnal. Cuando la tuvo justo donde quería, se internó en ella y comenzó con movimientos bruscos y directos, haciendo que los barriles, que servían directamente como improvisado y probablemente incómodo colchón, se tambaleasen.

Inmovilizada por tantos sentimientos contradictorios, Erika se tapó la boca con las manos para no gritar. No sabía qué hacer ni qué pensar. Había abierto la caja de pandora sin tener ninguna intención de hacerlo. Estaba en *shock*, incapaz de asumirlo. Habían sido tantas las veces que su conciencia no le había dejado dormir pensando en sus encuentros con Cameron... y ahora era Elizabeth la que estaba siendo infiel... ¿Qué clase de broma de mal gusto era esa?

Por instinto, tratando de no ver más, retrocedió un paso, pero al hacerlo, rozó con el brazo una botella que cayó al suelo, rompiéndose en el acto. El ruido fue preciso para asustarla del todo y supo que tenía que irse, o de lo contrario la descubrirían. Se dio media vuelta y salió corriendo de allí. En ningún momento se atrevió a mirar atrás, sólo quería abandonar esa casa en dirección a Manhattan.

Al volver al exterior, estaba agotada por el *sprint*. La cabeza le daba vueltas y sólo podía sentirse estúpida y maniataada. Desesperada, buscó entre los invitados al chófer que la había traído. Le encontró rodeado de un par de hombres vestidos de forma idéntica, también conductores.

—¡George!

Al escuchar su nombre, el tipo dejó de hablar y se dio la vuelta. Encontró a Erika con una mirada llena de pánico.

—Señorita Osborn, ¿se encuentra bien?

—Sí, pero le necesito de inmediato. Quiero irme ya.

—¿Ya? —No disimuló su impresión—. Pero si aún es pronto...

—Lo sé, pero ha surgido un asunto inesperado que debo resolver ahora mismo. Por favor, no se lo pediría si no fuera importante. Además, no puedo volver por mí misma...

—Tranquila, no se preocupe. No hay ningún inconveniente. —Dejó la copa en una bandeja—. Nos vamos ahora mismo. Deme un minuto para ir a buscar la limusina. Espéreme en la entrada, por favor.

—Se lo agradezco mucho, George.

—Descuide, es mi trabajo.

El hombre fue en una dirección y Erika en la opuesta. Atravesó la mansión sin detenerse un instante. Bajó las escaleras principales y esperó a que la limusina apareciera de un momento a otro. Tenía la carne de gallina, las manos le temblaban y no sabía cómo podía encajar lo que había visto. Para colmo, no estaba segura respecto a su precipitada huida. No sabía a ciencia cierta si había servido para impedir que la descubrieran. ¿Y si habían logrado verla? ¿Qué serían capaces de hacer para que guardara silencio? ¿Se esconderían y actuarían como si no hubiese ocurrido nada?

—¿Erika?

Se le congeló el corazón cuando escuchó que alguien pronunciaba su nombre. Se dio la vuelta y observó el rostro preocupado de Cameron. Había aparecido y ni siquiera se había dado cuenta.

—Erika, ¿qué haces aquí?

—Cameron... —Se le puso la carne de gallina—. Vuelve con los demás. Yo... tengo que irme.

—¿Irte? ¿Por qué? ¿Qué ocurre? —Se acercó un poco más y habló en voz baja—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—¿Es por Elizabeth? ¿Te vas por ella?

—No —mintió—, no es por tu mujer.

—¿Entonces? Estás muy pálida. —Le acarició la mano con los dedos—. Quiero saber lo que te ocurre.

—No me toques, aquí no. —Evitó mirarle a los ojos—. Es mejor que me vaya.

—¿Es por algo que he hecho? —No quería darse por vencido—. Dímelo, Erika. Dime qué he hecho mal.

—Tú no has hecho nada malo. Joder, es sólo que... tengo que irme, ¿vale? Necesito hacerlo.

—¿Por qué?!

—¿Porque no puedo seguir en este maldito sitio ni un minuto más! —chilló perdiendo los nervios—. He visto cosas que no debería...

—¿De qué hablas? ¿A qué te refieres?

—Nada, olvídalo. —Dio un paso adelante—. Será mejor que los dos lo olvidemos...

—Erika, por favor. No tengo ni idea de qué está ocurriendo, pero no puedes marcharte así y dejarme solo.

—¿Solo? —repitió—. Que yo recuerde has venido con tu mujer, pero supongo que deberías preguntarte dónde está ella en este preciso momento.

Cameron se quedó pensativo.

—No lo sé. Estaba con unos cuantos amigos...

—¿Estás seguro?

—¿A qué viene esto? —Su mirada se enturbió—. ¿Has discutido con ella?

—No, pero ojalá lo hubiera hecho...

En ese momento la limusina torció en su dirección y paró justo delante.

—Tengo que irme —dijo Erika abriendo la puerta—. Ya nos veremos. —Pero él se negó, sujetando la puerta con la mano para impedir que ella entrara—. Por favor, Cameron. Apártate.

—No.

—Hazlo. —Estaba temblando—. No me obligues a hacerte a un lado.

—Eso es justo lo que estás haciendo. Me estás apartando y no sé cuál es la razón.

—Confía en mí, no querrías saberlo.

—¿Cómo estás tan segura?

—Lo sé, eso es todo. —Hizo acopio de todas sus fuerzas y logró meterse en la limusina, cerrando de golpe la puerta.

—¿Algún problema con el caballero? —se interesó el chófer mirando a través del parabrisas delantero—. ¿Quiere que hable con él?

—No, no se moleste, George. No es nada. Sólo... un compañero de trabajo. Intentaba convencerme para que me quedara, pero no puedo...

—En ese caso, relájese. —Pisó el acelerador—. Nos vamos ahora mismo.

La limusina cogió velocidad a través del largo camino de arena que se perdía a lo lejos.

Conmocionada, Erika se dio la vuelta sobre su asiento y observó a Cameron allí de pie, plantado sobre el suelo, con la mansión de fondo y volviéndose minúsculo a medida que el vehículo se alejaba de allí.

Pasó el resto del viaje sin mencionar una palabra, con el cristal de separación subido para evitar que George la viera llorar.



Días después, Erika aún estaba conmocionada, metida en su particular burbuja de aislamiento sin poder encontrar ninguna explicación a lo ocurrido. Para ella, parte de su mundo se había desmoronado. Ya no sabía si respirar de alivio, llenarse de frustración o culpabilizarse por lo que vio. ¿Cuándo entraba en juego su responsabilidad? ¿Había sido la causante de la ruptura de ese matrimonio por partida doble?

Aquel jueves fue directamente a casa después del trabajo. Se comportó de manera normal, pero por dentro la cosa cambiaba. Después de una comida ligera y una ducha reconfortante, se pasó toda la tarde en el sofá, abrazada a un cojín y tratando de distraerse con la televisión, pero fue inútil. Su cabeza iba por delante en cuestiones de pesimismo. Era imposible no darle vueltas al asunto una y otra vez. Ahora había traspasado la línea, consciente de que su estabilidad dentro del propio engaño creado ya no volvería a ser lo mismo. Apenas hablaba con Cameron, y a pesar de la clara insistencia por parte de él para averiguar lo sucedido, no le había dado ninguna explicación. Se limitó a ignorarlo, a dejarlo pasar. ¿Cómo podría plantarse delante y decirle que su mujer se lo pasaba en grande con su primo?

A la hora acordada, Bellatrix llegó. Entró con un semblante neutral, se sentó a su lado y le brindó todo el apoyo necesario. Erika le había puesto al corriente y su opinión no se hizo esperar.

—Aún me cuesta creerlo.

—Dímelo a mí –susurró Erika–. No puedo quitármelo de la cabeza. Fue horrible... No debí seguirla.

—Cariño, no sabías lo que iba a pasar. No puedes culparte. –Le dio un cariñoso apretón de manos–. Además, has averiguado la otra cara de la moneda. Elizabeth Moore no es la inocente que creías que era. Ha ido mucho más lejos.

—Si la hubieses visto...

—No dudo de tu palabra, pero ¿estás segura de que era ella?

—Por supuesto que sí. –Asintió con pura convicción–. Sé lo que vi.

—De acuerdo, te creo. –Suspiró–. Esto da un giro inesperado a los acontecimientos. Y Cameron...

—¿Qué?

—¿Vas a decírselo?

—No sé cómo... –Los ojos se le humedecieron–. No puedo.

—Claro que puedes. Tiene derecho a saberlo.

—Sí, pero aun así...

—Míralo de este modo. Por fin podréis estar juntos sin sentir remordimientos.

—Tú no lo entiendes, Bella. —Los nervios aplacaban su cordura—. ¿Y si la culpa es mía? ¿Y si engaña a Cameron porque sabe que él y yo estamos juntos?

—Eso es imposible. De todos modos ya no importa. Ambos han roto el matrimonio que les unía.

—Sí, pero no sé cómo sentirme al respecto. Todo es tan confuso... Se supone que debería alegrarme, pero en lugar de eso, me siento fatal.

—Pues no deberías. No pierdas ni un segundo de tu tiempo en compadecerte de ella. Sabe jugar sucio; lo has visto con tus propios ojos.

Erika asintió sin mucha convicción y continuó:

—Lejos de aclararme, esto me confunde más. Creía que le quería, pero si le engaña... ¿Qué sentido tiene? ¿Por qué siguen juntos? Se mienten el uno al otro.

—Eso se escapa a tu control. No puedes hacer nada al respecto.

—Lo sé. —Bella la miró con una determinación repentina durante varios segundos y sus ojos brillaron—. ¿Por qué me miras así? —preguntó Erika.

—Hay algo más... Algo que no me estás contando, ¿verdad?

—¿Qué?

—Erika, soy yo. No puedes engañarme. Por tu expresión sé que aún no lo has dicho todo. ¿Qué es lo que te preocupa realmente?

—¿Cómo sabes que...?

—Te conozco bien —sentenció—. Así que no te andes con rodeos y sincérate conmigo. Dispara.

—Está bien, pero intenta entenderme, ¿de acuerdo? —Se apartó el pelo de la cara, suspiró profundamente y dirigió la mirada al suelo, avergonzada por lo que iba a decir—. Si no me he atrevido a decirle a Cameron lo que vi ha sido por una buena razón.

—¿Cuál?

—Temo que todavía una parte de él esté enamorado de ella.

Bella arqueó las cejas y sus labios se arrugaron.

—Eso es absurdo, Erika. Él sólo tiene ojos para una mujer y eres tú. Te quiere. Vamos, lo sabes perfectamente. Está loco por ti. ¿Por qué pones en duda sus sentimientos precisamente ahora?

—Sé que parece una estupidez, pero... ¿Y si tengo razón? ¿Y si al confesarle lo que sé, le hiciera cambiar de opinión respecto a su mujer? ¿Qué pasará si descubre que todavía siente algo por ella?

—No perdería el tiempo contigo si de verdad la quisiera.

—¿Estás segura?

—Sí, y tú más que nadie debería saberlo. Se arriesga demasiado por ti y eso debería bastarte para zanjear cualquier tipo de duda. Lleváis juntos más de un año, ¿acaso eso no te dice nada? ¿De verdad crees que buscaría a una sustituta si su vida en pareja fuera plena?

—No.

—Exacto, entonces deja de decir tonterías. Entre vosotros nada ha cambiado, todo sigue igual. Por encima de cualquier cosa, estáis enamorados. Tú no puedes vivir sin él y está claro que Cameron siente lo mismo, por eso no puede renunciar a ti. —Hizo una pausa para tomar aire—. Es increíble que yo le esté defendiendo con tanto empeño y en cambio seas tú la que dude.

—Sé que no tengo excusa —repuso Erika—. Soy idiota.

—Sí, pero una idiota que tiene la elección en su mano. Tú puedes decidir. Si te hace feliz, si guardar silencio crees que es lo mejor que puedes hacer, no voy a convencerte de lo contrario, pero tal vez vuestra suerte cambiaría a mejor si él lo supiera. Piénsalo.

—Lo haré.

Los minutos pasaron volando y también las horas. El cielo tardío se oscureció, con las luces de la ciudad iluminando desde lejos. Era una bonita noche, después de todo.

Erika consultó el reloj y supo que comenzaba a hacerse tarde. No quería retener a Bellatrix durante más tiempo. Sería algo egoísta por su parte.

—Son casi las diez —murmuró—. Deberías irte si quieres llegar a casa a una hora decente. El tráfico de hoy es denso y el puente de Brooklyn estará colapsado.

—Vaya, curiosa manera de deshacerte de mí. ¿Me estás echando? —bromeó.

—Por supuesto que no, ya sabes que me encanta que estés aquí.

—¿Entonces?

—Bella, escucha... —Intentó sonreír—. No tienes por qué hacerlo. No es necesario que te quedes. No sería justo pedirte que lo hicieras. No estaría bien.

—¿Bromeas? No tengo nada mejor que hacer. —Le guiñó el ojo—. Me quedaré y te haré compañía. Puede que no sea psicóloga, pero se me da bien escuchar.

—Ese es el problema, que ya lo has hecho. No quiero abusar.

—Por favor, Erika... —Puso los ojos en blanco—. Soy tu amiga y quiero hacerlo. No me sentiría bien si te dejara aquí sola.

—Pero...

—Nada de «peros». —Se cruzó de brazos—. Escucha, esto es lo que haremos. Tú vas a quedarte aquí contemplando las maravillosas vistas de Manhattan mientras yo preparo la cena. —Le pellizcó la mejilla—. ¿Te apetece algo en especial?

—No. —Erika torció la cabeza. No tuvo ni que pensárselo—. Lo dejo a tu elección.

—Genial, no te arrepentirás.

Mientras observaba a Bella alejarse por el pasillo rumbo a la cocina, Erika sintió una leve pero intensa oleada de alivio en su interior. No se había producido ningún milagro, pero al menos ya había dado un paso hacia delante. Esperaba no tener que retroceder por nadie, y menos por Elizabeth

Moore, una mujer que, como ella, tenía dos caras.



Cenar en el mejor restaurante de Nueva York había sido idea de Sarah, por supuesto. Siempre tenía un as escondido bajo la manga y al parecer estaba más que dispuesta a interpretar el papel de celestina. Su objetivo, como era de esperar, era lograr juntar a Erika con Adam, y aunque ella se había empeñado en demostrarle que ese era un asunto mucho más que imposible, su amiga rubia quería demostrar que se equivocaba.

Habían tomado unos exquisitos primer y segundo plato, pero aún tenían sitio en el estómago para degustar alguno de los deliciosos postres de la carta. Había tantos para elegir, que la boca se les hacía agua.

—Creo que voy a pedir... un *brownie* con nueces —comentó Sarah—. ¿Y vosotros? ¿Ya lo habéis decidido?

—Me temo que yo estoy lleno —apuntó David llevándose las manos al vientre.

—Yo tomaré la *cheese cake* —dijo Adam.

—Yo quiero un helado de chocolate —dijo Erika sin pensárselo demasiado.

Minutos después, todos estaban saboreando sus respectivos postres, pero Erika estaba más ausente que de costumbre. Apenas había abierto la boca durante la cena, y es que su mente se refugiaba en un lugar donde nadie podía acceder, sólo ella.

Se llevó la cuchara a la boca y degustó el helado sin prisa, con la mirada perdida y su cabeza con el piloto automático encendido.

—Erika... —murmuró Adam observándola con los ojos entrecerrados.

—¿Qué?

—Te has manchado la comisura del labio...

—¿Sí? —Se llevó un dedo a la zona—. ¿Aquí?

En ese momento, Adam cogió su servilleta de tela y se propuso echarle una mano.

—Espera, deja que te ayude... —Le limpió cuidadosamente la nata mientras la miraba distraído. Estaba loco por ella.

Todos se quedaron mudos por un instante, con un silencio mucho más que incómodo. Sarah carraspeó, así que Erika reaccionó de nuevo, avergonzada.

—Eh... Gracias —dijo.

Adam se echó hacia atrás y agachó la cabeza, sabiendo que aquel gesto, aunque inocente, no había sido el más apropiado.

—De nada.

No volvieron a sacar ningún tema de conversación auténticamente relevante y cuando salieron del restaurante dieron un pequeño paseo por el bajo Manhattan. Sarah se encargaba de quedarse dos o tres pasos por detrás de Erika y Adam. A su entender, la chispa llegaría en cualquier momento.

—Bueno, me temo que ya va siendo hora de partir. David y yo tenemos que irnos —soltó de repente pillando al resto desprevenido—. Cogemos un taxi.

—¿Qué? ¿Por qué? —espetó Erika sabiendo lo que en verdad quería decir.

—Ya sabes, se hace tarde.

Erika se acercó a su amiga y la cogió del brazo.

—¿Podemos hablar un momento? —Se la llevó a la esquina de la calle y habló en voz baja—. Sarah, por favor... Ni se te ocurra dejarme a solas con él.

—¿Por qué? Ya eres mayorcita, puedes cuidar de ti misma —dijo en tono burlón—. Tal vez acabes la noche con algo de compañía masculina. No está nada mal, ¿eh?

—No me hagas suplicar. —La sujetó con firmeza de la muñeca—. No puedes hacerme esto.

—Por supuesto que puedo, Erika. Te estoy haciendo un favor.

Ella maldijo por dentro.

—¿A esto lo llamas hacerme un favor? Es ridículo. ¿Cuántas veces tendré que decirte que no estoy interesada en él?

—Las suficientes como para que empiece a creérmelo, supongo. —Se frotó las manos—. Pero hasta entonces, te ofrezco la posibilidad de cambiar de opinión. Vamos, Adam es un buen partido, reconócelo.

—Lo admito, pero en cuanto a mí, no tiene nada que hacer.

—¿Cómo estás tan segura?

—Lo sé, eso es todo. No me atrae, no me interesa lo más mínimo. —Arrugó los labios—. No quiero acostarme con él, ¿entendido?

—Oh, por favor. ¿A quién se supone que esperas? —Sacudió la cabeza—. No existe ningún príncipe azul, nena. No dejes escapar la oportunidad cuando se te presenta. Tal vez sólo necesitas mirarle con detenimiento, bajar el listón, cambiar de expectativas... No seas tan exigente. Podrías tener a cualquiera, eso es evidente, pero por esta vez deberías replanteártelo. ¿Qué podría salir mal? Puede que cuando menos te lo esperes, caigas rendida a sus pies.

—Eso no pasará. De hecho, es la mayor estupidez que he oído en mucho tiempo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Acaso ya has encontrado a alguien mejor?

—Pues resulta que sí —gruñó—. Un hombre mucho mejor en todos los sentidos, y lo que es más importante, me gusta.

—¿No te parece demasiada casualidad? —Sarah se cruzó de brazos, dudosa—. Justo cuando planeo emparejarte con ese bombón que suspira por ti, me dices que ya tienes al hombre de tu vida.

—Es cierto.

—Ya...

—Joder, Sarah. Hablo en serio.

La rubia pateó el suelo y lo meditó durante un segundo.

—¿Seguro que no me estás tomando el pelo con el único propósito de quitarte de en medio?

—Claro que no. —Tragó saliva—. Que no te cuente lo que sucede en torno a mi vida privada no significa que esté sola, a la espera de un pretendiente. Tengo una pareja. Una pareja de verdad, en todo el sentido de la palabra, por eso no puedo comprometerme con nadie más. Creo que es algo bastante sencillo de asimilar.

—De acuerdo, vale, está bien. Supongamos que te creo... ¿Qué vas a hacer al respecto? —Señaló con la cabeza a Adam, que esperaba junto a David a lo lejos—. Tendrás que decírselo.

—¿Por qué? No le debo nada.

—No, es cierto. Pero deberías aclarárselo antes de que el golpe sea mayor. Ya has visto lo que ha pasado durante el postre... —Suspiró—. Parecía tan tierno...

—Pero ¿de qué lado estás? ¿Vas a defenderle a él?

—Cariño, Adam también es mi amigo, y dado que tú sigues insistiendo en darle vueltas al asunto sin dejar las cartas sobre la mesa, no tengo más remedio que intervenir para que zanjéis el asunto de una vez, tanto para bien como para mal.

—No es necesario que intervengas. —Estaba deseando irse a casa—. No ha pasado nada, estoy segura de que ni siquiera se atrevería a decirme lo que siente. ¿Por qué deberíamos hablar?

—Precisamente porque tiene que ocurrir. Si aún no se te ha declarado es porque tal vez está esperando el momento oportuno, y a juzgar por cómo te ha estado mirando toda la noche, me parece que ha decidido dar el paso. Yo sólo me limitaré a desaparecer y David hará lo mismo. Así, cuando le digas que no es algo recíproco por tu parte, al menos no estaremos presentes para duplicar el bochorno que experimentará.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil? —Apretó la mandíbula con desesperación—. ¿Te largas y me dejas con la soga al cuello?

—Erika, no dramáticas. Esto no es nada para ti. No supone ningún atolladero y menos con tu carisma y elocuencia enigmática. Sabes desenvolverte bien con los hombres. Además, que yo sepa, eres tú quien le interesa, no yo, así que dejémonos de tonterías y actuemos como adultos.

Erika soltó un sonoro soplo y le dio la espalda. Después de todo lo que había hecho por ella, consideraba aquel gesto como una puñalada.

Sarah le puso una mano en el hombro y susurró:

—Tranquila, luego me lo agradecerás.

—Permíteme que lo dude. —Se zafó de su contacto—. Esta me la pagas.

—No seas tan drástica. —Puso los ojos en blanco—. Así, la tensión entre vosotros desaparecerá.

Un taxi pasó a lo lejos y David levantó la mano para pararlo.

—En fin, me voy —murmuró Sarah colocándose bien el bolso en el hombro—. Ya sabes lo que tienes que hacer. —Se alejó de su enfurecida amiga y caminó hasta el coche amarillo. Con una sonrisa en los labios, se despidió de Adam—. Hasta luego, chicos. Que paséis... una buena noche. —Abrió la puerta del taxi y se subió a él.

Segundos después, el vehículo se perdía al girar la esquina, dejando a su paso una neblina desde el tubo de escape.

Erika observó con estupor cómo su pretendiente se acercaba a ella con un ritmo un tanto dubitativo. ¿Tal vez se estaba planteando declararse allí mismo?

—¿Te apetece dar un paseo? —preguntó Adam metiéndose las manos en los bolsillos y mirando al cielo nocturno, clareado de estrellas.

—En realidad, creo que debería irme a casa. —Fingió bostezar—. Lo siento mucho, pero estoy agotada. Hoy ha sido un día muy largo.

—De acuerdo, no pasa nada. Lo dejaremos para otro momento. —Sonrió con entusiasmo.

—Sí, claro...

—¿Dónde tienes aparcado tu coche?

—Está... a unas cuantas calles de aquí. En esa dirección. —Levantó el brazo y apuntó con el dedo hacia la derecha—. ¿Y el tuyo?

—Justo en la dirección opuesta.

—Vaya, en ese caso... —Chasqueó la lengua y tuvo que hacer de tripas corazón al ver que su amigo no se iba a ninguna parte. Estaba claro que quería ir con ella, actuando como un auténtico caballero. No quería ser grosera pero tampoco parecer interesada. Al final, tras un titubeo y un par de miradas rápidas, acabó cediendo debido a la voz de su inoportuna conciencia—. ¿Te apetece acompañarme?

—Claro —dijo Adam sin pensárselo ni un segundo.

Caminaron durante los dos primeros minutos sumidos en un silencio que se volvía incómodo a marchas forzadas. Ella quería salir corriendo de manera inminente, pero él parecía estar entre algodones, con cierto aire de nerviosismo en el cuerpo pero con la promesa de una futura oportunidad romántica.

—Oye, ¿no crees que Sarah está un poco... rara?

—¿Por qué lo dices? —preguntó Erika.

—No sé —dijo Adam encogiéndose de hombros—, últimamente se comporta de forma extraña. Nos observa como si estuviera planeando algo contra nosotros, como si estuviéramos en su punto de mira...

—¿Nosotros? —Prefirió parecer inocente respecto al tema—. ¿Te refieres a ti y a mí?

—Sí. Bueno, aunque no estoy seguro del todo...

—En cualquier caso, ya sabes cómo es. Se aburre con facilidad y tiene la mala costumbre de perder el tiempo en fantasías que sólo ella cree ver.

—¿Tú crees?

—Desde luego. Sarah sigue siendo una niña. En cierta forma, es como si nunca hubiera crecido. —Se llevó un dedo a la sien—. Tiene demasiados pájaros en la cabeza.

—Sí, es verdad. Tienes toda la razón. —Adam sonrió.

Cruzaron una última calle y llegaron al exclusivo deportivo de Erika.

—En fin, aquí está. Gracias por acompañarme.

—No ha sido nada. Así me quedo más tranquilo.

—Es... todo un detalle por tu parte.

Él sonrió y se quedó pensativo, pero sus ojos la miraban como si fuera una reliquia, como si adorarla en silencio fuera más importante que el aire.

—Te aseguro que no es ninguna molestia, al contrario.

—Ya... Buenas noches —murmuró sacando las llaves del bolso—. Me lo he pasado muy bien...

—Y yo.

Se quedaron mirando, pero ninguno sabía muy bien qué decir a continuación, así que Erika abrió la puerta del vehículo para zanjar el asunto de una vez por todas.

—Ten cuidado al volver, Adam. Que pases un buen fin de semana.

—Espera —susurró sujetándola del brazo en el último instante—. Espera un segundo. No puedes irte, aún no.

Ella se quedó petrificada, sabiendo lo que se disponía a confesar. ¿Realmente estaba a punto de suceder?

—Erika, tal vez pensarás que estoy loco, pero hay algo que quiero decirte desde hace bastante...

«Oh, no... Dios mío, no lo hagas», pensó Erika.

—Adam...

—Por favor, dame un minuto. Sólo será un momento. —Tomó aire—. No sé si te has dado cuenta, pero para mí significas mucho más que una simple amiga. Eres preciosa, inteligente y una mujer que sabe lo que quiere. —Se pasó una mano por el pelo—. No sé si esto es lo correcto, pero necesitaba decírtelo. Llevo tanto tiempo enamorado de ti...

—¿Enamorado? —Se le puso la piel de gallina y tuvo la sensación de tener un ligero mareo—. ¿Estás enamorado de mí?

—Así es. —Asintió con la cabeza—. He intentado dejarlo pasar, pero no puedo. Te quiero.

Deseó con todas sus fuerzas volverse invisible. ¿Qué se podía decir ante semejante declaración tan directa, sincera y emotiva? ¿Cómo controlar la situación sin hacerle daño?

—Dios mío...

—Ahora necesito que seas honesta conmigo. —Le apartó un mechón de la cara—. ¿Qué es lo que sientes?

—¿Yo? No lo sé, no... No me esperaba esto. Acabo de enterarme, es toda una... sorpresa.

—¿No lo has sospechado nunca? —dijo frunciendo el ceño.

—No sé qué decir. —Erika sacudió las manos—. Nunca he pensado en nosotros de esa forma. Somos compañeros y amigos, pero creer que tú y yo podemos...

—¿Te gusto? —Estaba ansioso por conseguir una respuesta—. ¿Te intereso lo suficiente como para poder tener una oportunidad? —Se separó de él y miró al suelo. No sabía cómo salir del paso. Tendría que herirle si quería dejarle claro que jamás podrían ser algo más—. Erika...

Se había quedado de piedra. Sarah se lo había advertido y ahora con todo el dolor del mundo presenciaba con sus propios ojos que era cierto. Había sido capaz de enamorar a otro hombre sin tener ninguna intención de hacerlo. ¿Por qué sucedían cosas así, con un final a todas luces triste e injusto para alguna de las partes implicadas?

Tal vez anhelando un poco de esperanza, Adam hizo acopio de todo su valor y se aproximó. Se inclinó lentamente y buscó sus labios para besarla, pero por fortuna la joven logró reaccionar a tiempo.

—Adam, no... —Le puso una mano en el pecho a modo de separación—. No puedo.

—¿Por qué?

—Tú no... No me gustas. No siento nada por ti. —Soltó el aire con culpabilidad—. Créeme, eres muy especial, pero no puedo corresponderte. No puedo ser lo que tú quieres que sea.

Él retrocedió como si hubiese recibido una poderosa descarga eléctrica. El brillo de sus ojos desapareció inmediatamente, con su considerable aplomo reducido a la nada más absoluta, hecho añicos.

—¿El problema soy yo?

—No, por supuesto que no. Tú no tienes nada que ver.

—¿Entonces...?

—No estoy sola. —Las palabras le salieron desde dentro, sabiendo que le había partido en dos en el acto sin tan siquiera tocarle.

—Tienes a alguien.

—Sí —confesó.

Aquello le abrió los ojos, ya que cambió de registro como si nada. Era como si de alguna forma lo

hubiera estado esperando.

—Maldita sea, he sido un estúpido... —Apretó los puños—. Joder, no debería haber abierto la boca... Lo siento.

—Adam, tranquilo. —Le veía muy arrepentido—. No tienes por qué disculparte. No lo sabías.

—Pero aun así, me he comportado como un imbécil. He sido demasiado ingenuo al creer que una mujer como tú estaría disponible. —Las venas de su cuello se marcaron con evidencia—. Lo siento de verdad, no pretendía causarte problemas ni incomodarte...

—En absoluto. —Le dio un cariñoso apretón en el hombro—. No pidas perdón por expresar tus sentimientos. Has sido muy valiente. Ojalá pudiera decirte que sí, pero aunque quisiera, no podría corresponderte. Mi corazón ya pertenece a otra persona.

—No tienes que darme explicaciones. Es tu vida. —Su voz sonó como un ligero murmullo taciturno—. El hombre que está a tu lado debe ser el más afortunado del mundo. —Sin poderlo evitar, Erika se sonrojó, pensando en si Cameron se sentiría de semejante manera—. ¿Sabes? Estoy terriblemente avergonzado. Si pudiera retroceder en el tiempo, te aseguro que me habría ido derecho a casa. No sé cómo comportarme después de esto...

—Escucha, Adam, te aseguro que esto no saldrá de aquí. Será nuestro secreto, ¿de acuerdo?

—¿Harías eso por mí? Si los demás supieran que...

—No diré ni una palabra. —Sus nervios se iban disipando—. Te lo prometo.

—¿No piensas mal de mí?

—¿Qué? —Se cruzó de brazos—. ¿Por qué debería hacerlo? Eres un chico encantador, y nada va a cambiar eso.

—¿Ni siquiera mi patética actuación?

—Ni siquiera eso. —Le sonrió—. No voy a dejar de hablarte por un simple malentendido. Sería un error.

—Gracias.

—No tienes por qué.

—¿Amigos? —Le tendió la mano.

Erika sonrió y se la estrechó.

—Claro. —Terminó por darle un abrazo de consuelo—. Nos vemos el lunes.

—¿Y si hacemos como si esto no hubiera ocurrido?

—Por mí está olvidado.

Quince minutos después, Erika abrió la puerta de su apartamento y suspiró. El día había sido largo y extenuante. Quería meterse en la cama y dormir durante horas, pero antes quería comprobar su correo, así que atravesó el pasillo y fue hasta su despacho. Encendió la luz de la estancia y se llevó la mayor sorpresa de toda su vida. Había alguien más allí, mirándola desde el sillón del escritorio.

—Buenas noches, señorita Osborn.

Erika observó con auténtico pavor a Elizabeth y deseó con todas sus fuerzas que fuera un fantasma, pero no lo era. Estaba allí, con una mirada que era capaz de matar.

—Tú... —Se le quebró la voz—. ¿Qué estás haciendo en mi casa?

—Te estaba esperando.

—Contesta a mi pregunta. ¿Cómo has entrado?

—La pregunta no es cómo, si no por qué. —Sonrió—. ¿No te interesa escuchar lo que tengo que decir?

—No entiendo nada. —Se puso pálida, blanca como la pared.

—Pues vas a hacerlo enseguida. Creo que ha llegado el momento de que tú y yo hablemos.

—¿Hablar sobre qué?

—Lo sabes perfectamente, Erika. —Apoyó los codos sobre el escritorio, inclinándose hacia delante—. Esa actitud de indiferencia no te servirá conmigo.

—¿Perdón?

—Vamos, no te reprimas. Está claro que soy la última persona a la que querrías tener cerca, ¿verdad?

—Elizabeth, escucha... —Le tembló la voz y el cuerpo entero—. No tengo nada contra ti.

—Oh, por supuesto que sí. Debes de odiarme mucho.

—No sé de qué me hablas. Esto es una tremenda equivocación...

—Cierto, lo es. Lo ha sido desde el primer momento en que decidiste meterte donde no debías. No es necesario que finjas durante más tiempo. —Se levantó y rodeó la mesa, acercándose—. Lo sé todo.

—¿Qué? —Se le heló la sangre en las venas.

—Venga, salta a la vista. Es increíble que ninguno de vuestros compañeros os haya descubierto. Entre Cameron y tú saltan chispas, es evidente. Casi se puede sentir la tensión entre vosotros. Es... interesante saber que eres tú. No pongas esa cara. ¿Creías que nunca lo averiguaría?

—¿Cómo...?

—¿Que cómo lo sé? —se adelantó—. En realidad no fue difícil. Fuiste tú quien me dio las pistas adecuadas para darme cuenta de que eres la mujer que se acuesta con mi marido. Lo sospechaba desde hacía varios meses, pero no estaba segura. Estabas entre las principales sospechosas, pero al final te delataste por error. En cuanto vi tu colgante y tu reacción, lo supe. Lo entendí todo sin ni siquiera empezar una discusión. Realmente eres fascinante; te paseas a plena vista con los regalos que te hace tu querido galán. Tienes una facilidad increíble para pasar desapercibida ante los demás, pero no has podido hacer lo mismo conmigo. Te he cazado, y no puedes hacer nada para cambiarlo. —Chasqueó la lengua—. Ahora entiendo muchas otras cosas. Definitivamente eres tú. Por eso siempre te mostrabas tan incómoda cuando me presentaba en la oficina, eras incapaz de mirarme a los ojos...

Sabías que tarde o temprano esto pasaría y aun así decidiste seguir con ello, sin importarte las consecuencias.

—No podía hacerlo. No podía apartarme.

—¿Por qué? —Lo pensó un instante—. Oh, no me digas que has cometido la estupidez de enamorarte. —Erika bajó la mirada al suelo, humillada—. Vaya, entonces es cierto. Has conseguido pasarte de la raya.

—No pude evitarlo.

—Es igual, no me interesan tus sentimientos. No estoy aquí por eso.

—¿Entonces por qué has venido? —Tenía el estómago revuelto—. ¿Qué pretendes?

—Quiero que aclaremos lo que sucedió en la boda de la hija del señor Harris. Lo que se suponía que nadie tendría que saber. —Dio un paso y sus tacones sonaron contra el suelo—. Sé que nos viste, así que no intentes negarlo.

—Yo...

—En la bodega subterránea, por si no lo recuerdas. No puedes decirme que no estuviste allí. Se te cayó esto. —Metió la mano en su bolsillo y sacó un diminuto pendiente—. Supongo que con las prisas no te diste cuenta.

Erika abrió mucho los ojos y se quedó pasmada. Ni siquiera cuando volvió a casa aquel día se percató de ese detalle.

—Sí, es mío.

—Lo sé. Además, eras la única persona que faltaba en la fiesta. No fue difícil adivinar por qué saliste corriendo. ¿Te asustó lo que viste? ¿No se supone que tú haces lo mismo? ¿Entonces por qué esa sensación de pánico? —La rodeó como si estuviera a punto de engullirla, igual que un tiburón—. Imagino que estoy en lo cierto al suponer que no has dicho nada sobre lo que presenciaste allí abajo, ¿no es así? —Erika asintió sin atreverse a mirarla a la cara—. Estupendo, entonces creo que aún no está todo perdido.

—¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que me escuches atentamente porque no lo repetiré. —Se le acercó hasta plantarse delante, cara a cara—. Jamás, bajo ninguna circunstancia te pediría nada, pero me temo que ahora no estoy en condiciones para decidir. —Se acarició el pelo—. Lo único que quiero que tengas presente, más allá de mis infidelidades o las de mi esposo, es que en mitad de todo esto hay un niño de seis años que necesita a sus padres. Juntos, aunque sean simples apariencias. Tommy es mi hijo y nada está por encima de él, ni siquiera Cameron. —Pronunció el nombre de su marido con repulsión—. Puedes quedártelo, hacer con él lo que te plazca, pero te pido que mantengas las distancias para que esto nunca se sepa. Haré lo que tenga que hacer para proteger a mi hijo, para que crezca en un ambiente estable y aparentemente seguro, y no me importa a quien pueda perjudicar con ello, ¿lo entiendes?

—Sí.

—Genial, no eres tan idiota como pensaba.

Erika aún no se lo podía creer. ¿Había aparecido en su casa y le ordenaba estrictamente que mantuviera la boca cerrada sobre lo que había visto al mismo tiempo que le exigía discreción respecto a sus encuentros con Cameron?

—¿Fui yo? —se atrevió a preguntar—. ¿Fui yo la razón por la que le fuiste infiel a tu marido?

—Lo cierto es que no. —Dio varias vueltas por el despacho—. De hecho, fui yo quien dio el primer paso. Me convertí en la esposa infiel mucho antes de que mi querido marido sopesase la idea de buscarse una amante y me engañara. Fui yo quien rompió el matrimonio acostándome con otro, no Cameron. Nunca llegó a enterarse, y cuando supe que él también tenía a alguien, no pude hacer nada. ¿Qué podía decir? No soy una hipócrita. Me limité a seguir adelante fingiendo que todo estaba bien. De cara al público somos una familia perfecta, pero has podido comprobar por ti misma que estamos muy lejos de serlo. Nos mantenemos unidos porque un niño debe crecer en un ambiente estable y unido, y si todo saliese a la luz, si llegáramos al divorcio, su mundo se haría añicos. Es mejor una mentira piadosa que una verdad mortal. Algún día tendrá que saberlo, pero no será hoy. No hasta que tenga la edad suficiente para entenderlo sin que este desastre le haga daño.

—No lo comprendo. ¿Él nunca ha...?

—Si te estás preguntando si alguna vez Cameron ha tenido la sospecha de que le era infiel, la respuesta es no. Nunca ha sospechado nada. A diferencia de él, yo no cometo el error de acostarme con alguien con quien trabajo.

—No, claro que no —arremetió—. Lo que tú haces es mucho peor. Clyde es de su propia familia.

—Vamos, estamos muy igualadas en esto. No trates de hacerme sentir mal, no eres mejor que yo. No voy a permitir que me des lecciones de moralidad puesto que no la tienes. Te has metido en mitad de un matrimonio.

—No, eso no es cierto. Tú misma acabas de decirlo hace un momento. Cuando Cameron decidió dar el paso de engañarte conmigo tú ya lo habías hecho miles de veces. Te adelantaste, y ahora no puedes ignorar el hecho de que para él no significas nada. —Levantó la cabeza con orgullo—. Es a mí a quien quiere.

—¿Sí? ¿Y entonces por qué sigue casado conmigo?

—Porque al igual que tú, considera que vuestro hijo es lo más importante.

—Sabia elección. Lástima que tú seas la más perjudicada.

—Sabía muy bien dónde me metía cuando empecé con él. Jamás me ocultó tu existencia ni la de su hijo.

—Eso no le exime de la culpa.

—¿Estás oyendo lo que dices? Hablas como una mujer despechada, y sin embargo, tú le has sido infiel. No puedes reprocharle nada si has hecho exactamente lo mismo. Si buscaste fuera del matrimonio lo que tanto deseabas, no debe de importarte mucho.

—Así es.

—Pero entonces ¿qué sentido tiene seguir con esto? ¿Por qué te empeñas en mantener algo que ni

siquiera existe? —Tenía el pulso arrítmico—. Habéis dejado de sentir todo aquello que os unía. No os soportáis el uno al otro. ¿Por qué seguir adelante con esta farsa? ¿Por qué no le cuentas la verdad? Al menos así ninguno de los dos tendría que fingir.

—Veo que no lo comprendes. Si Cameron supiera que le soy infiel, su mundo tan perfecto se vendría abajo. Puede que no lo entiendas, pero él sigue pensando en nosotros como una familia unida que se quiere. Puede que esté enamorado de ti, pero cuando me ve a mí también ve a nuestro pequeño, y eso supone aceptar una serie de normas inamovibles. Para él, el hecho de llevar una doble vida es aceptable. Sabe lo que tiene en la balanza y no está dispuesto a perder el equilibrio. Cuando está conmigo, interpreta su papel, nada más. —Se tocó la alianza—. Si descubriera que yo también tengo otra vida a sus espaldas, su equilibrio se rompería. Dejaría de verme como la mujer cariñosa y dócil que cree que soy y su comportamiento dejaría de ser el mismo, afectando a todo lo que hay a su alrededor, incluido Tommy. No te haces idea de todas las veces que he visto la culpabilidad reflejada en su cara, odiándose por no ser un buen marido, teniéndome por una inocente que ignora lo que él hace. ¿Sabes lo furioso y defraudado que se sentiría si descubriera que yo soy mucho peor que él? No puedo permitirlo. Actuaría en mi contra y haría todo lo posible por separarme de mi pequeño. Tengo mucho que perder. Prefiero que siga acostándose contigo, ignorando el hecho de que yo también tengo un sustituto, antes que confesarle la verdad. Así todo es más fácil. Es la manera que tengo de controlarle. Mientras siga creyendo que es el único responsable de que lo nuestro no funcione, continuará sintiéndose en deuda conmigo. Por eso siempre vuelve a casa, por eso nunca me ha pedido el divorcio. Por eso permito que lo siga creyendo. Es mi mejor defensa. Si entendiera que no me debe nada, se largaría, y eso no entra dentro de mis planes, porque entonces intentaría quedarse con mi niño, y eso es intolerable.

—No tienes derecho a hablar así. —Tenía el corazón en un puño—. Él es su padre.

—Sí, y yo soy su madre. Si alguien tiene que cuidarle soy yo.

—No eres mejor.

—¿Tú crees? No me interesa tu opinión. —Echó un vistazo a su reloj de muñeca—. No te guardo rencor, Erika. En cierto modo, te agradezco que mantengas a Cameron en la superficie. En el fondo, no es tan fuerte como aparenta ser. Demos ser por ti, quién sabe dónde estaría ahora, pero no te confundas. No voy a bajar la guardia y mucho menos ahora que has descubierto algo que nadie más sabe. Te aconsejo que no intentes nada contra mí. Sería muy estúpido por tu parte decirle a Cameron lo que sabes; sería tu palabra contra la mía y mi contraataque sería fulminante. —Chasqueó la lengua—. Tengo influencia y poder. Puedo arrebatarle a tu querido Cameron lo que más quiere, además de destrozarte tu carrera con una simple llamada y, créeme, no te gustaría. Tengo la posibilidad de reducirte a la nada, pero no moveré ni un dedo si llegamos a un acuerdo. Puedes seguir haciendo lo mismo que de costumbre, siempre y cuando mantengas la boca cerrada.

—¿Quieres comprar mi silencio?

—Exacto.

—¿Y si me niego?

Elizabeth sonrió de forma fulminante, victoriosa.

—Eres lista, Erika Osborn. Harás lo que mejor te conviene, y en este caso, no decir ni una palabra representa la única opción que tienes de salvarte. Podemos ser socias.

—Ni en sueños.

—¿Estás segura? Podríamos intercambiar información, ya sabes. Te dejaría el camino libre y te avisaría para que fueras a reunirse con tu Romeo cuando yo me ausentara. Así todos saldríamos ganando...

—Estás completamente loca.

—Quién sabe, pero no tengo todo el día. Si aceptas, no tendrás que volver a verme. Si no, ya puedes empezar a despedirte de todo lo que conoces. El lunes estarías formalmente sin trabajo.

Erika se quedó inmóvil. ¿Qué debía hacer? ¿Realmente lo mejor era aceptar la propuesta de esa indeseable? ¿Pasarían de ser íntimas enemigas a guardarse las espaldas mutuamente?

—Necesito tiempo para pensarlo —dijo al fin.

—En realidad, no. Tienes dos minutos antes de que desaparezca de aquí. Voy a irme con una respuesta, Erika. Todo depende de ti.

La joven señorita Osborn se llevó las manos al cuello. Estaba emocionalmente catatónica.

—¿Cómo sé que no es una trampa? Lo único que tengo que hacer es no decirle nada a Cameron respecto a lo que vi, ¿y ya está?

—Eso es. Volverás a verle siempre que quieras y yo no me interpondré, de la misma manera que tú no meterás las narices en mis asuntos.

—Esto no tiene ningún sentido...

—No quiero una interpretación, sólo una simple palabra. ¿Sí o no?

—No puedo hacerlo. No puedo decidirme ahora.

—No tienes otra alternativa. No existe un término medio, y me estoy cansando de ser tan permisiva contigo.

La cabeza le daba vueltas. Tenía tanta angustia corriendo por su torrente sanguíneo que temía perder el conocimiento.

—No puedes hacerme algo así.

—Te equivocas. Puedo y debo hacerlo. —Se frotó las manos—. Además, teniendo en cuenta mi sinceridad a la hora de poner las cartas sobre la mesa, deberías darme las gracias. Cualquiera en mi lugar hubiera planteado la situación de una forma totalmente diferente y tú hubieras caído de lleno en ello. A pesar de todo, eres una gran afortunada.

—Por desgracia, yo no pienso así.

—Cierto, pero te estoy dando la oportunidad de rectificar. ¿A qué estás esperando, Erika?

Creyó firmemente que algo se había roto en su magullado cuerpo. No pudo adivinar qué fue, pero de todos modos era decisivo. No podía vislumbrar un futuro cercano, y lo que en aquellos momentos

cobraba vital importancia era soltar el tipo de respuesta que Elizabeth Moore se moría por escuchar. Lo peor acababa de suceder y divulgar una mentira constituía una vía de escape segura. Tenía que aprovechar la ocasión.

—Creo que tienes razón. Debo adaptarme al presente, aceptar que lo sabes todo. —Un rastro de calor llameante e incendiario le recorrió ambas mejillas, coloreándolas en el acto—. Entonces, supongo que has... ganado.

—¿Eso es un sí? —adivinó la mujer de mirada oscura relamiéndose por dentro ante la victoria—. ¿Aceptas?

—¿Acaso no resulto convincente? ¿Quieres que te suplique? Me has amenazado con quitarme mi puesto de trabajo y destruirme. Me temo que no tengo elección.

—Chica lista. —Caminó hasta la puerta del despacho para irse—. Supongo que guardarás el secreto. Eso es algo que tenemos en común. No diré nada si tú no lo haces. El trato es muy sencillo. Tranquila, acabarás acostumbrándote. La gente como tú siempre lo consigue. —Suspiró—. Encantada de hacer negocios contigo. Ah, no hace falta que me acompañes hasta la salida, sé muy bien donde está.

Cuando un minuto después Erika escuchó el golpe de la puerta al cerrarse, sintió cierto alivio. Se dejó caer sobre el suelo y se quedó ausente.

El perfume de Elizabeth Moore todavía estaba allí.



Habían pasado unas cuantas semanas desde que Elizabeth decidiera interrumpir en su ordenada y pulcra vida para hacerla pedazos. Para Erika, guardar silencio de forma prematura había sido su inevitable elección para salir del paso, pero a fin de cuentas no constituía una auténtica solución. Tarde o temprano su conciencia o lo poco que quedaba de ella haría explosión, rompiendo las cadenas del silencio que traían consigo una dolorosa verdad para el hombre que amaba. Se había convertido en un títere en las manos menos apropiadas, estableciendo el caos más absoluto en todas y cada una de sus facetas. Ya no sabía qué pensar ni cómo comportarse frente a los demás. El mundo se le antojaba demasiado pequeño ahora que sentía la presión de la soga contra la piel de su cuello. Y no saber qué decisión tomar la estaba matando.

Lo había hablado con Bellatrix, rogando su opinión y concienzudo consejo, y esta había optado por el honor a la verdad. No obstante, Erika sucumbía ante la ambigüedad. No importaba cuántas veces meditara sobre ello; la balanza no terminaba por inclinarse. Permanecía inquebrantable en un punto medio. No se trataba de la pérdida de su trabajo lo que más peso tenía en su conjunto de costes. El temor iba mucho más allá. Odiaba imaginarse lejos de él, al haber sido rechazada por guardar un secreto que afectaba hasta al más leve pilar.

¿Cómo decírselo? ¿Cómo atreverse a mirarle fijamente mientras ese tipo de palabras hirientes iba a destrozarle sin reparos? ¿En qué posición quedaría ella? ¿Acabaría Cameron con esa relación clandestina que de manera tan íntegra les unía?

A pesar de todo, le quería. Le adoraba más que a nadie y por encima de cualquier cosa. Deseaba su felicidad antes que la suya propia, y si para eso debía renunciar a estar a su lado, prefería arrepentirse por haberlo hecho antes que reconocerse como una mujer cobarde y egoísta. Lo haría, se lo contaría todo. Lo que sucediera después escapaba a su control. Probablemente, si las cosas salían mal y terminaba sola, triste y desolada, acabaría por odiarse a sí misma. Por desgracia, era consciente que en la situación inversa, ella querría saber la verdad, por eso iba a abrir la boca y a ser testigo directo de cómo las creencias inamovibles de Cameron se truncaban por el simple hecho de escucharla.

Se había preparado concienzudamente para buscar el momento adecuado y soltarlo a bocajarro, pero pasar un precioso sábado a su lado, no había ayudado en absoluto. Después de maravillarse con la ciudad de los rascacielos gracias a una estupenda temperatura, un sol prominente y horas de libertad para disfrutar de la compañía del otro, habían acabado en casa de ella. Una deliciosa cena a base de pasta y un buen vino para acompañar había servido como aliciente para terminar la jornada por todo lo alto.

Resguardados bajo las finas sábanas, los dos permanecían abrazados en la cama después de haber hecho el amor de forma dulce y tentadora. Erika se encontraba prácticamente dormida en los brazos de él, a medio camino entre la lucidez y el estupor, pero percibiendo a través del contacto unos acompasados latidos del corazón de Cameron. Era su rincón preferido en el universo, pero caminaba

sobre la cuerda floja y no podía olvidarse de ese asunto pendiente que debía desvelar muy a su pesar.

Tiempo después, cuando abrió los ojos de nuevo, la otra parte del colchón estaba vacía. Se incorporó de inmediato y miró en todas direcciones tratando de distinguir la silueta esbelta y masculina a través de la oscuridad, pero en la habitación sólo estaba ella. Se puso el camisón de satén negro que colgaba de una silla y salió al pasillo. No se oía nada salvo la ligera presión de sus pies descalzos sobre el parqué, por lo que inevitablemente empezaba a preocuparse, temiendo que Cameron se hubiera marchado antes de tiempo y sin decir adiós.

Por fortuna, no fue así. Cuando alcanzó el salón con sus preciosas vistas del pulmón verde de Manhattan y las luces del exterior iluminando por momentos la estancia, le vio. La joven suspiró de alivio y se quedó parada unos instantes, otorgándose el regalo de contemplarle sin más. Cameron estaba de espaldas a ella, así que era imposible que supiera que estaba siendo observado. Miraba hacia afuera, con toda la musculatura de su cuerpo en reposo, todo un gigante de hierro con el sentimentalismo de un hombre del siglo pasado. Estaba embelesado con la esencia de ese parque gigantesco que parecía traerle muy buenos recuerdos.

Con las pulsaciones exaltadas, Erika dio un par de pasos y volvió a tener presente lo mucho que dependía de él.

—¿Qué haces aquí?

Sorprendido al darse cuenta de que no estaba solo, Cameron se giró parcialmente, apoyando la espalda en el cristal.

—Observar Central Park. —Se cruzó de brazos—. Es impresionante, y de noche, aun más precioso que de costumbre.

—Sí, lo es. —Se acercó hasta ponerse a su lado. Le acarició con el dedo índice la línea distinguida de la mandíbula—. ¿Por qué no me has despertado?

Él se encogió de hombros y relajó el semblante.

—Parecías tan encantada de dormir que habría sido un idiota si lo hubiera hecho. —Le pasó un brazo por la cintura y la besó en la frente. La miró de una forma que dio a entender sin excesos que la consideraba la única mujer en el mundo capaz de hacerle sentir bien.

—Creía que te habías ido.

—Creías mal, señorita. Sólo me he ausentado lo justo. Pero aquí me tienes, a tu entera disposición.

—Me gusta saberlo.

Cameron la acunó con delicadeza y juntos observaron esa panorámica inmejorable. Arrinconada por todo lo que sentía, Erika dejó que su boca se abriera para dejar salir un torrente de palabras caladas de sinceridad.

—Mira todo esto. —Movi6 la mano en gesto envolvente—. Tengo la inmensa suerte de despertarme cada día con unas vistas maravillosas. Vivir en la Quinta Avenida es un lujo. No puedo negar que me encanta, pero me gustaría aún más si estuvieras aquí más a menudo.

Consciente de aquello, él la apretó más fuerte.

—Sucederá pronto, te lo prometo. No sé cómo, pero arreglaremos nuestra situación, y tú pasarás a formar parte de mi vida diaria. Prometo invertir en ti todo el tiempo que esté a mi alcance.

Erika sonrió de manera automática.

—Haces que por un segundo crea que es posible. Como si en realidad fuera lo más sencillo del mundo.

—Si lo fuera, no lo consideraría un reto y, puedes creerme. —Deslizó la mano por la espalda de su acompañante—. Con pequeños obstáculos la motivación es mayor y todo se vuelve más interesante.

—¿Y si precisamente se trata de eso? ¿Qué pasa si es una cuestión de motivación? ¿Es probable que dejes de sentirla?

—¿Por qué dices eso?

—No tengo ni idea... —Desvió la mirada hacia el suelo—. Olvida lo que acabo de decir. Cambiemos de tema. —Se abrazó a él con todas sus fuerzas—. Distráeme. Di lo primero que se te ocurra.

—¿Qué quieres que diga? —preguntó curvando los labios en una sonrisa tan masculina como sensible.

—No lo sé, cualquier cosa. —Cerró los ojos—. Sólo quiero oír tu voz.

—¿Por qué?

—Me hace sentir cómoda, comprendida, protegida. —Respiró hondo y alcanzó a distinguir las pequeñas partículas del perfume que aún poseía Cameron en la piel—. Sólo háblame, por favor.

A partir de ahí, todo proceso controlado y consciente de Erika se desvaneció en el acto. Era como si pudiera levitar y olvidarse por un fugaz momento de la cadena terrenal que la ataba a todos sus interminables conflictos. Sus ojos se sincronizaron con los de él, pero en lo que respectaba a su mente, era un tema delicado. Sin quererlo, activó el piloto automático de su cerebro y, aunque su cuerpo estaba allí mismo, su conciencia viajaba a la velocidad de la luz, sopesando los inconvenientes de lo que se suponía un hecho trascendental que no podría deshacerse. ¿Cómo podía sentirse tan bien y tan mal al mismo tiempo? ¿Cómo podía permanecer a su lado sabiendo que cada minuto transcurrido significaba mentirle descaradamente ocultándole una información tan valiosa?

Perdió la noción de los minutos transcurridos. Debieron de ser unos cuantos y hacerla sentir extraordinariamente ausente, porque Cameron la sacudió con levedad y susurró:

—Eh, ¿me estás escuchando? —Levantó la mirada hacia él y no supo qué decir—. Erika, respeto tu decisión de tener tu parte de privacidad, pero ya es hora de que menciones lo que te distrae. —Le pasó el dedo pulgar por la barbilla para observarla directamente—. Creo que el pensamiento que te ronda por la cabeza debe de ser bastante grande para que precise de toda tu atención.

—Lo siento, no pretendía ignorarte. Es sólo que... —Ella se ruborizó de inmediato, arrepentida.

—¡Chsssss! —Le colocó un dedo sobre sus labios y después la atrajo hacia él hasta el punto de

parecer indivisibles—. No te estoy reprochando nada. Me preocupo por ti, eso es todo.

—Gracias. —Sintió un tintineo de nervios creciendo en su estómago—. Eres tan bueno conmigo que a veces siento que no te merezco.

Cameron aceptó el particular elogio mientras intentaba vislumbrar más allá de las simples apariencias. No parpadeaba. Se había quedado muy quieto y la contemplaba traspasándola sin dificultad.

—Erika, te conozco demasiado bien —murmuró un minuto después—. Sé que hay algo, no sé el qué, pero me gustaría averiguarlo. —Buscó el contacto con sus dedos—. Puedes confiar en mí.

—Lo sé, pero... —Se separó de él poco a poco, intuyendo que el infierno estaba desatándose justo en ese momento de incertidumbre.

—¿Qué es lo que te asusta?

—Tu reacción. —Volvió la mirada hacia otra parte. No podía sostener el contacto visual.

Cameron se aproximó hasta cercarla de nuevo y la asió suavemente de los hombros para devolverla a su postura de antes, frente a frente.

—Pruébame.

—No estoy segura de querer hacerlo.

—¿Por qué? ¿A qué le tienes miedo? —Su ceño fruncido e impaciente afeaba ese rostro tan cuadrado y libre de imperfecciones—. ¿Piensas que no podré con ello?

—Créeme, no te gustaría saberlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque... tiene que ver con tu mujer.

Al oír aquello, la sonrisa curiosa de Cameron se difuminó. Dejó de respirar y apretó inconscientemente la mandíbula. Hasta su cuerpo se flexionó ligeramente.

—¿De qué se trata?

—Por favor, no me presiones. —Fue hasta la puerta corredera de cristal de la terraza y la desplazó hacia un lado. Se dispuso a salir para tomar un poco del aire que tanto parecía necesitar—. Todavía no sé si es un error.

Soplaba una brisa nocturna apetecible, pero no era un aliciente para reconfortarse por ello. Ya había tirado la piedra y no podía esconder la mano. Temblaba de los pies a la cabeza porque había abierto la veda... y tenía todas las probabilidades de ser cazada como cómplice de ocultamiento de esa incómoda verdad.

Él la siguió afuera de inmediato. Se colocó a su lado, apoyando las manos sobre la reja de acero, mirando al horizonte, catapultado hacia un campo de emociones contradictorias. Había pasado de un estado pacífico a otro mucho más sombrío. Buscaba respuestas ante aquella inesperada incógnita y ella era la única que podía dárselas.

—No deseo presionarte —empezó intentando ajustar un tono neutral—. No pretendo hacerlo, pero ahora no puedes dejarlo correr. No puedes esperar a que yo lo haga. Sea lo que sea... —Contuvo el aliento y puede que algo más—. Tengo que saberlo.

Erika entrelazó las manos, tibias e histéricas, por delante del vientre. Alzó la mirada y un calambre le recorrió el espinazo al encontrar esos ojos claros rogando una pizca de sinceridad y aplomo.

—Tienes razón. Claro que mereces saberlo, pero... probablemente me odiarás justo después.

—Nada de lo que digas me hará tener esa clase de sentimientos por ti.

—No te precipites. No sabes lo que ocurre. —Ella sonrió de manera angustiada.

—Ni lo sabré si continúas empeñada en no soltarlo de una vez.

Engullida por sus temores, le dio la espalda, sirviéndose de sus brazos para abrazarse a sí misma.

—Estoy asustada. Esto va a cambiarlo todo, Cameron. Lo nuestro, mi futuro, tus pensamientos hacia Elizabeth...

Decidido a no dejar pasar ni un segundo más de incertidumbre, rodeó a Erika y plantó su cara muy cerca de la de ella. Suspiró todo lo hondo que pudo y preguntó:

—¿Qué puede ser tan condenadamente importante para que medites sobre la posibilidad de quedarte callada aun cuando me tienes delante?

—Un engaño —murmuró presa del pánico—. Una... infidelidad.

—Erika, ya lo hemos hablado un millón de veces. Lo que siento por ti, lo que nos une, es mucho más que un engaño hacia mi matrimonio...

—No estoy hablando de ti —le interrumpió elevando la voz involuntariamente—. Me refiero a ella.

Al menos, había mencionado una parte de la incómoda y desagradable verdad. Un lastre menos, pero la carga sobre sus hombros seguía pesando en exceso.

—¿Qué?

Se preparó para lo peor.

—Cameron, la mujer con la que te casaste no es... como crees. Tiene una doble cara.

—Por favor, sé clara. —Su gesto facial se había vuelto amargo—. ¿Qué intentas decirme?

—Elizabeth tiene a otro. —La presión en el pecho aumentó, con una taquicardia palpable—. Al igual que tú, también es infiel.

Fue como si el tiempo se congelara. No dijo nada, pero su pésima quietud logró manifestarlo todo. Una aurora de emociones intensas le saturó el rostro. Decididamente no era lo que pensaba escuchar.

—Lo que acabas de decir... —Apretó los puños—. ¿Es cierto?

—Sí —confirmó con pesar.

—¿Tienes pruebas?

—No. —Sacudió la cabeza—. Al menos ninguna física.

—¿Y entonces, cómo estás tan segura de que es así?

—Porque sé lo que vi. —Se señaló a la altura de la sien—. Lo tengo grabado en mi mente y soy incapaz de olvidarme de esa maldita visión que hubiera preferido no presenciar.

—¿La viste? ¿La viste con un hombre? —La serenidad de sus palabras se había alterado. Estaba nervioso—. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Todo ocurrió en la boda de la hija del señor Harris —explicó aceleradamente—. Vi a tu mujer con... —Decidió omitir el nombre del culpable por el momento—. Otro. Por eso salí huyendo de allí. Por eso me viste así de alterada, incapaz de quedarme. Incapaz de disimular y comportarme como si no hubiera pasado nada.

Cameron entreabrió la boca y sus ojos se volvieron fríos como el hielo. Se tambaleó ligeramente y tuvo que aferrarse con fuerza a la barandilla. Parecía haber recibido un golpe en el estómago con su respectiva falta de oxígeno.

—¿Sabes quién es...?

Erika le destrozaba verle así pero ya no podía esconderse. Al menos le debía eso, contestar a todas sus preguntas.

—Sí.

—¿Le conozco?

—Me temo que sí. —Estaba a punto de romper a llorar—. Más de lo que imaginas.

—No te andes con rodeos —gruñó con las venas de su cuello hinchándose progresivamente—. Dilo de una vez.

Quería aferrarle y calmar su dolor, pero el contacto físico estaba prohibido en una situación así.

—Se trata de tu primo. —Hubiera dado cualquier cosa para saltarse esa parte—. Tu mujer se acuesta con Clyde. Son... amantes.

Cameron Moore, en apariencia tan abierto, social e imparable, se empequeñeció por dentro, colapsándose. No tenía lágrimas que derramar, pero se había desplomado en el acto.

Los segundos pasaron y Erika temía haberle arruinado la vida de manera irreversible. Lo veía tan parado y falto de chispa vital que se temió lo peor. Se aproximó hasta dejar una separación de un centímetro pero con cuidado de no rozarle.

—Cameron, por favor, háblame. No te quedes callado. —Sin embargo, no recibió respuesta. Era parecido a intentar conversar con una pared de hielo—. Dime lo que sea —insistió—, pero habla.

—Lo de la boda fue hace semanas. Muchas semanas. —Arrastró las palabras con dolor e impotencia.

—No pretendía ocultártelo, pero...

—¿Y qué era lo que pretendías? —Le lanzó una mirada de odio e incomprensión.

Erika ya no lo soportó más. Las primeras lágrimas bajaron en canal por sus mejillas, pero no hizo nada por hacerlas desaparecer. Dejó que fluyeran, igual que la cruda realidad.

—Cameron, lo siento. —Dejó escapar un suspiro lastimero—. Lo siento mucho.

—¿Que lo sientes? —repitió con ingenuidad—. ¿Qué sientes exactamente? ¿Habérmelo confesado cuando menos lo esperaba? ¿No haber podido mantener la boca cerrada? ¿Qué es lo que sientes, Erika?

Ella le tocó el brazo, pero Cameron rechazó ese gesto. Se había transformado y actuaba como una persona malherida y manipulada.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó exigiendo una respuesta contundente—. ¿Por qué no me dijiste lo que ocurría cuando lo averiguaste?

—Yo...

—Erika. —La sujetó de los hombros, mirándola fijamente, como si aquel gesto pudiera servirle de ayuda para entenderla—. ¿Por qué?

—No quería correr riesgos.

—¿Correr riesgos? —repitió totalmente incrédulo—. ¿A qué te refieres?

—Cameron, no quería perderte.

—¿Cómo ibas a perderme por algo así?

—Tú no lo entiendes...

—No, claro que no. —La soltó y se llevó las manos a la cabeza, hundido—. No puedo entender que la mujer que quiero y en la que confío plenamente haya sido capaz de ocultarme algo así durante semanas. ¿En qué diablos pensabas?

—Ya te lo he dicho. No quería perderte. Me aterraba la idea de confesártelo y que al hacerlo te dieras cuenta de que aún sientes algo por ella. —Ahogó un grito—. Yo... no podría soportarlo. Si es cierto y entonces experimentas celos, no... No podré con ello.

—¿Y yo qué?! —reprochó—. ¿Creías que para mí iba a ser fácil enterarme de que Elizabeth me es infiel con alguien que lleva mi sangre?

—Pero entonces, ¿te importa? —Era su mayor preocupación—. ¿Te das cuenta de tu reacción? ¿Entiendes lo que significa?!

—Lo que me importa es que hayas estado fingiendo todo este tiempo...

—Contéstame, Cameron. —No quería oírlo pero tampoco podía esquivarlo—. ¿Te sigue importando hasta el punto de sentirte despechado? ¿Todavía la quieres? ¿A pesar de engañarla conmigo, estás enamorado de ella?

—¿Eso es lo único que te preocupa? ¿Saber si continúo sintiendo algo por mi mujer?

—No es lo único, pero...

—¡No! —exclamó consiguiendo un eco en la lejanía—. ¡No la quiero! —La dejó allí plantada,

entrando de nuevo en el apartamento. Fue directamente hasta el dormitorio y comenzó a buscar sus cosas para marcharse.

Erika le siguió y a pesar de presentir cierto alivio por la declaración tajante de aquel hombre enfurecido, todavía sentía que debía disculparse de todo corazón.

—Por favor, escúchame. Sé que no tengo excusa, pero intenta ponerte en mi lugar. ¿Habrías confesado en el mismo momento? ¿Te hubieras plantado delante de mí con la intención de herirme con la verdad?

—Claro que sí —espetó—. No lo habría dudado. De haber sabido un asunto tan delicado jamás habría tratado de ocultártelo, pero veo que pensamos de manera muy diferente.

—¿Ni siquiera vas a intentar comprenderme?

—Lo intento, pero me ha superado. —Escondió la cara entre las manos y después agachó la cabeza—. Hemos pasado un día maravilloso. Todo estaba saliendo según lo planeado. —Sus ojos se humedecieron por primera vez—. Me has mirado cientos de veces, me has sonreído como si todo fuera bien, me has dicho que me quieres, hemos hecho el amor... Y después me cuentas algo así. No puedo, Erika. Simplemente no puedo hacerme a la idea de que decidieras omitirlo por tu propio bienestar emocional.

No controló su cuerpo. Su mente le pedía a gritos abrazarle y eso fue lo que hizo. Se abalanzó sobre él y le atrapó en sus débiles brazos, sollozando.

—Perdóname —suplicaba—. Perdóname. Dime qué quieres que haga y lo haré. Pídeme cualquier cosa...

—Suéltame.

—No, no, no... —Se aferró a su cuello.

—Déjame. —Consiguió librarse de su contacto—. No me toques. Ahora no...

Horrizada por la tormenta que había desatado, Erika se dejó caer de rodillas, con su respectiva profecía cumplida. Ya se estaba odiando por aquello.

—Mira lo que has hecho —entonó Cameron—. No me siento engañado por Elizabeth, si no por ti. No me duele su infidelidad, me duele la tuya. Mi reacción no es causa de saber que mi mujer tiene a alguien, si no darme cuenta de que has estado guardando un secreto que debería haber salido a la luz mucho antes. Ya deberías saber que no tengo ojos para nadie más. Ella no significa nada para mí, no me importa en ese sentido, no la quiero... No me importa lo que haga ni con quién, pero ser consciente de que tú lo sabías...

—Lo siento —lloró por infinita vez.

—Sería capaz de todo por ti. Se suponía que a pesar de vernos en secreto teníamos confianza. Creía que siempre serías sincera pese a todo, creía que siempre me dirías la verdad...

—Acabo de hacerlo.

—Pues has elegido el momento equivocado. Tuviste tu oportunidad y la dejaste escapar. No puedes

pedir que sea benevolente porque al ocultarme algo así tú no lo fuiste conmigo, así que...

—Por favor, para.

Él se sorprendió por el tono de súplica.

—¿No quieres oírlo? Al menos yo sí estoy siendo sincero justo cuando debo serlo. Pero si prefieres no escucharme, te lo pondré fácil. —Se puso la americana—. Me marchó. Así nadie te molestará.

—Espera, no me dejes así. —Se plantó ante él, bloqueando la salida del dormitorio.

—¿Así, cómo? Por si no lo sabes, esto me atañe a mí. Sólo a mí —recalcó. Consiguió apartarla y seguir su camino hasta la salida.

No le quedaban nervios para explotar. Estaba rota, henchida de indecisión y culpa, mucha culpa.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

—No lo sé —admitió él parándose en seco.

—¿Qué pasa con nosotros? —Se le puso la piel de gallina—. ¿Qué pasa conmigo?

—Tampoco lo sé, Erika. No sé cómo actuar respecto a ti. Lo que has hecho...

—¿Me estás dejando? —aventuró—. ¿Significa que vas a apartarme de tu lado?

—No sé qué diablos significa, aún no. —Su espalda reflejaba toda la tensión—. Pero no puedo pensar con claridad y mucho menos saber con certeza qué va a pasar. Necesito tiempo.

—No puedes dejarme así, Cameron. —Resultaba egoísta pedírselo, pero no podía evitarlo. Estaba muerta de miedo, temiendo que lo mejor que le había pasado en la vida se esfumara sin que pudiera hacer nada por impedirlo—. No puedo permitir que te vayas sin saber si volveré a verte.

—Ese debería ser el menor de tus problemas.

—Al contrario, es el mayor de todos. No te quiero perder. —Se llevó las manos al cuello—. ¿Lo ves? Yo tenía razón. Me odias.

—No te odio. —Lo dijo sin volverse—. No es... odio lo que siento, sino una profunda decepción. Creo que es algo mucho peor.

—Puede que no lo veas así, pero sólo trataba de proteger lo nuestro. Eres el hombre de mi vida. Te quiero.

—Puede que sea cierto, sé que lo es, pero no lo has demostrado cuando debías hacerlo. —Caminó por el pasillo y abrió la puerta principal—. Adiós, Erika.

—¡No! ¡No te vayas! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡No desaparezcas!

Aturdido, giró sobre sus talones y la miró en silencio. No parecía feliz, sino abatido, embaucado por la realidad que se había calado hasta sus huesos.

—¿Y qué propones que haga? Quedarme no va a arreglar este desastre.

—Aún no te he contado todo —sollozó.

—¿Acaso puede haber algo más? ¿Algo que también hayas decidido no mencionar?

—Sí. —Se pasó los dedos por los pómulos para terminar de borrar el rastro acuoso de las lágrimas—. Te lo contaré si cierras la puerta y me escuchas.

—Ya te estoy escuchando, pero voy a irme enseguida. Si quieres tener la última palabra, decídetelo y hazlo ya.

No pudiendo reconocerle a pesar de tenerle enfrente, Erika se olvidó de todo y escupió verbalmente lo que tenía guardado bajo llave.

—¡Me amenazó! —confesó—. ¡Tu mujer me amenazó!

Cameron no pareció entenderlo. Fue como un segundo *shock*. No quería o no podía creérselo.

—¿Qué has dicho?

—Elizabeth se presentó aquí sin avisar —recalcó—. Ocurrió tiempo después de la boda. Sabía que yo había descubierto su secreto, sabía que les vi a ella y a Clyde juntos. Sabía quién era yo. Sabía que la engañas conmigo. No titubeaba, no se estaba marcando ningún farol. —Se pasó las manos por el pelo alborotado, tirando de él y con una mirada tan turbia como perdida—. Amenazó con destruirme, con quitarme todo lo que valoro si me atrevía a decírtelo. También dijo que si intentabas algo contra ella, actuaría en tu contra, y se refería a vuestro hijo. Declaró abiertamente que haría todo lo posible para quedarse con él si las cosas llegaban demasiado lejos. —Tomó aire ya que sus pulmones requerían más oxígeno de lo normal en su estado alterado—. Me ofreció un trato. Quiso comprar mi silencio. Me aseguró que no diría nada si yo tampoco lo hacía. Me propuso hacer un pacto y llegar a un acuerdo. Su plan era conseguir que mantuviera la boca cerrada para que ante los demás todo siguiera pareciendo perfecto, de esa forma ella podría continuar viendo a su amante al igual que yo. Su único objetivo es guardar las apariencias. No le interesa un divorcio público, Cameron. —Tenía las mejillas completamente encendidas y al rojo vivo—. No tengo perdón, pero no sabía qué podía hacer. Tanto si confesaba como si no, iba a destrozarte, y sé que lo primero en tu vida es tu hijo. Sé que no soportarías estar lejos de él, así que no pude dar el paso cuando se suponía que debía hacerlo. Lo hice por mí, es cierto; por mis inseguridades y por no saber si cambiarías de opinión respecto a ella, pero también estaba en mi mano la posibilidad de apartarte de Tommy, y no quiero eso. Nunca lo he querido. —Arrastró los pies por el parqué hasta acercarse lo necesario—. Estaba atada de pies y manos, incapaz de decidirme. ¿Qué podía hacer? Dime, ¿qué otra cosa podía hacer? —gimió—. Me has dicho más de un millón de veces que tu pequeño es la única razón por la que aún continúas casado. Si tú no estabas dispuesto a dar el paso y divorciarte, ¿cómo iba a poder hacerlo yo? ¿Con qué derecho?

Lo que pasó después no lo vio venir, ni siquiera se lo imaginaba. Observó petrificada cómo Cameron cerraba la puerta de golpe y la abrazaba en el acto, elevándola por los aires, con tanta fuerza que la dejó sin respiración. No dijo nada hasta al cabo de dos minutos, cuando su corazón volvió a un ritmo más o menos corriente.

—Lo siento —balbuceó hablándole al oído—, no podía imaginarme que Elizabeth fuera capaz de...

—No, soy yo quien lo siente de verdad —interrumpió cubriéndole la cara de besos—. Jamás volveré a cometer la misma estupidez. No volveré a ocultarte nada, lo juro por Dios.

—Si hubieras mencionado esta parte desde el primer momento, no habría reaccionado así... —La besó en la sien—. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte. Lo único que deseo es que este malentendido no nos separe.

Cameron negó inmediatamente con la cabeza.

—No. No podría alejarme de ti ni aunque mi vida dependiera de ello. Estamos juntos.

Erika se atrevió a sonreír levemente y susurró:

—Para lo bueno y para lo malo.

Él aún estaba recomponiéndose. Esa confesión de última hora había cambiado todos sus esquemas. Ahora sentía odio hacia su mujer.

—El simple hecho de imaginar que ella haya estado aquí para coaccionarte, me mata...

—No te preocupes por eso, estoy bien. —Le asió el rostro con manos decididas—. Estoy perfectamente.

—Si lo hubiera podido evitar de algún modo, te aseguro que...

—Ya no importa, Cameron. Ahora sabes la verdad. Toda la verdad. ¿Vas a poder perdonarme? ¿Vas a seguir confiando en mi palabra?

—Sólo si tú confías en mí para guardar secretos. —La besó tiernamente en los labios—. Recuerda que puedes compartir la carga conmigo.

Volvieron al salón y se quedaron abrazos en el sofá, hechos un manojo de manos, brazos y contactos.

Erika se tomó su tiempo para formular una última pregunta, quizá la más decisiva de todas.

—¿Vas a enfrentarte a ella?

Cameron se tomó su tiempo para ser capaz de predicar una respuesta legible. No obstante, el miedo se perfiló en sus pupilas.

—No lo sé. No creo que pueda. Tengo mucho que perder si lo hago.

—Aun así, estoy contigo. Pase lo que pase, decidas lo que decidas, te apoyaré.



Erika había decidido hacer girar las tornas. Definitivamente, los papeles iban a cambiar. Ya sabía lo que se sentía al verse acorralada de manera involuntaria, y por una vez quería enfrentarse de lleno a la situación tan comprometida que tenía entre manos. Puede que Cameron prefiriera dejar las cosas tal y como estaban por miedo a empezar una batalla legal contra Elizabeth, y cuyo resultado más atroz supusiera la pérdida de su hijo, pero ella no pensaba ceder.

Todo, sin excepciones, tenía un punto débil. Sólo debía encontrar el de Elizabeth Moore. Por nada pretendía dejar las cosas al azar. Deseaba con todas sus fuerzas demostrar que aun en el peor de los casos, podía renacer de sus propias cenizas y convertirse en una versión mejorada de sí misma.

El primer paso residía en encontrar la manera de convencer a Cameron para que entrara a formar parte del juego. Era la pieza fundamental, y sin él, ni siquiera podría empezar. Tenía que lograr una buena estrategia, y por ello realizó una ardua tarea de localización de las personas idóneas que podían ayudar. El antecedente consistía en encontrar a la figura legal que les representara, ya que lo peor vendría después. El divorcio (si es que Elizabeth cedía ante la demanda de su marido) y el posterior juicio para la custodia de Tommy. Iba a ser un plan enrevesado con múltiples opciones, pero a Erika le bastaba con intentarlo. Desde luego tenía todas las papeletas de convertirse en un caso único, en el que un juez tendría que decidirse por uno de los progenitores, a sabiendas de que ninguno de ellos era en realidad perfecto. Sólo de imaginárselo se le ponía la piel de gallina. Un matrimonio roto por las infidelidades de uno y de otro, enzarzándose en un combate por un niño inocente. En realidad, ¿quién sería peor influencia?

El primer contacto se haría patente ese día. Eran las nueve de la mañana cuando Erika entró en una cafetería de prestigio de la parte norte de la isla. Echó un rápido vistazo a su alrededor para localizar a la persona que buscaba. Apenas había un puñado de ancianos sentados en la barra y hablando con las camareras. El resto del local estaba vacío, salvo por la presencia de un hombre con traje oscuro y corbata roja al fondo, degustando una taza de café y ojeando el periódico. Fue hasta allí y le reconoció de inmediato. Era más atractivo que cuando salía en la televisión, pero era él. El mejor abogado que había podido encontrar. Patrick Ross era alto, de piel curtida y rostro profesional. Unos ojos penetrantes y grises y un bonito pelo rubio rojizo salpicado de varias canas.

—La señorita Erika Osborn, supongo —dijo levantándose para saludarla formalmente.

Erika le mostró una de sus mejores sonrisas.

—Señor Ross, le agradezco mucho que haya accedido a venir —dijo estrechándole la mano.

—Al contrario, Erika. Me sorprende que decidiera recurrir a mí. En esta ciudad hay abogados hasta debajo de las piedras —murmuró con cierta sorna.

—Bueno, usted es el mejor.

—Eso es lo que dicen. —Se ajustó el nudo de la corbata y le señaló con la mano que tomara

asiento—. Por favor, siéntese.

Ella obedeció de inmediato. Le impresionaba tener tan cerca a un hombre así. Sólo esperaba que mereciera la pena.

—Sé que este no es el lugar más idóneo para hablar sobre cuestiones legales —se disculpó Erika—. No quisiera hacerle sentir incómodo por culpa del sitio...

—No se preocupe por eso. Estoy acostumbrado a trabajar en todo tipo de ambientes. Además, esto sólo es una primera toma de contacto. Lo importante ya se verá a su debido momento. —Se frotó las manos—. Bien, ¿dónde está el interesado? ¿Está segura que vendrá?

—Sí. —En realidad no lo estaba en absoluto—. Se habrá retrasado un poco. Por favor, concédale unos minutos de margen.

—Está bien, pero espero que se dé prisa. —Miró de reojo su reloj de oro—. Tengo un par de reuniones a las que no puedo faltar. Si el señor Moore no se presenta, me temo que tendremos que dejarlo para otro día...

—Vendrá —insistió Erika—. Seguro que vendrá. Aparecerá de un momento a otro.

El abogado levantó las manos.

—De acuerdo. —Frunció el ceño y observó el nerviosismo evidente de la mujer que tenía delante—. Dígame una cosa, señorita Osborn...

—Erika —musitó—. Llámeme Erika.

—De acuerdo, Erika. —Hizo sonar sus nudillos contra la mesa—. Verá, a juzgar por su expresión, juraría que esta cita no ha sido consensuada por todos, ¿cierto? Ha sido idea suya ponerse en contacto conmigo, ¿me equivoco?

—Así es. Cameron aún no sabe que usted está aquí. Piensa que le he llamado para... desayunar juntos. —Se ruborizó en el acto.

—¿Es plenamente consciente de que sin el consentimiento del señor Moore no podré mover ni un dedo? —dijo el hombre alzando una ceja.

—Sí, lo sé.

—¿Cuál es su plan? ¿Convencerle en cinco minutos de que la idea de divorciarse de su mujer solucionará todos sus problemas? —Ante la mueca de sorpresa de la joven, se apresuró a tener un discurso menos agresivo—. No se lo tome a mal, Erika. No pretendo ser grosero ni excederme en mis labores como abogado, pero aquí la cuestión primordial es un acuerdo patente entre ambas partes. No puedo representar a nadie si no aclaramos todos los puntos fuertes de manera previa. Cameron será mi cliente sólo si antes ponemos las cartas sobre la mesa y dejamos claro cuál va a ser nuestro objetivo.

—Yo sólo quiero que sea feliz. —Se le puso un nudo de angustia en la garganta—. Es un buen padre, si le oyera hablar de su hijo, se daría cuenta de que...

—A mí no tiene que convencerme —recordó el abogado—. Tendrá que hacerlo ante un tribunal,

delante de una sala llena de personas. Cameron tendrá que demostrar que es capaz de cuidar de su hijo sin que interfiera en ello su relación con usted.

Una camarera se acercó a la mesa para tomar nota a Erika, pero ella negó con la cabeza. Tenía el estómago cerrado por la ansiedad y se negaba a comer.

—¿Seguro que quiere profundizar en estos temas? Es un asunto tremendamente delicado. —La voz del señor Ross le retumbó en los oídos de forma abrupta.

—No tengo otra alternativa.

—En realidad, sí la tiene. Hay cientos, y no comprendo la razón por la que ha decidido intervenir. Tengo entendido que es una mujer libre. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué se arriesga tanto incentivando a un hombre que legalmente pertenece a otra mujer?

—Porque... —Se le nubló la mente—. Necesito saber que he hecho todo lo posible antes de rendirme. Quiero estar en el lugar que me corresponde.

—Dígame, ¿le importa el niño? ¿Conoce al hijo de su... mmm... amante?

—No. —No sabía si tiritar debido a la pregunta en sí misma o al calificativo que había decidido emplear para referirse a Cameron—. Sólo le he visto en fotos, pero por lo que respecta a ambos... No, no le conozco. Él ni siquiera sabe que existo.

—Pues me temo que lo averiguará muy pronto.

—¿Qué probabilidades hay de que esto salga bien? —Carraspeó y tragó saliva—. Quiero decir, por lo general, las madres son las que suelen conseguir la custodia...

—Esto no tiene nada que ver con una cuestión de género, Erika. —Entrelazó las manos—. Se trata del bienestar físico y mental de un menor, y en estos casos la justicia es muy clara. Si el señor Moore hace lo correcto y se comporta de la manera adecuada, haré todo lo que esté en mi mano para que el conflicto se solucione de acorde a sus expectativas. No puedo prometerle nada, pero tiene mi palabra. Intentaré que sean vistos como los referentes más adecuados para la crianza de un niño.

—Gracias. —Le salió desde dentro, automáticamente—. No sabe cómo se lo agradezco.

—Aún no me las des. Es demasiado pronto para plantearse una victoria, pero trabajaremos sobre ello.

En ese momento la puerta de la cafetería se abrió. Ambos giraron la cabeza y un hombre rubio se quedó de pie, analizándolo todo con la mirada.

—¿Es él? —intuyó el abogado.

Erika asintió con rapidez para contestarle y se levantó en su búsqueda. Se le revolvió hasta el último trozo de piel. No tenía ni idea de cuál iba a ser su reacción, y mucho menos en público.

Cuando Cameron la reconoció, sus ojos brillaron por un instante, sonriendo.

—Hola. —Le dio un beso en la frente—. ¿Por qué me has traído aquí, Erika? Creí que sería mejor pasar todo el día en la cama...

—Por favor, Cameron. —No quería parecer ansiosa pero lo estaba—. No vuelvas a llegar tarde. Te

has retrasado demasiado.

—¿A qué viene ese tono? —se quejó—. ¿Qué prisa tienes?

—Ven, sentémonos al fondo. Hay alguien que quiere conocerte.

—¿Conocerme? —Su ceño fruncido le delató—. ¿A mí?

—Sí, y lleva esperándote un buen rato, así que no perdamos más tiempo.

—Espera. —La sujetó del codo—. ¿Qué estás tramando?

—Nada, sólo hazme caso y camina.

Tiró de él a regañadientes y llegaron a la mesa ocupada. El abogado permanecía sentado, observándoles con curiosidad. Por esta vez había decidido olvidar los buenos modales.

Cameron pareció hacerse una ligera idea sobre lo que estaba pasando y soltó un susurro ininteligible.

—¿Quién es este? —gruñó con tono despectivo. Al parecer no le había reconocido.

—Este hombre es Patrick Ross —explicó Erika rezando para que al menos la conversación no acabara antes incluso de empezar. Su voz se quebró por un momento, dando paso al silencio interrumpido—. Es el mejor abogado del estado.

—¿Y qué está haciendo aquí ?

—He venido a solucionar su problema, señor Moore —respondió el abogado adelantándose.

—Lo siento, pero no creo que pueda ayudarme.

Queriendo buscar una tregua y un tiempo muerto para recapacitar, Erika intervino.

—Patrick, discúlpenos un segundo. —Empujó discretamente a Cameron para que se alejara lo suficiente—. Sólo será un momento.

—Claro.

Apostados delante de los ventanales de la cafetería, la pareja se esforzaba por no levantar la voz.

—¿Puedes explicarme qué está pasando? ¿Desde cuándo te dedicas a organizar encerronas? —empezó Cameron con los dientes rechinando por el enfado—. ¿Qué estás haciendo, Erika?

—¿Tú qué crees? —Bajó la voz aún más—. Estoy intentando poner de mi parte para que esto salga bien, para poder tener la oportunidad de disponer de un futuro común.

—¿Y esto es lo mejor que se te ocurre?

—Por si no te has dado cuenta, he tenido que hacer un millón de llamadas, recurrir a gente importante, mover cielo y tierra para tratar de conseguirte una cita con él, y te garantizo que no te irás de aquí sin haber hablado con ese hombre. Es el mejor, te lo aseguro. —Le asió las manos con las suyas—. Ha ganado cientos de casos que parecían perdidos...

Cameron levantó una mano para pedir silencio.

—No es suficiente.

—Ni siquiera lo has intentado.

—No necesito hacerlo. —Chasquéo la lengua y miró al suelo, mostrando su miedo interior—. Perderé de todos modos, Erika. No importa lo que haga ni cómo decida hacerlo. No tengo ninguna posibilidad contra ella. —Se mordió el labio con resignación—. Elizabeth se quedará con Tommy y una vez suceda, no habrá marcha atrás. No podré volver a mi vida normal, ¿lo entiendes?

—Eso no es del todo cierto. Nada está decidido todavía. Podemos luchar, Cameron. —Se contuvo para no besarle allí mismo—. Podemos hacerlo... juntos.

—¿Estás dispuesta a correr el riesgo?

—Sí. —Ese sencillo monosílabo llenó por completo su boca.

—¿A pesar de todo? —Ladeó la cabeza—. No tienes porqué.

—Te equivocas. Tú eres mi mayor motivo. Todo lo que tiene que ver contigo me atañe, y este asunto me concierne casi tanto como a ti. Quiero involucrarme, darlo todo por algo que creo que merece todo mi apoyo.

—Pero ¿y tu trabajo? —recordó—. Cuando la historia salga a relucir, nos salpicará directamente. Yo debo afrontarlo, pero tú... Habrá rumores y...

—Me importa una mierda, Cameron. Esto es lo que quiero hacer. Todo lo demás es secundario. La ciudad está llena de oportunidades. Siempre podría encontrar otro empleo, pero esto, lo que debemos hacer... es ahora. Es la ocasión perfecta y puede que la única. Si quieres a tu hijo cerca de ti demuéstralo. Elizabeth no es mejor que tú. Puedes educarle y yo estaré contigo. No es momento de tirar la toalla. —Echó una mirada al abogado—. No seas tan testarudo. Sólo dale una oportunidad.

—Erika, yo...

—Me dijiste que querías empezar una nueva vida conmigo, que soñabas con la familia perfecta. Pues para que eso suceda, este es el primer paso. Tenemos que hacerlo. No puedes dejar que te manipule para siempre. Ahora que sabes cómo es realmente, tenemos que contraatacar.

Un minuto después, ambos estaban sentados frente al señor Ross. Cameron estaba tenso y experimentaba una caída en picado. Sin embargo, estaba dispuesto a intentarlo y Erika estaba orgullosa por ello.

Ya nadaban a contracorriente. Sólo esperaba que pudieran salir ilesos.

Una hora después estaban lejos de allí, sopesando todo lo que se había hablado. Paseando sobre el puente de Brooklyn, Cameron cesó de caminar. Se apostó en un lateral, mirando el cielo abierto.

Erika ni siquiera tuvo necesidad de leerle la mente.

—Tranquilo, lo has hecho bien.

—¿Bien? —No estaba de acuerdo—. Temblaba como un niño.

—Eso no es malo, cielo. Demuestras lo mucho que te importa.

—Por supuesto. —Sus dedos bailaban entrelazados, nerviosos—. Si no sale bien, yo... —Se llevó una

mano a la frente—. No sé qué haré.

—No pienses en eso ahora. —Le atrajo hacia ella y le abrazó con calidez, percibiendo su agitada respiración—. Piensa en positivo. Eres un triunfador, Cameron Moore. Siempre lo has sido. Conseguirás lo que te propones.

—¿Y si no es así?

—Hemos tocado fondo. Ahora sólo podemos ir hacia arriba, y eso es lo que haremos. —Le besó en la mejilla destemplada—. Estoy contigo. De verdad, lo estoy.



Por acercarse al menos un poco a la tosca y bruta realidad, se podía decir que aquel era el día más arriesgado y tenso de sus vidas. Habían acordado ir de frente y demostrarle a Elizabeth que iban a suponer todo un reto en el conflicto legal; dos grandes oponentes en los juzgados.

Tras un par de semanas planeando la estrategia adecuada, analizando una posible emboscada, recopilando pruebas y asegurándose de la veracidad de los hechos ocurridos, decidieron sorprender a Elizabeth in fraganti para que no tuviera ninguna posibilidad de negar sus escarceos amorosos. Por ello decidieron convertirse en su sombra a la hora señalada, después de salir del trabajo. Cameron le había hecho creer que tenía el camino libre al declarar que se quedaría hasta tarde programando una importante reunión para la empresa, así que su mujer picó el anzuelo sin apenas esfuerzos. Tras dejar a Tommy con la niñera, no perdió el tiempo en llegar a su destino. Cameron y Erika la siguieron con cautela hasta las afueras de la ciudad, en una acomodada zona residencial donde más tarde se reuniría con Clyde.

Pese a ser conscientes de que sus intenciones de salir de allí con los papeles del divorcio firmados por la todavía mujer de Cameron eran casi nulas, preferían seguir adelante. Separarse constituía alcanzar el primer nivel. Más adelante, ambos tendrían que sacar la artillería pesada cuando el tema en cuestión fuese la custodia de su único hijo.

El encanto de ese entorno alejado del bullicio de Nueva York concedía una gran privacidad. Desde luego, Elizabeth no solía descuidar ningún detalle, pero estaba a punto de ser descubierta y ni siquiera podía imaginárselo.

La pareja de amantes esperó en el interior del coche a que la susodicha protagonista saliera de su vehículo para justo después perderse de vista en el interior de la casa, la cual contaba con una arquitectura férrea y elegante. Sin escatimar en gastos. Durante el trayecto había permanecido en silencio, tal vez preparándose mentalmente para el choque que estaba por venir.

Cuando pasaron los cinco minutos de cortesía, Cameron pisó el acelerador sin hacer vibrar en exceso el motor y aparcó a pocos metros de la entrada principal. Quitó la llave del contacto, se desabrochó el cinturón de seguridad y se bajó del coche. Erika le imitó no sin cierto pesar en el pecho. Odiaba actuar a ciegas, pero ya no podía marcharse.

No se escuchaba ningún ruido por los alrededores, así que Cameron se adelantó. Con el cuerpo ligeramente flexionado hacia delante y con inaudibles pasos, se plantó delante de la puerta y asió el inmenso picaporte de acero cromado. Para su sorpresa, comprobó que estaba abierta. Enderezó su cuerpo y se dispuso a entrar.

—Espera —susurró Erika cogiéndole del antebrazo en el último segundo—. ¿Seguro que quieres hacer esto?

—Sí. ¿Y tú?

Asintió en silencio.

—Lo deseo tanto como tú. Sólo quiero que seas consciente de nuestros actos.

—Lo estoy. —Le acarició la mejilla de forma leve—. Muy pronto todo esto habrá acabado y estaremos juntos, pero antes tenemos que pasar por lo peor.

—Tienes razón.

—¿Preparada? —Dejó escapar una larga y tensa bocanada de aire—. Después de ti.

La puerta se abrió hacia dentro e irrumpieron en la propiedad privada, consistente en un enorme recibidor, altos techos y un color neutral que coloreaba toda la fachada visible. No había ni rastro de ninguno de los dos culpables. Prosiguieron su andadura con pies de plomo y los corazones al borde de un ataque.

Parecían estar perdiendo la compostura cuando llegaron a una prominente sala que servía como salón y comedor. Por suerte, no necesitaban seguir buscando. La habían encontrado. Elizabeth Moore estaba allí mismo, de espaldas a ellos.

—Vaya —dijo en tono burlón—, has llegado antes de lo previsto, Clyde. No te esperaba hasta dentro de unos minutos... —Cuando giró sobre sus talones, la sonrisa esculpida en sus labios se borró de inmediato, y sus extremidades se tensaron. Su tranquilidad se vio saqueada en el acto. Sostenía una copa de vino en la mano derecha, pero cuando percibió la presencia de los otros dos, la dejó caer involuntariamente sobre la carísima alfombra del salón. Su boca era una tensa línea en el rostro y su lenguaje no verbal comenzaba a echar humo.

—Lamento no ser quien esperabas —murmuró su marido—, pero no te preocupes. No te quitaré demasiado tiempo.

—Cameron... —Parpadeó un par de veces, y después soltó el aire casi con aplomo—. ¿De dónde has salido?

Su marido se atrevió a acercarse un poco y la señaló directamente.

—No me andaré con rodeos —masculló—. Lo sé todo. Todo lo que me has estado ocultando. Erika me lo ha contado.

Ella no pareció sorprenderse demasiado después de asimilarlo al cabo de unos segundos. Tuvo la frialdad de pasar de un extremo a otro. De la incertidumbre al control de sus emociones. De alguna forma había imaginado que algo así acabaría sucediendo.

—¿También te ha contado que hizo un trato conmigo?

—Ha sido completamente sincera, al contrario que tú.

—¿Sincera? —Sonrió de manera cruel, como si acabara de escuchar algo verdaderamente gracioso—. ¿Antes o después de que su conciencia no la dejara vivir en paz?

—No trates de eludir tu parte de culpa. Estamos hablando de ti. Yo he cometido errores, pero tú... —Metió la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros y sacó un par de fotografías con alto contenido erótico en las que aparecían Elizabeth y Clyde—. ¿Cómo pudiste hacerlo, Elizabeth? —Las dejó caer

sobre el suelo—. ¿Cómo pudiste engañarme con alguien de mi propia familia?

—¿Tú vas a darme clases de moralidad? —Torció el gesto—. Desde luego, yo tenía razón. Estáis hechos el uno para el otro. Igual de ridículos, igual de hipócritas. —Se desplazó hacia un lateral—. ¿Cómo me habéis encontrado?

—No ha sido difícil. También cometes errores y nos hemos limitado a seguirte.

—Contesta a mi pregunta. ¿Qué coño estáis haciendo aquí? —Señaló a Erika con repulsión—. ¿Desde cuándo te dejas ver acompañado de esta zorra?

—Cuidado. No voy a permitir que le faltes al respeto.

—¿Sí? ¿Y qué vas a hacer, Cameron? No vas a poder vencerme. Acabas de empezar una guerra que no puedes ganar.

—Eso ya lo veremos.

—Desde luego que sí. Voy a disfrutar mucho viendo cómo te hundes en lo más hondo. Voy a quitarte hasta la última de tus pertenencias.

—No me importa una mierda, Elizabeth. Puedes quedarte con todo, pero no te quedarás con mi hijo. —Daba la impresión de haber repetido ese mismo discurso miles de veces en su cabeza y era todo un alivio expresarlo en voz alta, una liberación profunda—. Antes tenía miedo de actuar, pero eso se acabó. Voy a luchar por él.

—¿Quién en su sano juicio te concedería la custodia de Tommy? —Ladeó la cabeza con gran satisfacción—. Puedo convencer a cualquier juez de Nueva York para que actúe en tu contra. Me lo has puesto demasiado fácil. —Chasqueó los dedos delante de su cara, en un gesto cargado de pedantería—. Tengo los mejores abogados trabajando para mí.

—Yo también. —Levantó un poco la cabeza y el tono de voz—. He contratado a Patrick Ross.

—¿Ross? —Repitió el apellido con vacilación—. ¿El idiota que adora salir en los periódicos predicando lo bueno que es? —Aplaudió de manera irónica—. Bravo, te felicito. Perderás gran parte de tus ingresos costeándote a un tipo como él. Por lo que he oído, su presencia requiere miles de dólares. ¿Con qué dinero piensas pagar sus honorarios?

—Eso no es asunto tuyo —espetó Erika interrumpiendo la conversación.

—Vaya, ¿ahora te diriges a mí? —entonó la futura ex señora Moore—. Creía que no podías caer más bajo, pero estaba equivocada. Vienes aquí y pretendes hacerme creer que eres la mujer perfecta para él.

—Lo único que sé es que soy mejor que tú.

—Mejor para abrirte de piernas a la primera oportunidad, querrás decir.

Cameron dio un paso y tiró la carpeta de documentos que había guardado en el bolsillo interior de su chaqueta sobre la mesa.

—Esto se ha acabado —dijo—. Este matrimonio es un error.

—Lo nuestro hace mucho que terminó —recalcó su mujer—. Antes de que pudieras darte cuenta.

—Entonces, zanjémoslo cuanto antes.

—¿De veras crees que soy tan estúpida? ¿Has montado toda esta escena para que acepte de buena gana el divorcio? —entonó rozando su rizado cabello con las puntas de los dedos, deleitándose en sus propios argumentos—. ¿El mismo divorcio del que nunca he querido saber nada?

—Firma los papeles, Elizabeth.

—¿Y si no lo hago?

—No juegues conmigo. —Apretó la mandíbula—. Vas a hacerlo de cualquier forma.

—¿Cómo? No puedes obligarme. —Se tocó la alianza, haciéndola girar sobre su dedo anular—. Piénsalo bien, Cameron. A ojos de los demás, yo sería la esposa engañada que busca desesperadamente la manera de conservar a mi familia, mientras que tú, bueno... —Carraspeó—. Serías exactamente lo que eres ahora. Un tipo despreciable que no ha dudado en tirarse a su compañera de trabajo y terminar con un matrimonio estable y feliz. ¿Quién se pondrá de tu parte?

—Yo no soy el malo aquí. Tenemos el mismo porcentaje de responsabilidad.

—No se trata de ti o de mí, no hablo de nuestros intereses. Velo por la integridad emocional de nuestro hijo. Sigo atada a ti por él, para que no tenga que pasar por un proceso tan desagradable. ¿Tienes idea de lo que vas a provocar? ¿Eres consciente del daño que vas a causarle con todo esto?

—Es fuerte y muy perspicaz. Saldrá adelante. Ya lo entenderá.

—Oh, por el amor de Dios, ¡es sólo un niño! —Ahora sacaba a relucir su papel de madre. Sonaba directa, sincera y sin tapujos. Realmente demostraba que era capaz de continuar formando parte de un matrimonio extinto sólo por la felicidad de su pequeño—. ¿Acaso no puedes conformarte con mirar hacia otra parte? Es justo lo que yo decidí hacer. Sabía que estabais liados y aun así nunca me interpuse. ¿Por qué tienes que complicar la situación? Eres un maldito egoísta. Si de verdad te importase Tommy, no sacarías nuestros problemas a la luz.

—Despierta de una vez, Elizabeth. ¿De qué sirve que sigamos juntos? ¿Qué bien podemos hacerle al continuar viviendo bajo el mismo techo? Ignorar la realidad no va a hacerle ningún favor. ¿Prefieres que crezca viendo cómo nos despreciamos el uno al otro? ¿Consideras que ese tipo de estabilidad basada en las mentiras va a ser más adecuado? —Su rígida mandíbula afilaba sus rasgos—. Yo creo que no. Prefiero que vea las cosas tal y como son.

—¿En serio? ¿Y cómo piensas explicarle a un niño de seis años que sus padres van a romper la única rutina que conoce? En su mente creará firmemente que él es el responsable. Se culpará por algo que ni siquiera llega a entender.

—Lo superará.

—De ninguna manera. Esto le dejará secuelas de por vida.

—Ahora eres tú quien exagera y creo saber por qué. ¿Vas a excusarte en él para hacerme dudar? Pues olvídalo, porque la decisión ya está tomada.

—Sólo por tu parte. Para que esto concluya, me necesitas, y lamento decirte que no estoy por la labor de ponerte las cosas fáciles.

—¿Y tú me tachas de egoísta? Nos conducirás a un camino interminable de juicios y discrepancias. Así también le harás daño. Sería mejor llegar a un acuerdo.

—¿Entre tú y yo? —Movi6 un dedo en el aire en sentido negativo—. Míranos, no podemos ser más opuestos. Vamos en sentido contrario y no voy a cambiar de idea. —Echó un vistazo a su reloj de pulsera—. Y ahora, si ya has terminado, te sugiero que tú y tu fulana desaparezcáis de mi vista inmediatamente antes de que llame a la policía por allanamiento de morada.

—¿En serio eres capaz de caer tan bajo? —espetó Erika perdiendo la compostura—. Tú hiciste lo mismo al irrumpir en mi apartamento, ¿recuerdas?

—Cielo, ese fue un asunto completamente diferente. Para empezar, tú ni siquiera deberías haber aparecido. No pintas nada.

—En realidad, sí. Después de todo, merezco estar presente. Yo fui quien movió los hilos para que Cameron se enfrentara a ti.

—¿Y por qué? —Sonrió de medio lado mientras jugueteaba con sus perfectas uñas de porcelana—. ¿Tanto deseas ocupar mi puesto? Tranquila, te lo cedo. Así podrás tener todo lo que siempre has deseado. Una auténtica familia... Qué lástima que no hayas tenido reparos en arrasar con todo sólo para conseguirla.

—Cierra la puta boca, Elizabeth. —Ya había olvidado su predeterminada contención y la bomba en su interior había estallado, derramando en palabras su más absoluto desprecio por la mujer que tenía delante—. No puedes hacer nada para cambiar el pasado y está claro que tu futuro no va a salir tal y como estaba previsto. Si quieres hacerlo por las malas, adelante. Pero no creas ni por un segundo que partes con ventaja. No vamos a darte la oportunidad que tanto ansías.

—Bravo —se burló aplaudiendo con sorna—. ¡Qué gran interpretación, señorita Osborn! Pero no me lo trago. No estás a la altura de las circunstancias.

—Que te jodan.

—Qué brillante... soez. Guarda tu fiera interior, nena. Cuida tus modales porque muy pronto tendrás que hacer gala de ellos. Vaya, Cameron. Sí has encontrado a tu alma gemela. Te felicito.

—Por supuesto que sí. Doy gracias a Dios por cruzarme en su camino, porque me ha hecho ver que la vida puede ser maravillosa a su lado.

—Entonces, ¿por qué no huís ahora mismo? ¿Qué te lo impide? Nos harías un gran favor a todos... —Hizo sonar uno de sus tacones contra el suelo—. En cualquier caso, es un hecho. Acabas de firmar tu sentencia, Cameron.

Seguramente la discusión habría continuado hasta la saciedad, pero un sonido metálico a lo lejos interrumpió la desagradable conversación. Justo después, unos pasos decididos se escucharon. No estaban solos.

—¡Elizabeth! —gritó Clyde—. ¿Preciosa, estás en casa?

Un cortante silencio perforó los rostros de los presentes, percibiendo que la amplitud del conflicto iba a duplicarse por aquello.

—Sí —respondió la aludida con un tono tan marcado y tranquilo que daba grima—. Pero hay alguien más aquí. Ven a saludar a nuestros invitados de honor.

—¿De qué estás hablando? —expresó en voz alta su amante, acudiendo al salón tan rápido como una flecha, aturdido por lo que acababa de escuchar—. ¿A quién te refieres? —Cuando entró, no pudo proseguir sus pasos. Recibió una potente descarga, un peligroso calambre que le sentó terriblemente mal. Sus ojos se abrieron como platos y hasta su tono de piel pareció cambiar por uno más pálido. Sus cejas arqueadas denotaban una patente ausencia de recursos con los que poder contraatacar. Por nada del mundo se podía haber imaginado una escena más caótica. Un matrimonio roto con sus respectivos amantes, todos tan juntos que casi se podía oler las hormonas saturadas esperando la colisión—. ¿Pero qué...?

—Hola, primo —masculló Cameron conteniéndose para no romperle la cara—. ¿Te alegras de verme?

Impactado, Clyde dedicó una buena cantidad de segundos en mirar a Elizabeth con el propósito de encontrar una explicación coherente. Miraba a esas tres personas en una sucesión interminable, asemejándose mucho a un partido de tenis. Abrió la boca pero no articuló palabra. Sólo después de parpadear un par de veces y sacudir los hombros en pro a una necesitada reanimación, preguntó:

—¿Por qué están aquí?

—Cameron me pide el divorcio —explicó Elizabeth evitando andarse por las ramas—. Dado que ya se ha descubierto toda la trama por ambas partes, quiere que nos separemos lo antes posible.

Su amante se pasó la mano por el mentón, pensativo. Incluso así, su atractivo era escandalosamente visible. Un mujeriego que estaba retenido contra su voluntad. Tenía ese brillo en los ojos que mostraba una tendencia a la resolución sin mayores complicaciones.

—Hazlo —masculló al cabo de un silencio sepulcral—. Dales lo que quieren. A fin de cuentas nunca ha sido un auténtico matrimonio. Ya coqueteabas conmigo antes de casaros así que, ¿qué importancia tiene ahora que os separéis?

—Clyde, ya sabes lo que opino al respecto. Te digo lo mismo que a mi todavía marido. Aquí está en juego la estabilidad de mi hijo.

—Bueno, el pequeñín seguirá teniéndooos a ambos. —Se metió las manos en los bolsillos—. Hay cosas peores.

—Ni se te ocurra hablar de él —le advirtió Cameron. Estuvo a punto de terminar con la escasa distancia que les separaba para lanzarle un puñetazo, pero Erika se interpuso justo a tiempo—. Eres un desgraciado...

—Eh, tranquilo. —Enseñó las palmas desnudas de sus manos en gesto pacífico y teatral—. No tengo nada en contra tuya, Cameron. Vamos, somos familia.

—Por lo que sé, ese detalle no tiene ninguna relevancia para ti.

—No la tomes conmigo. ¿Qué podía hacer? —Se encogió de hombros—. Me conoces desde que éramos críos. Conoces mi predilección por las mujeres hermosas. Si estabas dispuesto a desperdiciar a Elizabeth, ¿por qué yo debía hacer lo mismo? —Marcó su territorio desplazándose al

lado de Elizabeth, colocándole la mano directamente en su trasero—. Siempre me he enorgullecido por tomar la iniciativa, así que aproveché la oportunidad. Llevamos años engañándote a tus espaldas, así que puedes entender que no es algo que pueda deshacerse sólo porque lo hayas descubierto ahora. Tú ya estabas ocupado follándote a tu compañera. Entonces, ¿qué sentido tenía mantener las manos alejadas de tu esposa?

—Eres un hijo de puta.

—Lo somos, amigo. No te excluyas.

—Vas a pagar por esto.

—Sé un poco más específico. ¿A qué te refieres con esto? —Su sonrisa le hizo parecer un frío reptil—. Sólo me limito a cumplir con tus labores de buen esposo. Le doy todo el placer que no recibe de tu parte. Deberías agradecermelo.

—Me avergüenza que seas de mi familia.

—Bueno, recuerda que llevamos la misma sangre y que ambos hacemos cosas que no deberíamos. Debe de ser genética nuestra propensión a la infidelidad, ¿no te parece?

—¡Vas a tragarte tus palabras! —gruñó Cameron abalanzándose contra él, incapaz de parar.

—¡No! —exclamó Erika reaccionando al mismo tiempo, agarrándole de la chaqueta y tirando con fuerza. Se puso delante y le paró con su propio cuerpo, de la misma forma que si intentara sosegar a un caballo asustado—. No caigas en su juego. —Le sujetó la cara con firmeza, asegurándose de que la mirase a los ojos—. No merece la pena.

—¿Tan engatusado estás por ella que permites que te diga lo que tienes que hacer? —entonó Clyde.

—Ya es suficiente, no les hagas caso —susurró Erika con intención de marcharse—. Vámonos.

—Sí, Cameron —masculló su mujer con un timbre agudo, imitándola—. Haz caso a tu... ¿Cómo decirlo? Mmmm... ¿Futura compañera de vida?

Esta vez fue ella misma quien no pudo contenerse.

—Así es. —Se giró para mirarla directamente—. Lo seré para siempre, y aunque no estés de acuerdo con ello, también seré una referencia para... Tommy.

La cara de Elizabeth se transformó. Experimentó una oleada de odio y venganza. Hablar de su hijo era territorio prohibido.

—Ni se te ocurra mencionar su nombre. —Dio un paso hacia Erika, con un lenguaje corporal que tenía vida propia—. Escúchame bien, maldita puta. Como intentes acercarte a él más de lo necesario, te destrozaré.

—Tranquila, le cuidaré bien. —Sabía que lo que diría a continuación la enfurecería todavía más—. Seré como una segunda madre para él. No tendrás que preocuparte mientras estés ausente.

—¡Cállate! —Salió despedida hacia delante, con una fuerza sobrehumana, consiguiendo alzar la mano y darle una bofetada a Erika en una de sus mejillas.

Cameron las separó de inmediato, pero cogió por los hombros a Erika ya que esta, lejos de

amilanarse, tenía firmes intenciones de devolverle el golpe.

—¡No eres más que una miserable! —bramó Elizabeth con sus oscuros ojos echando chispas—. Vas a desear no haber empezado con esto...

—Siento estropear el apasionado encuentro, pero no deseo que esto se convierta en una pelea de gatas —intervino Clyde abrazando a Elizabeth desde atrás para evitar que se enzarzara de nuevo—. Largaos o las cosas se pondrán todavía peor.

Un minuto después el hombre rubio y la mujer que amaba ya habían abandonado la casa. Caminaron rápidamente hasta el vehículo y se subieron a él. Cameron arrancó y salieron a toda velocidad de allí.

Doblemente dolorida por el golpe y la imposibilidad de haber podido asestarle un buen puñetazo a su adversaria, Erika se pasaba los dedos por la mejilla teñida de rosa.

Horas más tarde, y para poner distancia de por medio, Cameron tomó la decisión de recoger todas sus pertenencias y abandonar la que hasta hacía poco había considerado su casa para trasladarse al apartamento de Erika. Para distraerse del complicado amasijo de confrontaciones creado debido a sus actos de última hora, habían salido a cenar a un buen restaurante y tras pagar la cuenta, Cameron se metió en el coche con Erika y condujo por todo Manhattan, sin mostrar el más leve signo de latencia, ni una ínfima señal de cambio en su impasible rostro. Ella no dijo nada, pues sabía que su apreciado acompañante necesitaba un respiro y estaba dispuesta a dárselo. Quería dejarle respirar; nada de agobios indebidos. Permanecer a su lado para lo que requiriese. Nada más que eso.

Sin saber muy bien cómo, acabaron justo enfrente del Aeropuerto Internacional de Newark, en Nueva Jersey. Todo estaba en silencio a su alrededor. Nada de distracciones, nada de público que les observara, nada de vehículos transitando, sólo un puñado de aviones nocturnos que se elevaban de vez en cuando hacia el cielo oscuro para perderse a lo lejos.

La única iluminación cercana que les envolvía procedía de los faros delanteros del vehículo. Ambos estaban sentados uno al lado del otro, encima del capó, esperando algo que tenía todo el aspecto de no llegar a producirse. Un no sé qué impreciso, tal vez una solución absoluta al caos desatado.

Los dos estaban más ausentes de lo normal, pero Cameron se llevaba la victoria por mucha diferencia. Tenía la cabeza ligeramente elevada, tratando de distinguir un puñado de estrellas que no brillaban lo suficiente. El azul incandescente de sus ojos se había vuelto pálido, escuálido. Pero aun así, la mujer que le observaba no dejaba de tener la esperanza de poder hallar un remedio a sus males. Tenía que haberlo, en alguna parte. Le destrozaba verle de aquella manera, tan callado y pensativo. En momentos así presentía que sería capaz de cualquier cosa por borrar la infelicidad que parecía distanciarles. Se esforzó por mantener ese impetuoso silencio, pero su terquedad cargada de estrógenos pudo más que cualquier otra cosa. Apoyó su cabeza sobre el fuerte hombro y se decidió a mover los labios.

—Cielo, no pretendo incomodarte, pero llevas toda la noche callado. —Buscó a tientas el contacto con sus manos—. Sabes que puedes contarme cualquier cosa, confesarme lo que te preocupa...

—Lo siento, pero no tengo ganas de hablar. —Frunció los labios curvándolos hacia abajo—.

Agradezco tu interés, en serio, pero no es un buen momento.

—Lo entiendo. —Llenó al completo sus pulmones y después soltó el aire de manera prematura—. Sólo quiero que sepas... que estoy aquí.

Él sonrió por un fugaz segundo.

—Como siempre. —Se llevó la mano de Erika a los labios y le dio un tierno beso de agradecimiento. Justo después alguna idea cruzó su mente y ella supo verlo.

—¿Qué?

—¿Puedo pedirte algo? —preguntó medio indeciso. Casi apartando la mirada, inexplicablemente tímido.

—Claro que sí.

Cameron la sujetó firmemente entre sus brazos y la movió en el aire, colocándola encima de él, con las piernas de su amante alrededor de su cintura. Juntó su nariz con la de ella, pegando su frente sobre la de Erika, respirando al mismo tiempo.

—Abrázame.

Ante aquel inesperado grito de necesitado contacto, la joven de ojos claros no se lo pensó dos veces. Le asió tan fuerte contra su pecho que podía sentir cada uno de sus latidos. Era el sonido más agradable que podía escuchar.

Al cabo de un minuto, tras permanecer en esa posición inmóvil pero gratificante, Cameron buscó instintivamente los labios de Erika. Cuando los encontró, la besó con pasión, casi con furia. Era una especie de liberación y estaba descargando toda la adrenalina. No obstante, al percibir que estaba siendo tal vez un poco intenso, paró de inmediato, temiendo hacerla daño.

—¡Mmmm...! —Chasqueó la lengua—. Perdón, no pretendía...

—¿Te disculpas por besarme? —preguntó Erika. Negó con la cabeza y le pasó las yemas de los pulgares por la línea de la boca—. Ese comentario ha estado de más...

—Ya sabes lo que quiero decir. —Sonaba arrepentido y avergonzado por su falta de tacto—. Preferiría no estropear lo nuestro. No me gustaría hacerte sentir molesta. No después de todo lo que has hecho por mí.

—Cameron, desde que te conozco, no has hecho más que facilitarme las cosas, alegrarme la vida. Te garantizo que podrías pasarte una eternidad besándome y no me oirías quejarme. —Levantó una ceja, provocativa.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. —Se adelantó y fue quien devolvió el cálido golpe de esos besos de los que nunca se cansaría. Él emitió un gruñido y correspondió a ese ímpetu que compartía por igual.

—Erika... —murmuró entre beso y beso, aumentando de temperatura.

—¿Qué?

—Verás, no quiero parecer brusco, pero el día de hoy me ha dejado extasiado y sólo quiero evadirme. Olvidarme de los problemas. —Metió la mano bajo la ropa de Erika y le acarició la espalda, sin dejar de mirarla a los ojos—. Había pensado que tener sexo contigo aliviaría la tensión.

Erika dejó escapar una risita juvenil.

—Te entiendo, opino exactamente lo mismo. —Le pasó las manos por el pelo rubio y arqueó las caderas como provocación—. Me vendría bien un poco de fricción masculina.

—Entonces... —La besó en el cuello, produciendo una reacción eléctrica en su piel—. ¿A qué esperas para quitarte la ropa?

—Prefiero que lo hagas tú.

Fue lo mejor del momento, ese consentimiento por ambas partes. Querían lo mismo, buscaban lo mismo. Podían expresarse por medio de una conversación, pero decirse lo que sentían a través de sus cuerpos unidos, bueno, aquello no tenía precio.

Sin más dilación, Cameron tiró hacia arriba de la blusa de Erika, sacándosela por la cabeza y los brazos extendidos hacia el cielo. La tumbó sobre el capó con cuidado y la besó exactamente sobre el corazón. Sonrió y fue bajando por el tronco. Le desabrochó los botones del pantalón y se lo bajó lentamente, primero una pierna y luego la otra. Ya la había dejado en ropa interior y sin embargo, se detuvo un minuto para observarla.

Ante aquella pausa, Erika cogió las manos de Cameron y las colocó sobre su cintura, instándole a que prosiguiera.

—¿Necesitas que te guíe?

—No será necesario. —Se echó sobre ella y la besó en la frente—. Recuerdo perfectamente el camino.

Se vio sorprendido por sus movimientos de felina, y Cameron acabó debajo de esa mujer casi desnuda. Sabía lo que venía a continuación.

—¿Va a desnudarme, señorita Osborn?

—Sí, eso es justo lo que voy a hacer —respondió quitándole el cinturón. Le desabrochó la camisa y la despojó de esos anchos hombros. Pasó a la parte inferior, tanteando el camino.

—Creo que ya estás listo... —Notaba el bulto de la entrepierna.

—Eso me temo.

Erika le dejó en calzoncillos y permaneció en la misma posición. Le pasó la lengua por esos increíbles pectorales tensos y robustos. Continuó por los abdominales, surcando el volumen hasta llegar al ombligo. Se obligó a parar, repitiendo el gesto de Cameron.

—¿Estás imitándome?

—Sí. —Se inclinó sobre él y le atrapó la cara entre los dedos, besándole en la barbilla—. ¿Tienes algún problema al respecto?

—Bueno, yo no lo definiría como tal... —Le atrapó el trasero con sus fuertes manos, presionando

con las yemas de los dedos—. De todas formas, me gusta.

—¿En serio?

—Erika, todo lo que haces me gusta. Me encanta —terció.

—¿Y qué tal si hago esto? —Le metió una mano escurridiza dentro de sus calzoncillos—. ¿Te gusta?

—Sí. —Él cerró los ojos ante el placer que le invadió.

—¿Y esto? —Se llevó la mano libre a la espalda y con un movimiento rápido de pinza, se desabrochó el sujetador negro de encaje.

—Me gusta aún más.

A Cameron le agradaba estar debajo para contemplarla tal y como era, una diosa que, literalmente, siempre estaría por encima. Alzó las manos y le cubrió los pechos con las palmas. Para seguirle, ella se movió sensualmente, sintiendo la erección a tan sólo un palmo, separados únicamente por un par de prendas de fina tela.

Después de masajearle el pecho, Cameron la cogió con delicadeza de las muñecas y con la fuerza de su pelvis, giró hacia la derecha para volver a situarse encima. El capó vibró bajo sus movimientos.

—¿Ahora quién imita a quién? —murmuró Erika con la mirada encendida y la piel de gallina.

—Sé que no te importa. —Le recorrió con los dedos el costado, haciéndola temblar, más por placer que por cosquillas.

—¿Y si nos pillan?

—Intentaré darme prisa.

—Eso no. —Tenía incluso más ganas que él—. Prefiero que nos multen por exhibicionismo antes que acelerar el proceso. —Se mordió el labio—. Extiéndete todo lo que puedas.

—¿Es una orden? —Su hombre mostró una sonrisa ardiente.

—Algo así.

—De acuerdo, entonces. —Se quitó de un tirón su ropa interior y enganchó el borde elástico de las bragas oscuras de su pareja—. Tú lo has querido. —La desnudó por completó y se acomodó entre sus piernas, pero no llegó a entrar.

—¿A qué esperas?

Cameron la besó en la mejilla y luego en la otra. Escondió su cara en el hueco del cuello de Erika y le susurró al oído:

—Antes de empezar, quiero que quede claro que mi intención de acostarme contigo no es una muestra de despecho. No lo hago por Elizabeth, no quiero hacerlo por vengarme de ella. Lo necesito porque me haces bien, y dado que sabes encontrar esa parte excepcional de mí que dudo mucho que exista, no puedo imaginar mejor manera de acabar la noche.

—Lo sé, pero es agradable oírlo. —Ronroneó con descaro, relamiéndose—. ¿Algo más?

—Sí. —Le pellizó un pezón, excitándola todavía más—. Me haces un gran favor accediendo a lo que pido, pero no sé si...

—No sigas por ahí —le interrumpió—. Para aliviar tu posible cargo de conciencia por hacer caso a tus impulsos, te diré que continúas siendo un caballero aunque ahora mismo estés a punto de estar dentro de mí.

—Pero quiero estar seguro. Este no es el sitio más adecuado... No deseo extralimitarme contigo. Si en cualquier momento decides parar, házmelo saber. Si es necesario, rogaré.

—No hace falta que supliques. —Hundió las uñas en el varonil trasero para apremiarlo—. De todos modos, y aunque no me lo hubieras sugerido, iba a darte lo que pides. —Le mordió el labio con avidez—. ¿Conforme?

Cameron asintió y se apretó contra el cuerpo femenino. Su miembro se enterró en la parte más interna de Erika y esta gruñó de inmediato.

—Si te hago daño, dímelo —susurró entrelazando sus manos.

El contacto fue de menos a más. Era una delicia estar acompañados de un aire fresco que lidiaba con sus respectivos calores.

La joven se estremecía una y otra vez, notando la fricción en sus paredes internas. Le provocaba tal frenesí que aunque hubiese querido, no habría podido parar. Le encantaba ser poseída, y hacía mucho que no la tocaba con semejante plenitud, de manera tan primaria, visceral, y aun así, con reticencia. Le pasaba las manos por esa ancha e interminable espalda, saltando bajo sus dedos la torsión de todos esos músculos. Su lengua se perdía en esa boca del Dios del cielo y los jadeos se hacían un hueco para poder salir lo antes posible de su garganta.

Cameron estaba entregado, era su medicina, por eso aumentaba el ímpetu en sus estoques, clavándose en lo más hondo, saboreando una pasión nocturna y a plena vista. Se perdía en ella desde sus cinco sentidos, mordiéndola en el cuello, la barbilla y de nuevo en los labios. Sacaba su lengua a pasear por ese rostro angelical para más adelante posar la boca en los tiernos pechos de la mujer que estaba amando. Estaba tan excitado que preveía una erupción antes de tiempo, así que se mandó mentalmente sosegarlo dentro de lo posible. Disminuyó el ritmo y lo hizo de forma más suave. Su pecho se agitaba como un tiovivo frenético.

Paró el movimiento incesante de sus caderas y salió de ella. Se separó lo justo para dejarle espacio suficiente, y le susurró:

—Date la vuelta.

Erika obedeció sin quejas y le otorgó unas interesantes vistas de su nuca, espalda y trasero. Era preciosa desde todos lados.

—Pon las manos sobre el parabrisas.

De nuevo hizo lo que le pedía y sus palmas se pegaron al cristal. Cuando la tuvo en esa posición —que se asemejaba mucho a una detención de una criminal por parte de un atractivo policía—, volvió a fusionarse con ella, poniendo atención para no introducirse en una sola estocada.

—Quiero que me sientas desde todas las posibles perspectivas.

Era inusual que practicaran sexo en aquella posición, sin mirarse a los ojos, pero por una vez, tanto uno como otro parecían dispuestos a hacer una excepción.

—Esto no puede ser más perfecto –murmuró Cameron mientras su pelvis proseguía con su danza, adelantaba una mano para esconderla en el pubis de Erika y con la otra la sujetaba de la cintura—. Estamos a cielo abierto, bajo las estrellas.

—Corrijo, señor Moore. –Su espalda se arqueaba sin descanso. El sudor en sus palmas dejaba una huella en el parabrisas—. Tú estás bajo las estrellas, pero encima de mí. Y yo... estoy justo donde quiero estar.

Cameron le respiraba sobre la nuca, mordiéndola en la oreja y en el cuello, saboreando. Por su parte, ella recibía cada estocada con aplomo, haciendo retroceder sus caderas para cada impacto, moviendo su trasero en graciosos círculos para incrementar la sensación.

Cuando llegaron al clímax por igual, él se desplomó a un lado y Erika rodó para ponerse encima. Desnudos, sudorosos y abrazados, contemplaron las estrellas durante largo rato, retrasando ese inevitable aunque esperado momento de volver a casa.



Aquel día el cielo se había teñido de un gris profundo. Las nubes eran espesas y se avecinaba tormenta. En el apartamento de la Quinta Avenida, Cameron Moore y Erika Osborn permanecían a la espera de la hora indicada, justo cuando se encaminasen hacia los juzgados, empezando la disputa que les llevaría a una victoria, o por el contrario, a una derrota amarga con sabor a soledad paternal.

Erika había optado por lucir uno de sus trajes de ejecutiva en tono azul oscuro; la falda de tubo y la chaqueta de dos botones la hacían parecer discreta y seria, justo lo que necesitaba dar a entender, nada de excentricidades que desviarán la atención del tema principal. Una elegante cola de caballo recogía su pelo y unos finos pendientes de perlas adornaban sus orejas. Se había analizado más de un millar de veces con ese atuendo y deseaba conseguir la aprobación de esas miradas que la observarían de la cabeza a los pies.

Por su parte, Cameron iba vestido con un traje recientemente adquirido de tono grisáceo oscuro formado por pantalón, chaleco y chaqueta. Una bonita corbata negra y una camisa blanca inmaculada coronaban su aspecto. Estaba increíble, y Erika quiso hacérselo saber.

—Ese traje de tres piezas te sienta de maravilla, Cameron. —Al ver que él dudaba, sonrió—. Hablo en serio.

—Bueno, sólo quiero causar buena impresión —gorjeó frente al espejo divisando a su doble en el cristal.

—Lo harás. Mírate, estás impecable. —Detuvo la mirada en el chaleco, uno de sus muchos puntos débiles—. Eres tan elegante... Podría mirarte todo el día.

—Pues me temo que tendrás que dejarlo para otra ocasión. Tenemos un juicio pendiente. —Sólo la idea le sombreaba su bonito gesto—. Uno de tantos, en realidad...

—Va a salir bien. —Se posicionó junto a él, observando el reflejo de ambos. Hacían una pareja exquisita.

—¿Por qué pareces tan convencida?

—No lo sé, pero lo siento aquí. —Se señaló a la altura del pecho—. Mi corazón lo presiente.

—Rezo para que no te equivoques.

—¿Desde cuándo eres un devoto católico practicante? —fanfarroneó ella tratando de hacerle reír, cosa que consiguió a medias.

—Hechos inesperados... respuestas desesperadas.

—Si quieres tener fe, ten un poco de fe en ti. —Le apuntó con un dedo sobre la sien—. Puedes hacerlo, y yo estaré en la sala, escuchando todo lo que digas.

—¿Y si no soy lo que ellos esperan? Peor aún, ¿y si descubro que no soy lo que espero... de mí

mismo?

—No digas tonterías. —Le ajustó el nudo de la corbata; una especie de ritual al que nunca renunciaba—. Estás preparado para meterte a todas esas personas en el bolsillo. Recurre a tu carisma y a tu incalculable experiencia. Siempre lo has hecho y, que yo recuerde, nunca se te ha dado mal.

—Ya, pero no hablamos de una negociación empresarial con adversarios de una compañía que compite por los mismos recursos. —Apretó los puños—. Está en juego mucho más que la satisfacción de nuestros jefes.

—En efecto, por eso vas a ofrecerles tu mejor versión. —Le tocó el pecho—. Está ahí dentro, cielo. Sólo tienes que sacarlo.

Sin mediar más palabras, él la estrechó entre sus brazos y la besó en la sien. Respiró cerca de su cabello y emitió un sonido casi imperceptible de aprobación. Erika siempre solía oler de maravilla.

—Cuidado —susurró ella odiando tener que separarse del dulce e inesperado contacto—, no querrás arrugarme el traje y que todos lo vean, ¿verdad?

—Lo siento, tienes razón. —Devolvió sus brazos a la posición anterior. Le pasó el dedo pulgar por la barbilla—. Estás preciosa. Quiero decir, siempre lo estás, pero hoy... —Ensanchó una sonrisa auténtica—. Hoy pareces diferente.

—Lo estoy —dijo asintiendo.

—¿Por qué?

—Porque... tengo al hombre más maravilloso a mi lado y vamos a hacer grandes cosas juntos. —Le pellizcó en la mejilla—. Somos ganadores.

—Eres un gran apoyo, más del que imaginas. —Se quedó pensativo y sonrió de medio lado, ensimismado con su inherente imaginación—. Serías una excelente entrenadora.

Erika le guiñó un ojo y se estiró para darle un beso. Enseguida recordó la falta de vitaminas a primera hora de la mañana.

—A propósito. Yo apenas he probado bocado, pero tú ni siquiera has tomado un vaso de zumo. —Hizo una mueca de disgusto—. ¿Seguro que no quieres cambiar de idea? Un café te despejaría la mente...

—No, gracias. Ya comeré algo luego.

—¿Y cuándo será eso?

—¿Ahora eres mi madre? —se burló.

—Idiota. —Le empujó con la cadera—. Sólo me preocupo por ti.

—Ya... En serio, me aseguraré de tomar un buen almuerzo para compensar, ¿de acuerdo?

El resto del tiempo libre lo invirtieron de manera trivial, hablando sobre asuntos inocuos e inofensivos para distraerse del tumulto irremediable. Eran como un par de críos jugando a ser mayores, pero con la diferencia palpable de lo que se consideraba un adulto de verdad: a ellos no les permitirían ningún error.

Mientras entraban en el ascensor para llegar a la calle, la joven le agarró de la mano y preguntó:

—¿Dónde está tu coche?

—Hoy no voy a conducir —respondió Cameron manteniendo la mirada hacia el frente.

—De acuerdo. —Asintió, pero no entendió su postura—. ¿Prefieres que lo haga yo?

—No. —Negó con la cabeza como si tratara de hacerse entender en una lengua extranjera—.

Cogeremos un taxi.

—¿Qué? ¿Ahora? —recalcó mostrando su incertidumbre—. Es hora punta, Cameron. Va a ser casi imposible que encontremos uno a tiempo...

—Por favor, no quiero discutir.

—Vale, como quieras. —Exhaló aire por la nariz de forma automática para liberar su desazón—. Pero entonces será mejor que nos demos prisa. —Miraba cómo las luces que representaban cada piso inferior se iban iluminando a su paso—. No quiero llegar tarde.

—Tranquila, no te preocupes por eso. Ya me he encargado de ello. —Le pasó un brazo por la cintura y su voz se suavizó—. He pagado a un taxista de aspecto indio para que nos esperase abajo. Ni siquiera tendremos la necesidad de parar a uno.

Aun así, no le parecía la mejor idea del mundo, en especial cuando podían conducir por su cuenta sin tener que hablar sobre sus asuntos con una tercera persona escuchando en el asiento del conductor.

—Bueno, en ese caso, espero que no acabemos dentro de un infernal atasco matutino.

—Cameron echó un vistazo a su reloj. Iban con tiempo de sobra.

—¿Acaso estás ansiosa por llegar y verles las caras?

—Lo que estoy deseando es otra cosa. —Hizo sonar su tacón contra el suelo de acero del ascensor—. Hoy, tú y yo, vamos a demostrarle al tribunal, al juez y a todos los presentes que somos adecuados para el papel de progenitores.

—¿Te importa Tommy? —soltó de repente apoyando la espalda contra la pared del cubículo.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Sólo contéstame, por favor.

Lo meditó un segundo. No quería precipitarse pero deseaba mostrar resolución y seguridad, algo que Cameron necesitaba ver a simple vista para reforzar sus argumentos.

—Sí. —Fue sencillo pero también aplastante, incómodo y decisivo—. Claro que me importa. Es tu hijo.

—Sí, pero lo que quería decir...

—Sé muy bien lo que pretendías decir. —Se mordió la parte interna de la mejilla—. Es el pilar fundamental de tu familia y, dado que tú formas parte de mi vida, por lógica, él también va a serlo. Intentaré demostrarle que puedo ser su amiga, una figura femenina que no intenta suplantar a su madre

y, cuando llegue el momento de estrechar lazos, por mí no habrá ningún problema. Pondré de mi parte para conseguir ganarme su cariño o, al menos,... su respeto. No buscaré su continua aprobación, pero no dejaré que me vea como una intrusa que intenta arrebatárselo a su padre. Para ser del todo sincera, mi único objetivo es intentar evitar que me odie. —Cameron cerró los ojos y sonrió. Aquello le había hecho gracia y lo sacó a relucir—. ¿Por qué sonríes?

—Porque tus expectativas se cumplirán. Serás una buena referencia, la mejor de todas. Cuando te conozca, no pasará mucho tiempo antes de que te procese un gran cariño. —Sonaba convencido—. Tengo la sensación de que acabará adorándote.

—Y lo afirmas porque...

—Porque es igual que yo. —Se señaló, dando a entender que eran como dos gotas de agua, y no sólo por el aspecto físico—. Si yo te quiero, ¿qué te hace pensar que él no lo hará?

Quince minutos después ambos estaban sentados en la parte posterior del taxi amarillo y brillante que conducía aquel hombre de mirada oscura y piel marrón. Tenía el salpicadero reluciente, con un aroma de incienso flotando en el aire y con la ininterrumpida radio a un volumen intermedio, con una infinita música oriental que tarareaba en voz alta mientras daba pequeños toques sobre el volante para llevar el ritmo.

Por fortuna, no había demasiados vehículos circulando a aquellas horas —lo que significaba un milagro—, pero el zumbido de la melodía comenzaba a desquiciar progresivamente la paciencia de Cameron.

—Esto es de locos. Quería que alguien condujese por mí para poner toda mi atención en ti —aseguró—, para que me dieras fuerzas antes de la prueba de fuego. Pero ahora, con esa música en mi cabeza...

—No te quejes —murmuró Erika mirando a través de la ventanilla—. Llegaremos enseguida.

—Podrías decirle que cambiara de emisora —susurró en su oído.

—Díselo tú, Moore —contestó saboreando una venganza a pequeña escala—. Has sido tú quien quería venir en un taxi.

—Disfrutas viéndome sufrir...

—No dramáticas. —Se acurrucó en su hombro, sabiéndose segura—. Sólo cierra los ojos y piensa en cualquier cosa.

—Pienso en una playa... —Le pasó una mano por el vientre y la dejó allí—. Y en ti y en mí...

—Y en Tommy —añadió Erika por su cuenta.

En menos de diez minutos, ya habían llegado a su destino. Pagaron al conductor y se bajaron del vehículo fosforescente. Ante ellos, un imponente edificio de piedra y unas escaleras ascendentes de mármol les esperaban.

Erika suspiró hondo y ladeó la cabeza. Una vez dentro, empezaría la auténtica carnicería legal. Miró de reojo a su compañero para verificar cuál era su estado actual. Observando su nerviosismo palpable, tomó la palabra.

—¿Preparado?

—Sí. —Tragó saliva y miró los escalones como si fueran resquicios infranqueables—. ¿Estás conmigo?

—Siempre.

Avanzaron por largos pasillos atestados de hombres con maletines, voces graves y agudas y ecos de sus propios pasos. A medio camino se encontraron con su abogado, Patrick Ross, con un gesto tan serio y concentrado que demostraba que aquel era un caso para tomárselo con calma, pero peleando hasta el final. Se abrieron las puertas de la sala donde se celebraría el juicio y poco a poco los miembros del jurado fueron llegando.

Los tres se sentaron en una mesa rectangular y alargada de madera oscura y guardaron silencio, pero volvieron sus cabezas hacia atrás cuando oyeron un par de murmullos. Se trataba de la presencia de su adversaria. Elizabeth Moore apareció con un porte de maestría y elegancia que no pasó desapercibido. A su lado estaba Clyde, con la boca paralizada pero con un gesto de supremacía idólatra en sus ojos. La mujer de mediana edad, de pelo rubio y gafas que les acompañaba llevaba un maletín marrón y un sinfín de documentos bajo el brazo. Era sin lugar a dudas su abogada. Ese particular trío tomó asiento en la otra mesa que aguardaba de forma paralela a la de Cameron Moore.

Lejos de cohibirse, Erika levantó la cabeza con orgullo, prometiéndose no desfallecer. Ella y la otra fémina se miraron a los ojos, y podría jurar que Elizabeth la miraba con furia, como queriendo acabar con ella en ese instante.

Cuando las puertas de la sala se cerraron ante la custodia de dos guardias y un juez de tez arrugada y ojos pequeños aparecía con su larga toga oscura, ocupando su sillón en una zona más elevada y central de la estancia, se produjo un silencio voluptuoso.

Era oficial. El combate había comenzado.

EPÍLOGO



Seis meses después...

Todo el infierno parecía haber acabado. Las angustias, las presiones en el pecho y las visitas a los juzgados tenían por fin el cartel de finito. Tras una ardua batalla en los tribunales que parecía que no acabaría nunca, un giro inesperado a los acontecimientos cobró vida. La inquebrantable y aplastante seguridad que había caracterizado el semblante de Elizabeth desde el principio, se vio truncada de la noche a la mañana cuando su sueño de poder quedarse con su hijo se vio reducido a la nada, convertido en cenizas y destrozando sus profundas convicciones. Logró quedarse con el domicilio familiar y con toda clase de pertenencias, pero muy a su pesar, había perdido lo que más le importaba. No supo cómo convencer a las autoridades de que ella era la más adecuada para ejercer el papel principal en la crianza del niño, y su relación con Clyde –altanero, provocativo y emocionalmente discordante– no ayudó en absoluto. Su falta de modestia se hizo patente y cuando obtuvo la sentencia, incapaz de asimilarlo como un adulto recio y racional, perdió el control. Dejó de comportarse de acuerdo a las normas y cometió la estupidez de intentar impedir que el traslado de Tommy se llevara a cabo. Hasta Erika se vio afligida por aquella acción desesperada. Puede que la odiase, pero respetaba ese instinto maternal que veía reflejado en sus ojos.

Al otro lado de la balanza, Cameron Moore había vuelto a nacer. Hinchado de orgullo, pletórico, risueño y eufóricamente catatónico, había logrado lo que parecía imposible, lo que antaño creía que jamás podría suceder. Tras pelear ante el juez de forma incansable, exponiendo férreos argumentos a su favor, consiguió satisfacer los requisitos indispensables para hacerse cargo de su pequeño, demostrando que estaba cualificado para desempeñar al completo las labores como un padre entregado. Alcanzó la meta que hizo que tanto esfuerzo mereciera la pena: obtuvo la custodia exclusiva de Tommy, mientras que a su ex se le impuso un flexible régimen de visitas de varios días a la semana incluyendo fines de semana alternos.

Decididos a reescribir su historia para darle el enfoque adecuado, Erika y Cameron decidieron alejarse de Manhattan, y no tardaron en encontrar el sitio perfecto para comenzar a vivir juntos, como una auténtica pareja. Compraron una gigantesca casa de dos pisos, jardín y porche trasero a las afueras de Nueva York, en Riverdale, donde podían disfrutar a sus anchas sin que nadie les lanzase miradas de desaprobación y rodeados de naturaleza. No se podía pedir nada más.

El traslado estuvo acompañado de diversas modificaciones, en especial, de la renuncia de Erika a su puesto de trabajo. El escándalo no tardó en hacerse oír, y aunque el señor Harris sentía un gran afecto por ella y estaba dispuesto a mantenerla como su mano derecha, la joven declinó la propuesta y se despidió de sus compañeros. Sarah, David y especialmente Adam se llevaron una gran sorpresa. Pese a todo, y en contra de las habladurías, le desearon lo mejor, prometiendo que mantendrían el contacto de forma asidua. No tardó demasiado en encontrar otro empleo, nada más y nada menos que como redactora en el *New York Times*, gracias a una milagrosa y generosa carta de recomendación.

Cameron se mantuvo impasible, trabajando en la misma empresa, tolerando toda clase de

comentarios a sus espaldas, pero el salario era muy elevado y saber que al final del día podría reunirse con la mujer que amaba era un fuerte incentivo para hacer oídos sordos. Volvía a sonreír, a ser él mismo de verdad, el Cameron de mirada intensa e irrepetible.

En cuanto a la relación de Erika y Tommy, las cosas no podían ir mejor. El niño supo ver en ella una mujer con la que poder jugar y confiar. Erika se deshacía en cuidados y mimos hacia él. Lo había comenzado a querer con fuerza y determinación. Se parecía tanto a Cameron que resultaba fácil encariñarse con ese angelito de sonrisa incandescente.

Una tarde de verano, cuando Tommy abandonó la casa para pasar el fin de semana con su madre, Cameron planeó hacer alarde de atrevimiento y proponerle a Erika el mayor de sus deseos. Había pensado en ello durante un par de meses, esperando al momento adecuado, y por fin parecía haberse decidido.

La sorprendió trabajando en su despacho, tan atenta a la pantalla del ordenador.

—¿Interrumpo algo? —entonó.

Su novia levantó la mirada y le sonrió. Movi6 la silla giratoria hacia un lado y le prest6 toda su atención.

—En absoluto, ya había terminado. —Se pasó una mano por el cuello—. Sólo estaba dándole un último repaso.

Cameron se acercó a su lado y la besó en la sien.

—Tan perfeccionista como siempre. —Le pasó las manos por los hombros y comprobó los nudos musculares—. Ya vale de trabajo por hoy. Estás muy tensa. Vamos a la cocina. —Tiró de su mano con suavidad para hacer que se levantara—. Te serviré una copa de tu vino favorito.

—Nada de alcohol —repuso ella con un brillo especial en sus pupilas.

—Vale, entonces un poco de zumo de arándanos, ¿hecho?

Entraron en la gran cocina de aspecto plateado, iluminada con grandes ventanales que daban a la parte posterior del jardín. No habían escatimado en gastos y todo rebosaba detallismo extremo.

Erika se sentó a la barra de desayunos mientras Cameron le ofrecía el zumo. Bebió un poco y se relamió los labios.

—Gracias —murmuró—, por el zumo y por todo en general.

Él sonrió y se la acercó por detrás, abrazándola y hundiendo su rostro en la melena.

—De nada. Sabes que lo hago encantado. —Cogió una silla y se sentó a su lado. Le acarició la mejilla y suspiró—. A propósito, ya que estaremos todo el fin de semana solos, he pensado que deberíamos centrarnos más en el otro. Conversar sobre lo que nos espera... —Dejó la frase en el aire—. Creo que tenemos que hablar.

—¿Algo va mal? —Erika tragó saliva.

—No, al contrario. —Se metió una mano en el bolsillo—. Pero tengo que decirte algo.

Erika contuvo el aliento. Ella también debía confesar algo que sabía desde hacía una semana, un

hecho lleno de esperanza y de retos, pero que hasta el momento no se había atrevido a desvelar.

—Yo también.

—¿Es importante?

—Es... absolutamente importante. —Una sonrisa kilométrica le surcó las mejillas—. Es increíble.

—¿Es del trabajo? ¿Planean darte un ascenso?

—No, no tiene nada que ver.

—¿Entonces? —Estaba inclinado hacia ella, tratando de averiguar qué podría ser, como si pudiera leerle la mente—. ¿Me alegrará saberlo?

—Eso espero. —Se llevó instintivamente una mano al vientre—. Yo aún no puedo creerlo.

—¿Estás bien? —La levantó de su silla y la colocó sobre sus rodillas para tenerla aun más cerca de él—. No paras de temblar...

—Sí, es sólo que estoy en *shock*. No me lo esperaba.

—Empiezas a inquietarme... —La abrazó y se balanceó con ella en sus brazos—. De acuerdo, vamos a hacerlo así. Primero confiesas tú, y luego yo.

—¿Por qué tengo que ser la primera?

—Ya sabes, las damas primero. —Le guiñó un ojo—. Vamos, sea lo que sea, me muero por saberlo. ¿De qué se trata?

Ella le sostuvo la cara entre las manos, mirando su belleza masculina, sensible y única.

—Es algo que nos cambiará la vida para siempre. Un milagro que nos hará estar unidos en todo momento. Un inmenso regalo que viene en camino. —Cerró los ojos y contó hasta tres—. El próximo año, seremos uno más en esta familia. Cameron, estoy embarazada.

Su cara lo dijo todo. Se quedó muy quieto, con los ojos abiertos de par en par, sus labios entreabiertos, y una expresión de máxima sorpresa. No reaccionó hasta al cabo de medio minuto.

—Embarazada... —repitió para sí mismo—. ¿Estás segura?

—Completamente. —Se levantó de su regazo para dejarle respirar y asimilar la noticia.

Cameron se levantó y se quedó mirando el verde del exterior. No parpadeaba, no exhibía ningún atisbo de aplomo. Dio un par de pasos y luego volvió a quedarse quieto como una estatua.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella temiendo la peor de las respuestas—. ¿Acaso no... te alegras?

—¿Alegrarme? —Giró sobre sus talones para mirarla—. ¡Es la mejor noticia que podías darme, Erika! —exclamó abalanzándose sobre ella y cogiéndola en brazos, girando sobre sí mismo—. Dios mío, no me lo puedo creer. —La besó con gratitud—. Te quiero.

Intensamente aliviada, Erika le devolvió la sonrisa. Ahora sí era una felicidad plena.

—Vamos a ser padres —pronunció a modo de mantra—. ¿Te lo puedes creer?

—Esto es... —La dejó en el suelo con cuidado y posó sus palmas sobre ese vientre que pronto

tomaría forma—. Y estaba convencido de que después de mi propuesta el día no podría ser mejor. Qué equivocado estaba.

—¿Propuesta? ¿Qué propuesta?

Sin perder más tiempo, Cameron hincó una rodilla en el suelo al mismo tiempo que sacaba del bolsillo del pantalón una pequeña caja de terciopelo negro. La abrió con dedos temblorosos y dejó al descubierto un precioso anillo de diamantes y oro blanco.

—Oh, Dios mío... Eso es... —Señaló al reluciente objeto—. Eso es... —Erika se echó para atrás, con las manos tapándose la boca por instinto.

—Considero que es la mayor declaración de amor que puedo ofrecerte. Eres todo lo que quiero, Erika Osborn. La mujer de mi vida y de mis sueños. No puedo aspirar a más porque estoy en la cumbre, así que quiero formalizar nuestra relación para que todo el mundo sepa que estamos juntos. —Cogió el anillo y se lo colocó en el dedo anular de la mano izquierda—. ¿Me harías el inmenso honor de convertirte en mi mujer?

Erika se miró la mano, que gracias al diamante tenía un aspecto diferente. Era lo más bonito que le habían propuesto nunca. Después de todo, casarse había sido un asunto pendiente, hasta ahora.

—¿Qué dices? —susurró él esperando la respuesta correcta—. ¿Te casas conmigo?

—¡Síííí! —exclamó como una adolescente saltando sobre él y cubriéndole de besos—. Definitivamente, sí.

Esa misma noche salieron a celebrarlo en el mejor restaurante de la ciudad. Pasada la medianoche, Cameron se las arregló para convencer a algún que otro guardia para que ambos pudieran acceder al Top of the Rock, uno de los tantos miradores diseminados por la isla.

Los rascacielos que les rodeaban ofrecían una panorámica inmejorable, con cientos de luces adornando cada rincón. Arriba, un cielo despejado de nubes coronaba la situación.

Erika estaba mirando hacia el oeste y Cameron hacia el este, así que cuando sus miradas se encontraron en el centro, sonrieron cómplices el uno del otro. Se abrazaron largo rato sin decir nada, pero el hombre de mirada clara se atrevió a cortar el silencio formulando una sencilla pregunta.

—¿Eres feliz?

Erika asintió y escondió su cara en ese fuerte cuello masculino.

—Por completo. Esto es lo mejor que me ha pasado nunca. —Le pasó los brazos por el cuello y pegó su mejilla contra la de él, sirviéndose de sus tacones para equiparar la altura—. Voy a casarme con el hombre que quiero y a tener un bebé con él. Tommy está encariñado conmigo, tengo un buen trabajo y vivo en una casa enorme. Seré la definitiva señora Moore y nunca tendré la necesidad de pedir nada más. ¿Crees que puedo ser más afortunada?

No le dio la oportunidad para responder. Le besó con ímpetu hasta dejarle sin respiración, a cientos de metros del suelo y colgados de las nubes.

Más que nunca, Erika Osborn sabía lo que tenía en sus manos, la enorme suerte con la que contaba. Estaría eterna y literalmente atada a Cameron Moore, sin excepciones.

Siempre sería algo totalmente... irresistible.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[EPÍLOGO](#)

¿Qué ocurre cuando el placer se mezcla con los negocios?
¿Hacia qué lado se inclina la balanza?

Para Erika Osborn, no existe ninguna duda. Envidiada hasta la saciedad por sus compañeras y adorada por todo el género masculino en general, es una mujer joven pero con talento que sabe lo que quiere, muestra determinación y cuyos ojos claros levantan pasiones allá por donde va. Secretos escondidos a plena luz del día que suceden en la ciudad de Nueva York, desde el rascacielos más imponente hasta el callejón menos transitado. Testigo de una pasión que no puede controlar, es cómplice de una relación con el hombre de sus sueños, capaz de dejarla sin respiración con una palabra susurrada en el momento oportuno. Dispuesta a llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Todo puede suceder si se sabe llevar con discreción. Un juego a dos bandas en el que nada es lo que parece.

Sexo, trabajo, celos y compromiso...

 twitter.com/tombooktu
 facebook.com/tombooktu
 tombooktu.blogspot.com



